



Eduardo Pons Prades

**EL MENSAJE
DE OTROS MUNDOS**



ebookmundo.com

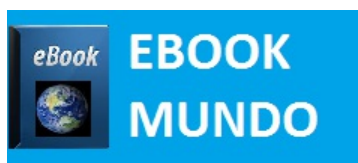
Uno de los aspectos más fascinantes del complejo y polifacético fenómeno ovni está representado por las abducciones, o supuestos secuestros de seres humanos a bordo de naves extraterrestres. Existen actualmente varios centenares de casos conocidos y estudiados de abducción en todo el mundo, pero es posible que su número sea muy superior, atendiendo a las características intrínsecas de la abducción. Entre éstas, figura la «amnesia» del sujeto abducido que en ocasiones es total y en otras solamente parcial.

Gracias a las técnicas de la regresión hipnótica, en muchos de estos casos se ha conseguido extraer de la mente subconsciente del testigo los recuerdos bloqueados en ella. El cuadro que entonces aparece a nuestros ojos presenta siempre unas impresionantes concordancias: el sujeto se encuentra en el interior de una nave espacial donde unos seres humanoides (generalmente de pequeña estatura y gran cabeza) lo someten a un «reconocimiento médico» detallado, antes de soltarlo tras borrarle todo recuerdo de lo sucedido de su mente consciente.

Por primera vez en España se recogen en esta obra los mejores casos mundiales de abducción, más tres casos españoles prácticamente inéditos, entre los que figura el de Julio F. el cazador abducido con su perro en Soria.

¿Estamos siendo estudiados y examinados, pues, por unos misteriosos visitantes del espacio exterior? Esta es una posibilidad que no puede descartarse en absoluto, después

de leer este libro documentadísimo y apasionante... uno de los más comprometidos de este investigador serio y riguroso que es Antonio Ribera.



Eduardo Pons Prades

El mensaje de otros mundos

Siete horas a bordo de una nave espacial extraterrestre

ePUB r1.2

habitante 11.03.2013

Eduardo Pons Prades

**El testimonio excepcional de
una experiencia única: siete horas a bordo
de una nave espacial extraterrestre.**

**El mensaje de
otros
mundos**



Título original: *El mensaje de otros mundos*.

Eduardo Pons Prades, Junio de 1982.

Ilustraciones: Eduardo Pons Prades.

Diseño de portada: Hans Romberg

Retoque de portada: habitante

Fotografía: Joan Queralt y Sarah Mirkovic

Editor digital: habitante.

ePub base r1.0.

más libros en Ebookmundo.com

A mis padres, Gloria Prades Nuño y Eduardo Pons Sistemas,
de los que aprendí que mi patria es el mundo y mi familia la
humanidad.

A mis maestros, monsieur y madame Gabarrou, a los de la
Escuela Racionalista Labor y de la Escola del Treball, que
completaron maravillosamente las enseñanzas de mis padres.

A mi esposa y compañera, Antonina Rodrigo, que, al referirle
mi encuentro con ellos, me dijo: «A ti te habían ocurrido
siempre cosas extraordinarias, pero ésta es la más fantástica
de todas». Sin esta espontánea y previa prueba de confianza
es muy probable que este libro no se hubiera escrito.

EDUARDO PONS PRADES

ALGUNAS OPINIONES ORIENTADORAS

«El Universo no sólo es más fantástico de lo que imaginamos; es más fantástico de lo que podemos llegar a imaginar nunca».

J. B. S. Haldane, fisiólogo inglés.

«Prefiero ser un mono transformado que un hijo degenerado de Adán».

Paul Broca, cirujano, neurólogo y antropólogo.

«Las diversas leyes elementales propuestas: *darwinismo, neodarwinismo, lamarquismo*, no permiten el hallazgo de las leyes globales ni cuantitativamente ni, en la mayoría de los casos, siquiera cualitativamente. Lo que, en pleno siglo XX, me lleva a calificar esas leyes de *cuentos de hadas para personas mayores*».

Jean Rostand, biólogo francés.

«Antropólogos que nunca han estado en la selva afirman, no obstante, que millones de años de cultura nos separan de los Aucas (tribu ecuatoriana). Quizá; pero, tras haber comprobado la serena inteligencia, la profunda solidaridad y el amor a los niños en un poblado Auca, cabe preguntar si esa diferencia de millones de años está a favor o en contra nuestra...».

Joaquim Grau, reportero y escritor catalán.

«Existen culturas en la Tierra cuyo carácter social domina la pasión por la cooperación y la armonía, como pasa en las tribus Zuñí, en América del Norte».

Jean Brüller, escritor y dramaturgo francés.

«En la topografía de la inteligencia al *conocimiento* se le podría definir como la *ignorancia aureolada de risa*».

Charles Fort, bibliotecario.

«... Buda, en cambio, me parece un cenizo, pues se pasaba el día diciendo: *vivir es sufrir*. Después vino el otro, el judío —Jesucristo—, y repitió lo mismo: *cuanto más sufres, mejor; fíjate qué panorama*».

Maruja Mallo, pintora gallega de la generación del 27.

«Vencer a las enfermedades definitivamente no es ninguna utopía. Recuérdese que bastaron un programa de doce años y 120 millones de dólares para terminar definitivamente con la viruela».

J. Peter Vajk.

«Aunque os he hablado y os hablaré mucho contra la guerra —sigue conversando Juan de Mairena con sus alumnos—, no quiero dejar de advertiros que la paz a ultranza, que es, al fin, el mantenimiento de una paz asentada en parte sobre las iniquidades de la guerra, es una fórmula hueca, que acaso coincida con la guerra más catastrófica de la historia. Porque una paz a todo trance tendría su más inequívoca reducción al absurdo ante este inevitable dilema: o cruzamos de brazos ante la iniquidad,

o guerrear por la justicia, si eligiésemos el primero de los dos términos. ¿Quién duda que, en ese caso, todos los hombres bien nacidos serían guerreros, y pacifistas todos los sinvergüenzas que pueblan el planeta?».

Antonio Machado.

Sí, creo en mis semejantes —aunque hablen bajo hipnosis—, y, como tuve el honor de decir, en diciembre de 1979, ante el Grupo de Estudio Ovni (UFO Study Group) de la Cámara de los Lores de Inglaterra, el testigo suele ser veraz. Cunde entre los ufólogos —especialmente entre los jóvenes y más «cientifistas»—, la tendencia a tomárselo todo a beneficio de inventario, a hablar siempre del «fenómeno» (es más aséptico), y a considerar «anticuada» la hipótesis extraterrestre.

Domina a estos jóvenes un excesivo fetichismo hacia las estadísticas y los ordenadores, sin percatarse que éstos nacieron del que aún sigue siendo el computador más perfecto que existe: el cerebro humano, con sus millones de neuronas y de sinapsis. Y parecen menospreciar la intuición, como puse de manifiesto en Mérida, durante el II Congreso Ibérico de Ufología. La intuición permite llegar de un salto a verdades que con el método analítico se tardan años en alcanzar. Y el papel de la intuición está hoy reconocido desde Bergson hasta Einstein, pasando por Poincaré, que le llama «yo subliminal», pero que en realidad es lo mismo.

Existe un número inmenso de planetas propicios a albergar la vida. Y en ellos la vida se desarrolla sobre bases muy parecidas a las nuestras, desembocando en un *Homo convergens*, que se nos

parece mucho; en algunos casos con el mismo parentesco que puedan tener un pigmeo y un vikingo, y en otros pareciendo nuestro propio hermano. Los intervalos de gravedad, de presión atmosférica, de temperatura, son tan reducidos, con relación a la tolerancia que el hombre manifiesta con respecto a la variación de estos factores, que sobre el número inmenso de planetas habitados deben encontrarse, por miles de millones, cuyas zonas ecuatoriales se parecen a las zonas ecuatoriales terrestres, con mayor semejanza que la de las zonas templadas con las polares...

Pero en otros planetas habitados, incluso si nuestros cuerpos pueden ser similares, la evolución intelectual debe haber alcanzado, según intuimos, una edad que la Tierra todavía no ha logrado alcanzar: la de las comunicaciones interestelares. En este caso, las diferencias culturales pueden ir acumulándose y amplificándose sin que ninguna influencia mutua pueda impedir el desarrollo de los particularismos extremos. Y un día, cuando lleguemos a conocer algunas de esas culturas, la sorpresa de los terráqueos será muchísimo mayor que la experimentada por los europeos cuando descubrieron las civilizaciones azteca, inca o china... Sin embargo, no debemos olvidar que una conclusión expresada en términos de probabilidades puede ser también transformada en conclusión estadística. Por ejemplo, sabemos que extrayendo una bolita de una bolsa tenemos nueve posibilidades sobre diez de que sea blanca. El teorema de Jean Borel, habitualmente conocido por el de «las grandes cifras», nos autoriza a determinar que sacando de la bolsa del Cosmos diez millones de bolitas, tendríamos la posibilidad de disponer, aproximadamente, de nueve millones de bolitas blancas. De la misma manera, si sobre un planeta escogido al azar tenemos

nueve posibilidades de encontrar en él al *Homo convergens*, podemos deducir que, sobre diez mil millones de planetas, el noventa por ciento de ellos están poblados de *Homo convergens*. Si sustituimos la probabilidad de exactitud de nueve sobre diez, supuesto empleado aquí para fijar las ideas, por una probabilidad tan pequeña como se desee, aunque fuese de una probabilidad por cada mil millones, como el Cosmos es tan vasto llegaríamos a la conclusión de que los planetas habitados por *Homo convergens* serían también innumerables. Nuestros hermanos del espacio componen, no probable sino seguramente, una masa considerable, ya que no sólo el Universo está habitado sino que sus habitantes son nuestros semejantes, nuestros primos.

Antonio Ribera, *Secuestrados por extraterrestres*.
Planeta, 1981.

PRÓLOGO

Vivimos una época maravillosa, pero el espíritu del hombre está tan ocupado en el *rendimiento, el éxito, la destrucción*, que descuida lo que acaso sea la mayor posibilidad del género humano.

Genevieve Venquelef, profesora universitaria.

Si hace tan sólo cuatro o cinco años alguien me hubiese dicho que un día yo prologaría un libro como éste, hubiera creído que se burlaba de mí. De mí, sí, del «investigador serio, aséptico» (no escéptico) que lo tomaba todo a beneficio de inventario, y que consideraba delirantes la mayoría de las historias de *contactees*, por decirlo con la palabreja norteamericana.

Pues hete aquí que ahora estoy prologando el libro de un *contactee*. ¿Qué puede haber ocurrido para que Antonio Ribera se decida a dar tal paso? Pues han ocurrido muchas cosas: Antonio Ribera ha escrito, para empezar, un libro^[1] sobre abducciones, sobre posibles secuestros de seres humanos por extraterrestres. La preparación de este libro me ha puesto en contacto con casos y personas que relatan historias increíbles. («Personas creíbles cuentan historias increíbles», según la afortunada frase del doctor

Hynek). Por otra parte, a mi conocimiento han llegado cada vez más noticias acerca de personas que, muchas veces sin ellas saberlo, al parecer han sido contactadas. Se diría que una vasta operación se está desarrollando en el planeta Tierra, cuyo objetivo, como señala el doctor Leo Sprinkle, sea acaso el de crear «ciudadanos cósmicos». Pero por lo menos es el de «programar» —la palabra «manipular» no me gusta— a determinados semejantes nuestros, con finalidades que por ahora se nos escapan. Uno de ellos, Julio F. del cual me ocupó extensamente en mi libro citado, se ha convertido ya, según las certeras palabras de José Antonio Campaña, en una especie de «centralita galáctica». Algo está pasando, desde luego, y algo muy gordo. Algo que discurre por cauces semiocultos por ahora, por debajo de la «historia oficial» que creen vivir los políticos vocingleros y escribir los historiadores al uso. Porque yo creo que ésta es —y ésta será— la verdadera historia de nuestra época. A principios del siglo XXI —tan cercano ya— quizá sea ésta la historia que se recuerde y no la de las politiquerías.

Y de esta historia oculta, subterránea, acaso formará parte importante el encuentro de Pons Prades con unos «extraterrestres» en las montañas de la Cataluña Norte, cerca del núcleo magnético del Canigó, donde se sitúa el encuentro, también, del montañero Jaume Bordas Bley con un ser que quizá venía, también, «de arriba». Treinta años después, el encuentro se ha repetido, pero esta vez con «bombo y platillo» (perdón por el chiste facilón). Alguien, procedente del Cosmos, dio un mensaje a un hombre sencillo, inteligente, honrado (por favor, dejémonos de una vez del extranjerismo honesto, que antaño sólo tenía que ver con el pudor); viejo luchador por causas nobles y perdidas; quijote

él, como buen celtíbero, puro de corazón, como ellos los quieren. (Que yo sepa, jamás han contactado con un político, con un militar de alta graduación o con un obispo; ni, curiosamente, tampoco con un científico; quizá porque a la ciencia terrestre la ahoga la soberbia).

¿Es «verdad» lo que contaron Cyrano, Fontenelle o Voltaire? ¿O, antes que ellos, lo que contó Luciano de Samosata?^[2] ¿Los Viajes de Gulliver fueron de verdad? ¿Y él Quijote?

Ya sé, por supuesto, que luego vendrán los sempiternos *santotomases*, preguntando: «Pero esto, ¿es verdad?». «Si no es verdad —les contestaría yo—, merece serlo». ¿Son «verdad» las historias de Shakespeare? ¿Es verdad lo que pasa en el mundo de la fábula? El largo historial libertario de Pons Prades hace que algunas de las cosas que nos cuenta puedan parecer sospechosas, y se puedan atribuir a su ideología. ¿Pero, es esto así, o fue «escogido» precisamente por eso, en base a esa ideología? ¿Cómo podemos saberlo? ¿Qué fue primero: el huevo o la gallina? Es la primera vez, que yo sepa, que ellos —sean quienquiera que sean ellos— han contactado a un hombre de matiz ideológico definido. Pero se da la casualidad —¿o no es casualidad?— que esa ideología, que esa forma de ver y entender la vida, se «imbrica» (sé que este verbo le gusta a Pons Prades) maravillosamente con lo que pudiéramos llamar «la sociedad cósmica».

Si no nos atrevemos a más, pues dejémoslo así: como lo que antaño se llamaba una «fábula moralizante». Aunque yo creo que es más, mucho más.

Yo, repito, no creía, hasta hace muy poco, en los mensajes «mesiánicos». Pero es que en el que ese «alguien» confió a Pons Prades hay algo que lo hace diferente. Señores, no estamos en

presencia de un Siragusa^[3] cualquiera. Aún hay clases. Pons Prades no se ha apresurado a montar un tinglado publicitario, una «Hermandad Cósmica» cualquiera, con su alucinante experiencia. Se ha limitado a recoger el mensaje, a transcribirlo y a relatar el episodio, humildemente, sabiéndose transmisor, y nada más que transmisor, en este libro que da tanto que pensar. Porque es eso lo que todos tenemos que hacer: ponernos a pensar... y a andar. Eso sí, recordando siempre la advertencia de Antonio Machado: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar».

Antonio Ribera^[4] Sant Feliu de Codinas, febrero de 1982.

LEÓN FELIPE, POETA CÓSMICO NACIDO EN TIERRAS DE ZAMORA Y MUERTO EN SU EXILIO MEXICANO

España: el drama de un pueblo empeñado en convertir la utopía en realidad, lo absoluto en relativo, el «más allá» en «aquí y ahora».

Giner de los Ríos.

¡TODA LA SANGRE DE ESPAÑA POR UNA GOTA DE LUZ!

¡Abajo! ¡Abajo, jugadores tramposos!

¡Qué la nave la lleve el capitán!

El mundo no es del mercader ni del guerrero ni del arzobispo...

El mundo —esta sombra encadenada y pestilente— será de quien la redima.

¡De quien la redima!

Y solo, sí, sola,

sola.

sobre este yermo seco que ahora riega mi sangre; sola esta

tierra española y planetaria; sola
sobre mi estepa
y bajo mi agonía.
Sola
sobre mi calvero
y bajo mi calvario; sola.
sobre mi Historia
de viento
y de arena
y de locura,
y bajo los dioses y los astros levanto hasta los cielos esta
oferta: Estrellas:
vosotras sois la luz.
La Tierra, una cueva tenebrosa sin linterna y yo tan sólo
sangre, sangre,
sangre,
sangre...
España no tiene otra moneda...
¡Toda la sangre de España por una gota de luz!

León Felipe.

INTRODUCCIÓN

En primer lugar os exhorto a sacaros de encima el miedo a los Dioses y a la Muerte, que, en el fondo, es un miedo parecido.

Epicuro.

Esta introducción, lector amigo, no puede ser una introducción corriente, porque el tema que juntos vamos a abordar en estas páginas es, por decirlo con palabras de mi buen amigo Antonio Ribera, uno de los más importantes a que el hombre del siglo XX se tiene que enfrentar. Ya que, de la misma manera que solemos decir que los problemas de Cataluña no pueden solucionarse más que enfocados, hermanados con los que se plantean en el resto de las comunidades ibéricas y, por extensión, que los «problemas regionales» de Europa no tendrán una solución justa más que cuando los europeos formen un haz solidario —con ese afán pacífico por excelencia que es el de equilibrar y moderar el enfrentamiento entre las dos grandes superpotencias y, a nivel planetario, sepan irradiar anhelos y esperanzas que sean comunes a la raza humana—, pues de esa misma forma quizá haya llegado el momento de planteamos muy seriamente si los problemas de la

Tierra —el peligro de la guerra nuclear, que impide gozar de la Vida con plenitud, el hambre, que mata cada año a irnos cincuenta millones de seres humanos, la tercera parte de los cuales son menores de 5 años— no vamos a tener que enfocarlos a escala cósmica. Y para ello, naturalmente, una de las primeras medidas que deben tomarse es la de inhabilitar a tanto charlatán y vividor como pululan por ahí, y prestar apoyo, colaborando con ellos, a quienes se toman —se han tomado siempre— todos los asuntos humanos muy en serio.

De ahí que, para que la poca o mucha influencia que estas páginas puedan tener en el lector amigo sea plenamente positiva, uno haya creído oportuno «rodear» su experiencia de una serie de textos que demuestran que, antes de su encuentro con ellos, el autor ya había conocido hombres y mujeres de la Tierra con una visión cósmica de la existencia, que poseían la humanidad y la inteligencia de los extraterrestres, antes de que éstos irrumpieran en nuestras vidas.

SOBRE LA «MANIPULACIÓN»

Mis padres eran libertarios. Lo que significa que, desde muy jóvenes, a mis dos hermanos, a mi hermana y a mí ya nos enseñaron a vivir libres. Lo más libremente posible, en un mundo cada día más violento, agresivo y castrador. Primero en nuestro hogar, donde mi padre no pegó ni castigó nunca a nadie, prefiriendo explicar, conversar, razonar, hasta la saciedad, en torno a los pequeños problemas que podía plantear la convivencia. No tanto la del hogar como la de la escuela o la calle. Al mismo tiempo se nos despertaba el sentido de la responsabilidad y de la crítica. Hablaré en particular de mi formación —soy el mayor de los cuatro hermanos— y de mi educación.

Mi padre no sólo no castigó de obra o de palabra a sus hijos sino tampoco a los muchos aprendices que tuvo a su lado. Y esto siendo él un joven obrero en su Valencia natal. Su emigración a Barcelona, en 1915, fue debido a un incidente con el encargado de una fábrica de juguetes donde mi padre trabajaba. Le tenía dicho al encargado que cuando tuviese algo contra su aprendiz que se lo dijese a él. Pero ocurrió que un día, en ausencia de mi padre, el encargado le pegó al aprendiz (cosa muy corriente entonces y durante muchos años)^[5] y al pedirle cuentas, el secuaz del dueño de la fábrica amenazó a mi padre. ¡Nunca lo hiciera! Un

compañero de taller —el ebanista Cervera— me contó lo que sucedió: «Mal remate le puso el encargado, Eduardo. Muy mal remate, porque tu padre, apenas oyó la amenaza, dio media vuelta y le sacudió un puñetazo de antología. Cayó al suelo don Santiago —el encargado— y no hizo más que levantarse y tu padre le soltó otro directo. Y así hasta que intervinieron varios obreros y se llevaron al encargado a curarlo al botiquín. ¡Menuda paliza le dio! Yo nunca había visto a tu padre tan fuera de sí, la verdad. Él, que era un hombre pacífico, de una paciencia infinita, aquel día parecía una fiera dando golpes... Tú no puedes saber lo que significaba en aquellos tiempos el que un obrero —aun cargado de razón, como tu padre— le sacudiera estopa a un encargado.»^[6]

Sí que lo sabía, porque nuestra madre nos lo había explicado: a mi padre lo pusieron en la lista negra de la patronal valenciana de la madera. Era lo que se conocía por el «pacto del hambre». Era uno de los tantos «inventos» de los patronos —españoles y no españoles— para tratar de someter a los irreductibles. Y, como tantos otros, tuvo que emigrar y alcanzar la «tierra de promisión», que era Barcelona. Eso explica quizá (porque mi padre no fue, con mucho, el único ebanista valenciano sometido al pacto del hambre), el que el Sindicato de la Madera barcelonés se contase, en la década de los años 20 y 30, entre los más revolucionarios de Cataluña.

Valga, de entrada, esta puntualización: ninguno de nosotros fuma, ni se da a la bebida, ni es aficionado a los juegos de azar, ni se ha acostado nunca con una prostituta, ni ha atentado contra la propiedad privada, por lo menos directa y personalmente, y ha vivido siempre del fruto de su trabajo, nunca del trabajo ajeno. Señalo todo esto porque estas particularidades es de suponer

influirían algo, piensa uno, a la hora de ser escogido por los extraterrestres como mensajero suyo. Más todavía: en nuestra casa jamás entró juguete alguno que tuviese relación con la violencia, ni en la modesta biblioteca de nuestros padres vimos nunca libros que incitasen a ella o la fomentasen. Ni tampoco ninguna publicación que despertase los bajos instintos que, como es sabido, cada uno almacena en sus entrañas en mayor o menor cantidad. Otro tanto ocurría con las películas que veíamos. Nuestros padres no nos prohibieron nunca nada. Nos explicaban los inconvenientes, las incomodidades y peligros que algunas inclinaciones podían acarrearlos. Y éramos nosotros quienes debíamos decidir, ya desde muy pequeños, repito, lo que haríamos o dejaríamos de hacer. De ahí mi nula afición a las películas de gánsters, del Oeste o de terror y mi gran pasión por las comedias musicales y las películas cómicas, cuando era niño. Por consiguiente no teníamos la menor afición a las armas, ni la más mínima inclinación a coaccionar ni a violentar a nadie. Aunque esto no quiere decir que uno renunciase a ventilar litigios infantiles callejeros a mamporro o pedrada limpia, alguna que otra vez. Eso sí, cuando fallaban los recursos persuasorios; porque yo recuerdo perfectamente que, a ratos, los avisos verbales dados por mí cancelaban en cuanto oía decir: «¡Tú lo que tienes es miedo de pelear!».

Hasta que llegamos a julio de 1936, en que, con una sublevación militar como entrada en materia, pude comprobar que, en tales circunstancias, la mayor parte de lo que mis padres me habían enseñado no me servía para nada. Y que para defender mi libertad y mi dignidad —y las de mi pueblo, por supuesto— los «salvadores de Patrias» no me dejaban otro camino que el de las

armas ni otro afán que el de tratar de eliminar a mi enemigo antes que él me eliminase a mí.

Así que no sólo tuve que saltar al ruedo ibérico a matar, sino que, al ser un bachiller recién acuñado, me incorporé a una Escuela de Capacitación y Mandos del ejército republicano, en Escorial de la Sierra, al pie del Guadarrama, de donde salí con la graduación de sargento instructor de máquinas de acompañamiento. Lo que significó que no sólo tuve que aprender a matar yo, sino que también tuve que enseñar a otros muchachos a matar. Entonces, yo me pregunto: si mis padres me prepararon para vivir en un mundo futuro, el soñado por ellos y tantos compañeros suyos, fraternal y libre —sabiendo muy bien, porque ellos lo estaban sufriendo en sus propias carnes, cada día, como luchadores obreristas, que para eso debíamos cambiar el mundo en que vivíamos, por estar inspirado éste en las más bajas pasiones del hombre—, ¿cabría afirmar, repito, que fui «manipulado» por mis padres? Y más aún: si esa «manipulación» estaba orientada en el más puro de los sentidos, ¿cabría adjetivar esa tentativa de forma peyorativa?

Pienso, por tanto, que los tripulantes de aquella nave espacial me hubiesen manipulado, en el mal sentido de la palabra, si se hubiesen empeñado en hacerme ver lo blanco negro —aunque es verdad que me mostraron colores que yo no había visto nunca— y afirmar que era de día siendo de noche. O que, de pronto, apareciese un sumo sacerdote galáctico o una encantadora sacerdotisa, dictando órdenes procedentes, por ejemplo, del Orden Supremo Cósmico, y sin otra alternativa que la del acatamiento incondicional y la resignación irracional. Por ahora no tengo noticia de la existencia de dogmas galácticos de ninguna

especie, ni de casos en los que a alguno de los que han tenido contacto con ellos se le haya ocurrido exclamar: ¡He aquí a nuestros salvadores!, ni que hayan construido un platillo volante en miniatura, con sus tripulantes dentro, a modo de una Santa Cena, o imágenes de sus interlocutores extraterrestres, que los hayan puesto en un altar, rodeados de cirios encendidos y de lamparillas votivas, y que los estén venerando periódicamente. O, lo que sería mucho peor: que hicieran lo que han hecho los sacerdotes o brujos —tanto monta...— por nuestras latitudes, desde tiempos inmemoriales, que es obligar a los demás a venerar símbolos o reproducciones de «dioses» o «vírgenes», de «apóstoles» o de «mártires», etc. Y a un servidor, que conste, ésta es la última cosa que se le ocurriría: dar a mi testimonio el menor toque religioso, evangélico o místico, o premonitorio de catástrofes apocalípticas o de paradisíacas bienaventuranzas de signo sobrenatural. Sigo creyendo, como antes y como siempre, que son el Hombre y la Mujer de la Tierra quienes han de encaminarse —el camino se conoce desde antiguo: es el de la paz y la fraternidad— por sí solos, resueltamente, hacia una vida más digna y más libre. Aunque a veces, hay que repetirlo hasta que cale bien hondo en nuestras conciencias, esa paz y esa fraternidad haya que conquistarlas luchando a brazo partido y a dentellada limpia. Sin embargo, ha ocurrido todo lo contrario: ellos —los extraterrestres— saben perfectamente que, puestos a interferir en nuestros asuntos —«manipulándonos»—, ¿quién fijaría los límites de esa interferencia? Por otra parte, eso corresponde a un comportamiento, a una actitud presumiblemente multiseccular en ellos —la de no interferirse en vidas ajenas—, y no creo que rompan esa noble tradición por nada. O tan sólo en caso de

legítima defensa. Mas, como ya se irá viendo, ningún tema de los abordados por nosotros —en nuestra larga conversación, entrecortada de prolongados silencios— presentó a mis ojos entornos muy novedosos. La única novedad consistió, quizá, en centrarlos tan atinadamente, puesto que ante ellos la mente de uno no descansaba hasta sacar conclusiones claras, contundentes e incuestionables. Tanto es así que, en el curso de la conversación, varias veces me hice la misma pregunta: «¿Pero cómo no había yo caído en esto antes?». Entonces, si la manipulación —al parecer tan temida por algunos— me servía para redondear el análisis de cada uno de nuestros problemas con mayor rapidez y dejar ya, de una vez, de darle más vueltas a la noria de los canjilones agujereados, no me quedaría otra salida que la de gritar: «¡Bienvenida sea, pues, la manipulación!».

Por otro lado —¡oído a la pisada, compañeros!—, a poco que se tenga alguna información sobre la odiosa y perniciosa manipulación de que la inmensa mayoría de los terráqueos es víctima por parte de la ínfima minoría, en beneficio exclusivo del poder y de los privilegios de esta última, ¿quién tiene autoridad moral, en este globo terráqueo de nuestras dichas y desdichas, para acusar a nadie de «manipulaciones», «lavados de cerebro», u otras acciones de semejante corte?^[7] Ellos me dijeron varias veces que dejaban a mi libre albedrío cuándo, en qué forma y en qué condiciones podría difundir el mensaje, así como mis impresiones, con las que, naturalmente, pensaba arroparlo. Imagino que, de haber estado tan «sugestionado» por ellos —o manipulado, lo mismo da—, nada más haber sido transcrito el mensaje en mi mente podía haberme personado en cualquier revista sensacionalista de Europa —que, según es notorio, las hay en

abundancia— y asunto concluido.

Quiero decir que no tenía por qué haberme calentado mucho la cabeza. Pero en lugar de actuar de tal suerte —frivolizando el tema como tantos otros lo hacen—, uno se puso a darle a la máquina, a razón de 2 a 3 horas por día, a transcribir «recuerdos» y «reflexiones», y dedicado 6 o 7 horas diarias a leer libros y revistas que tratan de ovnis, publicados en Francia, España e Italia. A los cuatro meses justos de mi encuentro con ellos decidí suspender las lecturas porque ya tenía claros los verdaderos móviles de tanta expectación —la «científica» en particular— y tanta especulación, y me dispuse a dar a todos mis apuntes en vivo —cerca de dos mil cuartillas— la forma de un libro^[8]

Porque para mí —un historiador que investiga sobre el terreno, que no abandona nunca el ruedo— el libro sigue siendo el vehículo más digno que existe para comunicar con los demás. Pero conste que, de haberlo juzgado útil, hubiese estado leyendo a los «especialistas» durante semanas o meses, máxime si me hubiese adentrado —algo leí de ambas fuentes, como se verá— en la literatura ovniana de fuentes norteamericana o soviética. He de confesar, una vez más, que con lo leído —y no sólo respecto a los ovnis sino, también, con referencia a algunos pensadores clásicos y modernos— he sacado la conclusión de que mucho de lo que se conoce por «erudición humana», es ante todo un cúmulo de especulaciones, más ambiguas las unas que las otras, cuyo principal ropaje es la frase redonda, la cual, casi siempre —hay que reconocerlo— «suena» muy bien. Por eso no han tenido grandes dificultades esos «pensadores», para cruzar la barrera del tiempo, cortando en flor, a menudo, otros frutos del intelecto humano que encerraban genuinas verdades, mucho más dignas de

atención y estudio. En una palabra: que no hace falta tener mucha perspicacia para vislumbrar el objetivo común de tanto erudito-parlanchín: el acomplejamiento y el atenazamiento de la inmensa mayoría, ya que, ¿cómo sobresaldrían los escogidos, de no existir una masa amorfa e inculta? Y, en sus mismos niveles, para apabullar a sus colegas con «doctos textos» y «magistrales comunicaciones», ceban y animan las lides especulativas a las que se entregan regularmente, con tan poca discreción como intasable soberbia e insolencia.

O sea, que si fuese posible establecer la gran nómina —la relación planetaria— de las «personalidades» cuyo paso por la vida y su único aliciente no es más que un simple «cubrir el expediente» y cultivar su insaciable egocentrismo —que magnifican y elevan a la categoría de «discurso sublime», descocada y reiteradamente—, entonces es muy posible que comenzásemos a ver más claro y comprender las verdaderas razones de este ir a la deriva, constantemente, esta nave llamada Tierra. Y de carambola, y por extensión, el origen de todos los espantosos tinglados que se han montado en torno al tema de los extraterrestres y «sus incontables, misteriosas y alarmantes prolongaciones». Y, por consiguiente, comprobar quiénes son nuestros principales manipuladores y de qué recursos se valen para falsear, adulterar y esterilizar la incomparable potencia de creatividad popular —del pueblo llano, de la inmensa mayoría— que, a mi entender, es la causa primera de nuestro incesante malvivir.

Diré también que muchos «especialistas», que no nombraré —para no hacerles publicidad—, que, al parecer, recorren el mundo de punta a punta periódicamente para «ilustrarnos» sobre

nuestro pasado extraterrestre, podrían escribir sus libros, tranquilamente, sin moverse de su casa y con sólo leer y releer, entre otros, a H. G. Wells, a Julio Verne o a Edgar Allan Poe.

AVISO A NAVEGANTES

De un tiempo a esta parte he leído cosas tremendamente demenciales sobre el «fenómeno ovni». Me explico: he quedado perplejo, y profundamente alarmado, ante un interminable rosario de divagaciones y elucubraciones, en torno a la mente humana, que producen escalofríos y hasta náuseas. Y no ya tanto por las previsiones y conclusiones que los «especialistas» expanden en sus «doctos» trabajos, sino por la creciente influencia —que tengo por peligrosamente nociva— en el sentido de hacer creer, de inculcar a las gentes que la mente humana puede llegar a destilar las más abyectas monstruosidades que imaginarse pueda; eso con poder imaginar ya muchas con sólo atenernos a las que hemos presenciado en este último medio siglo.

Pero la mente es como la conciencia. Si se extiende cada día con mayor intensidad sobre la sensibilidad humana, está claro que, al mismo ritmo, se va recortando el espacio abandonado a la inconsciencia. Y a poder alcanzar ese estadio que uno imagina maravilloso: aquel en el que la escasa inconsciencia actuase —de poder hacerlo— en plena conciencia. La mente —sabido es— es algo muy poco conocido y a menudo mal aprovechado. Por eso la frase «tiene una mente enrevesada» es algo que se oye con mayor frecuencia cada día. ¿Por qué? Sencillamente, porque el

«ambiente» no da para más. Si me guío por mi propia experiencia —y la de otras personas de formación similar a la mía, al margen, en cualquier caso, de influencias religiosas—, uno cree que todo esto es cuestión de ambientación familiar y social.

Con este «aviso» pretendo adelantarme a esa caterva de charlatanes-especialistas que, como ya me previno mi editor, se nos van a echar encima como auténticas aves de presa. Y dándoles noticias de lo que puede haber sido mi «evolución mental» —así, grosso modo— a lo largo de ese medio siglo de que hablaba antes, les facilito material para que vayan haciendo boca. Y vean, si todavía les queda capacidad para mirar —y ver— sin anteojeras y sin esos filtros pseudocientíficos que se han inventado, las cosas humanas —las terrestres y las extraterrestres— con ojos bien abiertos y limpios, con las entendederas despejadas, con el corazón dilatado y con el talante más generoso que puedan desplegar. Ya sé que es mucho pedir, pero por pedir que no quede... Decía estar casi dispuesto a escribir este capítulo antes de remitir el esquema del libro a mi editor, y si no figuró en el proyecto inicial es porque uno no tuvo nunca la menor inclinación a pasar por un provocador. Pero estos días, en las postrimerías del año 1981, cayó en mis manos un trabajo titulado «Puntualizaciones sobre la temática ovni», cuya entrada en materia dice así: «De la misma forma que el fenómeno se adapta a las ideas del tiempo y lugar en que se presenta, lo mismo ocurre con los mensajes, que se adaptan a la personalidad de la persona o grupo a los que van dirigidos». El enunciado de los capítulos y algunos pies de foto son también todo un poema. Leemos los primeros: 1). No es un fenómeno puramente físico. 2). No es un fenómeno puramente psíquico. 3). Su procedencia no está clara

en absoluto. 4). Existe algún tipo de inteligencia (un plan oculto y torvo) detrás del fenómeno. 5). No está clara su benevolencia hacia nosotros. 6). Si consideramos el fenómeno, relacionando los distintos tipos de «contacto» que presenta la historia, observamos dos clases de situaciones, formando dos grupos, uno de características fijas y otro variable.

Y en los pies de foto se lee: «¿Son los ovnis meras creaciones mentales de los contactados? ¿Fenómenos imaginarios creados por la fantasía? ¿Hechos insólitos, transformados en tangibles por la mente, de forma paranormal? ¿O sucesos reales, procedentes de una inteligencia exterior, capaz de influir en el psiquismo humano?». O, «¿tal vez sea en lo más profundo de nuestra mente donde debemos buscar la naturaleza del fenómeno que hoy conocemos con el nombre de ovni? Tal vez, como algunos investigadores afirman y otros insinúan, alguna clase de inteligencias, quizá identificables con niveles profundos de nuestro propio inconsciente, sean capaces de proyectarse, utilizando las facultades de las que la mente está dotada, al exterior de nuestro ser físico, para elaborar una especie de psicodrama, destinado a modificar nuestras conciencias»^[9]. La verdad es que cualquier «contactado» que lea esto, u otras cosas de semejante corte, forzosamente tiene que exclamar: «¡Vaya, no pensaba que yo estuviese tan deteriorado interiormente!». Cuando sería mucho más fácil y humano dejar que cada cual a su aire, sin discriminaciones de ninguna especie, explicase sus experiencias, por extrañas que pudiesen parecer, a unos y a otros... Porque los individuos más peligrosos, ¡ay!, no están en los manicomios y en las cárceles, sino que andan sueltos por ahí, dispuestos a catequizar y a evangelizar, «científicamente» claro, a esa legión de

humanos que no conocen muy bien ni su cuerpo ni su mente. Pese a que esos nuevos sacerdotes terráqueos saben muy bien gracias a qué tipo de catequizadores y evangelizadores las gentes de la Tierra —salvo las de algunas tribus— no conocen ni su cuerpo ni su mente, ni tienen la más mínima idea de cómo podría desarrollarse naturalmente su conciencia. Pero vamos con mi condensado curriculum vitae. Mi calle natal y mis amigos de infancia —los supervivientes— pueden testimoniar que los hermanos Pons Prades éramos unos niños felices, sin otros problemas —ni de niños, ni de adolescentes, ni de adultos— que no fuesen los derivados de la condición humilde de nuestros padres y de luchadores obreristas de ideas libertarias. Hoy hablaré tan sólo de mí.

Desde muy niño dormía bien y de vez en cuando tenía sueños maravillosos que se desarrollaban casi siempre en plena Naturaleza. Se debía esto a que mis padres nos llevaban casi todos los domingos al campo —en otoño, en invierno y en primavera—, por el lado de Tiana —La Conreria— y en verano a la playa de Montgat. Mi madre me hacía explicarle mis sueños alguna que otra vez. Nunca tuve la menor pesadilla, porque mis padres no eran de los que amenazaban a sus hijos con el «hombre del saco» o «las calderas de Pedro Botero» u otras sandeces por el estilo. Sandeces que acomplexaron a muchos niños y niñas para el resto de su vida. Conozco varios casos, incluso en mi propia calle. Los primeros maestros que tuve fueron monsieur y madame Gabarrou, que tenían su academia en la calle del Carmen, muy cerca de la Rambla de las Flores. Vivían en Barcelona desde 1914. Eran tan buenas personas que el estallido de la primera guerra mundial debió horrorizarlos. Y como monsieur Gabarrou era una

persona incapaz de matar a una mosca y un gran enamorado de la vida, prefirió exiliarse en Cataluña y enseñar a los niños y a las niñas que le eran confiados a ser personas de bien. Luego, en 1918, al terminar aquella nueva masacre, como ya dijo el gran Anatole France tras el primer enfrentamiento entre alemanes y franceses, en 1870, se vio claro que la juventud de uno y otro país habían ido a la guerra a defenderlo «todo» menos la patria. Por eso, sin duda, yo nunca oí hablar de ella —de una patria local— a ninguno de mis maestros; ni a mis padres, por supuesto. A nosotros se nos enseñó —y lo aprendimos— que nuestra patria era el mundo y nuestra familia la humanidad. ¡Así de sencillo! La bondad de aquella pareja francesa me marcó para siempre. Por eso yo siempre tuve sueños hermosos y nunca una sola pesadilla. Hasta que estalló nuestra guerra civil, en 1936. Entonces dejé de soñar, pero sin tener pesadillas de ningún género, pese a que la situación era más bien propicia a ellas. Dejé de tener el dormir frágil. Tanto que, ya metidos en el año 1937, muchas mañanas, al levantarlo, mi madre me preguntaba: «¿No has oído el bombardeo de esta noche?». Más tarde —y con ello di pie a toda clase de bromas—, en la batalla del Ebro, metido en lo más hondo del refugio, dormía a pierna suelta mientras el enemigo, con su artillería y su aviación, desfondaba literalmente nuestras posiciones. ¿Os acordáis, compañeros, del batallón especial de ametralladoras del V Cuerpo, cuando defendíamos la cota 424, en la cresta de la Valí de la Torre, perdida de día varias veces y recuperada de noche otras tantas? Porque resulta que los republicanos, al ser tan menguada nuestra cobertura artillera y aérea, nos veíamos obligados a operar con las tinieblas. Y en lo único que recuerdo haber soñado —ya desde mi bautismo del

fuego en la sierra del Guadarrama, en el otoño de 1937— fue con mi cama de Barcelona, sus sábanas limpias y sus calientes mantas. Podríamos decir, todo lo más, que eran sueños ligeramente salpicados de añoranza.^[10]

En 1939 —hasta 1944—, en el exilio francés, incluida mi segunda guerra (la campaña de Francia, 1939-1940), que hice en la cruz de las fronteras de Francia, de Luxemburgo y de Bélgica, seguía durmiendo como un lirón. Sin sueños ni pesadillas, pese a tener a los nazis a tiro de honda. Dormía mis ocho, nueve y hasta diez horas por noche. Régimen de descanso que seguiría practicando —después de perder también mi segunda guerra— luego, siendo campesino, y también más tarde, en 1942-1944, cuando me tocó ejercer de guerrillero por el Mediodía de Francia. Los años 1944-1948 los pasé virtualmente en España, viviendo y actuando en plena clandestinidad. En el número 26 de la Vuelta del Ruiseñor, en Valencia, todavía vive la familia en cuyo hogar viví realquilado cerca de dos años. Allí ni soñé ni tuve pesadillas, y más me valió, porque la señora, el ama de casa, era la viuda de un capitán «caído por Dios y por España», adicta al régimen franquista, como es lógico, de forma que si me llega a dar por soñar despierto, pongo por caso, o tener pesadillas, a la buena señora le hubiese faltado tiempo para ir a delatarme a la policía.

Salí al exilio de nuevo, pateándome el Pirineo en solitario, en la primavera de 1948. Y seguía durmiendo normalmente. Bueno, lo que yo entiendo por «normal» desde julio de 1936, ya que a mí me hubiese gustado volver a mis maravillosos sueños infantiles.

Ahora, frescos mis sesenta años —sí, soy de la «quinta del biberón», pero alistado voluntario antes de ser llamado a filas—, sigo durmiendo mis siete u ocho horas y mi compañera puede

atestiguar que no tengo ninguna pesadilla y yo puedo asegurar que sigo sin soñar.

Respecto a la conciencia —y a la gran importancia que, en su conformación, tiene la educación infantil— me ha ocurrido tres cuartos de lo mismo. Ni en el Guadarrama (otoño-invierno de 1937), ni en el Segre (primavera de 1938), ni en el Ebro (verano-otoño de 1938), se me ocurrió nunca insultar, y menos maltratar, a ningún prisionero de guerra... ni siquiera a los italianos — algunos bastante chulos— que tuve que conducir al campo de fútbol de Falset un día de agosto de 1938.

Y en Francia, en la guerrilla, igual que en España, mi única obsesión fue siempre la de armonizar la eficacia de las acciones con la salvaguarda de mis hombres. Los prisioneros alemanes que mi destacamento hizo —incluido un capitán de las SS— fueron entregados a las autoridades militares francesas en el mismo estado que los capturamos. Pero desarmados y desdocumentados, eso sí. En cierto modo también se beneficiaron de mi «obsesión».

Y conste que uno fue «amo y señor», armado, de la zona oriental de la región de Carcassonne durante casi una semana (20-26 de agosto de 1944), tiempo en el que destituí a varios concejos municipales adictos al mariscal Pétain y a sus respectivos alcaldes. En la persona de alguno de éstos pude haberme tomado la justicia por mi mano, como en el caso del de Douzens, un tal Montlaur, el cual, en el otoño de 1940, se había portado miserablemente con una docena de familias de refugiados españoles residentes en su municipio. Con algo de mala suerte, a partir de aquella inhumana actitud muchos de ellos pudieron haber ido a dar con sus huesos a un campo de exterminio alemán. Como ocurrió en la zona centro

de Francia, en la región de Angouleme. Pero mi destacamento no molestó lo más mínimo a nadie. Y de su jefe, un servidor, aquellos pueblos guardan —me consta, por haberlos visitado este último verano— un buen recuerdo. Allí, en 1944, por parte nuestra no se dio ni nerviosismo, ni gritos, ni menos aún gestos histéricos...

No voy, con falsa modestia, a pedir perdón por haberme mostrado como «modelo». Podría haber citado docenas de casos —muchos de ellos constan en mis libros—, pero preferí hablar del caso que tenía más a mano y que, en este trance, mejor podría servir —si sirve para algo— a quienes sentirían alguna inclinación al estudio de mi mente, de mis recursos paranormales... o de otras potencias interiores o periféricas.

Entonces, si está claro que en el niño de hoy se conforma el hombre y la mujer de mañana, y éste se forma en el hogar, en la escuela y en la calle, no quedará menos claro que lo que deberíamos hacer es no remover las pequeñas cantidades de mala uva que, por lo visto, todos almacenamos en nuestras entrañas, sino cultivar las buenas inclinaciones, la generosidad y el amor, o el compañerismo de que uno es capaz. Y asunto concluido. Y remachar bien esto: al mundo hemos venido —nos lo dice Antonio Gala con bellísimas y, a la vez, dolidas palabras— a tratar de ser felices, y no podremos serlo plenamente más que en la medida en que lo sean también todos aquellos que nos rodean, aunque estén a miles de kilómetros de nosotros y su piel sea de otro color que la nuestra.

Podría hablar también de mi experiencia carcelaria española, en el invierno 1945-1946. En particular con muchachos de estirpe gitana —ejercían de «descuideros» por Girona, al parecer—, a los que conocí en la cuarentena y tuve como alumnos en la escuela

carcelaria después. Con uno de ellos conviví en la cuarentena varios días. Al decir de la sociedad era un malhechor, pero yo puedo afirmar que allí me dio pruebas de un talante solidario ejemplar, siendo yo un perfecto desconocido para él. Y un «político», para que no faltase detalle. Pero sería prolongar demasiado —no innecesariamente— este capítulo. Quiero decir, sin embargo, que desde muy joven oí decir a mi padre que el hombre nacía bueno y que era la sociedad la que lo volvía malo. Confieso que, a ratos, llegué a dudar de ello, pero a estas alturas reconozco que mi padre, y cuantos opinaban como él, tenían razón. La socióloga Anne Druyan y el investigador Carl Sagan nos lo confirman —científicamente— en estas páginas. Mi padre decía también que estaba y está al alcance de cada uno de nosotros, la posibilidad de lograr que la sociedad cumpla la misión que le corresponde: poner los medios para que todos sus miembros sean personas de bien y gente feliz.

Antes de terminar, otra breve aclaración: desde mi abuelo paterno, Pons Ferrer (un republicano federal que ya anduvo a mamporro limpio con la fuerza pública, en Valencia, manifestándose en pro de las reivindicaciones autonómicas de los cubanos y de los filipinos), pasando por mi padre, Pons Sistemas (uno de los fundadores del Sindicato de la Madera de la CNT, en Barcelona), un servidor, Pons Prades, y mis cuatro hijos, Pons Santano, en nuestra familia vamos ya por la cuarta generación de gentes totalmente desconectadas y totalmente despreocupadas de todo lo religioso. O sea que nosotros ni estamos, ni hemos estado nunca, inmersos en «crisis de fe». Ni las crisis ajenas de este tipo nos han ocasionado depresiones o traumas de ninguna clase. Con su pan se lo coma cada cual. Por consiguiente, los

extraterrestres —y concretamente los tripulantes de la nave *Luz del Cosmos*— no se me han presentado bajo forma de vírgenes o santos, como según parece algunos dicen haberlos visto; ni bajo el aspecto de demonios o genios, como al parecer suelen verlos los seguidores de tradiciones esotéricas; ni tampoco en forma de misteriosos iniciados, como dicen vislumbrarlos los estudiosos o pseudo-estudiosos de lo oculto.^[11]

Por otra parte, mi padre nos decía también que el mejor predicador es el que predica con el ejemplo y, a ser posible, deja bien establecido que de la predicación no obtiene ganancia material alguna. Pues bien, a la vista de los suculentos tinglados comerciales que se han montado esa partida de escudriñadores-alteradores de la mente, de la conciencia y de los más íntimos y oscuros recovecos del ser humano, uno se pregunta a qué se hubiesen dedicado esas gentes, hoy, si no les llegan a caer del cielo —nunca tan ajustada la frase— los ovnis. ¿Qué clase de sectas o congregaciones se hubiesen inventado para alimentar su egolatría y tratar de disimular esa suma de desequilibrios de los que, a mi entender, adolecen la mayoría de esos vividores del «fenómeno» extraterrestre, y que van desde la decrepitud sexual a la indigencia cultural más apabullante? Grave y delicadísimo estado de alarmantes repercusiones, sabiendo, como es notorio, que ambos equilibrios, para cumplir al dedillo sus respectivas funciones, han de complementarse admirable, fantástica y maravillosamente.

Hemos creído oportuno añadir unas notas, a veces extensas, al final de cada capítulo por varias razones concretas: a) a menudo son la extensión del tema abordado o esbozado; b) a veces se trata de un tema que se imbrica con el precedente, aunque

también sea «otra historia»; c) en otras ocasiones, como es el caso del físico y astrónomo perpiñanés François Aragô, se citan escuetamente algunos personajes por lo aleccionadoras que son sus actividades y su trayectoria personales; y d) finalmente, porque pueden servir de pista cuando el lector necesite documentarse mejor sobre un tema concreto.

Como era natural, el tratamiento del tema de las naves espaciales extraterrestres, y sobre todo el de sus ocupantes y el mundo del que proceden, nos ha revelado, a los profanos, la inmensa seducción que irradia del escenario en que unos y otros nos movemos y actuamos: el Universo. De ahí que, además de los apéndices y las notas, que nos hemos esforzado por sintetizar al máximo, hayamos considerado necesario destacar al final del libro, en las «obras consultadas», las obras que recomendamos al lector amigo para que vaya adentrándose, amena y provechosamente, en el infinito y maravilloso Universo.

Por otra parte, el autor queda a disposición del lector que desee mayor información sobre cualquiera de los temas que aquí se mencionan —a veces muy superficialmente— y a quienes lo soliciten en carta dirigida a Editorial Planeta y a mi nombre, remitiré fotocopia in extenso de los trabajos extractados o facilitará toda clase de información sobre libros, revistas y organismos a los que se pueda solicitar documentación sobre una determinada materia (agricultura, ecología, los bosques, el mar...).

EL MENSAJE DE OTROS MUNDOS

(31 de agosto de 1981)

QUIÉNES SOMOS

Somos los representantes de una infinidad de planetas habitados por humanos y animales de todas las especies, que componen la Armoniosa Confraternidad Universal.

NUESTROS DESEOS

Desde hace muchos siglos: establecer un contacto fraternal con los habitantes del planeta Tierra. Tan sólo su carácter belicoso y las acciones destructivas han hecho imposible el contacto definitivo. Desde los tiempos más remotos, y por todos los medios a nuestro alcance, hemos intentado dar fe de nuestra existencia y de nuestras intenciones. Y anhelábamos que la Tierra centrara toda su inteligencia y esfuerzos en corresponder a nuestros intentos. En lugar de eso, recientemente las potencias más «civilizadas» han procurado mantener en secreto muchas de nuestras apariciones sobre la Tierra.

Como nosotros somos gente de paz, nos hemos limitado a visitar periódicamente la Tierra y a observarla, siempre con la esperanza de que un día se establecería el tan deseado contacto definitivo. Contacto que no ha sido posible, repetimos, a causa de vuestras guerras, en las que, al paso de los tiempos, se han ido empleando recursos destructivos de mayor potencia, hasta alcanzar la situación actual, en que el planeta Tierra puede saltar por los aires, en millones de fragmentos, el día menos pensado.

NUESTRAS ESPERANZAS Y NUESTROS TEMORES

Cuando las superpotencias de la Tierra empezaron a lanzar naves espaciales hacia el Cosmos, albergamos la frágil esperanza de que fuesen mensajes de paz. Pero en seguida pudimos comprobar que tales acciones sólo eran nuevas empresas con vistas a consolidar el poderío bélico de las dos superpotencias que dominan y esclavizan al planeta Tierra. Cediendo así, una vez más, a la tentación secular de dominio, de esclavización y exterminación del prójimo, fruto de la inconmensurable soberbia y de la peligrosa imbecilidad de quienes detentan el poder político, militar y espiritual en la Tierra. Por eso, nuestras apariciones, que ahora son además operaciones de policía, han proliferado tanto en este último cuarto de siglo.

Actualmente, en 1981, podemos asegurar a los habitantes de la Tierra que una de dichas superpotencias tiene en proyecto la instalación de bases militares espaciales para amenazar y chantajear a todas las comunidades terrestres, en general, y a la otra superpotencia, en particular. Aunque siempre nos ha entristecido el ver a los habitantes de la Tierra destruirse mutuamente y emplear su inteligencia en hallar medios de destrucción más horribles, nosotros, fieles a nuestra ética cósmica de no intervenir en el desarrollo de otras vidas, y menos todavía de coaccionarlas o violentarlas, siempre nos hemos abstenido de

actuar en la Tierra. Sin embargo, hoy, cuando una de las dos superpotencias amenaza el armonioso orden universal, establecido confraternamente desde hace muchos siglos, con el transporte de artefactos altamente destructivos en sus naves espaciales, nos hemos decidido a enviar este mensaje, que esperamos no sea interceptado o adulterado como otras veces ha ocurrido.

NUESTRA ADVERTENCIA

Nuestra advertencia, siempre con miras fraternales, es, sin embargo, muy seria y resuelta: esa superpotencia (cuya identidad, hoy por hoy, no revelaremos) debe renunciar de inmediato a ese loco proyecto, ya que, en caso contrario y sin previo aviso (en realidad este mensaje debe ser considerado como una advertencia), procederemos a la congelación indefinida de toda vida en el área de su territorio nacional y las de sus bases esparcidas por el planeta Tierra y en el espacio. Poseemos medios sobrados para ello. Medios que hemos ido descubriendo, a lo largo de muchos siglos, buscando el fermento de la Vida y no el imperio de la Muerte, desconocida en los planetas de la Armoniosa Confraternidad Universal. Y queremos recalcar que este aviso vale también para la otra superpotencia y para todas aquellas comunidades de la Tierra que puedan ceder a la tentación de dominar el Universo. Pretensión ridícula, cuando todavía no han sido capaces de conocer y amaestrar el planeta sobre el que nacen, viven y mueren. Y a todas esas comunidades —grandes y pequeñas, potentes e impotentes— les decimos que el contacto definitivo con nosotros no podrá ser establecido más que cuando quede bien claro que la Tierra desea vivir en paz consigo misma y con los demás. Y que, en lugar de surcar los espacios cósmicos con intenciones bélicas y destructivas, dedique

sus principales esfuerzos y recursos a conocer a fondo las características y los maravillosos recursos de su planeta, único medio de que puedan vencer un día, a su vez, a la Muerte, dando a la Vida su única fuente de subsistencia: la del interminable descubrimiento de las inmensas e infinitas maravillas del Universo.

Dado en un macizo montañoso de la Tierra, en la mente de un mensajero terrestre, en la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1981.

APOSTILLAS A UN MENSAJE

Si nuestro quehacer cotidiano no destella fulgor poético, no es la Vida lo que viviremos sino que, día tras día, nos irá saliendo al paso la Muerte.

Henry-David Thoreau.

«Tal vez todas las civilizaciones considerablemente más avanzadas que la nuestra han alcanzado una inmortalidad personal efectiva y han perdido la motivación para vagar por los espacios intersidiales, lo cual, por todo lo que sabemos, puede ser una necesidad típica de las civilizaciones adolescentes», ha escrito Carl Sagan.^[12]

Recuerdo que, en los primeros años de la década de los 50, el llamado fenómeno ovni empezó a ocupar espacios cada vez más importantes en toda suerte de medios de comunicación y, muy particularmente, en las revistas de tono más o menos sensacionalista. Residía yo entonces en el sur de Francia y, como autor de guiones literarios para cine, hacía frecuentes viajes a París. En uno de ellos, en la primavera de 1950, cayó en mis manos una revista francesa, Noir et Blanc, en cuyas páginas vi por vez primera unos dibujos representando supuestos platillos volantes,

aderezados con un texto pasablemente fantasioso, pero que, a mi entender, tenía su miga. Para mí, al menos, sí la tuvo, puesto que el 31 de octubre de 1952 depositaba en la Sociedad de Autores de Películas, de París, un guión literario (registrado con el número 13,829), titulado Aventura en Venus (y más tarde, tras una revisión, Destino: Venus), inspirado un poco en el reportaje de Noir et Blanc, pero en el que yo había dejado volar mi imaginación a partir de unas preguntas que cualquiera, en aquel trance, podía hacerse: ¿Por qué no han de existir otros planetas habitados? Y de existir: ¿Por qué no podrían ser sus habitantes más civilizados, felices y perfectos que nosotros?

Y de ser esto así: ¿Por qué ese empeño en relacionarse con nosotros que, cada dos por tres, a lo largo de nuestra historia, estábamos demostrando con creces no estar ni civilizados, ni ser inteligentes ni, por supuesto, felices y andar cada día más distanciados de la perfección?

Ya en trance de sincerarme, diré que otra de mis fuentes de inspiración, para escribir mi guión, en el que el tema estaba tratado por mí a modo de comedia musical, fue una película de los años 30, titulada El último varón sobre la Tierra, protagonizada, si mal no recuerdo, por Conchita Montenegro y Raoul Roulien, que eran unos actores españoles afincados en Hollywood. Aclaro: tanto en un caso como en otro fueron inspiraciones más bien livianas, digamos de arranque, que uno actualizó y, si cabe, anticipó en el tiempo y en el espacio, puesto que apunté «realidades» que luego se han confirmado.

También he de puntualizar que, desde entonces a estas fechas, casi treinta años, el asunto de los ovnis no me atrajo nunca especialmente. Con decir que en mi bien surtida biblioteca no

tenía un solo libro dedicado a ellos, está dicho todo. Leía con atención, eso sí, cuanto caía en mis manos (revistas, periódicos...), como se lee algo que ya se da por sabido, pero que uno comprueba que, para el común de las gentes, sigue teniendo cierto halo misterioso y está despertando creciente interés. Ha sido ahora, tras el encuentro con la tripulación de una nave espacial extraterrestre, cuando, durante cuatro meses, me he empapado de libros y revistas «especializadas». Más que nada para ver por qué niveles transitaba, a ras de tierra, el tema ovni y a qué extremos de fantasía —o de morbosidad— habían llegado los terráqueos, a quienes, al parecer, tanto interesa y apasiona el tema en cuestión. He de confesar que mi decepción ha sido mayúscula. Más adelante entraré en detalles. Ahora limitémonos a ponerle algunas apostillas al mensaje-ultimátum.

El célebre y joven investigador Carl Sagan es el autor que más me ha impresionado. Y no ya sólo por su obra, que se me antoja importantísima, sino también por su sinceridad. No le duelen prendas y, por encima de todo, es capaz de hacerse una serie de preguntas en las que, según mi propia experiencia, se contiene la esencia —o mejor dicho: las esencias— de la Vida en otros mundos. [\[apéndice 1\]](#)

Apunta Sagan la posibilidad de «inmortalidad en otras civilizaciones». Éste es el punto que más me sorprendió y me anonadó en boca de los extraterrestres: la afirmación de que para ellos no existía la Muerte y, por consiguiente, tampoco el Tiempo ni el Espacio. Y cuando Sagan habla de que «quizá hayan perdido la motivación para vagar por los espacios interestelares», dejando flotar la pregunta en el aire, ellos nos responden en el mensaje, cuando nos hablan del principal aliciente de sus vidas: la del

interminable descubrimiento de las inmensas e infinitas maravillas —y recursos— del Universo. Descubrimientos que van completando sus ya profundos y dilatados conocimientos sobre el Cosmos y su latente y cambiante vida.

Hechas estas aclaraciones, es posible que la lectura del comunicado de otros mundos resulte más enriquecedora. Pero aún hay más: y es que a estas alturas nadie puede dudar de que sus recursos tecnológicos —los de los extraterrestres— resultan inconcebibles, por lo menos desde nuestras coordenadas y a través de nuestros parámetros tradicionales. Por otra parte, por la manera de emplear esos recursos —aparecer y desaparecer ante nosotros, sin dañar nada ni a nadie, como una pura exhalación cósmica— se puede sospechar, e incluso afirmar, que, en efecto, son gente de paz. Mientras que nosotros, los terráqueos, nadie puede negar que somos precisamente todo lo contrario: gentes de guerra. Es lo que, sin duda, permitió al filósofo alemán Kant acuñar esta afirmación: «La coexistencia pacífica entre los hombres no es un estado natural; su condición real es más bien la guerra». Así, en tanto a los habitantes del planeta Tierra nos domine el talante destructivo y exterminador, del que hacemos gala desde nuestros orígenes, ¿cómo vamos a pretender convivir con otras comunidades cuya principal razón de ser es el culto a la vida? [\[apéndice 2\]](#)

Además, ahora, cuando con algo menos de cien gramos de TNT por cabeza de terráqueo serían suficientes para hacer saltar la Tierra en millones de pedazos, en 1981 tocábamos ya a varios kilos del tremendo explosivo per capita y en 1981, no contentos con haber archiasegurado la destrucción de nuestro planeta, nos disponemos a exportar esa capacidad de aniquilación hacia el

Cosmos. [\[apéndice 3\]](#) ¿Hay o no razones para desesperar de la civilización terráquea? Los más suspicaces comentaristas —entre los que no creen en la existencia de otros mundos— no pueden evitar, sin embargo, que se les escapen las sempiternas preguntas: «Si de verdad existen los extraterrestres, ¿por qué no se dan a conocer?, y ¿por qué no establecen negociaciones con nosotros?».

Carl Sagan, lacónicamente, nos da una cumplida respuesta: «... o tal vez existe en la galaxia una cierta ética de no interferencia con civilizaciones atrasadas o en nacimiento. Tal vez exista un tiempo de espera antes de considerar oportuno tomar contacto, en orden a proporcionamos una buena oportunidad de autodestruimos, si a eso vamos».

En efecto, como apunta Sagan, existe una ética de no interferencia. Lo han demostrado repetidamente con su comportamiento. Por lo menos en lo de «no interferir negativamente». Y a tal punto esto es así que, en el curso de nuestra larga y enjundiosa conversación, ni una sola vez se permitieron tomar partido, ni directa ni indirectamente, por nada ni por nadie —tajantemente, se entiende— con relación a los asuntos de la Tierra. Y cuando hablamos de cosas corrientes —por ejemplo: del amor— se guardaron muy bien de decirme que «el amor es una inconmesurable farsa de raíz religiosa o metafísica...» (por eso da los «amorosos resultados», en general, de todos conocidos), sino que se limitaron a hablarme del «compañerismo» como sentimiento cimero de las relaciones humanas en los planetas que forman parte de la Armoniosa Confraternidad Universal. Mas no anticipemos...

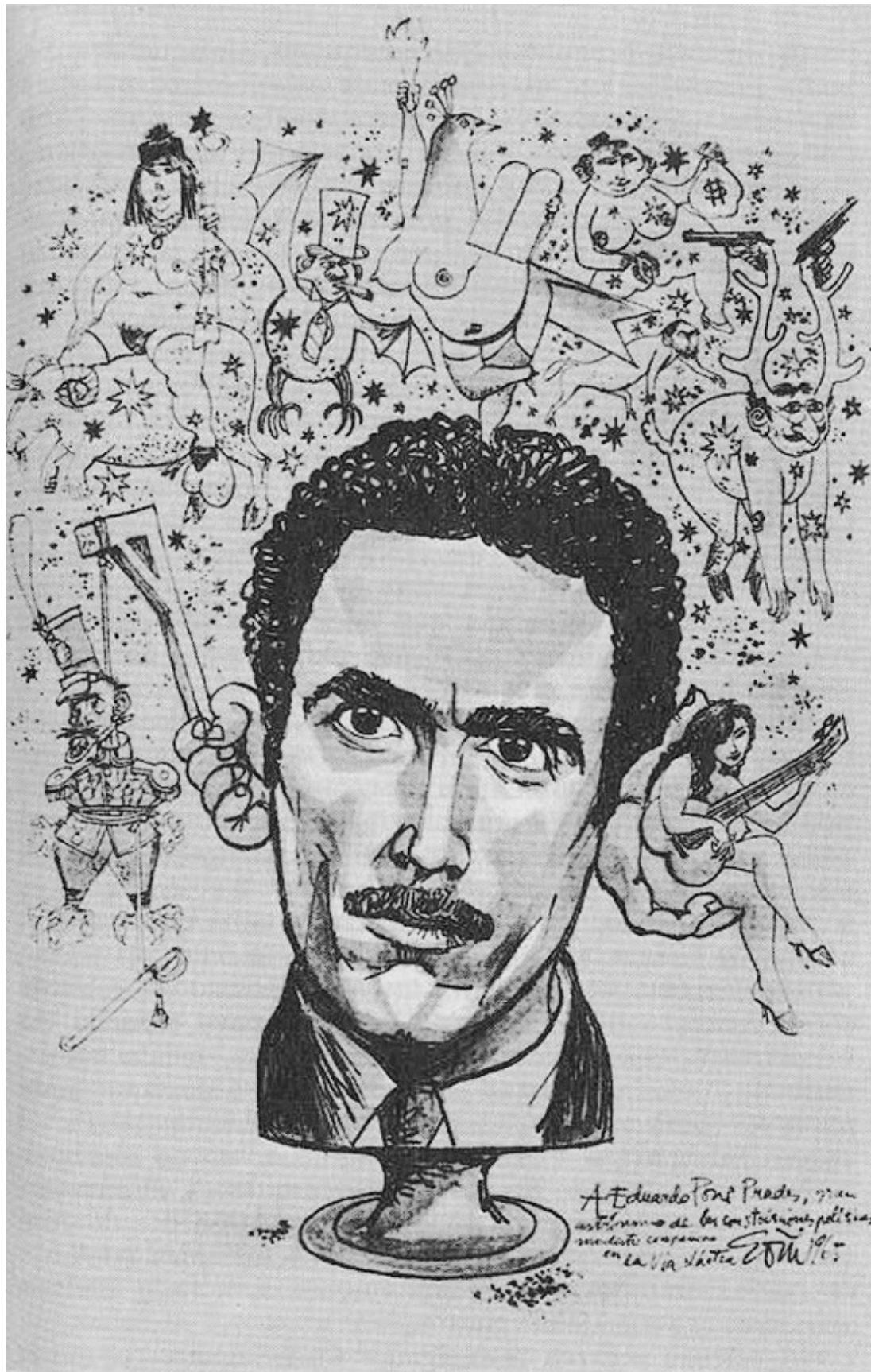
Ahora lo hacen —interfieren—, a través de ese mensaje-ultimátum, porque somos nosotros quienes pretendemos invadir

su espacio —que es también nuestro espacio, como ellos me recalcaron varias veces— e interferir en sus vidas con afanes belicosos. Por eso, a nadie ha de extrañar que, de unos decenios a esta parte, lo que antes era mera observación de las ideas y venidas de los terráqueos, se haya transformado ahora en estrecha vigilancia. Por cierto que, observados desde las alturas, nuestro ir y venir debe constituir un espectáculo muy deprimente. Por un lado, esa suicida —y poco rentable— acumulación de medios destructivos, que ha rebasado, con mucho, el nivel máximo de nuestras «necesidades».^[13] Y, por el otro, la total falta de originalidad en la fabricación de esos recursos apocalípticos, y esto pese a tantos avances tecnológicos.

El poblador de la Tierra, aunque haya pisado la Luna, en lugar de despegar de su secular mediocridad —moralmente hablando—, se ha ido adentrando en un desolador callejón sin salida: el de su autodestrucción. Porque, entre otras fechorías de «ambientación», ha cometido la de adulterar y desprestigiar su propio lenguaje, volviendo caducas las fórmulas de contacto y de entendimiento a las que reducidos grupos de otros terráqueos iban insuflando, pese a todo, algún hálito de vida. Y así se han cuarteado peligrosamente todos los ámbitos de la convivencia humana. Han decapitado la esperanza y, en el campo de la creación, hacen reinar una incomunicación total y un vacío creciente y espantoso.

Queda en pie la incógnita-clave del mensaje: ¿cuál es la superpotencia que, al parecer, ya tiene dispuestas naves espaciales, preparadas para transportar toda clase de artefactos altamente destructivos? Por encima de noticias de prensa más o menos fidedignas —pues la intoxicación psicológica sigue siendo

un arma de guerra muy eficiente— importa poco saberlo, porque, como hemos podido comprobar en la escalada armamentista, todos sabemos cómo se desarrolla la espiral de la violencia. Sea cual fuere la potencia acusada, todo hace temer que «la otra» no tardará —si no lo ha hecho ya— en disponer, a su vez, de naves capaces de poner en peligro al armonioso orden cósmico. Lo cual significa que la advertencia que el mensaje contiene es válida para las dos grandes superpotencias terráqueas. Y también para todos aquellos que soñasen con emularlas. Porque, la verdad es que resulta tragicómico que países miserables, como la India entre otros, en lugar de dedicar sus ya pocos recursos a paliar la tremenda miseria que sus poblaciones sufren, se empeñen en querer poseer su bomba atómica personal.^[14]



A Eduardo Frei Prades, gran
astillero de las construcciones políticas
socialista copanero
en la vía rápida 2011

Caricatura del autor. «A Eduardo Pons Prades, gran astrónomo de las constelaciones políticas, su compañero en la Vía Láctea Goñi 1965.» (¿Por qué a esta visión del contorno franquista, mi buen amigo agregó esa dedicatoria cósmica? ¿Será Lorenzo Goñi extraterrestre «avant la lettre»?)



Eduardo Pons Sistemas (Valencia 1895, Barcelona 1936). Fue uno de los fundadores del Sindicato Único del Ramo de Elaborar Madera (Confederación Nacional del Trabajo). Era ebanista especializado en la sillería artística o de estilo.



Gloria Prades Nuño (Valencia 1896, Francia 1972). Era la «clásica» compañera del luchador sindicalista, actuando las más de las veces en el anonimato, pero cuya presencia en las lides obreristas era valiosísima.

Fue «telefonista en cap» de la Conselleria de Treball de la Generalitat desde 1932 a 1939.

UN VIAJE IMPREVISTO

(Noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1981)

Estoy convencido de que los seres extraterrestres que observan la Tierra nos han visitado durante milenios en lo que ahora denominados platillos volantes. Estos objetos son concebidos y pilotados por seres inteligentes de muy elevado nivel.

Hermann Oberth («padre» de los cohetes espaciales alemanes).

Aquel día, el 31 de agosto de 1981, a poco más de las ocho de la tarde (seis hora solar), me echaba a la carretera. Mas, al salir del camino particular del hotel, en el que había dejado a mi compañera, yo debía tomar a la izquierda y dirigirme, tras atravesar el pueblo de Prats de Molló, hacia Perpiñán, donde proyectaba pasar la noche y salir a la mañana siguiente hacia Barcelona. Esto debido a las enormes molestias que me ocasiona en la vista el conducir de noche. Pero sin saber por qué, tomé hacia la derecha. Es decir: por la carretera que conduce hacia la frontera y en dirección a Barcelona, vía Camprodón.

Al cuarto de hora, más o menos, y también sin razón para ello, poco antes de llegar a la frontera abandoné la carretera nacional y me adentré por un camino forestal, por el que circulé dos o tres minutos, hasta que se paró el motor del coche y se apagaron los faros. El tiempo y las distancias a que aquí me refiero las calculé seis días después, cuando fui a visitar el lugar del encuentro y a sacar algunas fotografías. Accioné en seguida la puesta en marcha dos o tres veces sin que ninguno de los órganos del motor diese la menor señal de vida. Y cabe pensar que accionaría el botón de las luces preso de cierto nerviosismo, puesto que me quedé con él en la mano. Entonces bajé del coche y recorrí un centenar de pasos en dirección al interior del bosque. Luego regresé al punto de partida, sin haber visto ni oído nada, y me senté en el morro del coche, como quien espera algo o a alguien. Diré que de pronto pensé en ellos, en los extraterrestres, pero al no ver luces ni nada que delatase su presencia, deseché esta idea sin saber muy bien en qué pensar.

Tardé muy poco en ponerme a caminar de nuevo en la misma dirección que antes, hasta alcanzar una curva situada a unos 150 metros de distancia. Todavía clareaba. Mas no había rebasado del todo la curva cuando, de pronto, se iluminó —se inundó de luz, sería más apropiado decir— la parte derecha del bosquecillo, que se extendía a ambos lados del camino. Era un verdadero mar de luz, en el que si bien preponderaba el blanco, también se percibían franjas de color rosa y naranja. Aunque, por instantes, en los rayos de luz se entremezclaban multitud de colores difíciles de definir. Era como una sinfonía de arcos iris cambiantes, rápida y suavemente a la vez. Detalle curioso: pese a que, como ya señalé, a mí me molestan tremendamente los faros de otros coches,

cuando viajo por carretera, he de reconocer que no sentí molestia alguna ante aquel insuperable alarde de luminosidad, y la fantástica catarata de colores no sólo no me sorprendió sino que operó en mí como un delicioso sedante. Si tuviera que buscar un ejemplo diría que semejante estado no se da en mí más que cuando escucho música de jazz o brasileña. Desde el primer instante tuve la sensación de que todo aquello, tan insólito, me era algo familiar. Mi editor, al hablarle de ello, habló de «valentía», de «temeridad»... No, yo creo que, en lo que me afecta, lo que se da es una poco corriente mezcla de curiosidad, fruto sin duda de mi temprana formación racionalista, y una cierta carga de inconsciencia, acumulada a lo largo de mi accidentada y apasionante existencia.

Por eso, seguramente, me encaminé hacia el lugar de donde parecía brotar aquella luz, con paso lento, pero resuelto, sin abandonar el camino, aunque muy pronto pude darme cuenta de que la iluminación procedía del interior del bosquecillo. Tardé poco más de un minuto en llegar a las lindes de un prado, que era donde nacía la luz, y desde allí empecé a distinguir la silueta de una enorme nave espacial. De unos 50 a 75 metros de anchura. La luz salía de la parte de arriba y de la parte baja de la nave. Así que salté del camino al prado y me quedé como encantado durante unos segundos. Al tiempo que los dos anchos haces de luz se apagaban lentamente, oí una voz —en correcto castellano, con un tono cantarín, algo musical— que me dijo:

—No temas. Acércate, por favor.

Entonces, con la mayor naturalidad del mundo, me acerqué a la nave, cuya base estaba ahora iluminada por un potente foco de luz blanca y rosa, que salía por una puerta abierta en su «bajo

vientre», de la que no tardó en salir una especie de rampa. Me dirigí hacia allí y apenas llegué al pie de la «escalerilla» me detuve y alcé la vista, percibiendo en la puerta una forma corporal alta, envuelta por una especie de halo multicolor. En el acto volví a oír la voz:

—No temas. Sube a nuestra nave, que deseamos hablar contigo.

La rampilla mecánica me subió hasta arriba, hasta la puerta, que estaría situada a unos 4 o 5 metros del suelo. Antes había podido ver que la nave estaba posada sobre cuatro patas, que parecían estar articuladas tubularmente. Por lo que yo podía percibir, la nave era de un color metalizado, más bien oscuro. Al franquear la entrada la voz me dijo:

—¡Bienvenido a bordo de la nave *Luz del Cosmos!*

Y con un ademán suave, de los tres que me estaban esperando, el más cercano a mí —que luego resultó ser una fémina— me indicó unos asientos en el centro de aquella inmensa sala, colocados en torno a una mesa de forma ovalada. La primera impresión que tuve, que me «golpeó», ante la blancura de todo aquello, es que se trataba de un aparato de materia plástica. Ahora, al verlos desplazarse a mi lado, ya podía hablar de cuerpos humanos, puesto que, por lo menos, tenían un torso, una cabeza, dos brazos y dos piernas. Iban vestidos con una especie de mono blanco, muy ajustado al cuerpo, y calzados con unas botas —también blancas— que parecían ser de lona. Nunca observé en su atuendo la menor arruga o pliegue. En el pecho, a la altura del corazón, llevaban un emblema en cuyo centro había un círculo, un ojo resplandeciente, multicolor y multiprisma, que no cesó de

centellear un solo instante, y en el que, a menudo, quedaría clavada mi mirada.

A lo lejos, a unos 6 o 7 metros, al fondo de la sala, a mi derecha, percibí a cuatro tripulantes más, que se movían frente a una gran pantalla, en la que no cesaban de encenderse y apagarse lucecillas de todos los colores, como si estuvieran manipulando botones en aquel inmenso «tablero de mandos» que se encontraba al pie de la pantalla luminosa. Más tarde, uno de ellos se reunió con nosotros en la mesa, en torno a la cual llevábamos ya un buen rato sentados y silenciosos. Ellos, al sentarse, se habían quedado inmóviles, como estatuas. No diré que «mirándome» —los tenía a 2 o 3 metros de distancia—, porque el halo aquel me impedía ver sus ojos —que luego descubriría—; apenas si veía el contorno de su cara, ya que llevaban puesto un pequeño casco. Fue sin duda un compás de «aclimatación». Lo sentí como si me hubiesen estado diciendo: «Ten la certeza de que aquí, entre nosotros, te vas a sentir como en tu propia casa». Y para ello, como es natural, el mejor camino era el de dejarme mirar, y observar y tratar de captar todo lo que me rodeaba. Una de las cosas que me llamó más la atención fue el silencio que reinaba en el recinto. De vez en cuando fijaba mi mirada en los cuatro tripulantes que andaban atareados ante la gran pantalla luminosa. Se movían y gesticulaban —esto sería la tónica general en todos los tripulantes mientras conviví con ellos— con lentitud. Parecían personajes de una película proyectada a cámara lenta. También observé con mucha atención la mesa que tenía delante. Y, como el orgullo terrestre todavía era de rigor, en todo momento me esforzaba por comparar lo que veía con lo que podía ser su equivalente en la Tierra. La mesa se parecía a esas que

vemos en los estudios de radio, con varias manecillas, y del centro emergían unas pantallas escamoteables, en una de las cuales yo podría admirar varios documentales que trataban, entre otras cosas, de sus viajes, de las recepciones que les habían reservado las poblaciones de los planetas visitados, de fiestas populares, de zambullidos de mini-platillos en los mares, y varios episodios más, la mayoría de las veces con gentes extraterrestres y otras con terráqueos como principales protagonistas.

También conté varias puertas que no vi abrirse ni una sola vez. Detrás mío, al pie de la pared, había como una especie de consola semicircular, con una mesa de la misma forma y media docena de silloncitos parecidos al mío. Así transcurrió quizá media hora. No sabría decirlo con exactitud, porque allí tuve la impresión de haber perdido la noción del tiempo. Ahora, cada vez que reflexiono sobre ello, pienso que era porque me sentía muy a gusto, aunque alrededor mío todo tuviera algo de misterioso y fantástico a la vez. Quizá porque presentía lo que iba a descubrir a bordo de aquella nave espacial extraterrestre. Cuando interrumpí mi inspección visual me quedé mirándolos fijamente. Y a pesar de que yo no podía descifrar qué rictus dominaba en su semblante, sentía muy bien sus miradas posadas en mí. Al cabo de un tiempo, oí la voz de nuevo:

—¿Estarías dispuesto a recoger un mensaje nuestro destinado a los habitantes de la Tierra?

Respondí afirmativamente sin pensármelo dos veces.

Y agregué:

—Ahora, si me lo permitís, iré hasta el coche a buscar papel y mi pluma.

—No, no es necesario. El mensaje te lo vamos a grabar en la mente. Si accedes a ello, naturalmente.

Les dije que no veía el menor inconveniente. Pasaron unos minutos de silencio, pero me di cuenta de que estaban hablando entre ellos: los tres tripulantes y el cuarto, que acababa de reunirse con nosotros y que estuve siempre de pie, apoyado en el respaldo del sillón del centro. Observé cómo ladeaban sus cabezas, como mirándose, pero no oí ningún ruido, ni la menor voz.

Luego se me acercó la recién llegada —vi que era una fémina por las formas de su cuerpo y una larga cabellera pelirroja-trigueña, que descubrí a través del halo multicolor al acercárseme tanto— y me colocó un casco que tenía la forma de un birrete de rabino. Las primeras palabras que oí por los auriculares del casco fueron éstas:

—No creemos que corras ningún peligro grave, pero las fuertes impresiones a que va a ser sometida tu mente podrían acarrearle alguna complicación. Si accedes a correr ese pequeño riesgo no te muevas. Pero, en caso contrario, tú mismo puedes quitarte el casco, salir de nuestra nave, regresar al automóvil y seguir el viaje tranquilamente.

Me quedé inmóvil. Pensé que me había enfrentado con tantos peligros a lo largo de mi vida, y en algunas ocasiones, posiblemente, por razones mucho menos importantes que aquélla. Por otra parte —¿a qué negarlo?— semejante situación me divertía y, cada minuto que pasaba, la curiosidad por saber en qué iba a quedar todo aquello aumentaba. La verdad es que tampoco podía llamar curiosidad a secas al sentimiento que me

embargaba desde el instante en que descubrí el platillo volante estacionado en aquella pradera. Y si es cierto que ellos comprimieron en mi mente muchísimas estampas, no lo es menos que, antes de que me colocaran el casco, ya andaba yo la mar de preocupado por ver cómo me las arreglaría para retener en mi mente todo lo que estaba viendo y lo que no era difícil presentir que me quedaba por ver.

Conociendo el escepticismo y la desconfianza de que suele hacer gala el común de las personas ante cualquier hecho insólito, estoy persuadido que mi afán por retener aquellas fantásticas vivencias en mi mente estaba centrado en mi personal recreo y, si acaso, para hacer partícipe de ellas a algún buen amigo mío. Uno —valga el recuerdo— ha conocido un sinnúmero de desilusiones y de reveses —tratándose de asuntos más tangibles—, para albergar demasiadas esperanzas respecto la capacidad de mis «paisanos» terrestres en esforzarse por comprender al prójimo y, menos todavía, para disponerse a extraer de nuestras experiencias personales lecciones saludables para todos. Así que, en este trance tan insólito, uno no puede pretender otra cosa —valga la advertencia— que narrar, lo más llanamente posible, lo que vio, lo que oyó, y los recuerdos y las reflexiones que nuestra larga, amena y hasta divertida conversación despertó en mí. Y nada más, sino agradecer al lector amigo la atención prestada a mi relato.

Y recalcar que me esforzaré porque estas páginas, pese a todo, rezumen optimismo.



Punto de la carretera Prats de Molló-Camprodón donde me desvié el 31 de agosto de 1981, poco antes de las nueve de la noche, hacia el camino forestal del Alto Vallespir.



Entrada del camino forestal. Nada más entrar, a la derecha, se pueden ver un par de docenas de colmenas metálicas.

UNA LARGA CONVERSACIÓN Y SUS PROLONGADOS SILENCIOS

Para nada sirve conquistar la seguridad, en relación con los hombres, si las cosas celestes y las cosas subterráneas y todo lo que hay en el Universo sin límites sigue siendo objeto de ideas confusas.

Lucrecio.

En esta época de pobreza moral, lo fundamental es despertar el entusiasmo.

Picasso.

Hay que amar la Vida para amar el Espacio.

Kazuaki Twasaki.

A BORDO DE UNA NAVE ESPACIAL DE OTRO MUNDO

De pronto la voz me dijo:

—Ya te hemos confiado el mensaje.

—A mí eso me parece más bien un ultimátum... —aventuré yo.

—Es lo uno y lo otro a la vez, y cree que sentimos mucho el habernos visto obligados a redactarlo en esos términos.

De momento no pude localizar de dónde salía aquella voz. Me pareció que venía de lo alto de la sala y a ratos que salía del centro de la mesa que me separaba de *ellos*.

Durante la «grabación» del mensaje, que hicieron con cierta lentitud, yo había podido leerlo perfectamente y he de confesar que su contenido me alarmó sobremanera. Pero uno, que raramente pierde su optimismo (puede que tenga algo de ese «fluido cósmico» que, según *ellos*, algunos terráqueos poseen)^[16], acabaría por serenarse al pensar que, con la difusión del mensaje, quizá contribuyese a evitar peores males.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó la voz.

Muchas preguntas merodeaban por mi cabeza y ahora que podía darles suelta parecía como si, al pugnar por salir todas a la vez, ninguna de ellas consiguiese despegar del tumulto. Por eso permanecí unos minutos en silencio. Quiero hacer una advertencia: cuando hablo de «tiempo», «ratos», «minutos»..., lo hago siempre por aproximación y con un lapso de tiempo (las siete

horas que calculo haber pasado en su compañía) como punto de referencia, porque lo cierto es —y de ello sigo teniendo conciencia todavía ahora— que allí, en su nave, perdí no sólo la noción del tiempo sino incluso la de mi asentamiento geográfico. Quiero decir: que aunque al subir yo en aquella nave espacial ésta estuviera «anclada» en el planeta Tierra, mientras permanecí en ella tuve la sensación de encontrarme en un mundo muy diferente al mío; entre personas cuya configuración mental tenía muy poco que ver con la que, por lo regular, domina en la Tierra. La verdad es que quería preguntarles muchas cosas y no sabía por dónde empezar. Al fin me arranqué: —Me gustaría saber de dónde venís..., si hay muchos planetas habitados, además del vuestro..., cómo tenéis organizadas vuestras vidas y, sobre todo, cómo habéis conseguido vencer a la muerte..., y otras cosas que ya iré recordando... La voz, siempre dulce y cantarína, respondió—: Si te refieres al último planeta que hemos visitado antes de llegar a la Tierra, te diremos que era el Verde Brillante, llamado así porque en él abundan los ríos y los lagos^[17]. Nosotros procedemos de planetas distintos. Cuatro somos del planeta Blanco-Marfil, dos son de Violeta-Flor y el otro es precisamente de Verde-Brillante... Y es muy posible que ninguno de nosotros vuelva a pisar nunca más su planeta natal... Aunque si hay razones para ello podemos estar en comunicación con ellos en cualquier momento y por varios medios.

—¿Entonces no veréis más a vuestras familias...?

—Las familias, según las entendéis vosotros, no existen en nuestro mundo. Nosotros vivimos en régimen comunitario a escala interplanetaria. Lo que significa que cuando nacemos pasamos a formar parte de la comunidad a la que pertenecen

nuestros progenitores, hasta que nuestras vivencias nos llevan a otros lugares, pero sin estar ligados a nadie en concreto y a todos a la vez. ¿Comprendes?^[18]

La verdad es que no lo acababa de comprender del todo, porque siempre resulta difícil desprenderse de las tradiciones y atavismos terráqueos y disponer por entero de nuestra mente para asimilar lo insólito. Incluso —según he podido comprobar a priori y a posteriori— cuando se trata de personas que se tienen —o alardean— por progresistas y que, frente a los hechos que desbordan el cuadro de sus rutinarios devaneos doctrinarios, reaccionan como auténticos retrógrados.

—Hay muchísimos planetas habitados —siguió diciendo la voz—. Cada uno de ellos con unas características singulares, que son las que le dan su nombre. Como diríais vosotros: los hay más ricos y los hay más pobres. Uno de ellos, por ejemplo, es el llamado Desierto-Dorado, que visitamos no hace mucho. Si nos fijásemos tan sólo en su superficie, es más bien de aspecto pobre, como vuestro desierto del Sahara, pero en su interior podemos descubrir lagos inmensos cuyas aguas poseen grandes poderes sedantes. Por eso tiene muy pocos habitantes. Pero allí, además de tener varios observatorios y muchos puntos de referencia para nuestra navegación, se han instalado balnearios para las gentes de nuestra comunidad...

—Pero todo eso, a escala planetaria, requerirá una organización monstruosa, corté.

—Nada de monstruosa, compañero. Tan sólo una organización racional, en permanente reajuste y perfeccionamiento, en la que cualquier miembro de nuestra gran comunidad no se siente nunca extraño. Te pondremos otro ejemplo: como todo el mundo sabe

que puede y debe colaborar en el mejoramiento de nuestras respectivas existencias, tomemos el caso de uno de nuestros compañeros al que se confía el control de la salubridad de uno de esos lagos. Que estará muy atento a su misión es algo incuestionable, pero que, además, si nota la más mínima anomalía en cualquier otro lugar inmediatamente pondrá en marcha el dispositivo de alerta, porque él sabe muy bien, ya que así se lo han enseñado en la escuela, que nada de lo que sucede alrededor suyo le puede ser ajeno. Y sabe también que no se debe subestimar nada, por muy tenue que pueda ser su tinte de anormalidad, y que, por tanto, debe hacer rápidamente cuanto esté de su mano para que todo vuelva a la normalidad. ¿Comprendes?

Naturalmente que lo comprendía, puesto que, como pude comprobar, ellos empleaban un castellano perfecto. (Otro «testigo directo» ha hablado de «castellano químicamente puro»). Lo que ocurría es que, así, de buenas a primeras, todo aquello me costaba creerlo, la verdad. Luego he pensado que, a la vista de los recursos de que disponemos los terráqueos, nosotros podríamos perfectamente poner en pie una organización semejante, a escala planetaria. A condición, como es lógico, de haber enmendado antes las tremendas e insultantes injusticias sociales existentes en la Tierra^[apéndice 1]; Y no digamos si la Tierra se incorporase a una comunidad cósmica! Pero yo seguía obsesionado por lo que parecía ser la base de esa organización. Y así se lo planteé.



Primer tramo del camino forestal, que recorrí lentamente con el coche, pese a ser «terreno privado del Estado» y estar «prohibida la entrada».



Punto del camino donde se me quedó parado el coche y se me apagaron los faros...

COMUNIDADES HUMANAS SIN BASE FAMILIAR

Como ya te hemos dicho —prosiguió la voz—, las células básicas de nuestras comunidades son los grupos formados por afinidad de vivencias. Vosotros diríais seguramente por «obligaciones profesionales o familiares». Te pondremos otro ejemplo: nosotros, antes de venir a la Tierra a realizar la doble misión de explorar vuestro planeta y de vigilarla, pilotábamos una nave mucho más pequeña que ésta, dedicada a la exploración interestelar.

Y ahora, cuando regresemos de esta misión, es muy posible que nuestra tripulación se disgregue, por lo menos durante un tiempo determinado. Una de nuestras compañeras se encuentra en período de gestación, lo cual significa que será atendida en el primer planeta-etapa que visitemos, hasta el día del alumbramiento. Es posible que un día vuelva a reunirse con nosotros. El solo hecho de que hayamos sido compañeros de vivencias durante alguna misión podría explicar que nos intereseamos por la evolución de su estado.

Y, tras un breve silencio, la voz prosiguió:

—Uno de nuestros compañeros se unirá con otra de nuestras compañeras de tripulación, lo cual significa que, en el primer lugar que aterricemos, se separarán de nosotros y dispondrán de un tiempo para vivir o viajar a su antojo por el espacio, visitando aquellos planetas que les plazca, con la certeza de que serán

recibidos en todas partes como verdaderos hermanos.
¿Comprendes?

Lo comprendía, claro que lo comprendía, pero mi complicada mente de terráqueo seguía salpicando aquellas bellas estampas de preguntas insolentes, que yo me hacía para mis adentros: ¿Pero, cómo se pueden formar comunidades de ninguna especie sin lazos familiares?^[apéndice 2]

Y, ¿se casan cuando quieren, sin pedir permiso a nadie, y luego se descasan cuando les viene en gana, y ya está? ¿Y esos viajes de novios cuánto duran? ¿Y quién fija la duración del viaje? ¿Y se van de viaje por el espacio, así, por las buenas, sin que nadie les marque un itinerario?

UNA FRATERNIDAD UNIVERSAL

Aunque lo cierto es que a un libertario no debería haberle sorprendido nada de lo que estaba oyendo, puesto que la sociedad fraternal con la que nosotros siempre soñamos, y por la que tanto hemos luchado, tenía como lema: «De cada cual según sus posibilidades y a cada cual según sus necesidades^[19]». Lo que significa que, en un estadio inicial de esa evolución hacia la fraternidad universal (detalle importante: gentes de escasa o nula cultura, hablaban ya de «fraternidad universal»), los que, por las razones que fuese, tienen mayor capacidad de entendimiento, de organización, de trabajo y de comprensión de los problemas humanos, deberían poner esa potencia de creación al servicio de todos. Mientras que los menos, o peor dotados —que lo son, casi siempre, a causa de las seculares injusticias sociales—, deberían poder acceder a todo aquello que les permite ser felices, libres y, naturalmente, superar su impotencia primaria con la misma facilidad que los mejor dotados.

Esto ya lo sé —porque nos lo repiten a diario los «sabios» y los «cretinos» al alimón, aunque con argumentos distintos— es la Gran Utopía. Pero no deja de ser curioso que estos días —mientras pasaba a máquina el original de este libro—, en una emisión de televisión española, muy popular, se le hiciera decir a uno de los personajes —que se suponía procedente de «otro

mundo»—: «Yo vengo de un lugar donde el que tiene da, y el que no tiene, toma^[20]».

Quizá por haber podido comprobar lo difícil que sería realizar esa revolución en la Tierra, era por lo que ahora se me hacía tan cuesta arriba el admitir que, en otro planeta, tal sociedad pudiese ser una realidad. De lo que no me cabía la menor duda, sin embargo, era que a medida que conversaba con ellos una inmensa felicidad se iba adueñando de mí. Una felicidad muy distinta a todas las que yo haya podido experimentar en mi vida. Pero, con todo, yo seguía en mis trece.

—Lo comprendo y no lo acabo de comprender, la verdad, porque si dos seres se juntan eso quiere decir que van a formar una familia...

—Nada de eso, compañero, porque es posible que uno de los dos, en ese viaje, decida quedarse, por lo que sea, en el planeta donde están pasando, por decirlo con palabras vuestras, «la luna de miel». Por otra parte, si cuando una pareja procrea, los dos, o uno de los dos, desea ser destinado al planeta donde se está formando el niño, se le dará ese destino sin demora. Porque la comunidad tiene que respetar siempre los deseos íntimos de la persona, mientras ésta sepa armonizar sus deseos con su labor. ¿Lo entiendes ahora?

—No del todo, porque, según veo, en vuestro mundo reina tal libertad individual que no concibo cómo pueden cumplirse unas mínimas obligaciones hacia la comunidad. Porque alguna obligación tendrá el individuo con respecto a la comunidad. ¿O no?

—Claro que las tiene. Pero no es una obligación, según lo entendéis los terráqueos, sino una vivencia personal que está

orientada, en un momento determinado, por lo que podríamos llamar el «planning de la comunidad universal»...

—¿Y quién maneja ese planning? —corté yo.

—Bueno, en realidad se trata de una red de computadoras-coordinadoras ...

—Nosotros a eso lo llamaríamos «burocracia robotizada» — corté de nuevo, con una punta de insolencia (de la que, en verdad, me avergoncé en el acto)—. Algo realmente espantoso de imaginar —agregué—, al menos para los terráqueos amantes de la libertad [\[apéndice 3\]](#)

Confieso que caí una vez más —y no sería la última— en una de las tantas «frases hechas» nuestras. Porque si en aquel momento, a ellos les da por preguntarme a qué clase de libertad aludía, seguro que me hubiesen puesto en un aprieto, ya que los «progresistas» hemos caído en la trampa que nos ha tendido los «retrógrados»: la de referirnos a la libertad —¡y a tantas otras cosas más!— siempre en términos abstractos. Cuando de lo que deberíamos hablar siempre es de las libertades fundamentales, concretas, de la persona humana, que son las que, hermanadas, forman la Libertad. Como más tarde me recalcarían ellos.

—Eso sería cierto si las manejasen tan sólo los elegidos o los privilegiados [\[apéndice 4\]](#). Pero allí no tenemos ni de lo uno ni de lo otro. Allí todos, sin excepción, estamos en disposición de pasar por los tableros de mando de las coordinadoras, ya que es algo que aprendemos desde muy jóvenes en la escuela. Hay que señalar también que nosotros no ponemos nunca nada en marcha, por atractivo o seductor que se nos antoje el proyecto, sin que esté dotado de sus respectivos elementos de control y de neutralización y, llegado el caso, de autodestrucción. Elementos

que son de pulsación humana en todos los casos. Ningún mecanismo puede escapar a nuestro control, por inofensivo que pueda parecer. Nosotros hemos humanizado la técnica^[21]. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, pero a cada paso que damos a mí se me plantean nuevas incógnitas. Por ejemplo: ¿cómo tenéis organizada la formación de los niños? Y esa especie de amor libre que al parecer practicáis, ¿nunca provoca fricciones o enfrentamientos?

LA FORMACIÓN DE LOS NIÑOS... Y EL AMOR LIBRE

Tu reacción no nos sorprende en lo más mínimo porque desconoces la clase de formación que nuestros niños y niñas reciben desde su más temprana edad. En cuanto empiezan a tener uso de razón: a partir de los cuatro o cinco años. Sin la menor discriminación, unos y otras reciben una doble formación: la vocacional y la necesaria. Muchas veces ambas coinciden. Pero lo esencial, la clave está en que cada niño y cada niña desde muy joven sabe que la formación necesaria es la que lo insertará mañana en un lugar de servicio a la comunidad. Mientras que, con su formación vocacional, llenará lo que vosotros llamáis «tiempo de ocio», aunque conviene puntualizar que, dada su formación general, esos «tiempos», además de favorecer y desarrollar la eclosión de su plena personalidad, en armonía con su entorno, de alguna manera contribuirán a enriquecer lo que, para entendemos bien, podríamos llamar, utilizando palabras vuestras, el acervo cultural de la comunidad.

—Por «necesaria» nosotros entenderíamos «obligatoria»...

—Vosotros sí —replicó la voz—, pero nosotros no, puesto que cualquier niño, en todo momento, tiene a su alcance el ejemplo de quienes lo ayudan a formarse. Dicho de otra manera: se orienta a los demás dando siempre el ejemplo. Ésa es la clave: que no se puede pedir nada a nadie si antes uno no está dispuesto a dar de

sí todo lo que puede dar. ¿Comprendes?^[apéndice 5]

—Supongo que los deportes deben jugar un papel importante en la vida de vuestros niños...

—Bien. El deporte es importante para todos: para los pequeños y para los grandes. Es algo que forma parte de nuestras vivencias cotidianas.

—¿Y qué clase de deporte practicáis?

—Luego tú mismo podrás ver practicar alguno. Pero te anticipamos que el talante con que nosotros practicamos el deporte no tiene nada que ver con el que domina en la Tierra. En nuestras vidas no entra para nada la noción de competitividad^[22]. Practicamos el deporte más adecuado a nuestra manera de ser, a las necesidades fisiológicas y para solazarnos y divertirnos.

En seguida comprendí que me había metido en un buen lío, porque... ¿qué podía yo decirle, con relación a «nuestros deportes» y a los «deportistas» terráqueos? Me encontraba con otra de nuestras asignaturas completamente falseada. Empezando por la máxima olímpica del barón de Coubertín: «Lo importante es participar». Ahora, tanto para los practicantes como para los hinchas de cualquier deporte, «lo importante es ganar». Como sea: sobornando a diestro y siniestro, incluso amenazando con la violencia o con el rapto de elementos destacados, o con la muerte —como le ocurrió al tenista sueco Borg en tierras americanas—, con brutalidad a espuestas, gritando, vociferando, insultando, blasfemando, agrediendo a los moderadores o directores del juego, golpeándolos e intentado, a veces, hasta lincharlos.

Y de los resultados colectivos —de equipo— pasemos a la cruel obsesión de las plusmarcas individuales, para lograr las cuales se somete a los deportistas seleccionados a un régimen de

vida de auténticos esclavos del deporte. Bueno, en resumen, que a todo esto se le puede llamar cualquier cosa menos deporte. En todo caso, es otra palpable muestra de nuestra degeneración. O sea: que tampoco en esta materia podríamos dar la más mínima lección a otras comunidades civilizadas. Seguí callando un rato y luego me descolgué con otro tema:

—Bien, todavía nos queda pendiente lo del amor libre...

—Pues eso, en esencia, es fruto de la misma formación infantil. A los niños, desde muy pequeños, se les abren las puertas del conocimiento de par en par, sin anteojeras de ninguna especie, y se les enseña que en nuestras comunidades nadie es dueño o propietario de nada ni de nadie. Y que, por lo tanto, nadie, en ningún terreno, puede dominar a nadie ni ejercer poder sobre nada.

—¿Entonces la procreación vendría a ser un acto casi mecánico? Que es lo que ha preconizado siempre la Iglesia Católica. Porque, puesto que el amor o el cariño, o lo que sea eso que une la pareja en vuestro mundo, parece ser algo tan fugaz y tan voluble a la vez...

—Nada de eso, compañero. Las parejas se forman porque existe una afinidad que no necesita ser adjetivada. Dos seres se atraen porque se pone en evidencia entre ellos alguna coincidencia que los acerca y los incita a intimar y a culminar el acercamiento como ellos mejor lo sienten y entienden. El acto sexual que puede determinar la procreación, si ellos la desean, habrá sido propiciado por otros actos previos de ambientación, por los cuales se da paso, o no, a esa unión. Esto puede parecer complejo, pero en realidad no lo es. Al menos para nosotros que, como puedes observar, actuamos siempre con espontaneidad y

naturalidad.



Este último tramo del camino (de 70 a 80 metros de recorrido) es el que hice a pie dos veces. La segunda vez fue después de haber estallado el mar de luz multicolor en el cielo y a través de los árboles del fondo, donde el camino tuerce a la izquierda.



Éste es el calvero donde estaba posada la nave espacial extraterrestre, de unos 50 a 75 metros de diámetro y de 10 a 15 metros de altura.

LA MUERTE... ¿SERÁ SIEMPRE ALGO IRREVERSIBLE?

[23]

Aquí se hizo el primer largo silencio de la noche. Como si adivinasen que yo necesitaba concentrarme para seguir haciendo preguntas. Y, en particular, la gran pregunta. Porque, la verdad, es que eso de haber vencido a la muerte era algo tan fantástico, tan inesperado, tan fabuloso, que desbordaba todo lo que la imaginación humana, por muy fecunda y exuberante que fuese, sería capaz de concebir.^[24]

Me quedé mirándolos, uno tras otro, a los cuatro que tenía al lado opuesto de la mesa, esforzándome por ver más allá del halo vaporoso que envolvía sus cuerpos. Como tratando de adivinar si, en realidad, eran gentes de carne y hueso o acaso muñecos mecánicos, o quizá mitad y mitad.

De pronto cruzó por mi memoria el recuerdo del buen monsieur Garric, un competente campesino del Mediodía francés, al lado del cual, en los años 1939-1941, aprendí las artes de cultivar y cuidar el viñedo. Era uno de los supervivientes de la célebre y cruenta batalla de Verdún —una de las mayores carnicerías bélicas de la historia—, en la que había sido gravemente herido. Una ráfaga de ametralladora le destrozó el estómago y parte de los intestinos y desde entonces vivía, comía y digería gracias a un estómago de cabra que le injertaron. Y

también por medio de unos intestinos —«tuberías» las llamaba él, riéndose de su propia sombra— restaurados tan «milagrosamente» como el resto de los órganos destrozados. Y yo me preguntaba: ¿Cabría por ello haber considerado al bueno de monsieur Garric menos humano que otra persona dotada de sus órganos de origen, intactos?

Entonces, me decía yo, ¿por qué no ha de ser posible que estos seres lleven parte de su organismo en materia no perecedera o que hayan descubierto unguentos, grasas o cualquier otro tipo de protección natural, capaces de evitar el deterioro de la materia o de asegurar su periódica regeneración?^[25] ¿Y por qué no habrían alcanzado tal nivel de conocimientos que fuesen capaces de evitar la supervivencia y la proliferación de las células destructoras del organismo humano?^[26]

En el rato que duró aquel incomparable e impresionante silencio no podría decir cuántas preguntas desfilaron por mi mente. Porque yo seguía empeñado en dar con la que, de algún modo, los pusiese entre la espada y la pared. Necesitaba respuestas que no despertasen en mí nuevas incógnitas. No me daba cuenta, aún, de que las prolongaciones de los «misterios», con los que me iba enfrentando, no eran fruto de sus respuestas sino de mi insuficiente capacidad de comprensión y asimilación. De nuestra deformada y deficiente manera de preguntar.

Todo esto me lo repetía yo al tiempo que reflexionaba para mis adentros: ¿cómo es posible que nadie, que ningún grupo de pobladores de la Tierra, nunca —que yo sepa— se hubiese llegado a plantear que la única gran victoria que el género humano podía alcanzar era precisamente ésa: la de vencer a la muerte? ¿Cómo era posible que los terráqueos que no profesaban ninguna

religión, ni adscritos a ninguna secta —incluidos, naturalmente, los grandes pensadores laicos— hubiesen admitido, sin más, la irreversibilidad de la muerte, esa fatalidad de signo eminentemente religioso? ¿Cómo no se han dado cuenta de que los restantes éxitos no son más que victorias pírricas?

Sí, ya sé, ya sé que se me puede responder que «el hombre está hecho de materia perecedera» y que se podría desgranar ante mi un largo rosario de fórmulas científicas, o seudocientíficas, para demostrarme que perseguir esa meta, el gozar de vida infinita, es algo que está fuera de las posibilidades humanas. Sin embargo, en estas páginas se podría alinear también el repetido eco —reflejado en revistas científicas, libros...— de innumerables palos de ciego dados por «especialistas» en todo tipo de investigación, sin olvidar los descubrimientos que se han hecho por pura casualidad. Pero, en realidad, yo no iba precisamente por ahí...

Con todo, nos ha parecido interesante reproducir en apéndice una noticia, referente a las investigaciones del Instituto soviético de Kiev [\[apéndices 6 y 7\]](#)

UNA UTOPIÍA CADA DÍA...

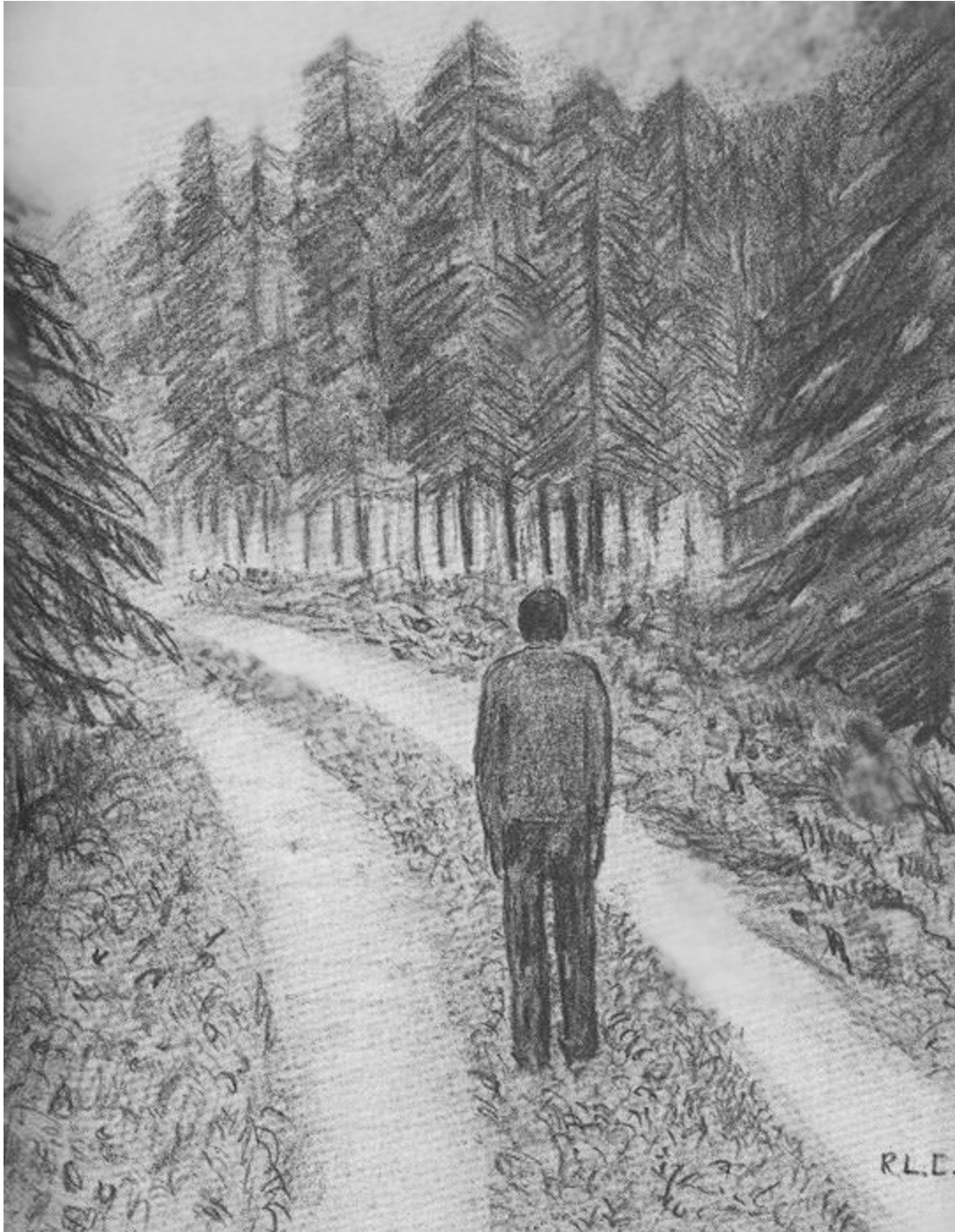
En realidad, uno, ante todo, pensaba en otro aspecto de la cuestión. Acariciaba las increíbles perspectivas que se nos ofrecerían si hubiésemos dado un giro de ciento ochenta grados al sentido de nuestra vida. Me decía: si alguien hubiera siquiera esbozado esa utopía como realizable —aunque su alcance se situase a miles o millones de años vista, lo mismo da—, y se hubiese conseguido centrar en torno a ella todos los recursos que la Naturaleza nos ofrece y aquellos que el ser humano es capaz de crear, es indudable que a los terráqueos les hubiera obsesionado y mortificado mucho menos la idea de un fin inevitable y tal vez próximo, y por ello, pienso, quizá hubieran cedido menos a la tentación de practicar ese obsesionante y esterilizador culto a la muerte. En particular organizando guerras... o dejando perecer a millones de personas de hambre o víctimas de toda clase de epidemias. Y no se olvide que las guerras que han causado más víctimas, en el mundo, han sido las llamadas «de religión».

Desterrar las guerras y suspender definitivamente ese incesante y cruel holocausto de vidas ajenas, desencadenado periódicamente, como si tales matanzas pudiesen ser, para los guerreros, la garantía de una mejor o más larga vida propia. Colocar esa utopía en el punto de mira del ser humano hubiera sido —sería— como fijar ante él, en la mente y en el corazón del

hombre y de la mujer, el más ambicioso de los objetivos: una sed inagotable de vida, y lograr que dedicasen a ella, a la Vida, todos sus desvelos, sus esfuerzos y su saber hacer.

Orientándose, por el contrario, hacia los más intrincados vericuetos de la deshumanización —pese, repito, a la omnipotente presencia de tantas doctrinas religiosas, que jugaban a ser un factor humanizador—, el habitante de la Tierra, con la prolongación de sus esperanzas de vida, por un lado, y con la creciente «angustia vital» por otro, lo único que ha conseguido, por decirlo con palabras de nuestro admirado Américo Castro, ha sido prolongar su mortificador «vivir desviviéndose», que en la era moderna ha pasado a ser «su pan de cada día». Y de ahí que, al paso del tiempo, el hombre haya ido sustituyendo lo esencial de su existencia —vivir su vida con una plenitud cada día mayor—, por lo banal, lo frívolo, es decir: todo aquello que da goces tan superficiales como pasajeros.

Más claro: había que ofrecer al Hombre ese «entretenimiento», cósmico por los cuatro costados: el de armonizar su existencia a imagen de los incontables e inagotables recursos del Universo y tratar de alcanzar la inmortalidad con sus propias manos, sin soñar con la ayuda de divinidades de ninguna especie, tan sólo mediante un estímulo, terrenal por excelencia, que sería el de dar al ser humano «su utopía de cada día»...



De pronto se iluminó —se inundó de luz— la parte derecha del bosquecillo. Era un verdadero mar de luz, en el que, si bien preponderaba el blanco, también se percibían franjas de color

rosa y naranja.

Aunque, por instantes, en los rayos de luz se entremezclaban multitud de colores difíciles de definir..., así que me encaminé hacia el lugar de donde parecía brotar aquella luz...

EL SILENCIO: UNA CLAVE PARA LA SUPERVIVENCIA

Pero, vamos a ver... aparte las terapias o modificaciones orgánicas que puedan darse en vuestra civilización, ¿no hay otras razones, digamos de tipo preventivo y personal, que pueden ayudar a vuestros cuerpos a sobrevivir?

Como la voz tardó algo en responderme, llegué a pensar que quizá había cometido una equivocación insistiendo en el tema, y sin poder evitar que en el tono de mi pregunta destellase cierta dosis de escepticismo. Pero no, no era eso. Poco a poco me iba dando cuenta de la importancia de los silencios que se intercalaban en nuestro diálogo. No tardaría mucho en saber algunas cosas más en torno al valor vital del silencio, como clave para la supervivencia.

—Naturalmente que las hay. Una de ellas, la principal, es que, desde su más temprana edad, los niños y las niñas conocen su cuerpo a fondo y aprenden a cuidarlo. Cuidar de su cuerpo quiere decir: estar siempre atento a sus manifestaciones más peculiares y portarse con él como lo que es: como nuestro mejor compañero. Este conocerse a fondo a sí mismo facilita la mejor identificación de los demás y, por lo tanto, la más adecuada armonización de nuestros respectivos cuerpos y, a través de ellos, de nuestras vivencias. Por consiguiente, velando por la salud del cuerpo de cada cual cuidamos también de la salud de la comunidad. Además,

nadie como el propio individuo puede fijar el instante óptimo de su personalidad, es decir: el momento de fijación definitiva del que será su cuerpo «para la inmortalidad», como diríais vosotros.

La voz calló durante unos minutos y luego apostilló:

—Pues bien, aparte otras medidas, como puede ser el no fumar, no beber alcohol y no drogarse, tenemos el ejercicio físico, adecuado a las aptitudes personales, pero hay otro factor importantísimo que es la observación del pleno silencio —«silencio cósmico» lo llamaré yo de ahora en adelante—, que incide en todas las fases de nuestra existencia.

»En primer lugar, el silencio durante el descanso regular. Ya desde muy niños se nos enseña, a la par que vamos descubriendo nuestro cuerpo, a relajarnos; en una palabra: a vivir y a descansar en armonía con el cuerpo y con su entorno. Vosotros diríais seguramente “a dominar su propio cuerpo”. Es esa plena posesión de sí mismo, la relajación con naturalidad, la que nos procura un descanso total, de incomparables efectos tonificadores y sedantes.

»El silencio, inteligentemente aplicado, ayuda a la mejor conservación de todos los órganos, en particular los visuales y auditivos, a la vez que clarifica nuestra mente. Por ejemplo: hay muchos momentos de nuestra vida que podemos vivirlos con los ojos cerrados. Y otros con los oídos tapados. Fíjate en los extremados cuidados que los terráqueos dedicáis a menudo a vuestras máquinas, las de los lugares de trabajo o las de uso personal, como son los automóviles, y comparadlo con el escaso o nulo interés con que cuidáis vuestros cuerpos. ¿No consideras que esto es una contradicción imperdonable?

Por el grado de indignación —«indignación cósmica» la llamaré

en adelante, para darle una dimensión a tono con la magnitud del desafuero que la provoca— que de pronto se apoderó de mí, deduje que ellos estimulaban constantemente mis reflexiones y yo, a la vez que me admiraba de haber logrado amasar en mi mente tantos «datos» y «recuerdos», me preguntaba cómo no había sido capaz, antes, mucho antes, de detectar tanta falta de autenticidad, desde siempre, en la Tierra, en torno a la existencia de sus pobladores. No existía una sola parcela de la vida terrenal donde no apareciese —y las más de las veces preponderantemente— lo ficticio, lo inauténtico, la doblez, el engaño, la autosatisfacción más ridícula —porque el engañador de hoy acaba siendo el engañado de mañana—; en fin, que nos iba a ser muy difícil reconquistar esas señas de identidad que el ser humano de la Tierra debe haber perdido hace ya muchísimo tiempo [\[apéndices 8 y 9\]](#)

Sin duda para cambiarme algo las ideas y meterme en el cuerpo una pizca de alegría, la voz me dijo:

—Ahora presta atención, por favor.

PRIMER DOCUMENTAL EN COLOR

En cosa de segundos, del centro de la mesa emergió una pequeña pantalla frente a mí; la iluminación de la sala quedó tamizada y de la parte frontal de mi casco salió una especie de visera transparente, ligeramente ahumada, que bajó hasta la altura de mi barbilla. Y aparecieron las primeras imágenes en color en la pantalla. Con su indescriptible gama de colores cósmicos. Y la voz dijo:

—Nos encontramos en el planeta Verde-Cristal y asistimos a la salida de tres pequeñas naves que van a explorar vuestros mares. Están pilotadas por muchachos y muchachas de los centros de formación. Cada una de ellas lleva a bordo medio centenar de pasajeros. Van a pasar una temporada en el mar, a convivir con la fauna y la flora de las grandes profundidades. Allí hay minerales y vegetación de mucha importancia para nuestras investigaciones, y también colonias de ciertas especies acuáticas, adiestradas para colaborar con nosotros [\[apéndice 10\]](#)

—Entonces —corté yo—, eso de que tenéis bases en la Tierra, ¿es verdad?

—En cierto modo, sí...

—¿Cómo en cierto modo?

—Claro, porque si el permanecer un mes o dos debajo del agua o el posar nuestras naves en alguna de vuestras altas

montañas o en zonas despobladas..., si eso es tener bases, entonces tendremos que responder que sí, que tenemos bases. Pero si para eso hay que vivir en permanencia entre vosotros, en lugares determinados, como es el caso de ciertas potencias terráqueas, entonces no, no es cierto que tengamos bases.

—¿Acaso las tenéis en alguna otra parte...? ¿En algún asteroide o en un planeta cercano a la Tierra?

—Sí, naturalmente, disponemos de auténticas bases espaciales que se desplazan continuamente o que están suspendidas en el aire, según nuestros programas de exploración.

—¿Y sólo os sirven como simples apeaderos de paso?

—Nada de eso. Todas nuestras naves portadoras son auténticos laboratorios y nuestra actividad, aunque ello pueda parecer una redundancia, está basada en perfeccionar los recursos destinados a fortalecer nuestros organismos y a mejorar nuestra vida, así como a enriquecer nuestros conocimientos sobre los lugares donde debemos vivir. Así, a medida que logramos mayor inmunidad, podemos emprender exploraciones espaciales por mundos desconocidos. Siempre con el mismo objetivo: el de maravillarnos por los incesantes descubrimientos que hacemos, porque el Universo, como es sabido, es infinito y genera maravillas sin cesar; y la inmensa alegría de encontrar más planetas habitados no es la menor de esas maravillas.

—¿Y, cuando os encontráis con algún planeta habitado, no se os plantea ningún problema?

—Claro que surgen problemas. Los propios e inevitables de cualquier contacto inesperado. Y luego los que se derivan de su integración en nuestra comunidad y los que pueden surgir sobre la marcha, totalmente imprevisibles.

—¿Y nunca os habéis tropezado con planetas armados hasta los dientes, como la Tierra, cuyos jefes no hayan querido tener relaciones con vosotros?

La voz tardó algo en contestar:

—Sí, alguna vez ha sucedido. Pero nunca con armamento tan peligroso como el que posee actualmente la Tierra.

—Y cuando eso ha ocurrido, ¿qué habéis hecho vosotros, si se puede saber?

—En tal caso no hemos profundizado los contactos. Nos hemos quedado como hacemos respecto a vosotros, a la expectativa.

—¿O sea, que es posible que en el Cosmos haya planetas habitados que no estén integrados en vuestra comunidad?

—Por supuesto que los hay...

—¿Acaso no estarán poblados por esos agresivos hombrecillos verdes que, al parecer, se ven de vez en cuando por la Tierra y que también viajan en platillos volantes?

—Es muy posible, aunque debemos señalarle que algunas veces nosotros hemos enviado naves pequeñas, en servicio de exploración, con tripulaciones enteramente automatizadas. O mandadas a distancia, si lo prefieres. Y en muchos casos su atuendo metálico era precisamente de color verdoso.

—¿Y son los que, según parece, han atacado a terráqueos alguna vez?

—Bueno, es que nuestros colaboradores mecánicos están programados para defenderse, pero sólo si son atacados, o para autodestruirse en caso de ser apresados. Nunca atacan los primeros... eso os lo podemos asegurar.

—Pero si vuestros muñecos se presentan así, por las buenas,

sin avisar, es lógico que mis paisanos se espanten y que el miedo les haga cometer alguna tontería.

—Sí, es natural. Son los mínimos inconvenientes de estas imprevistas tomas de contacto.

—¿Así que nadie ha puesto en peligro la paz del Cosmos como los dirigentes de la Tierra?

—No; hasta ahora tal tipo de crisis nos era desconocido...

—Bueno, pero vosotros, ahora que el peligro es tan evidente, quizá podríais intervenir antes de que fuese tarde. Por ejemplo: ¿por qué no interceptar, destruir o capturar alguna de las naves tripuladas por terráqueos? O mejor todavía: de las que van sin tripulación. Digo esto porque si no hay víctimas humanas el impacto sería menos desfavorable entre los terráqueos...

La respuesta fluyó rápida y tajante:

—¡Nosotros no podemos hacer eso! ¡El Universo es de todos y, por tanto, también es vuestro! ¡Ninguno de nosotros se atrevería nunca a cometer la más mínima agresión o violencia sobre nadie sin que mediasen razones muy poderosas para ello!

—¡En caso de legítima defensa! —apostillé.

—Eso mismo, sí. Y, aun en tal caso, la haríamos con un profundo temor, porque eso significaría para nuestra comunidad una regresión, una vuelta atrás. Es decir: caeríamos en ese juego cíclico, estúpido y nefasto que practicáis los terráqueos, que es el de recurrir a la destrucción de la vida.

Y nuestras computadoras-coordinadoras entrarían en la danza, por vez primera, con fines negativos, destructores, que es todo lo contrario de aquello para lo que han sido construidas y programadas.

—¡No querréis decir que esos chismes también tienen

sensibilidad...!

—No, nada de eso. Lo que queremos hacerte comprender es que, en nuestro mundo, personas y máquinas forman un todo armonioso y que eso es el fruto de milenios de una labor puramente pacífica. Y que cualquier fenómeno o acontecimiento extraño, y más si fuese de tales dimensiones, como lo podría ser una intervención nuestra en alguna parte de la Tierra (pudo haber dicho: «contra alguna nación»), rompería esa armonía, que es la base de nuestra convivencia y de nuestra vida. ¿Comprendes? Es como si en el seno de una familia, y empleamos aquí otra unidad de medida vuestra para que nos entendáis mejor, que está acostumbrada a vivir en paz y armonía, de pronto, el padre o la madre —o los dos a la vez— empezasen a ponerse de malhumor, a gritar y a proferir amenazas. De poco serviría aclarar que todo aquel malestar era provocado por alguna familia vecina. La realidad sería, de todas formas, ésta: que la paz y la armonía de aquella familia, por muy ejemplar que fuese la existencia de sus miembros, se vería profundamente alterada, perturbada. No sabemos si este ejemplo está bastante claro...

—Sí. Naturalmente que está claro.

Sin razón aparente me quedé callado. Y ellos también. Como esperando la obligada apostilla. Y ésta vendría rodada:

—Bueno, todo esto quiere decir que vosotros no provocaréis nunca una guerra preventiva...

—Exactamente..., ni preventiva ni de ninguna otra especie.

Uno, conste una vez más, se ha movido siempre entre gentes de paz. Quiero decir: sobre todo cuando estaba con amigos o compañeros libertarios. Éramos gente de paz por vocación y formación. Pero doy mi palabra que nunca, en tan corto espacio

de tiempo —tiempo terráqueo, por supuesto—, había oído entonar tantos cantos a la paz como en las breves horas en que estuve charlando con ellos —y ellas— en su nave espacial^[27]

Al hacerse de nuevo el silencio, el documental en color volvió a pasar por la pequeña pantalla.

Vi cómo las pequeñas naves se deslizaban hacia las profundidades del mar; lentamente y con sus luces muy atenuadas. Cuando llegaron a la boca de lo que parecía ser una gran cueva submarina, mientras una de las naves se quedaba de guardia en la entrada —la otra permanecía arriba, entre dos aguas, en servicio de protección, me explicaron— la tercera nave se introducía en la cueva. Con la misma lentitud de antes y con un foco de luz muy tamizada. Mientras veía desfilas aquel magnífico paisaje submarino ante mis ojos, la voz me explicó:

—Seguramente te habrá llamado la atención la lenta marcha de nuestra nave y la poca luz que emplea para explorar aquellas profundidades.

—Sí, es verdad —respondí en el acto.

—Pues has de saber que eso se hace para alterar lo menos posible el ambiente y no amedrentar a los peces. Así no huyen, sino que siguen haciendo su vida normal, nos acompañan y facilitan nuestra investigación. Lo mismo ocurre cuando exploramos un bosque. Hay que respetar siempre la existencia y, sobre todo, la tranquilidad de las especies animales. Así no somos temidos y todo es más fácil. Y no sólo la fauna, sino que también debemos respetar la flora. ¿Comprendes?^[apéndice 11]

Estaba avergonzado, ésa es la verdad, porque no podía por menos que pensar en la cantidad de disparos que turban la paz de la Naturaleza, en la Tierra, en cuanto se levantan las vedas. Me

pareció estar oyendo también los enloquecidos ladridos de los perros rastreadores. Y los miles de otros ruidos —gratuitos, casi siempre— que el hombre desparrama por el medio ambiente.

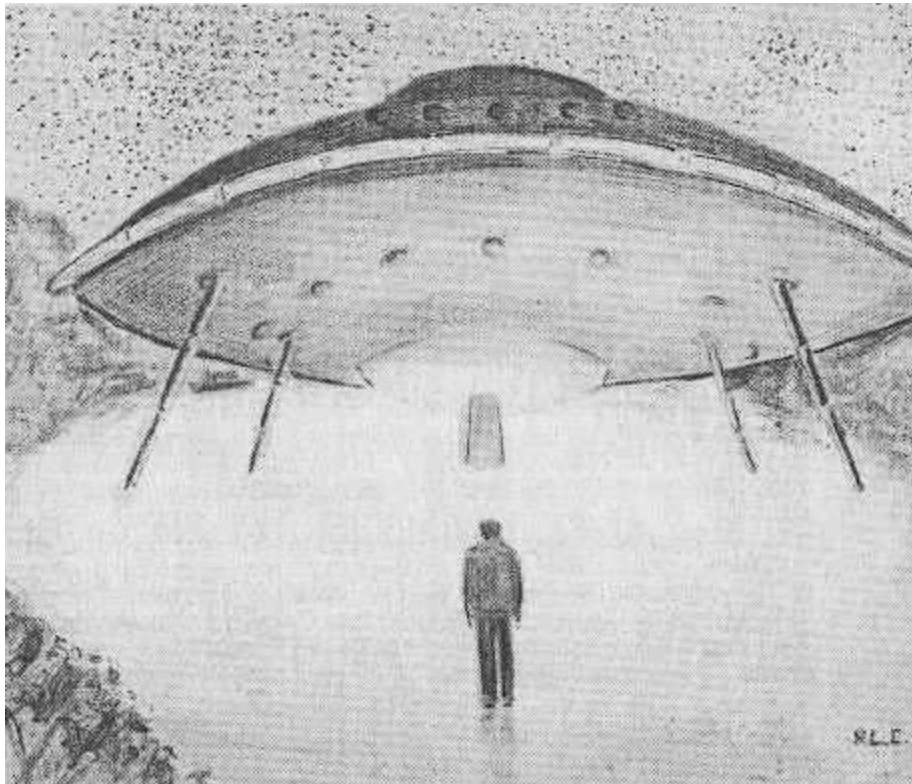
Más tarde, cuando iba camino de Barcelona, entre las muchas preguntas que pensé que podía haberles hecho, estaba la de indagar si acaso eran vegetarianos. Y volví a pensar en la paz cósmica en peligro, por obra y gracia de los terráqueos...



Tardé poco más de un minuto en llegar a las lindes de un prado, que es donde nacía la luz, y desde allí empecé a distinguir la silueta de una enorme nave espacial.

De unos 50 a 75 metros de anchura. La luz salía de la parte de

arriba y de la parte baja de la nave. Así que salté del camino al prado y me quedé como encantado..., al tiempo que los dos haces de luz se apagaban lentamente, oí una voz —en correcto castellano, con tono cantarín, algo musical— que me dijo: «No temas. Acércate, por favor».



Entonces me acerqué a la nave, cuya base estaba ahora iluminada por un potente foco de luz blanca y rosa, que parecía brotar de una puerta abierta en su «bajovientre», de la que no tardó en salir una especie de rampa.

EL ARMONIOSO ORDEN CÓSMICO EN PELIGRO

—¿Quiere decir eso —pregunté— que la muerte haría su reaparición en vuestros espacios, si esos peligros se concretasen?

—No es tanto la reaparición de la muerte física lo que nos preocupa, porque ese peligro lo podemos atajar rápidamente, sino algo mucho más grave, como sería el desajuste de la vida cósmica, tan armoniosamente trenzada, y la destrucción, en mayor o menor escala, de ese orden universal sobre el que florecen y se desarrollan nuestras vivencias. Toma como ejemplo el respeto a la tranquilidad de toda clase de fauna y flora, de que te hablábamos, y el silencio que tanta importancia tiene en nuestras vidas. El solo estruendo de una bomba alteraría enormemente el medio ambiente cósmico. Es algo que difícilmente vosotros podéis comprender, porque no podéis captar aún toda la grandeza de nuestra paz.

En una visión meteórica desfilarían ante mí, con imágenes y sonidos muy a juego, es decir: los estruendosos ruidos inventados por los terráqueos que mortifican nuestra vida —de día y de noche—, capaces de alterar y de desarreglar los organismos de cualquier especie viviente, en esta Tierra de nuestros tiempos y en cualquier planeta habitado^[28]. Pero la verdad es que no supe qué decir. Mi mente, por mucho que me esforzase, no podía alcanzar a concebir los nefastos resultados de tal monstruosidad: que

nosotros fuésemos capaces de poner en peligro los fundamentos de una arquitectura espacial tan maravillosa. La indignación volvió a corroerme las entrañas con más fuerza que nunca, al pensar lo que podría ser la vida en la Tierra si el ser humano, en aras del bienestar común, se lo propusiera.

Recordé, palabra por palabra, una de las charlas más interesantes y amenas que sobre la Naturaleza oí en mis tiempos de estudiante, entre 1931 y 1936. Se la debo a mi profesor de Historia Natural de la Escuela de Militantes CNT-FAI, don Alberto Carsí Lacasa, en el curso 1936-1937. Fue también uno de los principales impulsores y organizadores del CENU (Consell de l'Escola Nova Unificada), y murió en el exilio a mediados de la década de los años 50. En 1948, en Francia, cuando nuestro viejo profesor y amigo reemprendió sus cursos (pero esta vez por correspondencia) por su cuenta y riesgo, con las nuevas generaciones de jóvenes españoles en el destierro, nos volvió a hablar de la Naturaleza, y de lo que debía ser nuestro comportamiento hacia ella, con las mismas palabras de antaño [\[apéndice 12\]](#).

Es necesario insistir para que se lea y se relea este breve texto, hijo inconfundible del bueno de don Alberto, geólogo eminente, también, una loable labor que compartía con su hermano Ricardo. Detalle curioso: el primero era un ateo integral y el segundo un católico convencido. Tuve ocasión de tratarlos a los dos y confieso que me sería muy difícil decir cuál de los dos era mejor persona. Ambos eran la bondad personificada, ésa es la verdad; quizá porque los dos creían sinceramente en lo que defendían y, como ya dije en otro lugar, porque eran de esa estirpe de humanos que predicaban con el ejemplo. Pero volvamos al texto de don Alberto.

En él habla de «la Naturaleza como manantial de vida», y la palabra «armonía» la menciona cuatro veces. Se habla asimismo de «la naturalidad» y de «la sexualidad», de conocer su cuerpo y de toda esa suma de actitudes y acciones centrada en la marcha hacia la «Armonía Universal». Lenguaje, en suma, idéntico al empleado por los tripulantes de la nave espacial *Luz del Cosmos*.

Quede claro por tanto, una vez más, que mucho antes de que los extraterrestres diesen fe de su existencia y por mil conductos distintos nos hicieran llegar sus «mensajes» y «comunicados» de tono fraterno y paternal, a veces, por esta Tierra de nuestras entretelas, ya merodeó una especie de terráqueos que tenía, por decirlo con palabras recién acuñadas —en nuestra larga conversación y sus prolongados silencios—, mucho fluido cósmico de pecho para adentro. Fluido que, por todos los medios a su alcance, trataron de insuflar a sus semejantes. Tal intento llevaría al pelotón de ejecución, bendecido por el catolicismo español —el pelotón, no el ejecutado— en Montjuic, en 1909, entre otros, al fundador de la Escuela Moderna, Francisco Ferrer Guardia.

Ahora, el documental en color me mostraba el regreso de las naves exploradoras de mares a uno de los planetas-etapa, como decían *ellos*. En el área de aterrizaje había mucha gente y vi grandes mesas de frutas de todas clases, de colores muy vivos, brillantes. Eran hombres y mujeres de talla menor a la de mis contertulios. Unos de tez clara, como ellos, otros algo aceitunadas y algunos morena. Había varios grupos que cantaban y bailaban cogidos de la mano, en corros abiertos, tal y como he visto bailar en determinadas regiones de Yugoslavia y en Grecia. Yo no sabía hacia dónde mirar, en mi afán de captar todos los detalles. Pero con ser tan interesante lo que estaba viendo, lo que más me

maravilló fue el verles las caras a mis cuatro interlocutores. A medida que bajaba su visera el halo vaporoso se iba apartando y descubría sus fisonomías: las de dos hombres y dos féminas. Parecían caras de tipo nórdico, sobre todo las de los hombres. La belleza de sus rasgos me recordaba por momentos a ciertas estatuas griegas de la antigüedad. Ellas tenían la nariz más achatada y una tez menos blanca. Era difícil darles una pigmentación determinada; supongo que, a causa de la luz ambiental, que era blanquísima en general, levemente a veces, entrecortada por matices rosados o azulados.

Ellos se dieron cuenta muy pronto de mi estupor.

—¿Acaso creías que éramos muy diferentes de vosotros?

No supe qué responder, porque en realidad yo, personalmente, no había sabido nunca muy bien qué clase de morfología solía atribuirse a los extraterrestres. Ignoraba, en todo punto, la variedad de sujetos apercebidos o contactados por los terráqueos. Seguí observándolos. Las dos féminas parecían mujeres de 25 a 30 años y los hombres algo mayores: uno de ellos podría tener 40 a 45 años y el otro 30 a 35. Siempre midiendo con los raseros nuestros, por descontado.

La voz añadió:

—En nuestra comunidad existen grupos que son diferentes de nosotros, pero tan sólo en el aspecto exterior.

El caso es que yo seguía proyectándome, mentalmente, mis «retrospectivas» a un ritmo increíblemente rápido. Y, como es natural, recordaba mis años escolares, antes de julio de 1936. Y veía nuestras excursiones al campo —tómese buena nota: tres medias jornadas por semana—, con todo el equipo de la Escuela Labor —unos 80 chicos y chicas de 6 a 12 años— guiados por

nuestros maestros: Germinal, que hacía de director cuando todavía no había cumplido los 20 años, y sus tres ayudantes, también, como él, estudiantes de Magisterio, las tres menores de 20 años [\[apéndice 13\]](#).

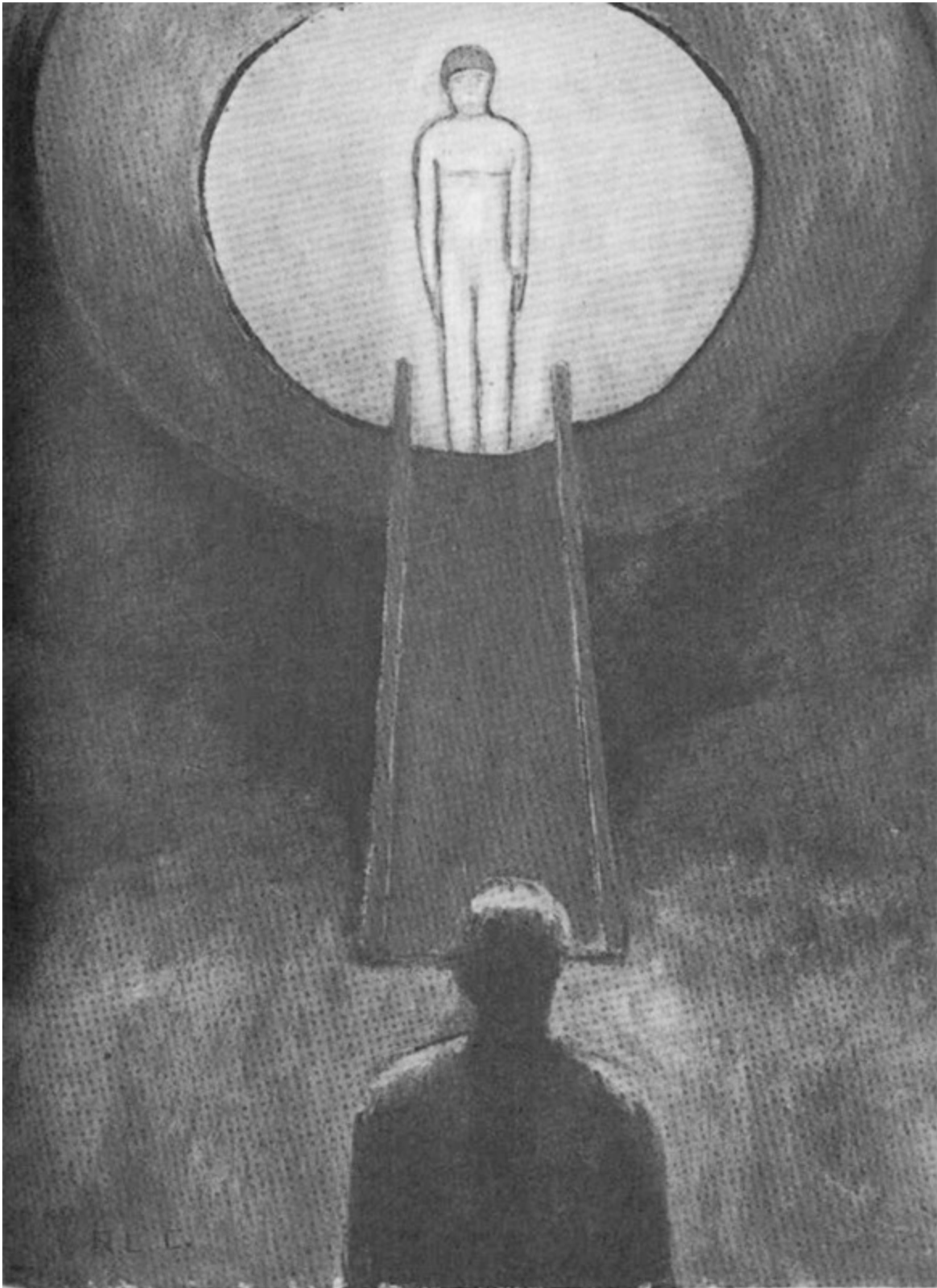
Por vez primera vi sonreír al que estaba charlando conmigo a través del inlocalizable chisme traductor. Aparato que, al decir de ellos, era capaz de emitir en todos los idiomas de la Tierra y en los miles de dialectos que se emplean en sus cinco continentes. A mí, una de las veces, me preguntaron si deseaba que prosiguiésemos la conversación en catalán, en francés o en lengua de Oc... Sus palabras me parecían —viéndole mover los labios— más bien balbuceos, pero la traducción castellana seguía siendo cantarína, musical, con un sonido muy agradable que, a ratos, todavía repiquetea en mis oídos. Pregunté cuál era el lenguaje que utilizaban entre ellos y me respondieron que lo hacían a través de un código de signos convencionales; en particular cuando comunicaban a distancia.

—¿Algo parecido al esperanto? —pregunté, sin reflexionar demasiado.

—Bueno, sí, en parte. Empleamos un lenguaje y signos indiferentemente. Todo depende del asunto. A veces, como has podido ver en el documental sobre el planeta Verde-Cristal, también conversamos con las manos, como lo hacen con esa elegancia tan armoniosa vuestros sordomudos. Porque el silencio, como ya hemos dicho, es importantísimo para nuestro equilibrio sensorial y también para el entorno.

La verdad es que yo no había captado muy bien todas las imágenes de aquella fiesta-recepción, siempre a merced, como estaba, de la obsesión por «archivar» el máximo de impresiones

en mi memoria. Y muchos de aquellos signos-palabras debí tomarlos como demostraciones de alborozo. No obstante, al observar cómo aquellas gentes se manifestaban en ese sentido, recordé en seguida la efusiva forma de sobamos que nosotros, los mediterráneos, solemos practicar cuando nos despedimos de personas queridas o nos encontramos con ellas.



Me dirigí hacia allí —hacia la nave— y apenas llegué al pie de la «escalerilla» me detuve y alcé la vista, percibiendo en la puerta una forma corporal alta, envuelta en una especie de halo multicolor. En el acto volví a oír la voz: «No temas. Sube a nuestra nave que queremos hablar contigo».

CON UNA TRIBU CENTROAMERICANA

Un reportero catalán, Joaquín Grau, de la mano del fotógrafo Leopoldo Samsó, nos ha ofrecido un libro maravilloso del que, obligadamente, vamos a tener que transcribir varios pasajes. Como éste: La vida es mucho menos tremebunda que la literatura. Los aucas (tribu reputada salvaje en tierras de la Amazonia Oriental ecuatoriana) simplemente me estaban dando una lección de sana espontaneidad. Ellos no componen, como nosotros (los «civilizados»), una sociedad de *voyeurs*; ellos no han reprimido el sentido del tacto, ellos tocan como un niño a otro niño. Ellos absorben información por todos sus sentidos, especialmente por el tacto. No les basta ver las cosas y menos, como nosotros, verlas, si es posible, por el ojo de la cerradura; las cosas hay que tocarlas, hay que establecer contacto directo con ellas, sentirlas, crear la más pura e íntima comunión. Hay que tocar. Y ellos, especialmente hombres y niños, palmeaban mi cuerpo, comprobaban su textura, me abrían el pantalón, buscaban... Y reían, reían como niños que acaban de descubrir un mundo nuevo. Quento —el guía, de padre quechua y de madre auca— les ahorró todo ese trabajo de descubierta. Sólo llegar a la choza se quitó la ropa y se quedó tan desnudo como los aucas. Confieso que lamente no poseer esa espontaneidad. *Desgraciadamente, casi dos mil años de represión judeo-cristiana gravitaban sobre*

mi^[29].

El libro de Grau y Samsó llegó a mis manos el 26 de junio de 1981 y, poco después de leerlo, publiqué una larga reseña ilustrada en el Diario de Barcelona. Los textos escogidos habían sido subrayados por mí casi dos meses antes de mi encuentro con ellos. A la vista de tantas coincidencias en los enfoques esenciales sobre la vida humana, ¿se sospechará, acaso, que los aucas son extraterrestres o que están emparentados con ellos? [\[apéndice 14\]](#)

Por otra parte, a estas alturas uno —y mucha gente— está en el derecho de preguntarse: ¿cuántos sentidos habrán anulado en nosotros, no solamente la represión judeo-cristiana —que no es moco de pavo— sino todas aquellas «civilizaciones» que se han enseñoreado del mundo, de raíz preponderadamente religiosa? ¿Y cuántos e incalculables quilates de espontaneidad y de naturalidad habremos perdido por el accidentado camino que las sucesivas «civilizaciones» nos han trazado e impuesto a lo largo de los tiempos? Hasta hacernos desembocar en esta triste situación de «robots» con apariencia humana en la que, a grandes zancadas, están cayendo legiones de seres humanos. Recordando la desnudez de los aucas, lancé otra pregunta:

—¿Y los vestidos esos que lleváis, esos monos que parecen uniformes, son obligatorios en vuestros planetas? ¿No hay en ellos adeptos al nudismo?

—Presta atención, por favor —respondió la voz.

OTRO DOCUMENTAL

Ante mis ojos empezaron a desfilar imágenes de gentes del planeta Lagos Profundos —me indicaron— bañándose desnudos en un lago. En seguida me di cuenta de que se trataba de un pequeño mar subterráneo, rodeado de una especie de módulos blancos, parecidos a los «iglús» de los esquimales, con orificios pequeños que hacían la vez de ventanas, y con entradas, pero sin puertas. Todo ello rodeado de una vegetación que daba la impresión de haber sido miniaturizada. Vi sauces llorones que no levantarían del suelo más de tres metros de altura. El techo del lago daba la impresión de ser de materia plástica transparente, y estaría a unos diez metros sobre el nivel del agua.

—Los vestidos —puntualizó la voz— forman parte de nosotros mismos en determinados momentos de nuestra vida. Así, por ejemplo, este halo que ves alrededor de nuestros cuerpos sólo lo usamos cuando nos acercamos a la Tierra, como inmunización contra vuestras contaminaciones, cuyos efectos nocivos incluso vosotros sois incapaces de calcular, y también podemos utilizarlo como coraza protectora en caso necesario. No tenemos más que aumentar su densidad.

Sin poderlo evitar, con un punto de mala uva, lancé:

—¿Entonces, vosotros tampoco estáis a salvo de accidentes o de averías?

—Por supuesto que no. Pero en nosotros cualquier fallo puede ser enmendado sobre la marcha gracias a nuestros sistemas de prevención. A nosotros lo que más nos preocupa es no transportar la contaminación terráquea a otros ambientes, lo cual crearía problemas, pero en caso alguno resultados irreversibles en ningún campo.

Por vez primera, sus palabras habían adquirido un tono algo zumbón —o así me lo pareció a mí—, lo cual me obligó a levantar la mirada de la pantalla y a fijarme mejor en sus semblantes y pude comprobar que, mirándose unos a otros, se sonreían.

—No sé, pero a mí me parece que esas imágenes quedarían más bonitas con algo de música.

—Es verdad, perdón.

Y en el acto oí el rumor, muy atenuado, propio de un lugar donde hay personas bañándose. Pensé: ya me gustaría ver un partido de fútbol o de rugby, con esta gente tan silenciosa en las gradas y sobre el césped. Parecería una película muda.

La voz agregó:

—Bueno, a menos que a ti te agrade oír una música en particular...

Que no se me había pegado todavía gran cosa de la bondad de mis anfitriones quedó demostrado en la música pedida por mí, como para ponérselo difícil, que era un disco que yo oía diariamente mientras me afeitaba, en el puente de los años 50 y 60. Creo que hasta endurecí la voz un poco para pedirles el Concierto de Aranjuez interpretado por el trompetista de jazz Miles Davis, con un arreglo de Bill Evans. ¡Cuál no sería mi sorpresa al oír empalmar las primeras notas de tan bella pieza musical, y de su no menos hermoso arreglo, con las últimas sílabas

de mi petición! Sentí una gran vergüenza, la verdad, y hasta — ¿por qué no decirlo?— una cierta humillación, pensando, una vez más, en nuestra desgraciada soberbia terráquea. Y aquí se volvió a abrir un largo silencio...

Me quedé observándolos. Y me fijé, en particular, en los emblemas que llevaban, no sé si cosidos, pegados o bordados en el pecho, a la altura del corazón. Tendrían unos 12 a 15 centímetros de alto. Su perfil, ancho de 3 o 4 milímetros, era negro. Tan sólo lo que parecía un ojo, en el centro —el ojo viviente lo llamaría yo—, era multicolor, con colores refulgentes y cambiantes. Era un ojo multiprisma. El primer recuerdo que me vino a la memoria fueron los ojos verdes —de tonalidad cambiante según que el día fuese soleado o nublado—, que se asemejaban a florecillas en permanente mutación de matices, de mi primera compañera y madre de mis cuatro hijos. También aquellos ojos, que se apagaron para siempre un día de julio de 1964, se configuraban en una infinidad de prismas cambiantes, pero el «ojo» de estos emblemas era algo muy fuera de lo corriente. Mirándolos, uno tenía la sensación de estar navegando por el espacio o nadando en las más exóticas profundidades del mar o de un lago. Era un espectáculo apasionante. A ratos me fascinaban de verdad. Luego he reproducido este emblema de memoria y no sólo no le hemos podido dar vida sino que, con nuestros insípidos colores, tengo la sensación de que es un emblema enfermo...

A ratos me daba la impresión de que, cuando ellos me miraban fijamente, estaban leyendo mi pensamiento, como se leen las páginas de un libro abierto. Y yo, que poco a poco me iba acostumbrando a darles toda clase de facilidades, llegué a

imaginar que ésa sería la mejor manera, si no de leer, por lo menos de tratar de adivinar sus intenciones. Aunque, en verdad, ¿para qué quería yo saber lo que pensaban hacer conmigo, por ejemplo, si estaba clarísimo que lo podían todo y que, mientras no tuviese pruebas palpables de lo contrario, parecían animados por los mejores sentimientos?

Pero, repito —y en esto hay que insistir tanto como haga falta—, en el fondo me sentía en un plano de gran inferioridad. Me decía para mis adentros: al parecer, estos señores lo tienen todo, nos pueden enseñar de todo, ayudarnos —si llega el momento— en todo y, en cambio, nosotros, los habitantes de la Tierra («el ombligo del mundo», según una cantinela reiteradamente entonada a lo largo de los tiempos por nuestros más ilustres pensadores...), ¿qué podríamos enseñarles? ¿A matarse unos a otros? ¿A destruir el medio ambiente y a exportar bombas al Cosmos? ¿A poner el propio hogar en peligro de saltar por los aires en cualquier momento?

Después de un breve silencio volví a preguntar:

—Entonces, si en vuestros planetas no existen familias, como en el nuestro, ¿tampoco existen ni el amor ni la amistad?

AMOR... Y COMPAÑERISMO

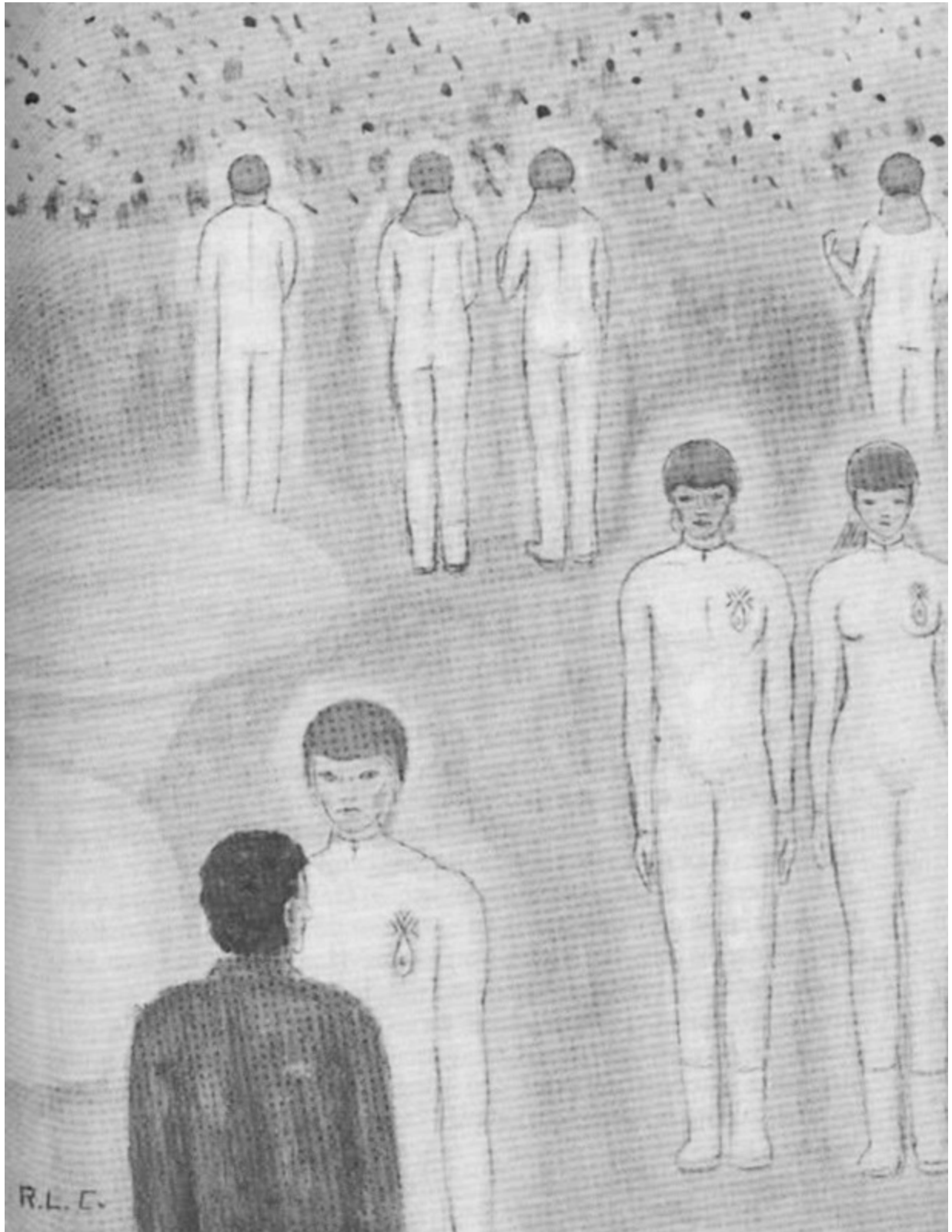
Se miraron entre sí de nuevo, como preguntándose quién de ellos iba a responder. Fue la fémina que tenía enfrente, ligeramente hacia mi derecha, a menos de un par de metros de mí. Vi cómo movía sus labios, ligeramente carnosos, de un rojo más bien desvaído. Aunque esto de los colores o tonos debo subrayar, una vez más, que era algo muy relativo, puesto que —por lo menos a mis ojos— todo estaba condicionado a la luz blanca dominante en el ambiente.

—En nuestras comunidades existen unos tipos de relación equivalentes, aunque nosotros diríamos que más genuinos. Nosotros hemos ido depurando nuestras costumbres y nuestro lenguaje, como es lógico, enriqueciéndolo todo con la mayor espontaneidad. Y nuestra naturalidad ha alcanzado tal punto, que casi nunca nuestras actitudes, actos o vivencias necesitan ser embellecidos con la palabra. Nuestra preocupación constante, en este interesante tema, es la de mantener la máxima sinceridad en nuestras relaciones. Somos gente que hablamos mucho más con nuestro comportamiento que con las palabras. Para explicarte mejor el sentimiento que preside nuestras relaciones emplearemos una palabra algo desusada en vuestro planeta: es la palabra compañerismo...

—Bueno, según para quién —corté—, porque en los medios

libertarios esa palabra ha sido siempre de uso corriente.

—Sí, ya lo sabemos. Pero nos estamos refiriendo a la gente de la Tierra en general. Este estado de ánimo o de relación, resume bien el acto de unir personas, comunidades, voluntades y esfuerzos. Y entre nosotros esto dura mientras pervive la necesidad de estar en compañía, de acompañar, de ser acompañado, para recrearse, gozar, viajar, investigar, explorar, es decir: para realizar algo que no podríamos hacer en solitario. Pero todo esto tiene su límite natural, tras el cual se abre en seguida otra perspectiva. Vosotros, los terráqueos, debéis tener presente, siempre, que nosotros somos gente libre, que gozamos de una libertad total, sin trabas de ninguna especie, porque cada individuo, cada comunidad conoce al pie de la letra sus «derechos» y «deberes», por decirlo con palabras vuestras.



La rampilla mecánica me subió hacia arriba, hasta la puerta que estaría situada a unos 4-5 metros del suelo. Antes había podido ver que la nave estaba posada sobre cuatro patas, que parecían estar articuladas tubularmente. Al franquear la entrada, la voz me dijo: «Bienvenido a bordo de la nave *Luz del Cosmos*». Y con un ademán suave, de los tres que me estaban esperando, el más cercano a mi me indicó unos asientos del centro de aquella inmensa sala, colocados en torno a una mesa de forma ovalada.

LA LIBERTAD A ESCALA CÓSMICA

—Porque para nosotros, la libertad bien entendida de uno no es aquella que termina donde empieza la libertad del otro; lo cual, bien mirado, es una frase hueca, como tantas otras de las que se usan en la Tierra. Porque, ¿quién puede fijar la frontera entre esas dos libertades individuales? Nuestra libertad es la que se imbrica, que se armoniza y que se funde con la libertad de los demás. Sólo así se puede trenzar de verdad la libertad colectiva, que es la genuina, y no con «libertades que van por libre», a las que tan sólo pueden acceder los elegidos y los privilegiados, como ocurre en vuestro planeta^[30].

—¡Naturalmente que las hacemos! —saltó la fémina—. Nadie mejor que nosotros para saber apreciar los esfuerzos y sacrificios de determinados grupos de terráqueos, a lo largo de los tiempos, para encauzar más armoniosamente la existencia de vuestras comunidades. Y hemos podido comprobar, también, que quienes representaban mejor los más bellos ideales humanos han sido a menudo perdedores, precisamente a causa de su bondad. ¡Naturalmente que hacemos diferencias! —insistió la fémina.

—Como tampoco podéis meter a todos los equipos de dirigentes en la misma bolsa. Los hay que podrían hacer muchas cosas buenas y no las realizan, mientras que otros, que querrían hacerlas, no poseen medios para ello, o están atemorizados por

los espadones de turno.

LOS BORBONES EN CANDELERO

—También en ese terreno podemos dar una opinión muy ajustada de la realidad. Sabes la importancia que tiene para nosotros la cuenca del Mediterráneo y lo que opinamos sobre los pueblos que la circundan (véase el capítulo «Por qué me eligieron a mí como mensajero»). Pues bien, aunque te pueda chocar lo que vamos a decirte, porque conocemos tu intransigente republicanismo, nosotros hemos observado mucha valentía y mucha naturalidad en el comportamiento de vuestros reyes, los cuales, si persisten en su trayectoria, están llamados a desempeñar un papel mucho más importante que el actual.

Confieso que, al oír estos elogios sobre la pareja real española por boca de extraterrestres, mi sorpresa fue morrocotuda. Porque, la verdad, en el largo rato que llevábamos charlando, ellos no se habían mostrado en absoluto inclinados a tomar partido o señalar preferencias, sobre todo en los asuntos políticos de la Tierra. No es que me molestase, pero tampoco salté de contento, la verdad. Pero como lo cortés no quita lo valiente, yo, a pesar de mi «intransigente republicanismo», reproduzco aquí, sin quitar ni poner una coma, lo que me dijeron. Sin embargo, esto del «republicanismo intransigente» requiere una explicación: es fruto, ante todo, de mi antimonarquismo consecuente.

Yo no he podido admitir nunca —ni lo admitiré mientras viva—

que, una vez por designios providenciales y otras por caprichos caudillales, a mí se me impongan dirigentes de ninguna clase. Por otra parte, para no tener la menor simpatía a la dinastía borbónica me basta y me sobra con conocer la historia de España. Pero es que hay más: conozco muy bien —por haberla vivido muy intensamente— nuestra historia de este último medio siglo. Y en particular el período que arrancó en julio de 1936. Me explico: el peor enemigo que ha tenido —y tiene— la monarquía —ya desde antes de ser restaurada— es la de contar como Estratega Mayor al Conde de Barcelona. Así se lo dije —de pasada— en un artículo mío («El franquismo por dentro». Mundo Diario, Barcelona, 9 de febrero de 1979): Es posible que el Conde de Barcelona proyectase, a la vista del panorama —Franco le soltó, en 1948, entre otras «indelicadezas», que pensaba conservar el poder durante veinte años más— una restauración a largo plazo. Pero que quede claro que no le hizo ningún favor al pueblo español y un muy flaco servicio a la Monarquía instaurada en 1975 [[apéndices 15 y 16](#)].

ALGO MÁS SOBRE MIS INTERLOCUTORES

Seguí mi inspección ocular: del resto de la tripulación, sólo uno de los varones tenía ojos almendrados, mucho más saltones que los de la fémina más cercana a mí. Los otros los tenían como nosotros, redondos, aunque más grandes y saltones y, por lo regular, bastante separados del apéndice nasal. Después, durante nuestra larga, amena y aleccionadora conversación, me dirían que ello se debía a una gimnasia ocular periódica, lo cual ponía a sus ojos en disposición de abarcar un campo de visión mucho mayor y captar así infinidad de detalles. Y, al mismo tiempo, poder expresar mejor, con la mirada, lo que solamente los ojos pueden decir. Por cierto, que esto de «las miradas que hablan» me recordó las veces que, durante mis cinco largos viajes por España, para escribir mi libro dedicado a las guerrillas españolas (1936-1960), sentí no haber llevado conmigo uno de esos aparatitos de fotografiar —miniaturizados— que pueden ser escondidos debajo de la solapa de la chaqueta. De esta forma podría haber fotografiado docenas de miradas de campesinos, de campesinas, de pastores, de carboneros, de guardas jurados incluso, que constituyeron la muda respuesta a ciertas preguntas mías. Con esas fotos, limitadas al par de ojos de cada entrevistado que me dio, repito, la callada por respuesta, hubiésemos podido ilustrar muchas páginas que, a no dudar, resultarían entre las más

elocuentes, con mi pregunta primero, en letra impresa, y debajo un recuadro con la correspondiente respuesta ocular...

Las caras de mis interlocutores masculinos extraterrestres eran más alargadas que las nuestras, con el mentón algo más prominente que el corriente por estas latitudes. Pero sus proporciones eran siempre armoniosas. El de los pómulos salientes tenía un aire oriental y era el más bajito de todos: 1,75 metros o poco más. Sus labios eran menos carnosos que los de las féminas y los rostros varoniles parecían recién afeitados. A ratos se me aparecían como auténticas figuras de cera. Las orejas eran también alargadas y pegadas a la cabeza.

Me explicaron que la función de oír era muy importante para ellos, no sólo por el alcance de la percepción de sonidos, sino también para «escuchar» el silencio. Esto me lo dijeron una y otra vez, sin duda para que yo me percatase bien de lo importante que era para ellos la ausencia de ruidos, recalcándome que la transmisión de ese silencio hacia su organismo ejercía en sus cuerpos una influencia altamente tonificante y revitalizadora, sin parangón con cualquier tipo de tratamiento preventivo, en la por tanto extensa gama de las que disponen, y usan, para mantener sus vidas en eso que los terráqueos llamamos «buena forma». Si bien nosotros nos referimos más concretamente a la forma física, mientras que en ellos tiene unos alcances mucho más dilatados.

Sus brazos y sus piernas me parecieron más largas, y esto es algo que también comprendí perfectamente al descubrir que andaban mucho y que hacían mucho ejercicio durante las exploraciones montaÑeras o submarinas. «Aunque nosotros —me dijeron con una punta de ironía— no escalamos cimas para colocar allí banderitas o emblemas. Nosotros preferimos ir

subiendo lentamente y descubrir a las gentes que viven en esas montañas, conocer su clase de vida, la clase de vegetación que los rodea y los animales que las pueblan. Las cimas no tienen otro atractivo para nosotros que el de admirar el paisaje desde una atalaya más alta, aunque esto es cosa de la que también podemos disfrutar perfectamente desde nuestras naves. Ellos —siguieron explicándome— daban mucha importancia a no perder detalle de cuanto se ofrecía a sus ojos. Es decir: no perder la dimensión humana de las cosas^[31]. Según pude comprobar en los documentales que me mostraron, ellos no utilizan los elementos mecánicos más que cuando es imprescindible necesario.

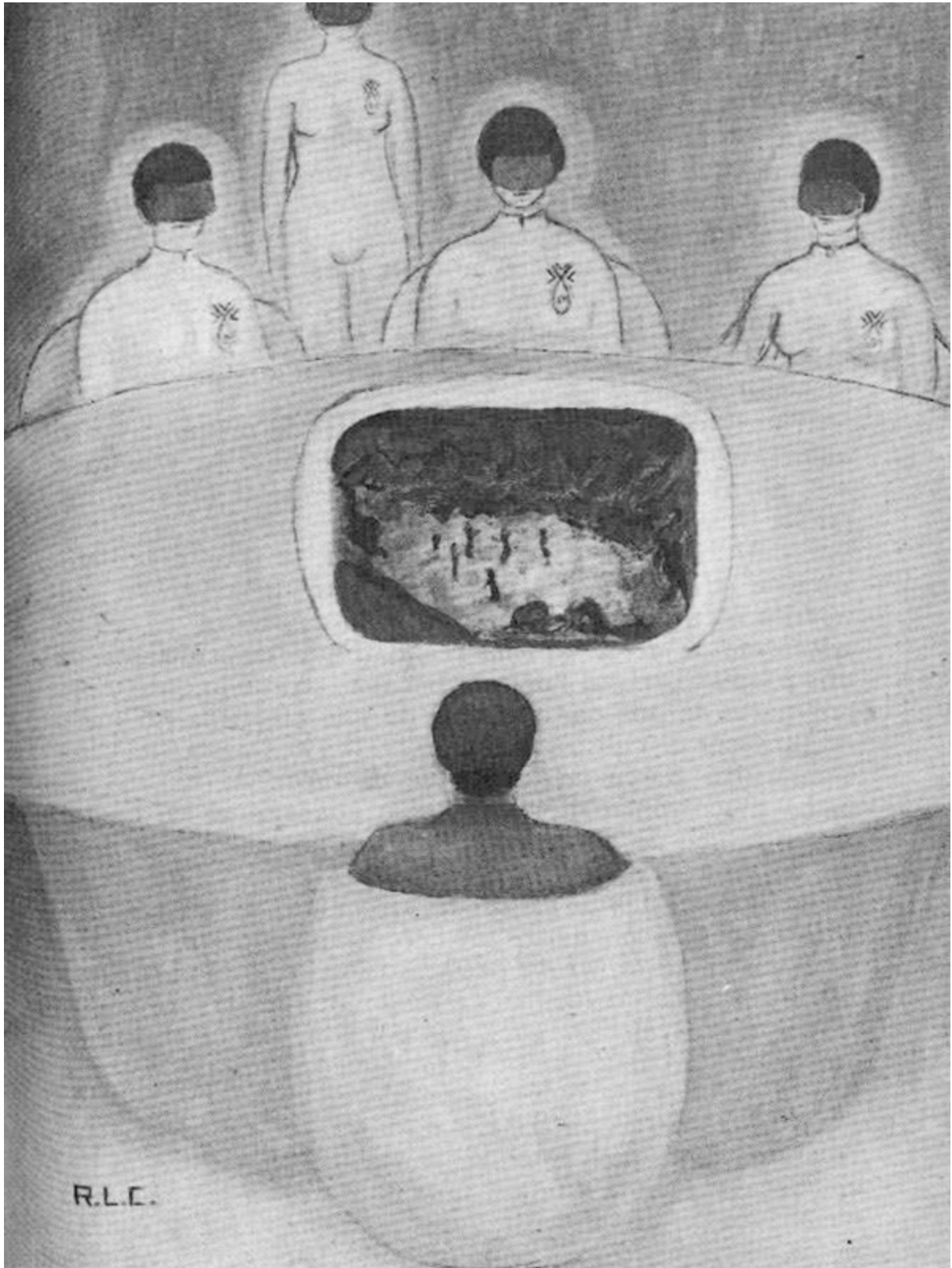
Varias veces me rondó la tentación de preguntarles si una vida tan disciplinada y reglamentada no resultaba a la postre aburrida. Pero ¿por qué pensaba yo en «disciplina» y «reglamentos» si ellos lo hacían todo en plena libertad? No sería ésta, por supuesto, la última vez que surgiría en mí esta especie de grandes interrogantes, sostenidos siempre en un punzante desconcierto: el de no acabarme de creer aquella realidad que tenía delante de mis propias narices. Por enésima vez recordé lo que, tanto por parte de mis padres como de mis maestros (incluido mi profesor de cultura física, en 1932-1936, Cuesta, del Club Gimnástico Barcelonés, que fue campeón de España de lucha grecorromana), recibí como consejo: el de cuidar siempre bien de mi cuerpo, de mi salud, porque de nada me serviría estudiar, hacer proyectos y trazar planes, si luego, adoleciendo de tal o cual afección o enfermedad, en el instante de acometerlos me encontraba alicaído.

Por otra parte, yo me decía: no sé si estos compañeros habrán pretendido «ocupar» a fondo mi mente, pero lo que se ponía en

evidencia, cada dos por tres, es que yo seguía emperrado en mis enfoques terráqueos. Porque, naturalmente, si ellos me hubiesen puesto en estado de encajar sensaciones sin asimilarlas a mi aire —por lo menos las más esenciales para entender la vida— esta entrevista desembocaría en una estafa «Made in Tierra» y los primeros engañados serían ellos. Entonces fue cuando me di cuenta de la suerte que había tenido: estaba haciendo, a trancas y barrancas, la primera entrevista que unos extraterrestres hayan concedido a un habitante de la Tierra. Y, por añadidura, a un escritor historiador (de «cronista de la historia» me trató alguien de la estirpe de «los antropólogos que no han pisado nunca la selva»), practicante de la historia oral contada por los peatones de la Historia y al que, por otro lado, le hubiesen concedido el privilegio de subir a una de sus naves y de charlar con ellos durante varias horas.

He de confesar también que sentí no saber corresponder a su cortesía con mayor espontaneidad. Debí mostrarme menos arisco y haberme esforzado —más, mucho más de lo que me esforcé— por moverme, mentalmente, en un terreno más abierto, menos tenebroso.

De otra cosa estaba también cada vez más seguro: que debía tratar de amasar en mi caletre aquellos insólitos materiales de reflexión y que esto era un esfuerzo mental que me tocaba asumir, sin más, por mi cuenta y riesgo, si de verdad quería comprenderlos y sacar algún provecho de nuestro encuentro.



La mesa se parecía a una de esas que vemos en los estudios de radio, con innumerables manecillas, y del centro emergían unas pantallas escamoteables en una de las cuales yo podía admirar varios documentales que trataban de sus viajes, de las recepciones que les habían reservado las poblaciones de los planetas visitados, de fiestas populares, de zambullidas de miniplatillos en los mares, y varios episodios más, casi siempre con gentes extraterrestres como principales protagonistas.

EL CONTACTO DEFINITIVO

La fémina que estaba en pie, apoyada en el respaldo del asiento del que se encontraba sentado en medio, dijo:

—No trates de forzarte, querido compañero. Límitate a tener la mente lo más despejada y limpia posible y obsérvalo todo con todos tus sentidos: lo que ves, lo que oyes y también lo que no oyes. Grábalo bien en tu memoria. Ya te dijimos al principio que ibas a archivar en ella muchos recuerdos. Luego, cuando regreses a la Tierra, ya tendrás tiempo de recapacitar tranquilamente sobre tu experiencia a bordo de nuestra nave. Y podrás transcribir tus recuerdos y tus reflexiones libremente, según tus referencias terrestres, a las que sabemos que no podrás renunciar. Ya te habrás percatado del gran abismo que separa nuestras respectivas formas de entender la vida. No es aventurado hablar de la existencia de dos mundos. Sin embargo, aunque por ahora no se pueda afirmar que «estamos condenados a entendernos y a convivir unos con otros», lo que sí nos parece incuestionable es que, a causa de esa nociva intromisión de vuestras naves mortíferas, que ponen en peligro la armonía del Universo, tan costosamente ordenada a través de milenios, quizá haya comenzado una nueva era que podríamos llamar de «franca aproximación» y de «contacto abierto», que nosotros estamos deseando alcanzar desde tiempos inmemoriales^[32].

—Los terrestres llamamos a eso: «no hay mal que por bien no venga».

—Sí, así es, querido compañero, pero debes convenir con nosotros que siempre es preferible conversar y compenetrarse, basándose en opciones constructivas, que no al socaire de temores y amenazas.

—Decidme, ¿vosotros estaríais dispuestos, si de pronto los terráqueos nos volviéramos civilizados y generosos, a establecer contactos regulares y definitivos y a compartir con nosotros todos vuestros descubrimientos y secretos?

—Esto es algo que venimos practicando desde siempre entre las comunidades que hemos ido formando la Confraternidad Universal. Es lógico que nuestra actitud hacia vosotros fuera todo lo fraternal que ha sido siempre nuestra norma con los demás. ¿Cómo creéis que hubiéramos podido establecer nuestro armonioso concierto universal?

Entonces, no sé por qué —estos cambios de rumbo los tuve varias veces, así, de pronto—, les pregunté por la suerte de los mensajes que los terráqueos habían lanzado al espacio. Me dijeron conocerlos; en particular el último, en el que se transmite «a las otras civilizaciones interestelares unas visiones tan idílicas de la Tierra, que eso no hay ninguna civilización extraterrestre — por imbéciles que sean sus miembros— que se lo crea»^[33].

—No es que a nosotros nos agrada presenciar escenas dramáticas y deprimentes —dijo la fémina—, pero lo que es cierto es que los terráqueos tenéis mucha afición a redactar «tablas de derechos» y toda suerte de «declaraciones» y «manifiestos», y dedicar «años» a los marginados, a los humillados y a los hambrientos, que no son, a la postre, más que puros paliativos^[34].

EXTRATERRESTRES EN EL MEDITERRÁNEO Y LA Cerdanya

La voz volvió a rogarme que prestase atención y en el acto empezaron a pasarme otro documental. Pude admirar algunas de las muchas riquezas que, según *ellos*, encierra nuestro planeta, y de las que al parecer nosotros ignoramos la existencia^[35]. Primero las imágenes desfilaban a una velocidad vertiginosa, que luego, progresivamente, iba disminuyendo hasta pasar a ritmo de cámara lenta. Vi las profundidades de un lago africano, después otro iberoamericano y, finalmente, «nos zambullimos» en aguas del Mediterráneo.

A medida que el documental desplegaba ante mis ojos unas panorámicas completamente inéditas para mí, ante todo por su insólita belleza —y creo que para cualquier terráqueo, por muy asiduo cinéfilo que sea—^[36], la voz puntualizó que aquel tipo de «sondeos» los habían realizado recientemente con unas pequeñas naves que luego me mostrarían.

También pude ver un grupo «excursionista» —de extraterrestres— explorando, según me indicaron, las montañas de la Cerdaña (eso que personas tan serias y documentadas como Antonio Ribera y Juan García Atienza llaman «el núcleo magnético del Canigó»), sin preocuparse para nada de la frontera que divide a Cataluña en dos. Me aseguraron que las dos superpotencias

quedarían asombradas —y humilladas, agrego yo— si un día *ellos* les revelasen, en prueba de buena amistad, el inventario de todos nuestros recursos reales, incluidas un sinnúmero de riquezas ignoradas que se hallan en sus propios territorios.

—Nosotros podemos asegurar —me dijeron— que, en la Tierra, cuyos especialistas en la materia, maltusianos o no, están alarmados porque a fines de este siglo vuestro planeta quizá alcance los ocho mil millones de habitantes, disponéis de recursos para atender dignamente a cuarenta o cincuenta mil millones de pobladores^[37]. Y sin tener que esquilmar y arruinar la Naturaleza, sino todo lo contrario, sintonizando con ella armoniosamente. Mas para ello, repetimos, la Tierra tiene que consagrarse a fondo a tareas pacíficas y dejar de rendir culto a la muerte, como habéis hecho hasta ahora...

—Bueno, ésa quizá sea la razón —tercié yo—, que vosotros no debéis ignorar, de que en la Tierra se haya divulgado, por parte de personajillos especializados en «relaciones públicas», respecto al tema de los ovnis, o en asuntos de defensa nacional, que lo que vosotros pretendéis es que bajemos la guardia para invadirnos y apoderaros de los tesoros de nuestro planeta...; ya sabéis que se ha dicho incluso que carecéis de agua y de sal, y que venís a abasteceros en la Tierra...

—¡Pero tú no te creerás esas majaderías!

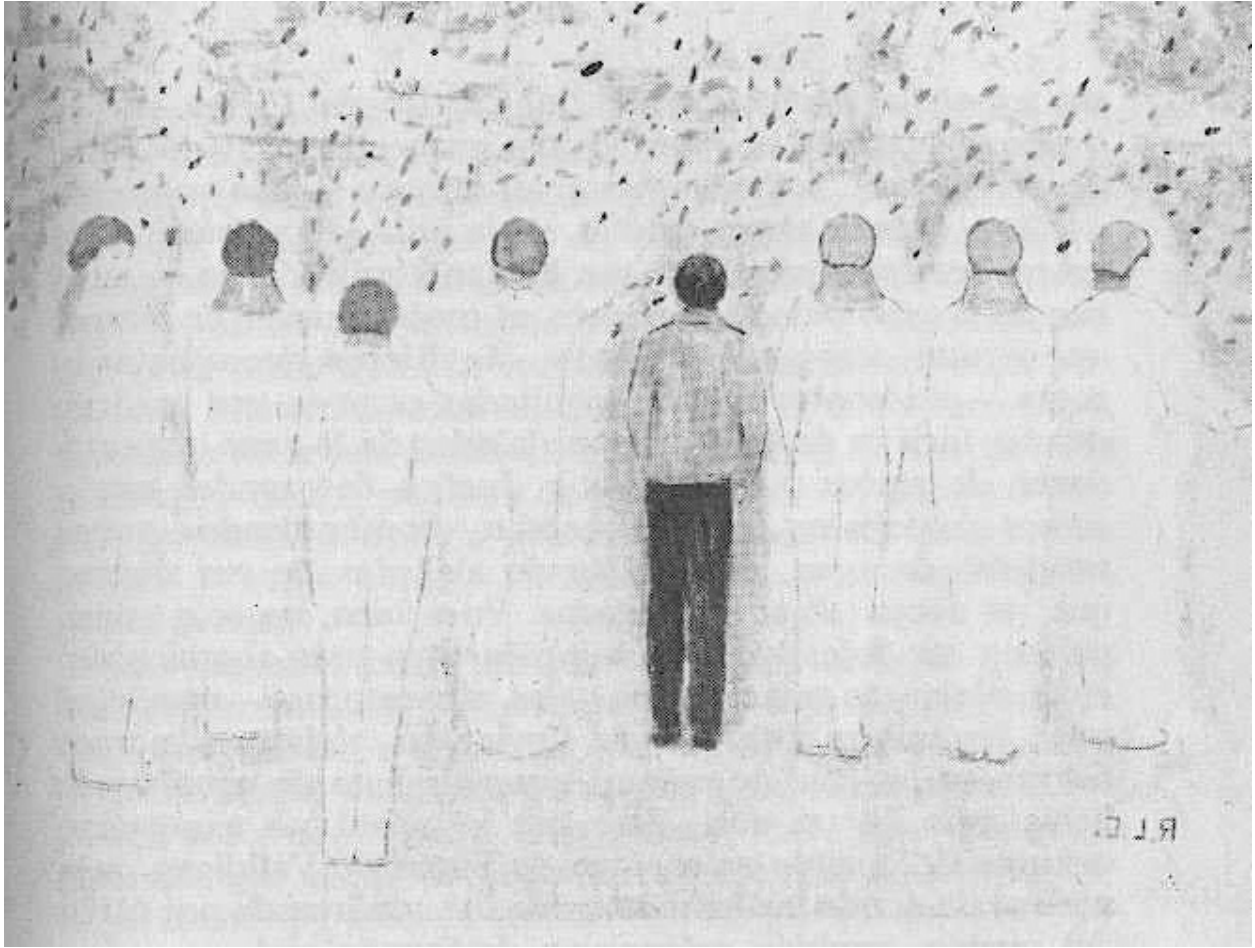
Otra vez no supe qué contestar, así, de pronto. Temí que mi opinión sonase a falso. Porque lo cierto es que yo he pensado a menudo en lo necia que resulta esa excusa —la de tenerle miedo al prójimo— para acumular pertrechos bélicos y estar siempre en pie de guerra... unas naciones terrestres respecto de otras. Por tanto, ¿cómo no iba a pensar lo mismo al referirnos a las

comunidades extraterrestres?

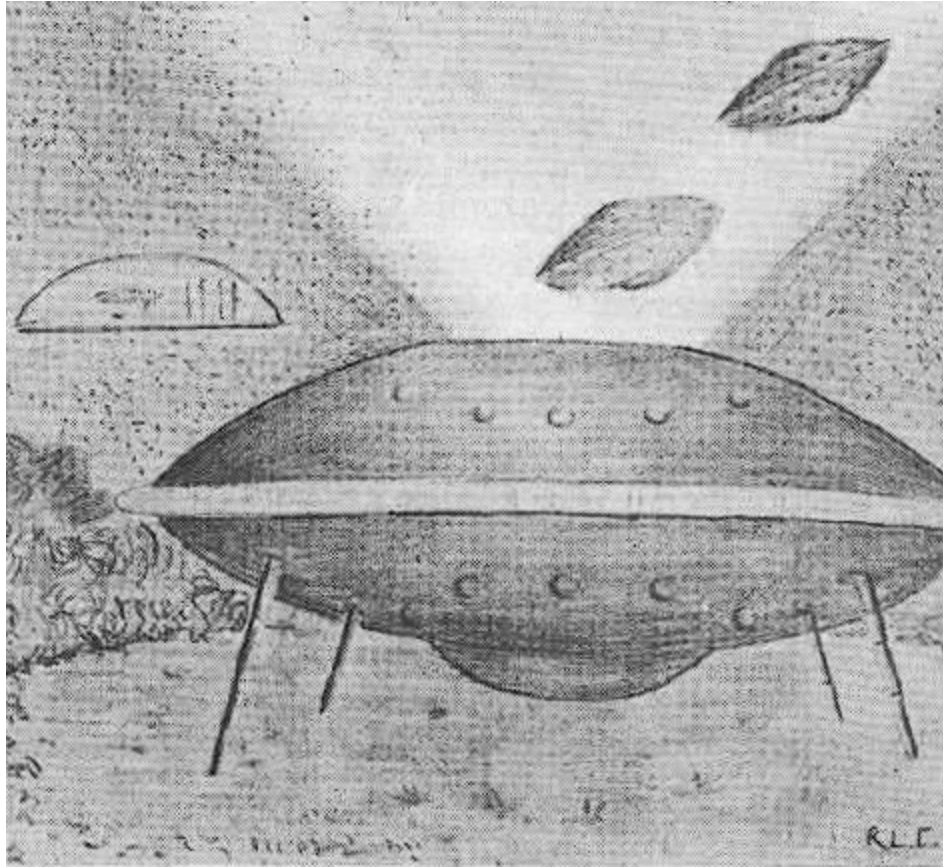
—De todas formas —dije—, alguna manera habrá de entrarle al toro de cara de una puñetera vez si, como afirmáis, vosotros disponéis de recursos para suspender la vida de los pobladores de una de las dos superpotencias. De ser así, y conste que yo no tengo ninguna razón para ponerlo en duda, quizá podríais intervenir, por ejemplo, en el sentido de atenuar, o incluso atajar, esa tremenda sequía que padecemos actualmente en casi toda España... o detener cualquier calamidad natural de las muchas que asolan el mundo. (Sequía, dicho sea de paso, que ensotanados jerarcas españoles han calificado de «castigo del Cielo», por la descristianización de nuestro país, en particular, y del mundo en general...). Y demostrar así vuestra buena voluntad.

Otro gran silencio estalló en la sala. Entonces surgió en mi recuerdo algo que me habían explicado en la zona sur de la provincia de Valencia, el otoño pasado, en tierras que limitan con las de Albacete. Me dijeron que unas avionetas —personales unas y alquiladas otras—, por encargo de una familia de las más acaudaladas de la zona, exportadores de agrios y hortalizas y dueños de grandes extensiones de árboles frutales, habían «bombardeado» nubes cargadas de agua, con objeto de alejarlas de sus tierras, que no necesitaban ser regadas. Pues bien, no sólo consiguieron su objetivo, sino también otro más abominable: el de alejar de unas tierras —las albaceteñas—, rumbo al mar, las nubes cargadas de lluvia; las alejaron de unas tierras en las que no caía ni una sola gota de agua desde hacía más de un año. Esto me lo contó un campesino oriundo del pueblo valenciano de Simat de Valldigna, persona seria donde las hubiere, y me fue confirmado por otros del pueblo, también valenciano, de Sumacárcel.

Estuve a punto de contárselo a *ellos* , para que comprobasen que uno, pese a sus modestos alcances, hace ya mucho tiempo que sabe muy bien de qué pie cojeamos en la Tierra. Pero, otra vez, prevaleció la prudencia hipócrita terráquea, porque la verdad es que me sentía bastante apabullado por tantas verdades de a puño como iba recordando, a medida que charlaba con *ellos* . Y todas, ¡ay!, justificadísimas, que nos dejaban peor parados cada vez. En todo caso, esa fechoría de las avionetas de «bombardeo» basta y sobra para demostrar que ni siquiera es necesaria una guerra —ni tampoco buscarse enemigos de otras naciones o planetas— para que unos terráqueos le hagan la vida imposible a otros...



A lo lejos, a 6-7 metros, al fondo de la sala, a mi derecha, percibí a cuatro tripulantes más, que se movían frente a una gran pantalla rectangular, en la que no cesaban de encenderse y apagarse lucecillas de todos los colores, como si estuviesen manipulando botones en aquel inmenso «tablero de mandos» que se encontraba al pie de la pantalla luminosa. Más tarde me acercarla a ella y me darían toda clase de explicaciones sobre la misma.



De pronto me hicieron notar —invitándome a acercarme al gran ventanal— que la «cúpula» de la nave se había separado de ella. Se encontraba suspendida en el aire a pocos metros.

SU ÉTICA DE «NO INTERFERENCIA»

—Es cierto, podríamos hacer algo —respondieron—, para demostrar nuestro poder. De hecho, como luego podrás ver, alguna vez hemos ayudado a gentes de la Tierra.

Incluso a compatriotas tuyos. Pero eso, ahora, resultaría poco eficaz por varias razones. La primera es que las superpotencias, en el estado actual del mundo, acabarían por unirse y lanzar la consigna de una defensa planetaria, esgrimiendo la inminencia de una invasión extraterrestre^[38]. Algo así como una «cruzada interestelar». Y tenemos razones para creer que esa reacción no estaría motivada por nuestra hipotética intervención en los asuntos terrestres, sino más bien por miedo a la insurrección de sus propios pueblos y de los pueblos del tercer mundo; unos en protesta contra esa suicida política armamentista de sus dirigentes y otros contra la humillación y la explotación. ¿Comprendes?

»La segunda razón es que, en el supuesto de que las dos superpotencias se quedasen a la expectativa, que es una eventualidad a descartar casi del todo hoy en día, esos planteamientos paternalistas serían quizá eficientes a corto plazo, pero negativos a largo plazo, dado que cualquier solución que venga del cielo se consideraría como “un milagro divino”, y esto es una farsa a la que nosotros no nos prestaremos nunca. Fíjate que algunos “especialistas del tema ovni” han llegado ya a afirmar que

su Dios —Jesucristo— era un extraterrestre.

Recordé, quizá sin ton ni son, un proverbio chino: «El hambre de los pueblos no se sacia dándoles panes y peces, sino enseñándoles a sembrar y a pescar».

—Pues bien —prosiguió la voz—, salvo por medio de una fuerte y sostenida información sobre la realidad de los hechos, lo cual nos haría desembocar en una desafortunada guerra de ondas, las superpotencias coartarían, adulterarían, falsearían e incluso silenciarían esa realidad, y esto por razones particulares y comunes a la vez. Como es bien notorio que lo hacen en torno a temas de menor trascendencia de la que podría tener una intervención por nuestra parte en los asuntos de la Tierra [\[apéndice 17\]](#). Y esto sería así, querido compañero, aunque nosotros nos esforzásemos por demostrar que sólo perseguíamos fines pacíficos, sin segundas intenciones de ninguna especie. ¿Comprendes?

Pensé, de paso, en la de iglesias y sectas que saltarían a la palestra para apuntarse el tanto. En España ya son incontables las que existen, procedentes casi todas —las nuevas— del área anglosajona, sin olvidar, por supuesto, a esos «jaraneros místicos», recién acuñados por el Vaticano sevillano del Palmar de Troya.

Seguí callado otro largo rato, hasta que la fémina que me había acogido al llegar a la nave —que estaba sentada en el centro de la mesa— rompió el silencio:

—Quisiéramos ser bien comprendidos y que interpretaseis correctamente nuestra actitud. Nosotros no podemos hacer más gestos de acercamiento hacia vosotros de los que estamos haciendo para demostraros nuestra existencia y que somos una

civilización avanzada en todos los terrenos. Aunque es cierto que, muchas veces, hemos sentido deseos de hacerlo, y por eso charlamos tan a menudo con terráqueos, como lo estamos haciendo ahora contigo. Pero no podemos ir más lejos mientras no demostréis que de verdad deseáis que nos ayudemos mutuamente. Y la primera demostración no puede ser otra que la de poner fin a vuestras guerras y a vuestras prácticas coercitivas y violentas, incluso durante esos tiempos que vosotros llamáis «de paz»^[39]. Y que nosotros comprobemos que los países privilegiados de la Tierra renuncian a seguir dominando y explotando a los países pobres, a sus propios hermanos planetarios.

»Porque si las comunidades de la Tierra —siguió diciendo la voz— no son capaces de establecer y consolidar una solidaridad efectiva y generosa entre ellas, ¿cómo vamos a poder creer nosotros en vuestra sincera disposición para integraros en la gran comunidad cósmica que llevamos alumbrando desde hace tantos milenios?

LOS DESCONOCIDOS TESOROS DEL UNIVERSO

Juzgando, sin duda, que necesitaría relajarme un poco, me invitaron a visitar la nave. En seguida me di cuenta de que aquella sala era mucho más pequeña de lo que yo imaginé. Existían unas separaciones que parecían de vidrio, pero prácticamente invisibles. Lo noté tan sólo cuando franqueamos una especie de puerta y entramos en lo que yo tomé por la cabina de navegación y de control —por llamarla de alguna manera— y oí como unos silbidos muy apagados, que variaban de intensidad —pero siempre con un registro bajísimo— al unísono con las lucecitas que se encendían y se apagaban intermitentemente en aquel inmenso tablero —o «mapa mural»— que yo ya había percibido desde mi asiento. Ahora, de cerca, me parecía más sofisticado: con una serie de hileras de pulsadores de distintos colores, con seis pantallitas encastradas en el largo pupitre que se extendía al pie del tablero.

—Pulsa este botón, por favor —me dijo uno de ellos, con un amago de sonrisa en su semblante.

Lo pulsé y oí perfectamente cómo se ponía en marcha el motor del Opel y se encendían los faros, al tiempo que la imagen del coche se reflejaba en una de las pantallas.

Me estuvieron explicando que determinadas lucecillas correspondían al control de carreteras y caminos que conducían al

lugar donde se encontraba la nave, mientras que otros eran contactos con otras naves suyas o señales de equipos de exploradores que se encontraban en tierra, investigando, en aquel momento.

—Bueno —dije, por decir algo—, ya debéis saber que por ahí fuera se habla también de que venís a la Tierra a buscar minerales de los que carecéis en vuestros planetas.

—Eso son ganas de hablar por hablar. En nuestros planetas hay tanta variedad o más de minerales y de especies vegetales y animales que en la Tierra [\[apéndice 18\]](#). Porque nuestra comunidad dispone de los recursos de muchos planetas. Eso es lo que nos ha permitido progresar tan rápidamente en nuestras investigaciones. Además de las inagotables fuentes de riqueza que se generan en los espacios cósmicos, de las cuales vosotros ni siquiera sabéis aprovechar una de ellas entre tantas otras: la energía solar...

Por una rampa mecánica, idéntica a la utilizada por mí para subir a la nave, ascendimos hasta la gran sala central, donde, enseñándome una mesa repleta de pedazos de piedras —minerales de distinta talla, estructura y colorido—, me dijeron:

—Estos fragmentos de roca, y muchas otras muestras que hemos extraído de la Tierra, son para enriquecer nuestro caudal de datos y, si llega el momento, todo esto puede servir para aumentar considerablemente la información que vosotros poseéis sobre vuestro propio planeta. Sin embargo, lo que más nos ayuda a progresar es nuestro conocimiento de las leyes de la armonía cósmica, del mundo vegetal, mineral y animal.

—¿Y es verdad que nadie puede calcular los tesoros del Universo? —pregunté con la ignorancia de un profano en la materia.

—No olvides que los mares de la Tierra y vuestros continentes también forman parte de ese Universo, pero nosotros no acostumbramos a hacer evaluaciones de ninguna clase; por eso no podríamos contestar correctamente a tu pregunta. No obstante, podemos asegurarte que nuestro mejor tesoro son los mares y que, sin ellos, tanto en la Tierra como en cualquier otro planeta sería difícilísimo, por no decir imposible, seguir disponiendo de nuestras esencias vitales. Por decirlo con palabras más directas: si se secasen los planetas la muerte volvería a adueñarse del Universo. Por eso debemos cuidarlos muy bien.

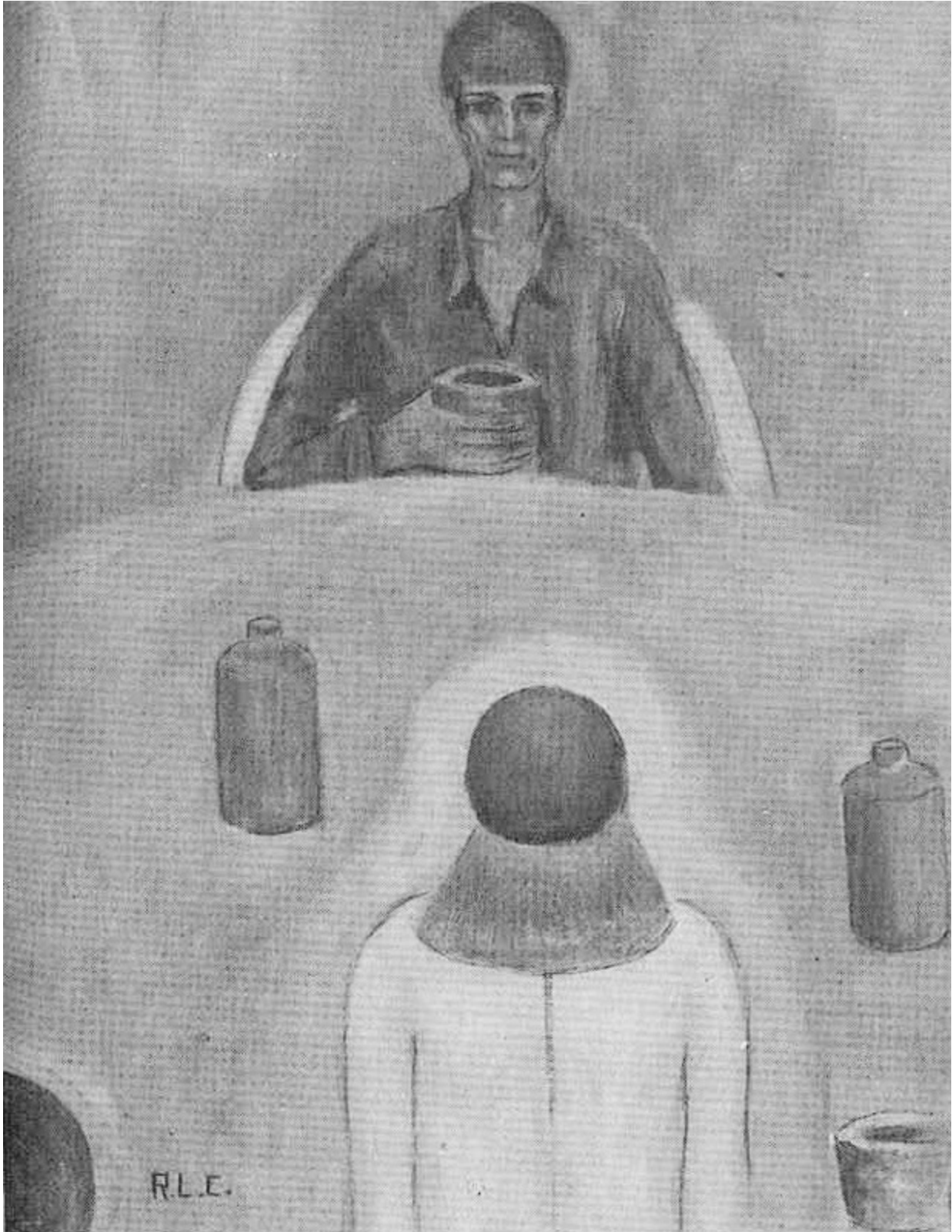
De pronto, por primera vez, me puse a pensar en la posible reacción de mis paisanos terráqueos cuando les explicase todo esto. En verdad, hasta aquel momento —no sabría decir por qué— no me había parado a pensar que yo estuviese obligado a explicar nada a nadie. No por el «qué dirán» —que eso a mí me importa un bledo— sino por temor a la inutilidad de la difusión de los pormenores del encuentro y del contenido del mensaje. Durante varias horas, toda mi preocupación estuvo centrada en «archivar» en mi mente el mayor número posible de detalles de aquel insólito encuentro, como para convencerme a mí mismo de que no había sido un sueño...

Al tener en mi poder —mentalmente— el mensaje —mensaje con inconfundibles ribetes de ultimátum—, cuando pensaba cómo podría divulgarlo mejor, por mi cabeza correteaban ideas muy contradictorias: a ratos me embargaba una gran ilusión, pensando que, con ello, iba a poder ayudar a mis semejantes a ver algo más claro nuestro futuro —el que hemos de edificar nosotros mismos a pecho descubierto y a mano desnuda—, pero por momento llegué a temer también que quizá contribuyese a aumentar la

confusión reinante en torno al tan vidrioso tema de los extraterrestres. Esta última impresión se debía, quizá, a la escasa información que yo poseía sobre dicho tema antes del encuentro con ellos. De ahí, seguramente, que preponderase en mí un talante vacilante: ilusionado y pesimista al mismo tiempo. Hasta que, al final del trayecto, me ganaría de nuevo el optimismo.

En la gran sala pude ver, sobre todo, cuatro pequeñas naves de distinto tipo. Dos de ellas eran redondas, como la nave portadora, y las otras cilíndricas, tipo «cigarro puro». Las primeras tendrían unos 10 a 12 metros de diámetro y una altura de 2,50 a 3 metros. Las otras medirían unos 6 a 7 metros de longitud y 2 a 3 metros de diámetro. Eran, como la nave madre, plateadas, pero sin brillo. Los «cigarros» estaban acristalados en lo que tomé por el morro, recordando a los que había visto zambullirse en el mar y explorar aquella gruta submarina. La parte acristalada era como de materia plástica, ahumada, lo cual, según me explicaron, servía para ver tan sólo de dentro a fuera.

—Estas naves —agregó uno de ellos, mostrándome los platillos volantes redondos— sirven para las exploraciones de superficie, cuando nuestra nave permanece suspendida en el espacio como base-estación. Y éstos —señalando los «cigarros»— están destinados a la exploración submarina, como ya pudiste ver en uno de los documentales.



Entre dos columnas y en el curso de aquella larga conversación entrecortada por prolongados y muy saludables silencios, me invitaron a beber una especie de refresco que tenía gusto a naranja, a limón y a pomelo a la vez. Y también hice con ellos una «comida», que consistió en ingerir varios comprimidos. O sea: comida sintética, por llamarla de alguna manera. Pero tras la cual tuve la sensación de haber comido bien...

EXTRATERRESTRES EN UN POBLADO MARÍTIMO ESPAÑOL

Y mostrándome una consola rinconera, me dijo:

—Toma asiento y presta atención, por favor.

Nos sentamos y, en el acto, se tamizó la luz y en una pantalla —que salió del techo y quedó suspendida a media altura— aparecieron dos naves cilíndricas. Volaban velozmente a ras del mar, a muy poca altura de las olas. De pronto se quedaron paradas y, picando del morro, se zambulleron lentamente en el mar. Por la parte acristalada, y gracias a su lentísima velocidad — siempre con el mismo objetivo: el de no alterar más que mínimamente el medio ambiente acuático—, pude admirar los fondos submarinos, con toda su fina y multicolor flora y la abundante y variopinta fauna que jugueteaba en torno a las pequeñas naves, mientras que en su interior, y con la nariz pegada a la cristalera, se veía a varios tripulantes, que parecían divertirse como niños al observar todos aquellos peces.

Poco después, bajo un claro de luna espléndido, salieron las naves a la superficie, aproximándose a una playa desierta. Minutos más tarde, procedentes de tierra adentro, aparecieron dos grupos de extraterrestres que llevaban una especie de mochila en la espalda. Pero, a medida que se acercaban, pude darme cuenta de que iban acompañados de terráqueos, los

cuales, al llegar a la orilla del mar, donde se deshacen las olas, los despedirían con grandes pruebas de afecto, agitando gorras y pañuelos (debían ser como quince o veinte personas de ambos sexos, entre las que se veían a varios niños), hasta que las naves cilíndricas volvieron a sumergirse en el mar. Se echaba de ver que unos y otros no se extrañaban en absoluto.

Me quedé perplejo, sin saber qué decir. Por momentos llegué a sospechar que todo aquello podía ser un montaje, y para convencerme de que no lo era pregunté:

—Entonces resulta que ese contacto definitivo en realidad ya debe haberse establecido, puesto que, según he visto, ese grupo de hombres y mujeres parecen estar acostumbrados a vuestras visitas...

—Exacto. Hemos establecido contacto con innumerables grupos aislados de terráqueos y a veces con familias que viven en lugares muy apartados, y todos nos ayudan en nuestras investigaciones...

—¿A cambio de qué...? —corté..., arrepintiéndome en el acto de haberles hecho semejante pregunta.

—De nada, compañero, a cambio de nada. Bueno, sí, a cambio de nuestra gratitud..., porque, en el fondo, tanto ellos como nosotros sabemos que estamos trabajando por una causa que nos es común.

—¿Y podríais decirme de qué país son esas gentes?

—Del tuyo, querido compañero, de España. Forman parte de una población marinera de vuestras costas del Mediterráneo..., las andaluzas, concretamente.

Uno, sin poder asegurarlo, casi que lo hubiese adivinado, aunque también podían ser italianos o griegos. Pero no, según

ellos eran españoles. Y no había razón para no creerlos...

Se suspendió la sesión de cine y entonces me invitaron a subir a la cúpula, totalmente transparente, a través de la cual se veía el cielo estrellado. No sé de qué clase de cristal estaría hecha la cúpula, pero lo cierto es que tuve la sensación de que aquel cielo estaba al alcance de mi mano. Allí subimos por una rampa de caracol y entonces noté que algo me mantenía en todo momento a dos o tres palmos de ellos. Uno, cuando charla con alguien, tiene tendencia incluso a tomarle por el brazo, de forma que, inconscientemente, yo traté de acercarme a ellos en varias ocasiones, pero, repito, siempre noté que algo, como una barrera de vapor tibio, me frenaba.

PEQUEÑO BAMBOLEO ESPACIAL

—¿Te das cuenta —me dijo uno de ellos— que ya nos hemos separado de la nave?

Acercándome a la gran ventana acristalada, me fijé que estábamos en el aire, al lado de la nave, como a cinco o seis metros de ella. Confieso que, en aquel momento, sentí miedo, porque llegué a temer que les diera por echar a volar con la cúpula..., ya que, por lo visto, aquella nave se podía fragmentar y cada pedazo transformarse en un vehículo espacial autónomo. Iba de sorpresa en sorpresa.

Y aunque uno, en la cosa técnica, merodea por niveles más bien primarios, a ratos pensé en la cara que pondrían nuestros «grandes especialistas» aeroespaciales si pudiesen observar la facilidad con la que *ellos* evolucionan, se transforman, se disuelven, se reestructuran y se quedan suspendidos en el aire, riéndose —es un decir— de nuestras leyes de la gravedad... y quién sabe de cuántas leyes más...

Pero no, no hubo vuelo alguno, sino apenas un modesto bamboleo espacial, ya que, a los pocos minutos, íbamos a estar pegados de nuevo en la cima de la nave, sin que yo hubiera tenido la sensación de haberme movido. Claro que todo fue muy rápido. Y que mis reflejos no eran, al fin y al cabo, más que los de un terráqueo pasajera y atemorizado.

Mientras tanto —antes de regresar a nuestro punto de partida — uno de ellos me invitó a acercarme más a la pared acristalada de la cúpula y poco después me di cuenta de que el descapuchamiento de la nave-madre se realizaba para permitir alzar el vuelo a los dos platillos volantes redondos que yo había visto en la sala central. Despegaron —los vi salir con unos segundos de intervalo— silenciosos, con una gran cantidad de lucecillas, encendiéndose y apagándose con rápidas intermitencias alrededor de las naves.

—¿Y esas naves adonde van?

—A recoger a unos equipos de exploración que habíamos dejado en unas montañas del centro de Francia.

Más tarde, poniéndome algo al día en esto de los ovnis, he podido comprobar que las potentes aviaciones y la impresionante coherencia de que disponen los ejércitos más importantes de la Tierra, nunca han logrado interceptar, y menos aún abatir o capturar, una sola de esas naves. Tampoco se conoce la existencia de naves averiadas. Lo cual vendría a confirmar la gran impresión de seguridad que *ellos* me daban en todo momento; aunque debo aclarar que ni una sola vez se mostraron presuntuosos. ¡Y a fe que podrían permitírselo!

Mas para mí está claro que los ciudadanos del Cosmos van y vienen, aterrizan y despegan, exploran, se zambullen en nuestros mares y lagos, en una palabra: se pasean por «nuestro» espacio y por «nuestro» planeta, como Pedro por su casa. ¡Ah! Y se instalan en nuestros montes y conviven y charlan con terráqueos todo el tiempo que les apetece.

Acto seguido bajamos de nuevo a la sala del tablero luminoso y me fijé que en la mesa había dos botellas y varios vasos de vidrio

grueso. Nos sentamos y me preguntaron si tenía sed. Yo, la verdad, ni tenía sed ni sentía hambre, pero para ver qué era lo que me daban, respondí que sí y entonces me sirvieron un líquido rosado, algo espeso. Cuando lo probé creí que era naranjada, pero luego, a medida que iba bebiendo, tuve la sensación de que tenía un regusto de ácido, como si fuese jugo de limón o de pomelo. Luego, no sé si bajo la influencia de aquella bebida o qué, el caso es que me entró un ligero sopor. Creo que me quedé dormido un rato. No podría decir si la pregunta que me obsesionó más aquella noche —¿qué hacer con el mensaje?— volvió a rondarme por el magín, estando despierto o en aquella breve siesta que me eché.

Pensé que debería deshacerme de él lo más rápidamente posible, bajo seudónimo, acompañándolo, eso sí, de un relato que lo hiciese creíble. Pero, poco a poco, deseché esta idea porque tenía tintes de cobardía y de descortesía hacia quienes me lo habían confiado. Pensé, asimismo, en confiárselo a alguna personalidad del mundo de la política o de la literatura. Escogiendo bien a la persona, como es natural.

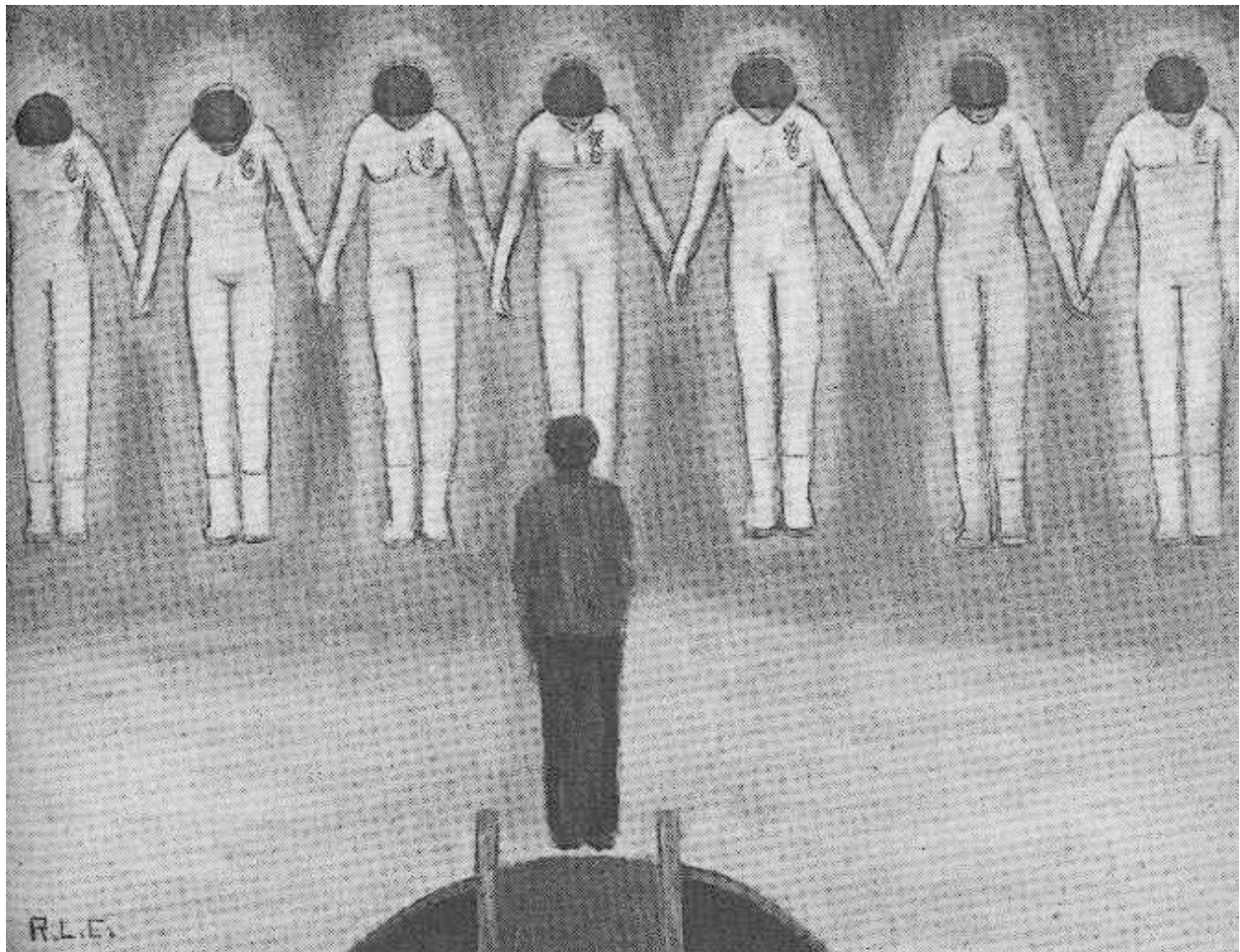
Entonces recordé la emisión radiofónica de Orson Welles, en 1938, en los Estados Unidos, anunciando, con ambientación apocalíptica, que los «marcianos» estaban invadiendo el planeta Tierra, y me imaginé que, con la ayuda de algún amigo radiofónico, podíamos montar una emisión parecida; sólo que, en lugar de atemorizar a la gente, la nuestra serviría para dar a conocer el comunicado.

No debía de ser difícil organizar una mesa redonda, como si *ellos* se encontrasen entre nosotros, para dar al acontecimiento un bien ajustado sensacionalismo que ayudase a hacer calar hondo el contenido del mensaje; en los radioescuchas primero y

en la opinión pública, por extensión, después. Hasta proyecté endosarle el paquete al inquilino principal del palacio de la Zarzuela, y a su esposa —al parecer muy interesada por el «fenómeno ovni»—, puesto que a *ellos* los tenían, según vi, por personas particularmente gratas. Posiblemente por estar enterados de que disponen de un asesor ovniario en la persona del periodista-escritor J. J. Benítez. Confieso que también me pasó por la cabeza el meter el mensaje en una carpeta y reservármelo para mí solo. Así veríamos si *ellos* respetaban mi libertad de decisión, o si eran capaces de obligarme —manipulándome o programándome, lo mismo da— a difundirlo públicamente. Tanto en un caso como en otro, a mí, lo que en momento alguno se me escapó —de algo tienen que servirme las lecciones encajadas a lo largo de mi azacanada existencia— eran los peligros que tal difusión podía entrañar.

Todas estas reflexiones, como todas las que me hice durante mi estancia en la nave *Luz del Cosmos*, mientras charlaba con *ellos*, admiraba sus películas o compartía sus silencios, me hubiese sido imposible, pienso hacérmelas en un «lapso de tiempo» terráqueo o sin que *ellos* hubiesen preparado mi mente —como ya me lo advirtieron— para concentrar en ella tal suma de impresiones y sensaciones. A medida que desfilaban recuerdos, reflexiones, imágenes, yo me iba maravillando más y más, porque, pensando en mis paisanos de la Tierra, me decía que si a todos *ellos* se les pusiera en disposición de utilizar al máximo su capacidad de percepción, de observación, de reflexión y de análisis, de forma que todas esas potencias individuales aumentasen armoniosamente, entonces es fácil que la vida, nuestras vidas, discurriesen con mayor placidez, sin transformar un banal

contratiempo en un problema insuperable. Eso que llamamos «complicarse gratuitamente la vida», lo cual —ya se dijo, pero no estará de más repetirlo— es el signo más característico de nuestra «civilización»: el poblar las vidas humanas de innumerables dificultades, enfermedades, traumas, depresiones, fantasmas y otras «desesperaciones»... para que el ser humano no dé pie con bola en toda su existencia.



Al pasar ante «ellos» yo también fui mirándolos, uno a uno, a los ojos, fijamente, y estoy seguro que «ellos» se dieron cuenta de que, con mi mirada, yo les daba las gracias desde lo más hondo de mí mismo. Noté que en sus miradas se reflejó, como en ningún

momento, una bondad inmensa, intraducible. Tanto me impresionó que estuve a punto de dar media vuelta, volver a sentarme y seguir charlando con ellos hasta el final de mis días. «¿Volveremos a vernos?», pregunté. «Es muy posible...», me respondió el que, horas antes, me había dado la bienvenida a bordo de su nave.

«RAPTOS» DE TERRÁQUEOS

De pronto se me ocurrió hacerles una pregunta:

—Perdonad la indiscreción..., ¿qué hay de cierto en esos raptos de terráqueos de que se os acusa?

—Bueno, eso es según se mire. Nosotros no creemos que sea ése el calificativo correcto. Habría que hablar más bien de rescate... Observa bien lo que te vamos a mostrar y juzga por ti mismo.

En fracciones de segundo nos encontramos sumidos de nuevo en otra proyección cinematográfica. Era como si estuviésemos viajando a bordo de un helicóptero... Bueno, me olvidaba de que sus naves pueden surcar el espacio a grandes velocidades, pero también a velocidad de patinete, o quedarse inmóviles y suspendidas en el aire indefinidamente. Ahora descendíamos vertical y lentamente. A primera vista me pareció que «picábamos» sobre unos arrozales... o una gran extensión de charcas pantanosas. Pronto percibí a unos grupos de hombres y mujeres trabajando en aquellos campos inundados, con el agua hasta las rodillas.

—Éste es el planeta Yerba Fina —me dijeron—. Fíjate bien en esas gentes y dinos si te recuerdan algo...

Al llegar a pocos metros del suelo la nave dio varias vueltas alrededor de los campesinos y éstos, reincorporándose, nos

saludaron alborozadamente con las manos. En seguida vi unas caras que, si no me eran «familiares», desconocidas del todo tampoco lo eran.

Y exclamé:

—¡Pero si son gentes de la India!

Serían como cien. Y estaban trabajando en unos arrozales. Durante unos minutos estuvimos sobrevolando lentamente aquellos campos y sus alrededores.

—Ahora fíjate bien en estos otros trabajos agrícolas...

Y en la pantalla aparecieron grandes extensiones de tierra — me dijeron que era el planeta Trigo Dorado— y vi algo así como docena y media de tractores muy bajitos, labrando unas tierras más bien parduzcas, como salpicadas por polvo de pizarra. Aquellos artefactos me recordaron, un instante, las diabólicas tanquetas italianas —las Ansaldo/Fiat— de la guerra de España. En una esquina de aquel inmenso campo vi como una especie de tienda de campaña redonda, como si estuviese hinchada.

—Desde esa casa de lona —me dijeron— se conducen esos tractores y cualquier otra máquina agrícola. Si queremos, las faenas del campo podemos mecanizarlas totalmente. Lo que ocurre es que hay gentes que desean realizarlas a la vieja usanza, como aquellos hombres y mujeres de Yerba Fina, que expresaron el deseo de seguir cultivando el arroz como lo hacían en su tierra, y como eso parece hacerles felices se les ha complacido... Pero sus hijos, que ya reciben la doble formación —necesaria y vocacional —, seguramente un día desearán que les quede más tiempo libre para viajar, explorar, investigar...

—Porque esas gentes son de la India, en efecto —puntualizó otro de los pilotos—. Fueron rescatadas en un islote formado por

una de las terribles inundaciones que se producen en aquel país, cuando todo hacía temer que se las tragasen las aguas de un río desbordado. Por allí se encontraba, en misión de observación, una de nuestras naves, la cual, tras consultar con su base, descendió sobre aquel islote y las rescató. Había cerca de mil personas. Esto ocurrió hace mucho tiempo y era la primera vez que una tripulación de nuestra Confraternidad asumía una misión semejante. Apenas penetraron en la nave quedaron en estado de «descanso cósmico», mientras se investigaba cómo y dónde podían ser devueltos a la vida activa. Estuvieron largo tiempo descansando, hasta que logramos sintonizar sus organismos con el planeta en el que iban a vivir y trabajar. Entonces los trasladamos a Yerba Fina, que es un planeta de características muy similares a la Tierra, a su tierra... —Y, con una punta de ironía, apostilló—: Pero sin sus epidemias, ni su miseria y, como habrás podido ver, sin sus vacas sagradas...

—Pues a mí me pareció ver algunas...

—Sí, son vacas, pero no sagradas... Aquí, en nuestras comunidades, todo es sagrado, como diríais vosotros: las gentes, los mares, los animales, los ríos, los lagos, las plantas... en una palabra: todo aquello que respira vida merece respeto y veneración.

—¿Y sólo habéis rescatado hindúes?

—¡No, qué va! En otros planetas viven gentes de África, de Europa, de Hispanoamérica, de Oceanía y de Asia Central.

Me quedé con ganas de preguntarles si acaso los rescates de terráqueos se limitaban a gentes de condición humilde y en particular del medio rural.

Horas más tarde, cuando ya había abandonado la nave, yendo

camino de Barcelona, pensé que pude haberles preguntado un sinfín de cosas: cómo se las arreglaban sin Estado, sin cárceles ni Bancos, sin policías, sin militares, sin moneda ni funcionarios, ni psicólogos, ni economistas, ni filósofos, ni tragaperras, ni sociólogos, ni psicoanalistas; en fin: sin esas inmensas ferias de las vanidades que son los festivales, los concursos, los saraos benéficos, las bienales, los torneos políticos, los ecos de sociedad, las juntas poético-literarias, las veladas de boxeo, las eurovisiones, los campeonatos «deportivos» (con los «juegos olímpicos» como farsa mayor), las cuestaciones sociales, la caridad estatal, o sin las quinielas (apellidadas, para mayor vergüenza, «benéfico-deportistas»), los «sex-shops», las discotecas, la lotería, los fumadores de opio, los casinos, los «gadgets» terroríficos, y las cadenas de prostíbulos (la mayor vergüenza de cualquier civilización)..., y toda esa tramoya mafiosa que algunos llaman «la cucaña de la vida», sin parar mientes que de esa cucaña se aprovechan muy pocos: los vivales y los «elegidos», como siempre.

Y preguntarles si acaso no eran también naturistas, quizá porque me acordé del gran explorador que perdió España recientemente —miserablemente, porque mientras otros vividores de la televisión derrochan el dinero a espuestas, a él, como dicen los campesinos, «le contaban los garbanzos»—, el castellano Félix Rodríguez de la Fuente, y de sus tesis sobre el equilibrio del ecosistema, del que la Naturaleza debe beneficiarse constantemente si queremos que éste, a su vez, siga cumpliendo plenamente su función en pro del ser humano. Muchas veces me he preguntado, asimismo, si al profesor Rodríguez de la Fuente no lo mataría, precisamente, «su obra bien hecha», porque despertar

y cultivar la sensibilidad de las gentes —y muy particularmente las de condición humilde— en este mundo, casi idiotizado del todo, es un pecado imperdonable. En todo caso, a Rodríguez de la Fuente no se lo perdonaron...

De lo que ya no me cabía la menor duda era que aquellos seres —me refiero a ellos, claro—, y sus compañeros de otros planetas, eran personas sobrias, para las cuales la alimentación no parecía ser un tipo de deleite o de placer refinado, por decirlo —¿cómo decirlo, si no?— con palabras de la Tierra. Pronto iba a comprobarlo puesto que, al suspenderse la proyección, me preguntaron si tema hambre.

COMIDA EN COMPRIMIDOS

Esta vez fue la fémina vecina mía la que sacó de la mesa una bandejita, que parecía de plata y en la que había como un par de docenas de comprimidos de varios colores, del tamaño de un guisante.

—Es comida concentrada —me dijo—. La utilizamos durante nuestros viajes. Tómate dos o tres de ellos y así recuperarás energías.

Cogí dos comprimidos y los disolví en la boca, bebiendo un trago del refresco que sabía a naranja-limón-pomelo. Mentiría si dijese que en aquel momento no eché de menos un buen plato de verduras, de esos que me prepara mi compañera, y un bistec a la brasa, regado con un tintorro de solera de la tierra.

De entrada creí que aquellos comprimidos sabían a puchero manchego o extremeño, incluso con un regusto de caldo de gallina. Quedé sorprendido, como digo, al comprobar que, en cosa de segundos, me sentí como «bien comido». Algo asombroso, sobre todo teniendo en cuenta que soy de los que no saben comer sin pan, «afición» que a muchos nos viene de los tiempos difíciles en los que, para la clase obrera, el pan era el alimento básico, ni sin apoyatura del vino. También podría ser que, en aquel trance tan insólito, mi apetito no fuese del todo normal.

El caso es que fue esa comida tan frugal la que, sin duda, me

inspiró para abordar otra clase de temas, digamos más etéreos...

—Entonces, el lenguaje lírico, el poético, a vosotros, ¿qué efecto os hace? ¿O es que no os conmueve en absoluto?

—Verás, la comunicación verbal no tiene para nosotros mayor importancia que la comunicación por el silencio o la de la mirada o la del tacto. Las bellas palabras, las frases hermosas son propias de quienes, en el fondo, tienen miedo a llamar a las cosas por su nombre, que gustan de rodeos y parábolas. Lo que vosotros llamáis poesía romántica o lírica, por ejemplo, en nosotros fluye espontáneamente y con naturalidad cuando descubrimos alguna nueva maravilla del Universo o cuando oímos relatar a los demás alguna experiencia fantástica. Te podemos asegurar que, en cada uno de nosotros, hay un poeta o un músico, porque el desarrollo, el enriquecimiento de nuestra sensibilidad es continuo, no cesa nunca. ¿Comprendes? ¿Para qué necesitamos nosotros que un grupito reducido y escogido de poetas nos venga a cantar las bellezas de nuestro entorno particular o del Universo, si todos y cada uno de nosotros tiene suficiente sensibilidad para apreciarlas? ¿O que nos vengan a declamar situaciones dramáticas que nos son desconocidas?

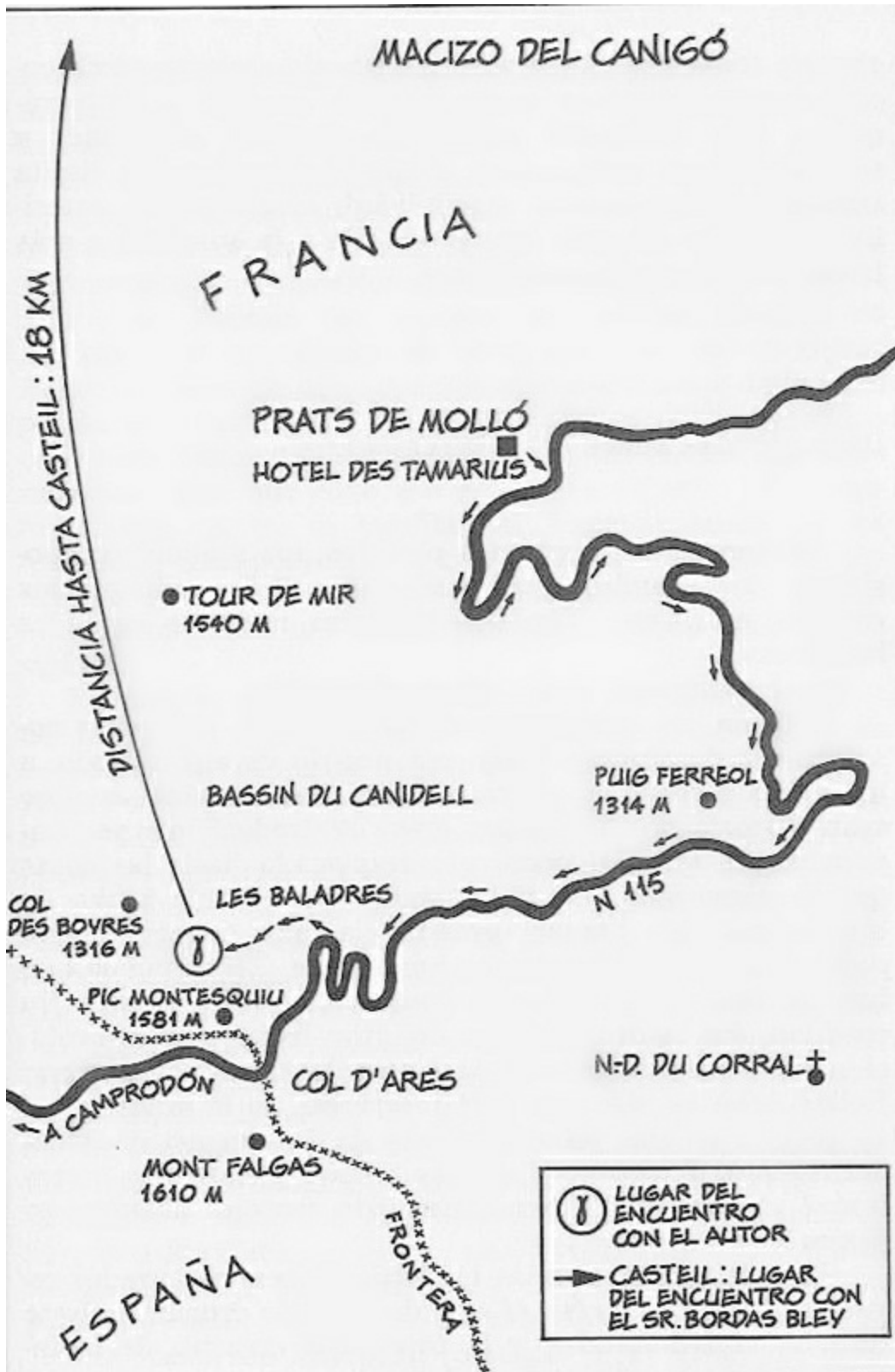
»No debes olvidar nunca que, en nuestras comunidades, nadie tiene cerrado el paso hacia ningún campo de la creación. Todos tenemos pleno acceso a las maravillas de la Naturaleza y del Universo. Esto ya te lo hemos dicho, pero hay que repetirlo, porque en la comprensión correcta de esta realidad está la clave para comprender las otras realidades de nuestra vida. La más bella impresión pasa, en parte borrada por otra, que surge después. Por eso el pasado es archivado en seguida, puesto que toda nuestra capacidad de asombro, de maravillarnos, de alcanzar la exacta

apreciación de nuestros descubrimientos, están centrados en un presente que es ya, a la vez, el futuro..., lo cual, necesariamente, nos obliga a mantener limpia y abierta la mente. Nuestro pasado nunca es lastre y menos aún nostalgia.

Se hizo otro silencio, que esta vez fue breve. Parecía como si hubiesen adivinado que, con su parrafada, yo había quedado sumido en una perplejidad desconcertante. ¡Vivían sin camarillas literarias! ¡Sin loas y distinciones! ¡Sin codazos y zancadillas lírico-poéticas!

La voz prosiguió:

—Comprendemos, conociendo como conocemos los parches de todas clases que vosotros ponéis a vuestras existencias, que todo esto no os sea fácil de entender a los terráqueos, que conserváis demasiado vuestras emociones y sensaciones, lo cual, no os quepa la menor duda, limita tremendamente vuestra sensibilidad, cuando no la esteriliza..., porque abusáis mucho de ella y la sometéis a más trances desgraciados que felices...



Itinerario seguido por el autor: desde el camino particular del Hotel des Tamarius (Prats de Molló), hasta el prado donde se encontraba la nave espacial extraterrestre «*Luz del Cosmos*», a la orilla del camino forestal de Les Baladres, y a unos 300-400 metros de la frontera franco-española.

UNOS APUNTES SOBRE LAS «BELLAS ARTES»...

—Entonces... los grandes pintores, los grandes compositores, los grandes escultores, los grandes solistas, los grandes escritores... en una palabra: nuestros «grandes hombres»...

La voz, esta vez, tardó algo en responder.

—Bueno, no quisiéramos desmoralizarte, pero para nosotros ese desafortunado amor, por decirlo de algún modo, a las viejas piedras, a las cosas inánimes, sin vida, aunque sean Historia, nos parece una grave contradicción si se compara, sobre todo, al poco celo desplegado hacia las cosas que respiran vida por todos sus poros. El solo hecho de que tengáis que llamar «grandes» a unos cuantos individuos, ya es un dato bastante humillante. Eso significa que hay muchos otros que son «pequeños». ¿No es así? En realidad, éste es otro aspecto del gran frenazo en la evolución de la raza humana en la Tierra. Lo que se conoce por Bellas Artes es algo que está reservado, en la práctica, en su goce, a ínfimas minorías. Esto da la dimensión exacta del fracaso. Y, ¿por qué «bellas artes»? ¿Acaso hay «artes feas»? ¿Y por qué haber restringido tanto el abanico artístico?

»Pues bien, entre todas las limitaciones instauradas en vuestra civilización, ésta es una de las más crueles, porque troncha la sensibilidad y la capacidad creativa de la inmensa mayoría. ¿Comprendes?

Claro que lo comprendía. ¡No iba a comprenderlo! Lo que más me asombraba y me indignaba a la vez era el percatarme de mis propias limitaciones, ya que yo debí haber medido todo el alcance de semejante injusticia por mí solo, sin que ellos hubiesen tenido que ayudarme para nada. El silencio que se hizo a continuación me incitó de nuevo a la reflexión: vamos a ver, ¿por qué razón ha de atribuirse mayor mérito —mérito y valor— a un cuadro o una escultura... que a un mueble, un juguete o una cesta de frutas o de hortalizas? ¿Acaso si el pintor, el pensador o el escultor no dispusieran de una cama confortable, y el intérprete o el compositor de buenos alimentos que llevarse a la boca..., serían tan fecundas sus musas? Además, no hay más que ver adonde ha ido a parar eso de las Bellas Artes: a manos de unos cuantos mercaderes que dedican el producto —las obras— de tanto artista —consagrado o no— para solaz, como dicen ellos, de los entendidos. Uno más bien cree que todo eso es pura cursilería. Pero sigamos: unos cientos de familias privilegiadas, residentes en los países más poderosos —con caudales casi siempre obtenidos con «malas artes»—, actualmente poseen mucho más de la mitad del «arte» producido desde hace varios siglos.

Existen los museos, es cierto, pero ¿cuántos habitantes de la Tierra los conocen? Y, tomando como punto de arranque esa supuesta «revelación artística» de los visitantes de museos —eso tan sólo cuando los artistas llegan a ser distinguidos por los entendidos— ¿para qué sirve? ¿Cuántos admiradores de su «arte» han podido dedicarse a la práctica de una de las «bellas artes»? ¿No se dan cuenta «los artistas» de que su siembra no da más que cosechas raquílicas? ¿Qué hacen esos artistas para que los visitantes gocen de verdad al recorrer las salas de un museo y

facilitarles el acceso a cualquiera de dichas artes? Dan por supuesto —lo cual es mucho suponer— que la sola visión de las llamadas «obras de arte» llegue a despertar en los visitantes alguna curiosidad artística. Esto sin contar cuando las naciones «civilizadas» se han dedicado —se dedican— a robar los tesoros artísticos de países indefensos, para llevárselos a sus museos o venderlos a coleccionistas particulares. Preguntamos: ¿en nombre de qué arte se pueden cometer semejantes desafueros?

Por tanto, en cualquier «artista» que tomemos como muestra, de la rama que sea, comprobaremos que no sólo está en manos de los mercaderes de turno sino que éstos, y su adinerada clientela, condicionan, mediatizan, cuando no adulteran, su obra y castran al creador, que está esclavizado por el dinero y la fama —alimento básico de su soberbia— que puede darle la cotización de su «arte». Se utiliza esa pseudosensibilidad artística como máscara y, al propio tiempo, para desvalorizar la sensibilidad a secas, que es algo connatural al género humano —que tendría que serlo—, y colocándole la coletilla de «artística» se establece una vergonzosa y humillante discriminación, puesto que ello contribuye —es una de las muchas caras de la desigualdad social y económica— a sugestionar negativamente a muchísimas personas. Acomplejadas y a predisponerlas casi a pedir perdón a los «elegidos» por no tener —según los cánones preestablecidos por los entendidos— «sensibilidad artística»...

Por eso, cuando alguien se adelanta en solitario hacia una de esas Artes, o se ve obligado a dar media vuelta y escapar hacia su «cueva de troglodita», con lo cual no hace más que volver a sus raíces, y mantenerse a una distancia saludable de la «civilización» y de lo que marcan las pautas impuestas por los artistas en boga y

sus secuaces, o tiene que dejarse tragar por el descomunal pulpo del materialismo. O morirse de asco, de una borrachera, como el gran Modigliani, o suicidarse, como el atormentado Van Gogh. No podríamos citar un solo caso de artista que haya muerto tranquilamente en la cama —tras haber «triunfado» en una de esas Bellas Artes—, que pueda mostrar, en su haber, una contribución positiva a la única revolución artística posible: la de haberse mantenido al margen del mercantilismo y haber dedicado su vida a crear en la más absoluta libertad. Entendiendo por «creación» el permanente rebrote de jóvenes artistas estimulados por él. A nuestro genial Picasso, que quede claro, hay que echarle de comer aparte.

Visitando la Exposición Picasso en el Grand y el Petit Palais, en París, el entonces ministro de Cultura, André Malraux, contestando a una pregunta del general De Gaulle, presidente de la República Francesa, sobre lo que había representado el pintor español en el Arte, le dijo: «Dentro de dos o tres mil años Picasso será considerado como un contemporáneo... y a nosotros nos cabrá el orgullo de haberlo descubierto dos o tres mil años antes, cuando todavía estaba vivo».

Quiero decir que no sólo consideramos a nuestro gran pintor como un fuera de serie en el plano artístico, sino que nos referimos a su lado humano, al agudo sentido de la solidaridad y del compañerismo que practicó y cultivó como pocos. Los exiliados republicanos de 1939 y los niños que perdieron a sus padres, entre 1939 y 1944, en Francia, tuvieron buenas pruebas de la inagotable solicitud de Pablo Ruiz Picasso. Y hemos creído justo insistir en ello porque es muy poco corriente este tipo de comportamiento en personas que han alcanzado, gracias a su arte,

las más altas cimas de la fama.

Hemos de reconocer, naturalmente, que disponemos de un voluminoso capital artístico almacenado en «documentos» de todas clases, con el que se intenta demostrar que las Artes han progresado, lo cual es un puro espejismo, puesto que, para empezar, inmensas capas de humanos ni se han enterado de la existencia de ese «fabuloso capital de Arte». Es más: muchísimos de ellos no tendrían siquiera fuerzas para tenerse de pie y abrir bien los ojos, en un museo o en una biblioteca, para admirar un cuadro o un incunable, ni tampoco oído para escuchar una pieza musical, si esa posibilidad les fuese brindada, que desde luego está claro que no se les brinda, por lo menos en el mundo Occidental y libre [\[apéndice 19\]](#).

Con lo cual... ¿dónde queda la Belleza? ¿Y dónde el Arte? O lo que algunos terráqueos quieren hacer representar a esas palabras. ¿De qué podemos estar orgullosos, los pobladores de la Tierra — muy especialmente los elegidos—, en este terreno?

Recordar estas realidades seguramente hará abrir desmesuradamente los ojos a ciertas gentes. En particular a quienes merodean, vegetan y parecen disfrutar en torno a esos tinglados montados sobre las Bellas Artes. La soberbia segrega a menudo inagotables dosis de autosatisfacción bajo forma de «indignación», «sarcasmo», «indiferencia» y, llegado el caso, de incontenible agresividad. Es más: en este campo —el de las «bellas artes»— es quizá en el que, si afinamos bien la puntería, veremos que es donde la superchería de los mercaderes ha alcanzado sus máximas cotas. No siempre de la mano de los artistas, por supuesto —aunque nadie puede negar que la inmensa mayoría de éstos se dejan querer, a menudo, sin demasiados escrúpulos—,

sino de la de quienes han juzgado prudente, muchas veces, adornar sus fechorías con aparatosos desplantes filantrópicos... Y, a ratos, ni las apariencias han guardado, porque también se quitan la careta de vez en cuando y hacen tabla rasa, si resulta rentable, de aquello que la víspera parecían venerar o adorar, y al revés: ensalzando hoy lo que abominaban ayer, sobre todo si, entretanto, el artista ha desaparecido del mundo de los vivos.

Así las cosas, ahora nos toca a todos, sin excepción —pero sobre todo a los llamados intelectuales y a los artistas— desandar gran parte del camino andado; hacer una gran cura de humildad, volviendo a nuestros orígenes humanos, aportando nuestro granito de arena en la lucha contra los desalmados —y contra sus tinglados de todo tipo— que nos condenan a «vivir desviviéndonos». Que cada uno de nosotros haga el balance de su propia vida y reflexione sobre lo que soñó un día, siendo niño, que quería ser y lo que le han obligado a ser...

UNAS NOTAS SOBRE LOS SABIOS...

Luego hablamos también, largo y tendido, sobre la investigación.

Por ejemplo, ¿qué decir de nuestros sabios, de nuestros investigadores científicos?

—Considera con atención —me dijo la voz— lo que se ha logrado con tan escasos medios en este último siglo en la Tierra y pregúntate lo que hubieseis podido alcanzar con recursos infinitamente más importantes. Pensad los terráqueos en todos los recursos que habéis consagrado y consagráis a fabricar productos nocivos y artefactos destructivos. Y si, como es natural en nuestras comunidades, cada ser humano, en la Tierra, fuese también un investigador nato en algo...

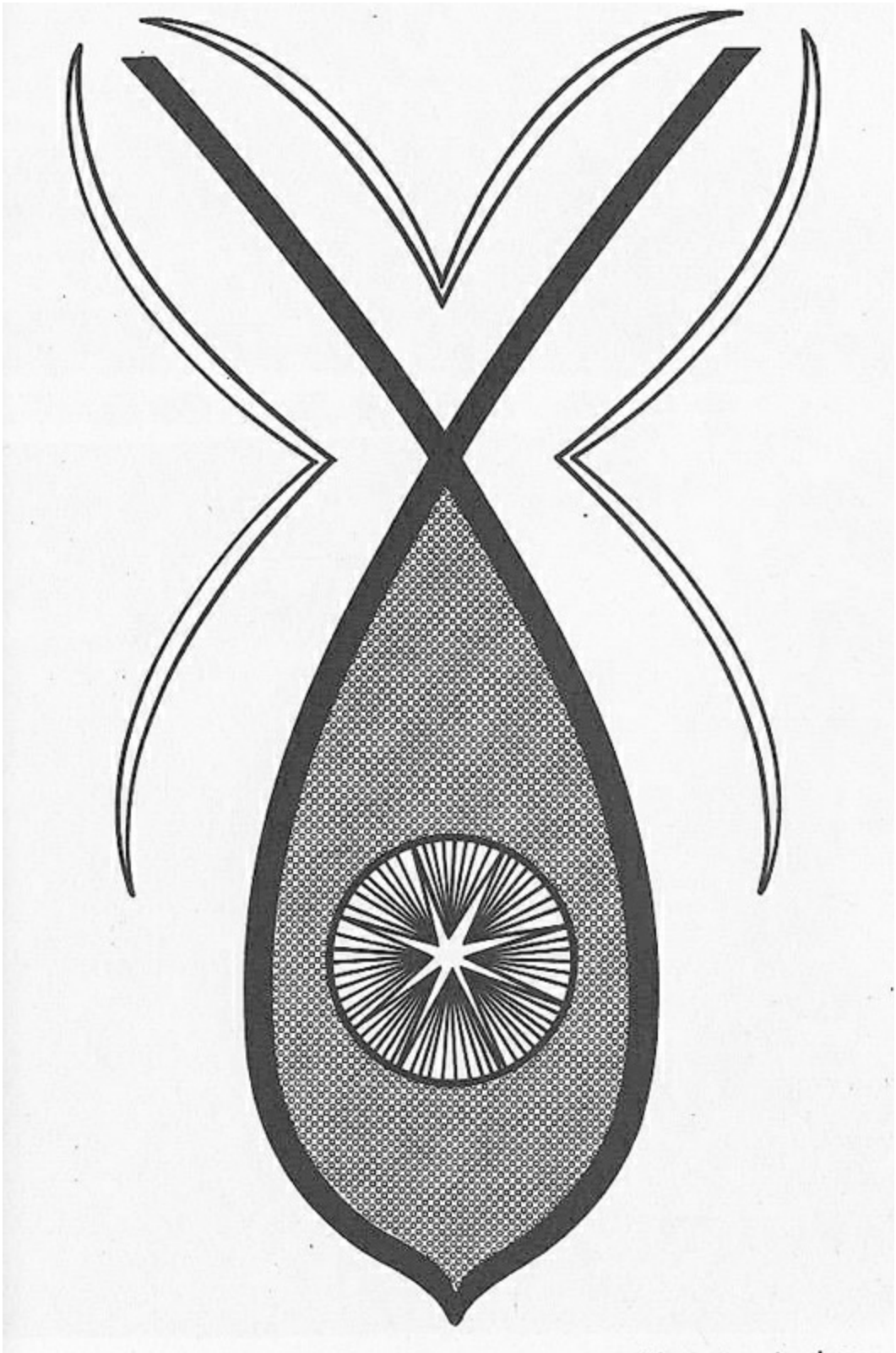
Reflexioné: está claro que toda la investigación estará siempre mediatizada por imperativos prácticamente insuperables sin un cambio de orientación radical de nuestra sociedad, lo cual no es posible sin una profunda remodelación de nuestro sistema de vida. La investigación está condicionada por la falta de recursos, en la mayoría de los casos, y, un poco a causa de esta precariedad de medios, existe una grave falta de coordinación entre los diversos cuerpos de investigación. Es la clásica división del trabajo del capitalismo. Aislar a la gente —en el trabajo y fuera de él— es la mejor sementera para incrementar y mantener la insolidaridad. Por ejemplo: en la televisión española, el 18 de septiembre de

1981, apareció un meteorólogo, de unos 45 años de edad, que confesó no tener la menor noción de biología ni ninguna relación con biólogos; esto lo dijo al ser informado, por el entrevistador, de lo que un joven biólogo español acababa de declarar: «a ver si a fuerza de provocar lluvias artificiales (o sea: la intensificación de las precipitaciones), no desembocaremos en la creación de un clima tropical allí donde nunca lo hubo y no se desencadenará, con ello, no ya simples precipitaciones lluviosas, sino verdaderas catástrofes climatológicas, tales como los ciclones tropicales» [apéndices 20 y 21].

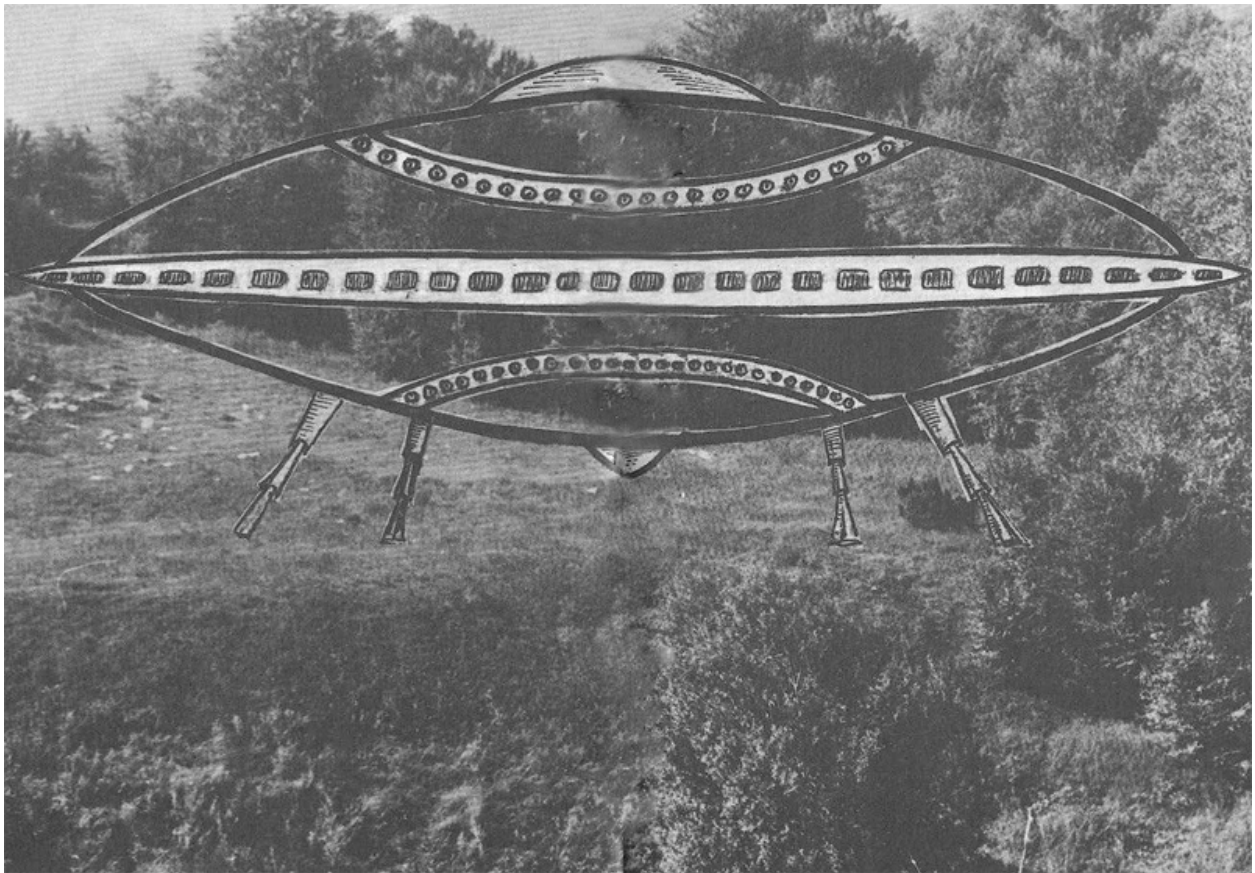
Recalquemos, de paso, que hay algo más grave que esa falta de coordinación y es la falta de planes y programas de acción concertada, en todos los niveles: el nacional y el internacional. Porque la investigación, si no está proyectada como una tarea global y común, y no en plan de francotirador —aunque haya algún contacto esporádico entre los distintos cuerpos de investigación—, es una empresa cuyos resultados quedarán siempre muy por debajo de sus posibilidades. Esto en lo que afecta a las naciones por separado. Ahora calcúlese los perjuicios que acarrea el que cada nación, además de no estar cohesionada interiormente, actúe por su cuenta y riesgo, sin apenas contacto o comunicación con el exterior. Por eso, los adelantos de la ciencia terrenal han sido tan modestos, y conste que no valoramos por comparación a los niveles alcanzados por otras civilizaciones extraterrestres, sino por contraste con el despilfarro de recursos en programas esencialmente destructivos o intrínsecamente comerciales^[40].

El científico que, con relación al Estado, debería caracterizarse por su rebeldía, porque ése es su sino —insatisfacción frente a la

ciencia tradicional y, por tanto, frente a quienes, de un modo u otro, la apoyan y protegen—, resulta que es un sirviente sumiso. O del Estado o de intereses industriales, tanto monta... Actualmente no es difícil comprobar que en ese campo, como en casi todos los que protagonizan los llamados «sabios», reina el conformismo más irresponsable y adormecedor, y que sus conciencias —por llamarlo de alguna manera— están tan embotadas como la de cualquier peatón de la historia marginado del quehacer histórico. Y esto es una rémora que el mundillo de los científicos arrastra desde muy lejos en la noche de los tiempos. Porque investigadores de la talla humana de los esposos Curie o de nuestro Santiago Ramón y Cajal, ¡ay!, se dan muy pocos. Nunca se ha dado el caso de que un investigador, o un grupo de *ellos*, haya pegado fuego a sus instalaciones o laboratorios, o hayan desertado de ellos —marchándose a cultivar un huerto o a criar gallinas— proclamando a los cuatro vientos: «No investigamos más porque a nosotros sólo se nos otorga el 0,03 por ciento del presupuesto, mientras que a dos pasos de aquí hay fábricas de armamento a las que se asignan sumas fabulosas». Y dejar a todo quisque viviente sin aspirinas o somníferos. Al menos durante un tiempo. Pero no, en general, prefieren seguir limosneando y haciéndose las víctimas y los incomprensidos...

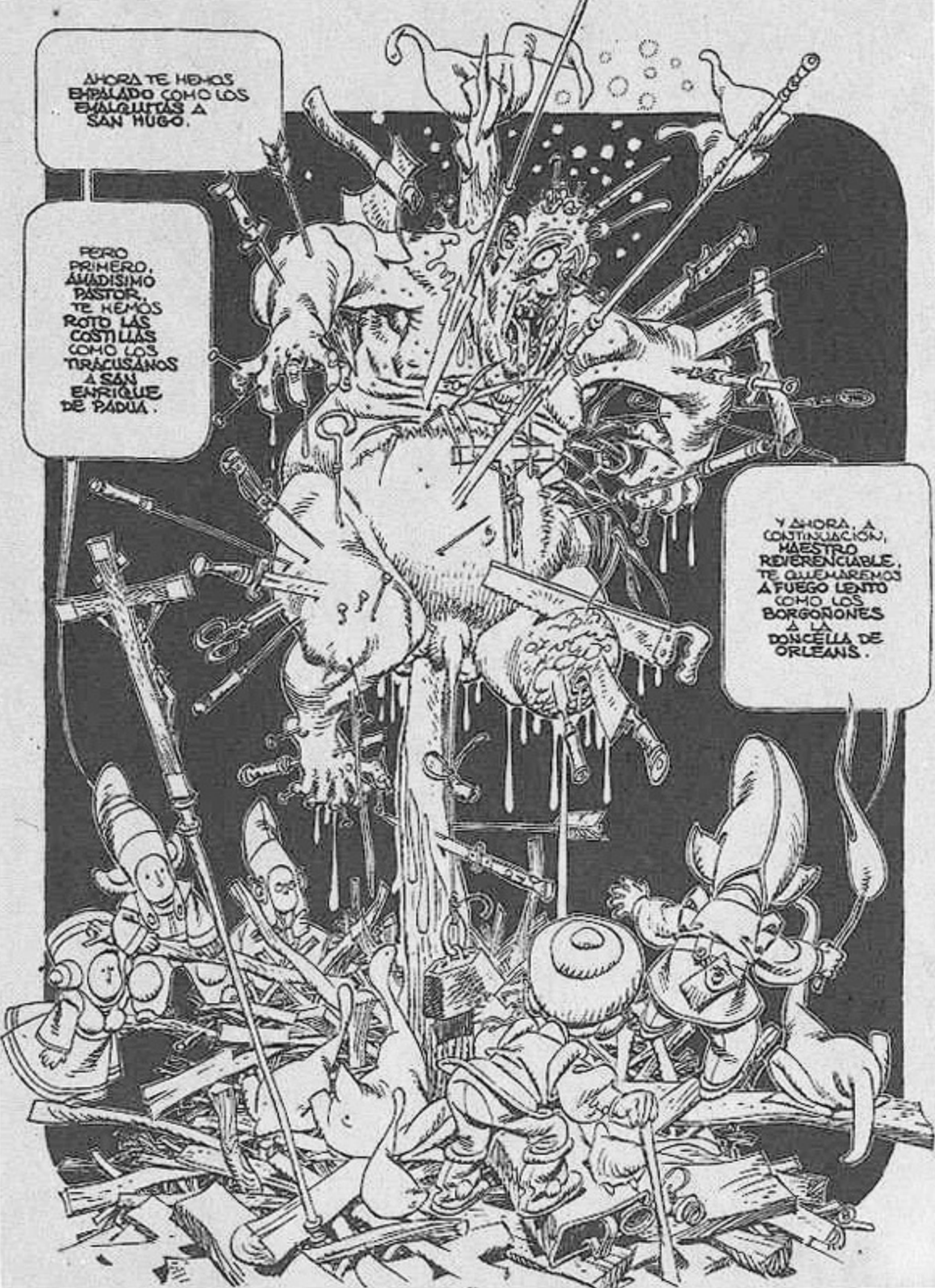


Emblema que los tripulantes de la nave espacial extraterrestre «*Luz del Cosmos*» llevaban al pecho, a la altura del corazón. Dibujo realizado por el autor a las pocas horas del encuentro con «ellos». La gota de agua representa la Vida. Las alas del pájaro la Libertad. Y el ojo central es el Sol, otra fuente vital. El Interior del ojo, multiprisma y multicolor, refulgentemente vivo y cambiante, representa la ilimitada capacidad de percepción y de observación de la mirada humana y animal.



La nave era de tipo discoidal, de una anchura de 50*75 metros, de una altura de 10-12 metros, y de color metalizado-plomizo. El disco central estaba «taladrado» de ventanas panorámicas. En la parte superior e inferior —del disco central— llevaba dos líneas de

«ojos», de donde salía el mar de luz multicolor. La rampa mecánica —que apareció en el «bajo vientre» de la nave— tenía unos 4-5 metros de longitud. La nave estaba posada sobre cuatro patas tubulares.



AHORA TE HEMOS
EMPALADO COMO LOS
EMALQUITAS A
SAN HUGO.

PERO
PRIMERO,
AMADISIMO
PASTOR,
TE HEMOS
ROTO LAS
COSTILLAS
COMO LOS
TIRACUSANOS
A SAN
ENRIQUE
DE PADUA.

Y AHORA, A
CONTINUACION,
MAESTRO
REVERENCIBLE,
TE QUEMAREMOS
A FUEGO LENTO
COMO LOS
BORGONONES
A LA
DONCELLA DE
ORLEANS.

Éste fue el triste fin del reverendo padre Oribacio, a manos de los menudos y pacíficos habitantes del planeta Urtama, víctima del terror que les metió en el cuerpo, explicándoles el martirologio de los santos y santas de su Iglesia... (Véase el capítulo «Érase una vez en el futuro»).

BRUJOS Y SACERDOTES

Y, naturalmente, llegó el momento de hablar de las religiones, aunque corriésemos el riesgo de parecer superficiales. Ésta fue quizá la única vez en que la voz se endureció algo.

—Es sabido que, desde tiempos remotos, el vivir y la convivencia de los hombres y mujeres estuvieron mediatizados y condicionados por las exigencias y las amenazas del brujo o el hechicero de la tribu... y por los tabúes asentados en la superstición y en el temor de ser castigado por el Ser Supremo. Son las leyendas practicadas por ellos —luego llegarán los sacerdotes— las que van generando primero los tabúes y luego los dogmas. Es decir: a la angustia de una muerte ineluctable viene a agregarse, por obra y arte de «los salvadores de almas», el peligro del castigo eterno. En una palabra: al ser humano se le promete un «más allá», preñado de bienaventuranzas a cambio de resignación; o sea: de renuncia a hacer de su vida, en el «más acá», una existencia digna, feliz y plena.

Reflexioné: es cierto que, al paso del tiempo, cuando no pudieron alcanzar el entontecimiento y el acobardamiento total de las gentes con los tabúes y los dogmas religiosos, se inventó la filosofía y, en la era moderna, la política y la sociología. Los últimos descubrimientos han sido la burocracia y la tecnocracia. En los países más «avanzados», las auténticas áreas de

dominación las están ocupando los psicoanalistas y los psiquiatras. Gentes éstas —y otras de equivalente mezquindad humana— que con sus leyes, tradiciones y modas han conseguido, casi, como los brujos y sacerdotes de antaño, que se considere moral lo que es inmoral, normal lo que es anormal, justo lo injusto y hasta lógico lo que no tiene el menor atisbo de lógica; sus teorías no son más que un vulgar amasijo de fórmulas y sentencias de un cientifismo tremendamente opaco. Un día, quizá no lejano, es fácil que nos entretengamos en confeccionar un manual a base de «palabras bonitas», «frases hechas» y «parrafadas redondas»... desde la antigüedad a la modernidad. Porque lo cierto es —y ahí están, si no, las consecuencias de tanta inautenticidad: la confusión, el desconcierto y el miedo que domina, que acogota a la inmensa mayoría de los seres humanos— que en la Tierra, desde Aristóteles a nuestros días, hemos estado emborrachándonos de palabras y conceptos..., que han sido los árboles que nos impedían ver el bosque. Eso de lo que, al decir de los «pensadores», debía nutrirse día a día nuestra comprensión del mundo, olvidándose de los proyectos de vida que tenían la obligación moral de proponer —y de contribuir a elaborar—, también cotidianamente, para que esas palabras y conceptos, pasaran de ser términos huecos a signos representativos y esclarecedores, llenos de vida, con una irradiación y una proyección plena, de forma que la evolución del mundo hacia el bienestar y la felicidad fuese el resultado de esa comprensión y elaboración colectiva. Es decir, poner en pie las solas palabras que, a mi entender, son válidas: las que desencadenan la acción revolucionaria que es la única que orea y sana la Historia.

Como elocuente punto de referencia —cercano a más no

poder— recordaremos el caso de Alemania. De la «cultura Germania». He aquí una nación compuesta de gente extremadamente religiosa —católica y protestante, con ligera preponderancia de estos últimos—, repleta, a rebosar, de filósofos, pensadores, escritores, poetas, científicos, compositores, ilustres médicos, grandes festivales y manifestaciones artísticas, reputadas orquestas y famosos solistas, que no sólo parió y sostuvo al régimen nazi, sino que colaboró en la invasión, avasallamiento y genocidio contra otros pueblos de Europa, desembocando en algo que es el mayor oprobio —en la era moderna— para un mundo que alardea de civilizado: los campos de exterminio alemanes. Preguntamos: ¿de qué sirvió, pues, que el 95 por ciento de los alemanes hubieran recibido una formación religiosa y una instrucción cívica, al parecer modélica? Y con idéntico trasfondo religioso: ¡no hablemos del genocidio de peculiar acuñación franquista por nuestros lares!

No es necesario remontarnos a los tiempos de Copérnico, Galileo o de la Santa Inquisición; he aquí lo que el profesor Pedro Laín Entralgo manifestaba recientemente, en Madrid, en la apertura de un cursillo sobre la Ciencia: «Las vicisitudes sufridas por la botánica española son incontables y se perpetúan hasta este mismo siglo XX. El florecimiento incipiente de esta ciencia, con nombres ilustres como Fernández de Oviedo y Francisco Hernández, se vio frenado por la publicación de los índices de libros prohibidos, donde se incluyeron los clásicos de la Ciencia Natural renacentista, sin los cuales no era posible el progreso. Así España fue quedando atrás, mientras que en Europa se iba constituyendo la ciencia misma, al pasar del conocimiento descriptivo al explicativo y causal».

ANDALUCES Y EXTREMEÑOS EN OTROS PLANETAS

No sé por qué, de pronto, acordándome de los campesinos de los arrozales, les hice otra pregunta:

—¿Y ésa fue la única vez que rescatasteis terráqueos y os los llevasteis a vuestros planetas?

Esta vez fue de nuevo mi vecina de mesa la que respondió:

—Ahora, por favor, te rogamos que extremes tu atención, porque lo que vamos a mostrarte es algo que te atañe muy de cerca.

La luz se fue tamizando lentamente y en la pantalla apareció, filmado desde muy cerca, una especie de edificio, de un blanco immaculado —bueno, como todos los blancos que vi en la nave— con los dinteles de las puertas de las ventanas —que eran puros orificios sin nada para cerrarlos— de dos plantas. La proyección se desarrollaba con cierta lentitud, sin duda para que yo pudiese percatarme mejor de los detalles. Aquel edificio estaba formado por una especie de módulos acoplados y superpuestos. Luego supe que era la forma de construcción más adecuada, en el planeta Escarlata, para hacer frente a los temblores de tierra. En caso de peligro, según me indicaron ellos, los módulos se acoplaban a unas naves espaciales de recuperación encargadas de trasladarlos, con sus respectivos inquilinos y todos los enseres, a lugares más seguros.

—¿Y por qué permitir que viva gente en lugares tan poco seguros?

La explicación brotó rápida:

—Pues verás, este planeta reúne condiciones excelentes para el «descanso cósmico». Por eso lo utilizamos como área habitable, aunque debemos puntualizarte que todas las disposiciones están tomadas para evacuar rápidamente las zonas peligrosas. Insistimos en que este planeta reúne condiciones climatológicas y recursos naturales muy apropiados para el «descanso cósmico» de propios y extraños.

He de confesar que, al oír pronunciar la palabra «extraños», sin saber por qué me puse en guardia. Ignoro la razón, repito, pero el caso es que aquello me dio muy mala espina...

—Porque de todas las rabetas que la Naturaleza tiene en algunos de nuestros planetas —siguió diciendo la fémina— nosotros vamos obteniendo recursos insospechados. De ahí nuestra terca insistencia en recomendar a los terráqueos que se esfuercen por conocer a fondo el planeta en que viven antes de lanzarse a descifrar los misterios del espacio. En las entrañas de la Tierra no sólo encontraréis muchas claves para comprender el Universo, sino que en ellas los terráqueos descubriréis también las fuentes de la vida infinita.

No pude por menos, entonces, que recordar las «facilidades» que en la Tierra se dan a los exploradores-investigadores de pro, con vistas a domesticar y aprovechar las rabetas de nuestra Naturaleza. Por ejemplo, en la persona del primer vulcanólogo del mundo: el francés Haroun Tazieff [\[apéndice 22\]](#).

Lentamente —a través del filme que me estaban proyectando — entramos en un gran módulo adosado al edificio. Primero

cruzamos algo parecido a una salita de recepción. Pero, como para hacer más misterioso el trance, allí no se veía a nadie. Seguimos adelante por un largo pasillo, que tenía el techo acristalado y por el cual se transparentaba una lujuriosa vegetación en la que predominaba el verde brillante con tonalidades achocolatadas y amarillentas, hasta que alcanzamos una gran sala cuya blancura quedaba cortada por infinidad de finos hilos que partían de las paredes —estarían empalmados a algún aparato, que se encontraba al otro lado de la pared— y se repartían por unas mesas rectangulares que parecían de mármol, las cuales estaban situadas a un par de palmos del suelo, y sobre las que descansaban unos cuerpos humanos inánimes.

Al acercamos más a ellos pude darme cuenta de que llevaban vestimenta de campesinos o pastores. Había hombres y mujeres y algunos niños y niñas. Sus semblantes reflejaban una inconfundible placidez. Sin lugar a dudas eran terráqueos. Podían ser oriundos de Grecia o de alguna provincia del sur de Yugoslavia, o albanesa quizá, del sur de Italia o de Sicilia, o de alguna de las colonias de gentes de extracción latina que viven en las Américas... O españoles, concretamente del sur de España. Ignoro lo que me pasó, para no sospechar en el acto que podían ser compatriotas míos. De pronto, como si los hubiese visto cociéndose en las legendarias calderas de Pedro Botero, exclamé:

—¿No serán españoles?

—Sí, querido compañero, son españoles...

He de reconocer que aquél fue el peor momento que pasé allí, en la nave *Luz del Cosmos*. Y no sabría decir la razón de mi súbito y profundo desasosiego. Después he recapacitado y pienso que no supe controlar mis reacciones y un gran escalofrío me serpenteó

por todo el cuerpo. Ver aquel enjambre de hilos tendidos desde las paredes a diversas partes del cuerpo de cada uno de aquellos españoles en «descanso cósmico» —como no tardarían en precisarme— y pensar que los estaban utilizando como conejillos de Indias todo fue uno. De repente tuve la sensación de que se habían borrado de mi mente, de golpe, todas las sensaciones maravillosas y las fantásticas impresiones acopiadas en mis entrañas desde que percibí el inenarrable mar de luz que puso en evidencia la presencia de ellos en aquella montaña catalana. Por suerte, la dulce voz de una de las féminas me arrancó de mis tortuosos pensamientos.

La fémina, tendiéndome uno de los vasos y una pastilla, me dijo:

—Tómate esto, que te tranquilizará. —Y, tras un breve silencio, añadió—: Suponemos que querrás saber en qué condiciones fueron rescatados... de una muerte segura, igual que los hindúes.

Por vez primera no me salió ninguna palabra... Asentí con la mirada y una ligera inclinación de cabeza. La verdad es que en seguida me avergoncé, para mis adentros, de la desconfianza que se había apoderado de mí. Me decía: «si realmente leen mi pensamiento, habrán dicho: ¡vaya cretino que tenemos como invitado!». Y ante mi gran sorpresa, me informaron que aquellas dos docenas de personas dormidas formaban parte de un grupo de medio millar de terráqueos —los restantes estaban en otras instalaciones vecinas— oriundos de Andalucía Occidental y de la Baja Extremadura, que habían sido rescatados, en plena campiña, durante la guerra civil. Y me dijeron más: me aseguraron que yo había hablado de ellos en uno de mis libros [\[apéndice 23\]](#).

Según me informaron, durante nuestra guerra sus naves sobrevolaron varias veces España, y en una de sus incursiones por tierras ibéricas fue cuando, un día, al caer la noche, los tripulantes de una de sus naves espaciales percibieron a un numeroso grupo de personas que se disponían a pasar la noche en las cercanías de un río [apéndice 24]. Pero descubrieron asimismo que, al otro lado del río, a muy poca distancia, acampaban soldados africanos, que andaban a la caza de fugitivos. Para evitar aquella matanza, y al mismo tiempo para poder seguir sus investigaciones sobre la adaptación de las gentes de la Tierra a la vida de otros planetas, la tripulación consultó con su base espacial y se decidió rescatar al medio millar de personas que, con toda certeza, estaban condenadas a ser inmoladas bárbaramente.

—¿Y desde entonces los tenéis así... dormidos?

—Así es. Están en «descanso cósmico» desde que los rescatamos. Pero, según los últimos informes recibidos, podemos anticiparte que muy pronto van a ser devueltos a la vida activa.

—¿Y ya se sabe a qué planeta irán a vivir?

—Sí, claro. Por de pronto serán miembros de la comunidad de Yerba Fina, y luego se comprobará si pueden vivir, también, en otros lugares.

—¡Ése es el planeta de los hindúes!

—El mismo, sí.

—¿Y a qué se van a dedicar?

—Por de pronto a nada en concreto. Primero conocerán un tiempo de adaptación, durante el cual, para evitar accidentes, estarán sometidos a una estricta observación. Mientras tanto estudiarán y se familiarizarán con nuestro lenguaje y los distintos ritmos de vida del planeta Yerba Fina. Luego ellos ya decidirán lo

que desean hacer y se irán acoplando a la labor para la que demuestren mayor aptitud, a través de nuestros cursillos de formación. Pero lo más importante —y de eso van a tener ellos plena conciencia— es su aportación al estudio de la adaptación de terráqueos en otros planetas del Cosmos. ¿Comprendes?

—Eso quiere decir que también podrán dedicarse a investigar, a pilotar naves e incluso a trabajar en alguna de vuestras computadoras-coordinadoras.

—¡Naturalmente! ¿Por qué no habría de ser así?

El recuerdo del rescate de los andaluces y de los extremeños reavivaría en mí el sinfín de monstruosidades que yo había oído contar, precisamente en mis viajes —entre 1975 y 1977—, mientras recogía datos e información para el citado libro mío...

Y recordé también que aquellos hechos habían ocurrido hacía ya casi medio siglo... Se me entristeció el corazón, aunque sin motivo, en verdad, porque era incuestionable que, de no haber intervenido ellos, aquellas tropas moras, como sucedió en tantos otros casos, los hubiesen pasado a cuchillo a todos. Supongo que debía ser el cansancio el que me empujaba a ver las cosas, de pronto, por su lado más triste. O así me lo parecía a mí.

Al final, siguiendo mi inveterada costumbre de desdramatizarlo todo, dejé volar mi fantasía e imaginé que un día, quizá más cercano de lo que algunos piensan, llegará a la Tierra una nave —Al-andalús o Conquistadores, podría llamarse— tripulada por terráqueos extraterrestres, a buscar unas guitarras, unos trajes de campero y vestidos de volantes, castañuelas y unas cuantas sillas de enea, para organizar, «por tó lo alto» —y nunca tan ajustada y certera la frase— el primer festival de Cante Jondo del Cosmos.

Y a lo mejor, ¡quién sabe!, esa música podría ser el mejor puente para establecer, al fin, el contacto definitivo entre ellos y nosotros.

Nos encontramos inmersos otra vez en uno de aquellos largos silencios cósmicos; el último de mi estancia entre ellos. Quizá por eso tuve la impresión de que reflejaba mayor grandiosidad que ninguno. Silencio como es posible que ya no vuelva a conocer otro igual en toda mi vida. Como los precedentes, me hizo un gran bien.

Pensé que, pese a todo, yo, por más que quisiera esforzarme, ya no podía poner más de mi parte para tratar de abarcar mentalmente todas aquellas situaciones que se iban desvelando ante mis ojos, digamos en su «dimensión cósmica». Es decir: en una dimensión inédita para mí y supongo que para cualquier habitante de la Tierra. Con lo cual, pese al «piropo» que nos habían echado los extraterrestres —de que algunos terráqueos poseíamos «fluido cósmico»—, era evidente que, incluso con ese fluido, nosotros no podríamos librarnos de nuestras inconmensurables limitaciones y contradicciones.



Uno de cada cuatro vuelos del «Columbia» tiene fines militares

Peligro de guerra en el espacio

El transbordador espacial norteamericano «Columbia» ha marcado oficialmente el comienzo de la carrera militar de las superpotencias en el espacio.

Bruselas — «El espacio como teatro estratagico»: Bajo este lema, un grupo de expertos militares de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) manuebraron un coloquio mientras el «Columbia», el sábado, se disponía a regresar a tierra.

Un experto recordó que uno de cada cuatro vuelos del «Columbia» estará destinado a fines militares, según las propias declaraciones del Pentágono.

«Conocidas como «Eyes Misioneros», estas misiones militares permitirán a Estados Unidos —añadió— recuperar el terreno de ventaja que lleva la U.R.S.S. u Occidente en el control del espacio.»

La U.R.S.S. —según el informe del vicemarcial

se el 75 por 100 de sus satélites con fines estratégicos y militares.

Tras el fracaso de las negociaciones de dos años entre G.E.U. y la U.R.S.S. para limitación de actividades militares en el espacio, el peligro de guerra no ha cesado más allá de los límites atmosféricos del planeta.

Satélites espías

Los expertos occidentales coincidieron en que el teatro de operaciones espacial abre posibilidades inimaginables y secretas de guerra total.

Ya en la actualidad, los satélites-espías desarrollan un papel fundamental en la vigilancia de movimientos de fuerza y en la transmisión de informaciones y mensajes militares.

VIERNES, 8 MARZO 1982

LA VANGUARDIA

INTERNA

Ya estamos en condiciones de emprender la guerra del espacio

Al transbordador norteamericano «Columbia», Moscú opone una base orbital de rayos laser

La guerra del espacio ya no es una ficción. Ha comenzado ya. Los soviéticos acusaron a los Estados Unidos de sentar las bases de lo que será la guerra del futuro cuando lanzaron el «Columbia». Ahora es el Pentágono el que señala el peligro del programa ruso de poner una compleja base militar en órbita que en 1990 será capaz de lanzar ataques de rayos laser dirigidos a objetivos de tierra, mar y aire.

Washington. (Crónica de nuestro redactor) — «2001, misas en el espacio» o «La guerra de las galaxias», o la prodigiosa literatura que parece fruto de imaginaciones desbordadas, se ya una realidad en el diálogo siempre desafiante entre los estrategas del Pentágono y los del Kremlin.

do seriamente que los soviéticos estuvieran tan adelantados en este terreno.

Los discutibles satélites

Cuando en 1960 dos astronautas soviéticos orbitaban la luna de dos satélites americanos en un ensamblaje orbital en

do por partidas de rayos laser que orbitarían con libertad en un espacio sin atmósfera y, por lo tanto, sin posibilidad de evitar el impacto.

El secretario de Defensa en la Administración Carter, Harold Brown, había indicado que los soviéticos tenían la técnica suficiente para producir armas con capacidad de destruir satélites espías que volarían a baja altura, pero no los que daban órbita a una altura superior a las 22.000 millas.

Desde hace años el Pentágono está estudiando los movimientos de los soviéticos en este campo. Algunos lanzamientos de satélites «Spokoy» se

Téngase en cuenta que el mensaje que me confiaron los tripulantes de la nave espacial extraterrestre «Luz del Cosmos», lleva fecha 31 de agosto de 1981. Y que aunque en él no se cita a la superpotencia directamente —y a la que se acusa de transportar artefactos altamente destructivos por el Cosmos—, para alguien medianamente informado de los asuntos internacionales saltaba a la vista que la potencia en cuestión era los Estados Unidos de Norteamérica. Para llegar a tal conclusión basta con recordar el «planning» de las innovaciones en materia de armamento.

A lo largo de casi cuarenta años —desde los bombardeos atómicos contra Hiroshima y Nagasaki— en todo momento, han sido los norteamericanos quienes han marcado la pauta del «progreso bélico». Y la equiparación en los «descubrimientos» de

nuevas armas por parte de los soviéticos ha surgido a veces hasta siete y ocho años más tarde. Esto, naturalmente, en lo que se refiere a los medios altamente destructivos conocidos. Pues bien, en menos de medio año, con estas dos noticias de prensa («Diario-16» de Madrid, del 16 11 1901, y «La Vanguardia», de Barcelona, del 5 3 1982), se confirmaban plenamente las afirmaciones contenidas en el mensaje de los miembros de la Armoniosa Confraternidad Universal: que la superpotencia que ponía en peligro la paz del Cosmos era los Estados Unidos de Norteamérica y que la «otra superpotencia» —la Unión Soviética— no tardaría en reaccionar, contribuyendo así a la incrementación del peligro ya señalado, sin olvidar los que ya corre el planeta Tierra desde hace bastantes años.

TRAMO FINAL

Más tarde, ya en el camino que me conduciría a Barcelona, al alborear el día 1 de septiembre de 1981, me dije que aquel trance, en buena lógica, tenía que alterarme profundamente y que, aunque hubiesen preparado mi mente para recibir tal cantidad de referencias, impresiones y sensaciones, lo que quizá ellos ignorasen todavía respecto a nosotros, los terráqueos, es que nuestro organismo, más allá de las puras coordenadas físicas — vitales, para entendemos mejor—, seguía condicionado por atavismos nada fáciles de identificar y difíciles, por tanto, de controlar o de anular. Por otro lado, en muchas gentes de la Tierra —sin excluir a muchos de esos que, de una manera u otra, tanto contribuyen a echarla a perder—, más o menos subyacente, existe un ansia, un deseo, un anhelo de superación, de perfección, de alcanzar progresivamente sucesivos estados de perfección. Lo grave es que los conductos, los caminos por los que a menudo intentan alcanzarlos, los hacen desembocar en metas opuestas a las perseguidas o soñadas. En este terreno es en el que hay más trecho que recorrer si algún día esas presentidas comunidades extraterrestres establecieran un contacto formal con los habitantes de la Tierra. El Hombre ha sido, y es, la principal víctima de sus propias y periódicas contradicciones. No ha sabido armonizarlas ni, todavía menos, superarlas. Y lo fundamental —

volvemos al principio de todo— ha sido no darse cuenta, o fingir ignorar, que sus incesantes ofrendas a la Muerte han ido acallando, en su realidad cotidiana, el inmenso repertorio de cantos a la Vida que muchas tribus primitivas, ¡ay!, ya poseían^[41].

Naturalmente, una de las primeras condiciones para ir aireando y saneando nuestras entrañas sería la de ser capaces de hacer nuestro propio balance —personal y colectivo—, sin rodeos, sin artimañas, sin subterfugios, con lo que, a través de nuestra convivencia, insoslayablemente brotaría la solidaridad, la fraternidad, el compañerismo con nuestros semejantes, para preparar así, juntos, nuestro futuro.⁴⁷ En ese terreno es quizá, más que en el de los adelantos «científicos» y «tecnológicos», en el que los pobladores de este armonioso orden cósmico podrían echarnos una buena mano. Porque, como está ampliamente demostrado, ningún avance es auténtico si no está equilibrado con un profundo respeto al entorno y una constante relación armoniosa de las vivencias del Hombre con él^[42].

Personalmente, creo que su ayuda —la de las comunidades extraterrestres— ha sido ya muy apreciable por el solo hecho de habernos obligado a poner en duda nuestra supremacía, en tanto que maestros en tantas «artes» (¡qué lejos estamos de aquella en verdad tan sabia confesión de Sócrates: «yo sólo sé que no sé nada»!), entre las que destaca «el arte de vivir». Uno les está doblemente agradecido por haberle permitido comprobar en qué medida, a lo largo de mi vida, he sido ayudado por lo que yo siempre llamé «personas fuera de serie», empezando por mis padres y siguiendo con mis maestros y mis amigos, con las cuales compartí, íntima y amistosamente, el pan y la sal, en la paz y en la guerra, en el exilio y en las cárceles franquistas. Y a las que, de

alguna manera, aunque la inmensa mayoría de ellas ya no estén entre nosotros, quisiera seguir mostrando mi agradecimiento, esforzándome por predicar, con el ejemplo, esa generosidad y esa lealtad, a su lado aprendidas, como las mejores rampas de lanzamiento hacia ellos, hacia los otros habitantes del Cosmos. Esperando, como ellos nos lo piden fraternalmente, hacer reinar la paz y la felicidad en este planeta llamado Tierra.

Y que nuestras naves espaciales, en lugar de testas nucleares lleven mensajes sinceros de cooperación pacífica.

—Bueno —dije—, creo que ha llegado el momento de separarnos...

Estas palabras las pronuncié después de otro largo silencio, durante el cual yo había estado recorriendo la mirada de aquellos siete seres que, pese al intenso y fantástico tramo de vida pasado entre ellos, me seguían pareciendo desconocidos. Todos estaban allí, los tres de siempre, sentados, y los otros de pie, detrás de sus compañeros.

Lo que más me impresionó en aquellos instantes fue su mirada. El color de sus ojos no era el mismo. Unos los tenían oscuros y otros claros, pero como resplandecían con idéntico fulgor y de ellos se desprendía un fuerte magnetismo, no era fácil diferenciarlos. A través de sus ojos uno podía penetrar en ellos y verlos como si fuesen transparentes. Eran miradas que parecían venir de muy lejos, de muy hondo, a la vez que uno las sentía muy cerca, muy dentro de sí mismo. Ahora ya no me cabía la menor duda: aquellos seres eran gentes de bien, en el más amplio y profundo sentido de la palabra. Esta sensación no fue súbita, como es natural, sino que había estado enraizándose progresivamente a lo largo de la noche.

—Si lo deseas puedes seguir haciéndonos preguntas...

Sin quitarles la vista de encima ni un solo instante, porque me rondaba el temor de que seguramente no volvería a verlos, y quería estampar fuertemente sus imágenes en mi memoria, sonreí y, como si la voz no quisiera salir de mi pecho, murmuré:

—Ya sé, queridos compañeros, que dejo cientos, miles de preguntas por hacer... y que quizá no tenga ocasión de hacéros las nunca más.

—Por ejemplo —me cortó el que me acogió al subir a la nave, y que no sé por qué tomé yo por el jefe de la expedición—, no nos has preguntado el menor detalle técnico ni sobre nuestras naves, o los desplazamientos que hacemos, ni sobre las computadoras-coordinadoras...

—Es que yo no he hecho nunca muy buenas migas ni con las matemáticas ni con las ciencias... —Y, tras una brevísima pausa, añadí—: Lo que pasa es que me siento algo cansado.

—Lo comprendemos perfectamente.

Entonces, apenas hice ademán de levantarme, ellos ya estaban de pie y, con su andar lento y armonioso (me pareció que asistía a los primeros pasos de un ballet) se adelantaron hacia la salida.

Una vez allí, frente a la rampa, se fueron alineando, se cogieron de la mano y se quedaron inmóviles, como estatuas, mirándome fijamente.

Al pasar ante ellos yo también fui mirándolos uno a uno a los ojos, y estoy seguro que ellos se dieron cuenta de que, con mi mirada, yo les daba las gracias desde lo más hondo de mí mismo. Noté que en sus miradas se reflejó, como en ningún momento, una bondad inmensa, intraducible. Tanto me impresionó, que estuve a punto de dar media vuelta, volverme a sentar y seguir

charlando con ellos hasta el final de mis días. Y si, en aquel preciso instante, llegan a pedirme que me vaya con ellos, palabra que acepto. No tanto para huir de esta Tierra, tan hermosa y odiosa a la vez, como para emborracharme como nunca de maravillosos descubrimientos, vagando por ese Universo del que, paradójicamente, nosotros formamos parte y tan poco —por lo menos el común de las gentes— sabemos. Y nuestros niños, desgraciadamente, quizá menos que nadie...

Todo esto fueron ideas, sensaciones fugaces, provocadas por la inminencia de nuestra separación. Por eso, al llegar a la altura de mi introductora en la nave, mis últimas palabras se volvieron a teñir, a pesar mío, de tristeza:

—¿Volveremos a vemos...?

—Es muy posible...

1/18/81.
Querido Juan, No sería prudente, creo, que te dijera más cosas por carta. Estoy profundamente ^{emocionado} por "algo" que me ocurrió, en pleno Príncipe, anoche, cuando regresaba a España, de la Francia, por carretera. Estoy pensando a máquina mis impresiones. Tengo la sensación de haber vivido más en pocas horas.

que en mis casi 51 años (2 de vida terrenal. Y osea que me van a salir miles de cuartillas, que en un día te daré a leer. Por favor, no digas nada a nadie hasta que nos veamos.

Pero, uníctame tanto, dime lo que te dice "fluído cósmico" y el dibujo que te adjunto. Es el emblema que llevaba (de ese tamaño, aproximadamente) lo que yo llamé siempre "los

"ataleas del espacio" (3
Fue algo en verdad fantástico y experimental. una increíble felicidad, nunca experimentada y que solo creía poder sentir si supiese un día que el hombre había nacido, definitivamente, a la muerte y que la vida se consagraba a las infinitas maravillas que el Universo contiene. Gracias y...

Un fraternal abrazo,

Eduardo

Por favor, ni una palabra a nadie.

DOCUMENTOS ANEXOS

Barcelona, I/IX/1981.

Querido Juan (García Atienza, de Madrid):

No sería prudente, creo, que te dijese más cosas por carta. Estoy profundamente emocionado por «algo» que me ocurrió, en pleno Pirineo, anoche, cuando regresaba a España, desde Francia, por carretera. Estoy pasando a máquina mis impresiones. Tengo la sensación de haber vivido más en pocas horas que en mis casi 61 años de vida terrenal. Y creo que me van a salir miles de cuartillas, que en su día te daré a leer. *Por favor, no digas nada a nadie hasta que nos veamos.*

Pero, mientras tanto, dime lo que te dice «fluido cósmico» y el dibujo que te adjunto. Es un emblema que llevaban (de ese tamaño, aproximadamente) lo que yo llamaré siempre «los caballeros del espacio». Fue algo fantástico y experimenté una indecible felicidad, nunca experimentada y que sólo creía poder sentir si supiese un día que el hombre había vencido, definitivamente, a la muerte y que la vida se consagra a las infinitas maravillas

que el Universo contiene. Gracias y... un fraternal abrazo, Eduardo. (Nota: Por favor, ni una palabra a nadie).

CARTA DE JUAN GARCÍA ATIENZA

Madrid, 19/IX/1981.

Querido Eduardo:

Ha llegado hoy carta tuya después de varios días de silencio en los que, por cierto, yo también estuve fuera, haciendo con los de Televisión un programilla por Cantabria. Ahora, recién llegado, llega también tu carta en la que me cuentas que has vuelto al sitio, que has sacado fotos —para recuerdo tuyo, no para prueba— y colijo que estás escribiendo el mensaje que te transmitieron y que no quieres demorar su publicación.

Mira, Eduardo, he estado intentando conseguir hacer un viaje a Barcelona la próxima semana, pero se me han liado las cosas con la revista y tendré que quedarme aquí para resolverlas. Tengo tantas ganas de hablar contigo de todo esto que te ha sucedido como puedas tenerlas tú... o más, si cabe. Pero creo que, ante la imposibilidad de acudir ahora mismo, es mejor escribirte para, al menos, soltarte

un poco lo que yo llevo también aquí dentro. Tengo todas tus últimas cartas —y los dibujos y los datos— apartados del resto de la correspondencia, porque creo que en este momento eres *asunto prioritario*. Asunto que me ocupa más aún que me preocupa. Porque, además de amigo mío, eres la primera persona de mis cercanías a quien le sucede algo así y yo, que hace ya años que te conozco, tengo muchos más motivos para *confiar* en lo que me cuentes que en lo que me cuente cualquier otro.

Fíjate, sin embargo, que te he dicho confiar. Y no me lo tomes a mal, confiar no significa *creer*. Pero cuidado, que te lo voy a aclarar inmediatamente. No se trata de no creer en ti, sino de no creer en la *apariencia* de lo que te ha sucedido. Es decir, que tú cuentas —me cuentas y escribes— lo que ellos quieren que hayas visto, oído, sentido y asimilado. Ya sé que es difícil de asimilar esto, pero te lo digo con conocimiento de causa, porque llevo mucho tiempo viendo informes y hablando con gentes a quienes, al parecer, les ha sucedido lo que a ti, con muy pocas variantes y con resultados muy a menudo paralelos. Es curiosísimo cómo coinciden constantemente los detalles, las circunstancias, los fines, los medios, e incluso hasta las palabras. Leer tus cartas y oírte por teléfono era como revivir otras experiencias —ajenas, claro— por las que he pasado ya anteriormente. Pero con la diferencia de que, si con otros podía permitirme el lujo de pensar en una simulación (en última instancia), en ti no puedo pensarlo, porque sé perfectamente cómo eres y cómo has sido

siempre. Es lo último que se te habría ocurrido inventarte.

Ahora sé, gracias a ti, que lo que he puesto en otros casos a beneficio de inventario tengo que recuperarlo, porque sería demasiada coincidencia que otros se hubieran inventado, antes que tú, lo que tú luego has vivido realmente.

Por eso mi interés en preguntarte cosas, buscando más coincidencias o encontrando alguna divergencia (que siempre existe, aun en los casos más aparentemente paralelos). Ya vendrá lo de las preguntas, si hace al caso. Y ya vendrá también el que te cuente lo que yo mismo pienso que significa todo este aparente batiburrillo de cosas que te han estado pasando.

Sí querría hacerte unas advertencias, aunque puedan ahora resultarte oscuras o enrevesadas. En primer lugar, que sigas sin decirle a nadie lo sucedido, a pesar de que ellos están deseando que lo digas. Y te lo recomiendo, porque creo fundamental haber asimilado primero la razón de la sinrazón de todas estas cosas antes de lanzarse a proclamarlas. Cuando me dijiste que era a mí el primero a quien se lo contabas, me tranquilicé. Ahora empieza a preocuparme la necesidad que sientes de proclamar *el mensaje*. No te digo que no lo hagas, sino sólo que esperes un poco más. Recuerda que las cosas te han venido sin comerlo ni beberlo. Que ahora tienes que asimilarlas. Y asimilarlas de veras, porque no basta con que tú creas que

las has asimilado.

Ya sé que es tremendamente difícil hacerme caso en tu circunstancia vital inmediata. Ya sé que tú sólo sientes la necesidad de proclamar que te han dicho que debes proclamar. Y que eso que te han dicho te parece bueno, óptimo: lo mejor que puede haberte sucedido en toda tu vida. Luego —dirás—, ¿por qué callarlo?

No es una carta el lugar más a propósito para darte en detalle las razones, porque haría falta —hace falta— sentarse uno frente al otro y decirse todo y preguntarse todo y poner los pros y los contras y calibrar cada movimiento, cada palabra, cada sentido aparente de las cosas. Pero, a modo de aclaración, te voy a poner un ejemplo. Tú me dices en una de las cartas que, en el mensaje, te hablan de cómo los americanos están a punto de organizar el fin del mundo y de cómo, en cierto modo, tú has sido elegido precisamente por tu acercamiento al pueblo y por tus ideas políticas de toda la vida. Ya sé que no es exactamente así, pero por ahí van los tiros, ¿no? Bien, pon atención: sé de otros casos —que ahora sé que son tan verosímiles o tan verídicos como pueda serlo el tuyo— en los que han proclamado exactamente lo contrario... con las mismas o casi iguales palabras, sólo que volviendo la tortilla hacia la proclamación más o menos velada de un estado autoritario que termine con los peligros de la democracia y con todas esas zarandajas. Mensajes que, casi con las mismas palabras, volvían la

tortilla hacia el fascismo... en personas que, al recibirlo, eran de una ideología mucho más acorde con esa tendencia de lo que, lógicamente, podrías serlo tú. Sé incluso de mensajes en los que se ha recomendado felicitar públicamente a los americanos por sus últimas «victorias» espaciales.

Y en las que los presuntos caballeros del espacio —muy parecidos a como tú los describes, incluso hablando con una musicalidad como la que tú me cuentas— han proclamado la necesidad de establecer un *orden* nuevo que termine de una vez con los desbarajustes a los que puede conducir la libertad (libertinaje) que sufre el hombre.

Yo sé muy bien, Eduardo, que no estás en condiciones ahora de comprender lo que quiero decir, porque estás lógicamente influido por un shock muy fuerte que te ha antepuesto su importancia a cualquier posibilidad de calibrar las cosas. Precisamente por eso no voy a entrar ahora en más detalles que sólo lograrían que te pusieras en contra de lo que quiero decirte con la mejor voluntad del mundo. Yo entiendo perfectamente que un traumatismo psíquico como el que has sufrido, por más aires de fabuloso mensaje cósmico que lleve consigo y por más apariencia de claridad y de tranquilidad que te haya producido, marca. Quiero decir, que traumatiza. Que influye definitivamente en nuestra actitud —tu actitud— vital. Cualquier cosa que yo te añadiera tendría que ser para ti como un revulsivo que, lógicamente, habrías de

rechazar, puesto que lo positivo para ti, lo importante para ti, lo fundamental para ti en estos momentos es precisamente lo que ha venido de allá.

Por eso, por el momento, sólo te diré que eso que te ha ocurrido, sucede efectivamente. Que es efectivamente importante. Muy importante, te tendría que añadir. Que es cierto, además. Pero que ¡atención! esa certitud hay que calibrarla con toda la calma, con toda la serenidad y con toda la reserva (a todos los niveles) de que seamos capaces. Eso es lo que yo querría de ti: serenidad y reserva. Escribe todo cuanto te salga, todo cuanto ellos quieren que escribas, pasa todo el tiempo que necesites haciéndolo. Pero piénsalo dos veces —o, si quieres, piénsalo conmigo dos veces— antes de lanzarte a proclamarlo a los cuatro vientos buscando editor. A mí no me vale, aunque lo entiendo, eso que me dices que «todo lo demás te importa un bledo». Dices también que te agradecería que tu gestión fuese positiva y eso sí es importante. Bien: pues si quieres que lo sea efectivamente, te pido por favor que esperes todavía.

Tenemos que hablar. Tenemos mucho que hablar, Eduardo. Contarte ahora mi pensamiento sería contarte el argumento del libro que precisamente me ha metido en prensa Martínez Roca para sacarlo a fines de octubre: *El hombre manipulado*, lo llamo. Y hablo en él de la manipulación de la que estamos siendo objeto desde todos lados y, por supuesto, de esa manipulación cósmica que

viene de los presuntos extraterrestres a los que ya —no sólo tú, sino muchos, infinidad— se les ha casi deificado como fuente de bondad y de soluciones para el futuro de la humanidad.

Sería... ¿sería mucho pedirte que siguieras contándome cosas, todo lo que tengas ganas de contar? Prometo estar contigo en cuanto me deje un poquito libre la revista. Esto es para charlar largo y tendido.

¿Qué dice Antonina? Un fuerte abrazo, amigo.

Juan.

CERTIFICADO DEL DOCTOR JOSEP M. REGUANT I GILÍ

Psiquiatra — Psicoterapia en la psicosis.
Psiquiatra social — Psicoterapia familiar y de la adolescencia.

Barcelona a 6 de octubre de 1981.

Declaro:

Que el día 1 de septiembre de 1981 a las cuatro de la tarde, me fue solicitada consulta por el señor Eduardo Pons Prades, anunciándome que el tema en cuestión era de suma importancia. La consulta tuvo lugar a las nueve horas del mismo día^[56], manifestándome un encuentro habido en el Pirineo catalán, no lejos de Prats de Molló, con los tripulantes de una nave espacial llegada de una galaxia lejana. Me refirió también los contenidos de las conversaciones que sostuvo con algunos de los citados tripulantes, quienes le confiaron la transmisión de un mensaje para los habitantes de la Tierra.

Sus relatos eran coherentes, lógicos y detallados, advirtiéndose en el citado señor una actitud vital consecuente con un hecho especialísimo y con la consiguiente reacción emocional, propia de un fuerte impacto.

Según se desprende de la entrevista realizada, el abajo firmante fue la primera persona que tuvo contacto con el escritor Pons Prades después de los hechos, o sea de su contacto con los

extraterrestres.

Transcurridas unas veinte horas de la relación relatada, el señor no presentaba ningún síntoma o síndrome psicopatológico catalogable en entidad nosológica, del orden universalmente aceptado. Su actitud, comportamiento, orientación auto-psíquica y halopsíquica, temporo-espacial y la relación interpersonal eran normales en una situación de fuerte emoción. Ningún signo hacía pensar en un origen patológico de sus vivencias. Le indiqué la posibilidad de una impregnación diurna de contenidos oníricos que no aceptó, razonándolo coherentemente.

TESTIGOS DIRECTOS ESPAÑÓLES

Los objetos volantes no identificados (ovnis) constituyen el mayor problema científico e internacional de nuestro tiempo y, pese a ello, desde hace más de treinta años no es tomado en serio por los científicos oficiales. ¿Por qué? ¿Qué se esconde detrás de ese silencio?

James E. McDonald, decano de la Facultad de Física de la
Universidad de Arizona, Estados Unidos.

La polémica entre los que creen en la existencia de planetas habitados —tomando como punto de referencia las incursiones por el nuestro de sus naves espaciales— y los que no creen, está abierta, en verdad, desde hace siglos. Los que admiten la existencia de mundos extraterrestres parecen reclutarse sobre todo entre los astrónomos y los físicos (Sagan, Drake, Morrison...), mientras que la mayoría de los más destacados expertos en biología evolutiva (Simpson, François, Mayr...), afirman que la Tierra es «probablemente» el único planeta en el que hay vida inteligente; al menos —recalcan los reticentes— entre los de nuestra galaxia. Naturalmente, estos últimos apoyan toda su argumentación en *datos referidos a los actuales conocimientos de*

la ciencia terrestre. Y no titubean en atrincherarse obcecadamente tras esa especie de Muralla de China de las fórmulas y las ecuaciones, las cuales, a la hora de la verdad, no resisten lo más mínimo ante la avalancha de los testimonios sobre ovnis de gentes —testigos directos— de la más variada condición social, de distinto nivel cultural y originarios de países muy alejados unos de otros, y no sólo geográficamente hablando. Ahí están, si no, los casos que reseñamos aquí, entre cientos, escogidos al paso de mis recientes y rápidas lecturas, ciñéndome a encuentros protagonizados por compatriotas nuestros, en el área europeo-latina.

Primero cedemos la palabra a un gran estudioso del tema ovni, el barcelonés Antonio Ribera, que nos ha hecho el honor de prologar este libro, y el cual, en una de sus más recientes obras, nos habla del caso de Jaime Bordas Bley, ex meteorólogo, al que el propio Ribera califica de «personaje extraordinario por muchos conceptos».

ENTREVISTA REALIZADA POR ANTONIO RIBERA A JAIME BORDAS BLEY

El encuentro de J. B. B. con un extraterrestre tuvo lugar en junio de 1951 en el pueblo de Casteil, en la vertiente occidental del macizo del Canigó, en tierras del Rosellón. Es un testimonio convincente. Lo reproducimos íntegro porque no sólo ofrece «curiosas» coincidencias con mi propia experiencia sino que, por añadidura, debo subrayar que aquel encuentro se produjo algo más de treinta años antes que el mío y que apenas 18 km de distancia separan, a vuelo de pájaro, ambos lugares.

El enigmático personaje del Canigó

»Mi amigo Bordas es por muchos conceptos un personaje extraordinario: ex meteorólogo, llegó a ser una de las primeras potencias de Andorra; regentaba en la época en que se sitúa el suceso (junio de 1951) un hotelito situado al pie del Canigó, en el pueblo de Casteil o Casteil y un poco más arriba de la estación balnearia de Vemet-les-Bains. El nombre del hotelito era Hostal de l'Isard;(Hostal del Rebeco).

»En los comienzos del verano de 1951, Jaime descansaba en el patio del Hostal de l'Isard, bajo la sombra de unos perales. Por la

puerta de la terraza que daba al lado de la montaña y al valle del Cady, hizo su aparición un individuo que se detuvo en la entrada.

»—Bonjour —dijo, cuadrándose, mientras realizaba una leve inclinación con todo el cuerpo.

»Jaime le devolvió el saludo maquinalmente, examinándolo con detenimiento. El individuo en cuestión era alto, de dos metros. Su andar era pausado y su voz había sonado en tono bajo pero de timbre claro, que sin ser excesivamente varonil no correspondía a su físico.

»Lo que más atrajo su atención, además de su extraña voz y sus peculiares modales, fue su aspecto y su manera de vestir. Llevaba unos pantalones ajustadísimos, a modo de unos leotardos en donde resaltaba toda la musculatura de los muslos, bajo aquel color indefinible, de tonos azules, petrolíferos y grisáceos. Las largas y perfectas piernas rememoraban las de una estatua griega, tal vez demasiado largas en proporción al resto del cuerpo. Calzaba unas botas de media caña, de una sola pieza, sin ojales, ceñidas, muy negras, confeccionadas con una especie de piel extraordinariamente mate. Llevaba el torso ceñido por un blusón en el que destacaba un bordón de un dedo de grueso en torno al cuello. El blusón era un poco holgado, sin ajustarse tanto como el pantalón pero marcando su figura. Le llegaba hasta la cintura, rematado por una tira —a modo de cinto estrecho— cerrado por contacto, al igual que la abertura central.

»(Es de notar que los cierres de contacto, tipo «Velcro», por ejemplo, aún no se habían inventado).

»La blusa también estaba cerrada por sendos bordones rodeándole las muñecas. Este detalle hizo que Jaime se fijase en las manos del “desconocido”: eran unas manos provistas de dedos

finos, alargados, bellas, muy afeminadas, lisas, blancas, sin vello ni venas destacadas. Pese a su estrecha cintura tenía el cuerpo atlético y era bastante ancho de hombros. Su conjunto era más bien fino, de una esbeltez notable y no aparentaba poseer ni un solo gramo de grasa. En cuanto a su tez, era blanca, ligeramente sonrosada. Imberbe. Los cabellos de un rubio claro, cayéndole hasta los hombros —de una manera similar a la del famoso venusiano de Adamski—, provisto de amplias ondulaciones y vuelto ligeramente hacia el interior por abajo.

»Su cara era alargada, provista de una boca perfectamente dibujada, más bien sensual que fría, con los labios ligeramente carnosos y bien formados. Al hablar mostraba una dentadura normal y sana. La nariz de trazo rectilíneo sin ser clásica, algo achatada en las aletas, pero por encima de ellas continuaba en punta. Poseía unos ojos muy grandes, almendrados, de un azul límpido, tan claro que su mirar daba la sensación de ser un tanto desvaído, pero llenos de vitalidad. Eran unos ojos propios de una mujer bellísima, turbadores, casi insondables y provistos de una especie de magnética penetración.

»Cuando el “desconocido” posaba su enigmática mirada sobre él, Jaime experimentaba la sensación de sentirse atravesado de parte a parte. No le era posible sostenerle la mirada ni fijar sus pupilas en las de aquellos ojos. Cada vez que lo intentaba sentíase intimidado a pesar de que el “desconocido” le contemplase atento y respetuoso. Las cejas eran finísimas, formando un trazo rubio bajo una frente enormemente espaciosa.

Hablaba sin gesticular. Su cara y sus manos no se movían. Sus brazos se apoyaban en la mesa, quietos también. Daba la impresión de que en él todo su cuerpo era pura voz, surgiendo con

el mismo diapasón: muy agradable, sin inflexiones, sin altos ni bajos, suave, pero a la vez penetrante y clara.

»Se expresaba en un francés “químicamente puro” sin que resaltase ningún acento regional determinado. Empleaba un vocabulario de elevada técnica; sin embargo, todo lo exponía con sencillez y claridad. Aparentaba tener de 30 a 35 años.

»—Quisiera pedirle un favor.

»—Siéntese —le invitó Jaime con amabilidad.

»El “desconocido” tomó asiento en una silla, a su lado. Al tenerlo tan cerca observó que la tela de su vestido tenía una textura especial, lisa, al parecer sin fibras, como de espuma.

»—He venido a verle para pedirle un favor —continuó el “desconocido”.

»—Si está en mi mano...

»—Espero de su amabilidad que me facilite cada día, a esta hora, un par de botellas de leche y pan.

»—No me dedico a vender lo que solicita —replicó Jaime—. Esto es un restaurante.

»—Lo sé —admitió el “desconocido”—, pero no puedo dirigirme a nadie más en este pueblo. Si no me vende lo que le pido me causará una extorsión.

»—¿Y por qué una extorsión?

»—No tengo documentos ni dinero —aclaró—. Además, he de procurar que me vean paseando por los alrededores de su casa lo menos posible.

»Jaime pensó que su misterioso interlocutor podía ser un perseguido o un fugitivo político.

»Entretanto, el “desconocido” le miraba fijamente con un rostro que se iluminaba, pero sin llegar a sonreír. En realidad no le

vio sonreír jamás, *únicamente* en determinados momentos se le aclaraba toda la faz. Diríase que sonreía interiormente, sin ningún signo externo, como si la vida física cediese a la interna, a la espiritual.

»Jaime accedió a la petición.

»—Muchas gracias— dijo su extraño visitante con aquella indefinible expresión.

»—Mañana ya puede pasar a recoger el pan y la leche, que yo iré a buscar al pueblo.

»El Hostal de l'Isard estaba enclavado en la misma entrada de la población.

»De súbito, Jaime le preguntó:

»—¿De dónde viene usted?

»—De arriba.

»—¿Está en Marialles o cerca del Coll de Jou?

»—De arriba— repitió el “desconocido”.

»Jaime no quiso insistir. Hubiera deseado saber la identidad de aquel raro personaje, pero se contuvo. Un cuarto de hora antes de que éste se fuese le hizo prometer que sería muy discreto y no revelaría a nadie su presencia, quedando en volver al día siguiente a la misma hora.

»En efecto, a la hora concertada volvió a comparecer, hizo la misma clase de salutación que el día anterior y fue a sentarse directamente al lado de Jaime.

»—Me gustaría saber qué es lo que hace usted por esta región — dijo Jaime, procurando no dar demasiada importancia a sus palabras.

»—He venido con una misión científica —le respondió—. Más adelante le diré de qué se trata.

»—¿Es usted un científico?

»El “desconocido” asintió con la cabeza.

»—¿Por qué rama de la Ciencia se interesa?

»—Por muchas —contestó, preguntando a su vez—. ¿Usted también se interesa por la Ciencia?

»—Sí, bastante.

»—Pues sepa usted que este macizo es muy interesante para la Ciencia. El macizo del Canigó es riquísimo en mineral, pero además tiene otras cosas que usted no podría comprender nunca.

»Le hablaba benévola, como si se tratase de un niño de diez o doce años. Le exponía las cosas con claridad y sin el menor asomo de orgullo o petulancia. Se limitaba a hablarle del Canigó. Entre otras cosas, le dijo que era una montaña de hierro, magnética. Acaso esta inesperada información explicase los frecuentes accidentes de aviación que se han ido registrando y cuyo historial, desde 1945, comprende una trágica lista de once catástrofes, con un total de 229 muertos. Posiblemente los compases de los aviones fueron desviados por la fuerza magnética de la montaña.

»Al tercer día, extrañado ante las escasas necesidades que demostraba tener el individuo, le preguntó:

»—¿No quiere que le traiga otra cosa del pueblo?

»—Ya tengo suficiente —repuso con su habitual tono de voz.

»—Me es usted simpático —insistió, tratando de romper aquella especie de hielo que les separaba—. Si le hace falta algo más sólo tiene que decírmelo.

»—No necesito absolutamente nada —atajó el visitante. Tras una pequeña pausa continuó—: Yo me alimento únicamente de pan y leche.

»Esta declaración no le sorprendió demasiado. Jaime había sido vegetariano durante muchos años, por lo que este tipo de alimentación, un tanto sobria, la atribuyó a una cuestión puramente dietética. “Acaso esté enfermo”, pensó para sí.

»Con singular naturalidad, el “desconocido” empezó a desarrollar temas más profundos, de un curioso carácter social.

»—El régimen francés es retrógrado— díjole entre otras cosas y agregando a continuación: Desde luego, el planeta en que nos encontramos está compuesto por una sociedad dislocada. Todo en vías de arreglo, pero aún no hay nada que se sostenga.

»Por sus palabras y por los conceptos que vertía —que a veces sólo entendía confusamente— le pareció un auténtico comunista. Este concepto ideológico que había formado del “desconocido” se reafirmó al oírle decir:

»—Existe un país que tan sólo es un embrión de lo que será el mundo del futuro. Pero sólo es un embrión.

»Jaime le escuchaba cada vez más interesado.

»—Es preciso desarraigar el egoísmo del hombre, totalmente. Ustedes creen que es algo congénito, pero no, no lo es en absoluto. Aunque la tarea de su expulsión será muy dura.

»Hizo una pausa. Daba la impresión de que sus palabras surgían por todas partes de su cuerpo provocando una especie de fascinación a la que no podía sustraerse.

—El hombre se considera solo en la Tierra y no sabe que no es más que uno de los elementos de la evolución. Con todo su desmesurado orgullo, con toda su pretendida sabiduría, ignora que en el planeta Tierra existe un animal, hoy en proceso evolutivo, que andando el tiempo le sustituirá. Actualmente no puede sospechar que ya se está preparando algo que lo superará.

»—Me gustaría saber qué clase de animales...

»La intensa y fija mirada del “desconocido” cortó pregunta. Cada vez más cohibido se vio obligado a apartar la mirada de él.

»Y de nuevo, sin saber cómo, se entabló la conversación. Uno de los temas en que insistió muchísimo fue el de las fuerzas ocultas que ahora el hombre cree dominar.

»—Al hombre se le han dado muchas atribuciones para dominar gran cantidad de fuerzas extraordinarias, pero él no lo sabe. Y si hace mal uso de ellas, únicamente conseguirá la precipitación de su propio holocausto y *la aparición de esa cosa que vendrá después*. El hombre ha de esperar. Tiene que saber esperar, darle tiempo al tiempo, sin quemar estérilmente las etapas. Solamente entonces será posible que el hombre actual llegue a enlazar con esta cosa futura.

»Cada vez se hallaba más convencido de que el misterioso visitante era un ruso. Esta opinión la compartían los escasos habitantes de Casteil, que habían visto a aquel *être bizarre* (ser extraño), como lo clasificaban en su patois del Rosellón. Sobre todo al oírle decir:

»—Nosotros podemos evitar el cataclismo que las potencias capitalistas puedan provocar.

»En otro retazo de las conversaciones que sostenían afirmó:

»—Sus hijos verán el final de las religiones. Al menos tal como están estructuradas en la actualidad.

»Hablando de la generación de la posguerra y de la rebelión de los hijos, expresó:

»—Las revoluciones solamente vendrán de las juventudes.

»Con sus pensamientos lisamente expuestos semejaba prever una verdadera mutación de la juventud. El “desconocido” ya

llevaba cuatro o cinco días en Casteil, y pese a sus precauciones, se había convertido en la comidilla de sus habitantes.

»Una mañana, estando ambos sentados en el patio, salió el hijo de Jaime, llamado por él y llevando entre sus manos una máquina fotográfica...

»—Papá os hará una foto.

»Pero el “desconocido” mirándole con fijeza, rechazó, diciendo con tajante acento:

»—No. No, gracias.

»Ante la insistencia del muchacho su rostro se alteró por primera vez tomando una expresión muy rara. Al fin accedió diciendo:

»—Bueno, hágala. De todos modos es inútil. No vale la pena.

»Jaime les hizo no una, sino dos fotografías.

»Al revelar el carrete, transcurridos unos días, cuando ya el “desconocido” se había despedido de Jaime, los dos fotogramas correspondientes a aquel par de exposiciones aparecieron en blanco. La película aparecía completamente transparente, sin señales de emulsión. Los otros seis fotogramas de la misma película, tamaño 6X9, salieron bien, mostrando escenas familiares. El hecho continúa tan inexplicable ahora como cuando tuvo lugar.

»El día de las fotografías el “desconocido” insistía en un tema que, sin lugar a dudas, le era muy caro: el de la perversidad del hombre que, según él, tocaba ya a su fin.

»Transcurridos unos días, Jaime, sin poder dominar por más tiempo su creciente curiosidad, decidió seguir los pasos del “desconocido” sin que éste se diese cuenta. Al abandonar el Hostal de l’Isard comenzó a seguirle con la mayor discreción posible. Después de traspasar el puente del río Cady volvió a subir

hacia el Coll de Jou. Con no poca sorpresa pudo comprobar que el “desconocido” subía sin esfuerzo alguno, como si la cuesta descendiese en forma suave en lugar de ascender rápidamente. Tan regular y elástico era su paso «Subía como una pluma».

»Manteniendo siempre la misma distancia le vio llegar hasta la parte superior de la cuesta. Allí, entre la espesura del bosque, le esperaba un ser de apariencia y traje iguales a los del “desconocido”, aunque un poco más bajo de estatura. Tuvo la impresión de que se trataba de una mujer. Los dos seres, sin saludarse, continuaron ascendiendo por el monte, introduciéndose en un bosquecillo. Jaime se vio obligado a seguirles por las alturas, ocultándose entre las matas, procurando no perderles de vista ni un solo instante.

»El “desconocido” y su idéntico compañero se detuvieron en un pequeño claro del bosque. En el centro del mismo, en una especie de calvero, divisó algo que tenía toda la apariencia de una tienda baja, no cuadrada sino ovalada o circular, con la parte central más elevada. Su color era como “gris metálico”. Por más que se esforzó no pudo ver toda la superficie de la supuesta tienda, de la que le separaba una distancia de unos 200 metros aproximadamente.

»Montañero experimentado, quedóse estupefacto ante aquel tipo de tienda. Caso de serlo, pertenecía a un género de confección muy rara en la época, utilizado sólo por las expediciones del Himalaya y en las misiones polares de Paul-Émile Víctor.

»Los dos misteriosos personajes comenzaron a pasear alrededor de la tienda. Jaime no quiso ser inoportuno e indiscreto y decidió retirarse. Pero su curiosidad no quedaba satisfecha. Lo

primero que hizo cuando el “desconocido” volvió de nuevo al Hostal, con su acostumbrada puntualidad, fue lanzarle de sopetón la siguiente pregunta:

»—Pero ¿qué hace usted exactamente aquí?

»El “desconocido” adoptó su postura acostumbrada, mirándole sin despegar los labios.

»—¿Cómo se llama usted? —insistió con idéntico resultado.

»Conformado, pero no satisfecho por la imperturbable postura del “desconocido” desistió de hacerle más preguntas por el momento. Era casi seguro que estaba allí clandestinamente.

»Poco a poco volvió a entablarse la conversación, versando como siempre sobre los temas sociales. De pronto el “desconocido” lanzó la pregunta:

»—Y usted, ¿qué hace socialmente?

»—Pues yo no pertenezco a ningún partido político —repuso Jaime—, pero soy muy avanzado socialmente.

»—Tiene la obligación de desplegar más actividad social. No hace lo bastante en este terreno, porque usted, con las aptitudes que tiene, está obligado a una actividad social de acuerdo con sus impulsos interiores.

»Por unos momentos, Jaime quedó como en suspenso. ¿Cómo podía saber el “desconocido” las condiciones que concurrían en él? ¿Qué sabía de su vida, tanto anímica como física?

»Reaccionando tardíamente replicó:

»—Yo no tengo su capacidad. ¿No se da cuenta de que a veces no puedo seguir el hilo de sus pensamientos ni los entiendo?

»A partir de aquel instante, el “desconocido” se esforzaba por hacerse entender, explicándole las cosas hasta lograr que las comprendiera. El comentario entonces era muy singular. Decía

simplemente:

»—*Bon, enregistré.* (Bien, registrado).

»Empleaba a menudo un lenguaje muy técnico, tal como lo haría un profesor de física, utilizando símbolos matemáticos que escapaban a su comprensión.

»Como era de esperar, la curiosidad de los habitantes del poblado no podía permanecer sin manifestarse.

»Jean Pi, cultivador de manzanas, le interpeló en cuanto tuvo ocasión.

»—¿Quién es ese ser tan raro que te va a visitar?

»Ante el silencio de Jaime, un poco molesto, Pi continuó:

»—El otro día estaba yo en el manzanar y al verle grité: “¡Eh! ¿Dónde va usted?”. Como no me hizo caso, insistí: “¡Eh! ¿Es que no me oye?”. Entonces se volvió mirándome de tal manera que me intimidó. Tienes que saber, amigo, que es un ser muy raro. El caso es que ya no pude decirle ni media palabra más.

»Pocos días después, hallándose en el pueblo, el padre de M. Nou, que ostentaba el cargo de alcalde del lugar, le preguntó:

»—¿Quién es ese ser tan raro que te visita? El otro día le saludé pero ni siquiera me contestó. Creyendo que era extranjero y no me entendía le dije por medio de gestos: “¿Y los papeles?” (la documentación). Me miró tan fijamente, con tal intensidad, que creí haberle ofendido y me sentí muy intimidado. Por un momento tuve la sensación de que me tapaban la boca con una mordaza. No pude decir ni palabra. ¿Quién es este individuo? ¿Le conoce usted?

»—Puede estar tranquilo —respondió Jaime—. Es un buen amigo y una excelente persona. Desde luego es extranjero y ha venido de muy lejos para hacerme una visita. Yo respondo por él.

Pero, por favor, no diga nada a la Gendarmería. No es que pueda ocurrir nada, pero sería enojoso.

»—¡Ah, bueno, así está bien!

»Jaime Bordas cada día estaba más intrigado. Habían transcurrido diez días desde la primera visita del desconocido, que se presentaba invariablemente a la misma hora, para efectuar una breve inclinación corporal y sentarse luego a charlar, unas veces a la sombra de los árboles, en el patio o en el comedor del Hostal. Ni una sola vez quiso entrar en el bar. Después recogía su pan y su leche marchándose con su característico caminar.

»Aquel ser representaba un enigma. A menudo se había forjado diferentes hipótesis, que no tardaba en desechar, quedando sumido en un caos de agitadas confusiones. En su mente quedaban agitándose una infinidad de preguntas a las que no podía dar una respuesta lógica.

»¿De dónde había surgido? ¿Cuál era su origen? ¿Se trataba de un hombre fuera de “serie”, nacido en algún nórdico lugar? ¿Se trataba de un miembro perteneciente al clandestino movimiento de la Resistencia o de un espía soviético? ¿Qué misión u objeto tenía que llevar a cabo en aquellos solitarios aldeaños?

»En cuanto le vio aparecer fue a su encuentro. Sin poder dominar sus impulsos, le preguntó casi a boca de jarro:

»—Oiga, ¿qué es lo que hace usted por ahí arriba?

»Él le dirigió una de sus extrañas miradas sin que sus labios se despegaran para emitir sonido alguno. Jaime insistió:

—Tenga en cuenta que yo he respondido por usted. De sus acciones depende mi prestigio y tal vez mi seguridad.

»La cara del “desconocido” pareció iluminarse con una extraña claridad y sus frías pupilas relumbraron por unos segundos, pero

persistió en su silencio.

»—Supongo que no se pasará el día sin hacer nada —continuó Jaime—. ¿No puede decirme qué clase de misión le ha traído por aquí?

»Los labios del “desconocido” apenas si dieron sensación de que se movían. Y por primera vez contestó conciso a sus insistentes preguntas.

»—Estoy haciendo el mapa topográfico del Canigó.

»—Es un trabajo innecesario —replicó Jaime—. Ya existe un plano directo de la carta de Estado Mayor. Yo podría procurárselo con facilidad. Cualquier librería de Perpiñán lo tiene.

»—Ya lo he visto. No me sirve.

»De repente, sin saber por qué, a Jaime le llamó la atención la clara tonalidad del rostro del “desconocido”. Pensó, con lógica, que era imposible que, al cabo de diez días efectuando escaladas por aquellos riscos, pudiera conservar la tez tan fresca y sonrosada como la de una doncella. El sol de alta montaña quema intensamente. Bastaba ascender al Canigó (2,785 m), al pico Barbet (2,750 m), al pico de Tres Vents (2,700 m), al pico de Roja (2,600 m) para acusar los efectos de la insolación.

»—¿Cómo es posible que conserve la cara tan blanca si se pasa todo el día en lo más alto de los picos? —objetó—. ¿Acaso se pone un velo o una gasa?

Jaime esperó inútilmente una contestación. El «desconocido» volvió a adoptar su típica actitud silenciosa, mientras semejaba envolverle con la aguda mirada que surgía del fondo de sus ojos. Llegó a pensar que la palabra no, que nunca había empleado, no existía en su vocabulario.

»—¿Terminará pronto este... trabajo?

»—Sí, dentro de dos o tres días lo habré concluido.

»—¿Me lo enseñará? Me gustaría verlo.

»La sombra de una sonrisa pareció esbozarse fugazmente. Dio media vuelta y emprendió el camino hacia las alturas.

»Un día antes de su partida el “desconocido” realizó su habitual aparición. Esta vez llevaba algo en la mano: un tubo de aspecto metálico y de cuyo interior extrajo un mapa que extendió sobre la mesa. Era un plano cartográfico, limpiamente realizado, con las cotas, las curvas de nivel perfectamente trazadas, reproduciendo con inusitada fidelidad todo el macizo del Canigó. El tipo de papel empleado daba la sensación de un pergamino muy suave, sin pliegues y no crujía al ser manejado. Reconoció con harta facilidad el trazado que aparecía ante sus ojos sin ninguna clase de letras ni de números; únicamente se distinguían unos símbolos indescifrables. Uno de ellos era una especie de media luna en las curvas de nivel. La tinta empleada era negra y las altitudes no estaban señaladas con cifras arábigas. La topografía era perfecta.

»Cuando Jaime hubo saciado su curiosidad, el “desconocido”, doblando el sorprendente mapa, volvió a guardarlo, pero no en el tubo, sino en una especie de carpeta provista de tapas metálicas, que como es de suponer había traído consigo, pero que de pronto había pasado desapercibida a la atención de Jaime. En el interior de la carpeta había otros documentos, así como el tubo.

»La labor topográfica para levantar aquel plano con sus detalladas curvas de nivel, hubiera requerido el esfuerzo continuado de un equipo de topógrafos del Ejército durante dos meses, cuando menos. Sin embargo, aquel misterioso ser lo había llevado a cabo —solo o con la ayuda de su no menos enigmático

compañero— en quince días escasos... Y al parecer sin más alimento que pan y leche. El hecho en sí era algo desconcertante e incomprensible. Un misterio más a añadir a los que rodeaban al “desconocido”. Aunque las sorpresas de Jaime no habían terminado.

»El fantástico topógrafo le dijo:

»—Mañana no me traiga ya más leche. No le podré pagar.

»—No importa —repuso, comprendiendo que aquello significaba una despedida—. Lo que he aprendido de usted durante estos quince días, vale más, mucho más que el pan y la leche que le he proporcionado.

»—No le podré pagar con dinero —continuó el “desconocido”— porque no lo tengo, pero le daré algo que para usted tiene mucho más valor.

»Y le tendió un pequeño paquete que llevaba en la mano.

»Jaime no había observado nunca que el traje del “desconocido” tuviese bolsillos. Otro detalle que de repente le asaltó fue que realmente, pese a que le había tratado siempre como a un hombre, en realidad no lo podía asegurar, pues su conformación de cintura para abajo no daba señales de atributos masculinos, sino que presentaba una superficie lisa, mórbida.

»Al abrir el paquete vio que contenía unas cuantas piedras.

»—Tómelas —le dijo el “desconocido”—. Son pepitas de oro.

»—¿De dónde las ha sacado?

—Del río Cady. Es aurífero —contestó—. Yo puedo encontrar tantas como quiera.

»Jaime no dudó ni por un momento de su afirmación. Estaba acostumbrado a confiar plenamente en su palabra. Siempre había tenido la impresión de que aquel “desconocido” no podía mentir.

»—Gracias. Buen viaje. ¿Por dónde se irá? ¿Pasará por Vemet? Se lo pregunto con la intención de acompañarle con mi coche hasta Vilafranca del Conflent, donde puede tomar el tren. Piense que no tiene documentos que acrediten su personalidad.

»El “desconocido” se limitó a decir:

»—Por arriba.

»Mientras se alejaba hacia donde tenía instalado el campamento, Jaime pensó que se iría por la alta montaña. No cabía otra explicación. Sólo ahora, transcurridos bastantes años, cree que aquel “arriba” pudiera significar algo más.

»Aunque de momento, bajo la influencia de la poderosa personalidad del “desconocido”, le creyó cuando le dijo que aquellos pedruscos redondeados que parecían unos vulgares cantos o guijos eran pepitas auríferas, después empezó a dudar. Hasta que por fin se decidió a llevarlos a Perpiñán con el objeto de mostrárselos a sus amigos, los hermanos Ducommun. ¡Cuál no sería su sorpresa ante el entusiasmo desbordante que le mostraron los joyeros al asegurarle que aquello era oro purísimo!

»—¿Dónde los has encontrado? —le preguntaron con avidez—. ¿Quieres que nos asociemos para explotar este filón?

»Jaime no quiso revelar su procedencia, cosa que molestó en extremo a los joyeros. El “desconocido” había pagado con la magnificencia de un rey los alimentos que le proporcionó. El valor de las pepitas era muy superior al de los modestos víveres que había consumido: más de 50 000 francos.

»Con este *golpe de efecto* terminó el hasta hoy inexplicable episodio de Casteil, al pie del Canigó. La confirmación del encuentro con un personaje extraterrestre sería el mejor documento que existe y el de mayor duración.

»Los supuestos *contactos* de Adamski, Cedric Allingham, Truman Bethurum, Siragusa, Daniel Fry y algunos otros, no poseen pruebas tan corroborables como el de Casteil, ya que en ellos todo depende de lo que cuenta el *contacto*. En el caso del Canigó no se registra la presencia de una «astronave», un “disco” o cualquier otro tipo de vehículo espacial. La presencia de la *tienda* da pábulo a muchas suposiciones. ¿Se trataba de un medio de transporte discoidal, aplanado y de color gris metálico, lo que Jaime tomó por mía tienda último modelo?

Es muy significativa la observación aportada por el eminente y estudioso francés Jacques Vallée, doctor en Matemáticas, asesor de la NASA en el mapa de Marte, especialista en máquinas calculadoras IBM y uno de los mayores expertos del mundo en «objetos volantes no identificados», tema sobre el que ha publicado varias obras en inglés. En su lista de doscientos casos de aterrizaje de ovnis, en el que lleva el número 55 y la fecha 4 de octubre de 1954, dice que un niño de diez años, llamado Bartiaux, vio un objeto «en forma de tienda» que había aterrizado cerca de Villers-le-Tilleul (Ardennes-Francia). A su lado se hallaba de pie un individuo desconocido.

Pero en este caso —el del Canigó— se cuenta con el testimonio de casi todos los habitantes de una población. En mayo de 1967, en Casteil, existían varias personas que habían conocido a Jaime, cuando éste regentaba el Hostal de l'Isard. Entre ellas, Michel Cases, propietario del hotel-restaurante Le Catalan.

El macizo del Canigó es perfectamente conocido desde el punto de vista geológico, pero la verdad es que los aviones que lo sobrevuelan sufren extrañas perturbaciones magnéticas en sus aparatos de navegación. *Algo* o *alguien* perturba los compases y

los radiogoniómetros de los aviones en las inmediaciones del misterioso y poético macizo, que en un mapa de Europa ocupa un espacio menor que una antigua moneda de cinco céntimos. Sin embargo, este pequeño círculo constituye *el mayor cementerio de aviones de Europa*.

La conclusión de cada una de las encuestas efectuadas fue siempre la misma: *error de navegación*. Pero ¿cuál es la razón natural, conocida y comprobada, que hace que tantos pilotos experimentados, guiados por una completísima red de radiofaros desde tierra, cometan siempre el mismo error y en el mismo lugar? Los técnicos responden que se trata de una desdichada coincidencia. El cálculo más elemental de probabilidades nos dice que ya no puede hablarse de «coincidencias» en el caso del Canigó. Caso que recuerda el «triángulo mortal de las Bermudas», misteriosa zona triangular que existe en el mar, a la altura de la península de la Florida, y donde se han «esfumado» misteriosamente docenas de barcos y aviones, en pleno día y con calma chicha.

¿Existirán acaso en nuestro planeta centros de perturbación magnética capaces de «volver locos» los instrumentos de navegación aérea y marítima? De ser así, ¿cuál es la causa? ¿Tendrá relación con esto el secretísimo *Project Magnet* de la Aviación norteamericana, consistente en varias superfortalezas volantes equipadas con perfectos magnetómetros? Y, por último, ¿qué relaciones tiene —si la tuvo— el «desconocido» de Casteil con estos trágicos y luctuosos sucesos?

Sea como fuere es de notar que, por causa verdaderamente incomprensible, el extraño episodio de Casteil se borró, al poco tiempo, de la mente de Jaime, sufriendo una amnesia total-

temporal que ha durado unos diez años. ¿Fue un bloqueo psicológico impuesto desde «arriba»? El enigma subsiste y posiblemente aún nos hallemos muy lejos de su solución.

Sin embargo, el «desconocido» predijo a Jaime que *vida cambiaría y que sería objeto de shocks muy violentos*.

Los hechos posteriores parecen confirmar esta predicción. Efectivamente, en el verano de 1971, hallándose Jaime en su magnífico chalet de Andorra y en compañía de Odile, su esposa parisiense que conoció poco después de los hechos antes reseñados, recibió una misteriosa llamada desde París. La voz era la misma que había oído en Casteil en 1951, la del «personaje desconocido», que le dijo: «Te hablo desde un automóvil en el bosque de Vincennes. Experimentarás una nueva mutación. Cesarás de envejecer, y tu mente se abrirá a verdades más amplias».

En 1967, Rafael Farriols y yo nos personamos en Casteil para efectuar una detallada investigación *in situ*. Entrevistamos a varias personas que aún recordaban a Jaime Bordas y al *être bizarre* que iba a buscar pan y leche; es decir, el «extraño ser» de nuestra historia. Entre estos testigos se contaban el ya citado Michel Cases, M. Nou, antiguo alcalde del pueblo, Jean Pi, cultivador de árboles frutales, y algunos otros.

Bordas me había confiado, como se recordará, el nombre de los joyeros que adquirieron las pepitas de oro que le entregó el «desconocido»: los hermanos Ducommun. Por una afortunada casualidad, uno de ellos, Henri, era a la sazón vicepresidente de la Federación Francesa de Estudios y Deportes Submarinos. Al ser yo uno de los pioneros del buceo autónomo en España, autor de varias obras sobre la materia, amigo personal del comandante

Cousteau y de otras personalidades del mundo submarino, tenía ya garantizado un buen recibimiento por parte de dicho joyero quien, según luego pude comprobar, conocía en efecto mi nombre.

La joyería Ducommun Frères se encuentra en uno de los lugares más céntricos de Perpiñán: en la misma plaza que se abre al pie del Castillet. Henri Ducommun me recibió amablemente, yo le presenté a Farriols y acto seguido le expuse el motivo de nuestra visita, después de hacer unos breves comentarios sobre el buceo y hablarme él de un compresor para la carga de botellas que se había hecho instalar en Rosas.

—En efecto, me acuerdo perfectamente de Jacques Bordas — me dijo—. Era un guía de montaña que entonces regentaba un hotel de montaña en Casteil. Era un hombre fuerte, simpático y de trato muy agradable.

—¿Recuerda usted si alguna vez le trajo pepitas de oro para vender?

—Pues sí —respondió Henri Ducommun—, creo que fue hacia el año 50 o 51, no recuerdo bien. Como ustedes saben —agregó—, la cuenca del río es aurífera, pero nunca nadie había traído pepitas de aquella calidad.

Confirmado este último extremo, que parecía corroborar la veracidad de la extraña historia, Farriols y yo reemprendimos el regreso a Barcelona, en el Morris 1100 de mi amigo, mientras en nuestro interior se alzaba este interrogante: ¿Sería el «desconocido» del Canigó uno de los primeros hombres de UMMO llegados a la Tierra? Las fechas concordaban: marzo de 1950, junio de 1951. Poco más de un año después... El interrogante sigue en pie^[43].

OTROS CASOS ESPAÑOLES

Estos casos nos los ofrece Juan José Benítez, el periodista-escritor español más especializado en el tema ovni. Todos ellos protagonizados por habitantes de las Islas Canarias.

Primer caso.

El 23 de junio de 1976, el Diario de Avisos de la isla de Tenerife publicaba esta noticia, recuadrada y en primera página: «Anoche, espectacular fenómeno en aguas canarias. Millares de personas lo contemplaron. Cuatro hipótesis: un volcán submarino, un meteorito que cayó al mar, otro fenómeno marino atmosférico o algo relacionado con los ovnis».

Testimonios: el de don Guillermo Rodríguez Rodríguez, que trabajó en el observatorio de Izaña, y que ahora es profesor del Instituto de Los Llanos de Aridane: «Por lo que yo he visto, deduzco que hubo una gran ionización atmosférica... en la mayor parte del tiempo que duró ese fenómeno, por ahora desconocido. La televisión se vio con dificultad: la imagen se borraba de la pantalla, como si hubiera interferencia de ondas electromagnéticas, o algo hubiera pasado sobre la zona...».

El de don Fernando Molino, del observatorio astronómico de Izaña: «Lo vi como una gran espiral en forma de caracol, muy brillante. Producía un halo circular de 40 grados, con luminosidad

blanca-azulada... Lo que sí es claro es que fue algo de origen externo a las islas...». La noche anterior (la del 22 al 23 de junio de 1976), desde San Sebastián de la Gomera se transmitía la siguiente noticia: «Los tripulantes de un pesquero, impresionados por el ovni que se paró junto al mástil. Los tripulantes del pesquero Madre Bitarte, que faenaba frente a las costas de Alajeró se encuentran vivamente impresionados, puesto que aseguran que un artefacto de grandes dimensiones, de forma semejante a dos botes de pesca superpuestos, y que despedía destellos luminosos muy intensos, se paró a la altura del mástil de la embarcación donde permaneció durante unos segundos hasta desaparecer cuando, alarmados, apagaron las luces del barco. El fenómeno ha sido observado por multitud de personas que han quedado impresionadas por su magnitud».

Ahora habla Ernesto Ferrer Galán, conserje del citado Centro Emisor de Izaña, situado a 2,300 metros sobre el nivel del mar: «Al principio, el mar se puso rojo, *aquello* surgió entre la isla de La Palma y el Teide. De pronto, de aquel mar enrojecido salió algo que parecía una espiral, también roja... y al mismo tiempo que se iba formando la espiral, una tremenda luminosidad blanca fue llenando aquel lugar... Recuerdo que recibimos más de quince llamadas desde muchos sitios y especialmente desde la ciudad del Puerto de la Cruz. Por lo visto lo vieron miles de personas...».

Segundo caso.

El 22 de junio de 1976, a las diez de la noche, el doctor Francisco Padrón Hernández vivió una apasionante aventura:

«... Tenía (la esfera) al principio color anaranjado-claro-azulado. Eran unos tonos que yo no he visto en la Naturaleza. Era un anaranjado con un tinte azulado especial... No hablamos

ninguno de los tres ocupantes del taxi. Pero yo me di cuenta de que el chófer del taxi le temblaban las manos. Y el coche, muy despacio, muy despacio, lo fue dejando allí... Total, en vista de que no hablaba nadie, comenté:

»—Pero ¿qué pasa aquí?

»El taxista me respondió:

»—¿Es que usted no lo ve?... ¡Esto es un platillo volante! ¡Tiene hasta dos tíos dentro...!

»Yo, efectivamente, había visto también aquellos dos seres. Pero quise cerciorarme de que no sufría una alucinación o algo por el estilo. Yo veía y percibía a los dos seres. Y ya empezaba a difuminarse... Sí, al principio de verlo no era transparente. Después, lentamente, la gran esfera se fue volviendo transparente. En la parte central (de la nave espacial extraterrestre), como en relieve, había dos plataformas todas redondas. ¡No había remaches ni ángulos de ninguna clase! El disco era como trazado a compás. Perfecto. Y, de pronto, vemos cómo de la parte central de esta plataforma interior —por un extraño tubo— empieza a surgir como un gas o humo, de un azul mucho más denso o espeso. Y comienza a recorrer la circunferencia interna de la esfera y «aquello» empieza a aumentar de tamaño y a crecer y a crecer... Y llegó a adquirir el diámetro de una casa de 20 pisos. ¡Cómo el hotel Don Juan de Las Palmas!

»De la cintura para abajo (las dos figuras de la nave) me parecieron cortos. Pero de ahí para arriba, enormes. Su anchura de hombros era considerable. Y también el cráneo. Me llamó la atención sus desproporcionados occipitales... Por lo menos (medían). 2,70 metros Sus manos eran como picudas. No tenían

dedos. Y, si los tenían, estaban guardados o enfundados en algo puntiagudo o cónico. (Los testigos estaban a unos 50 o 60 metros de la esfera).

»Sí, los uniformes eran rojos... Tampoco era exactamente rojo (rojo vino). ¡Es que yo no lo he visto jamás en la Naturaleza! Aquellos trajes eran perfectos. Me llamó la atención la perfección de esos uniformes. No había arrugas.

—¿Eran figuras claramente humanas? —le pregunta el periodista.

El doctor no dudó un instante.

—Sí.

En aquel instante —prosigue el periodista— le pedí al doctor que me dibujara la escena. Mientras dibujaba la esfera, los paneles y a dos seres, comentó:

—Se lo haré igual que al comandante que me interrogó recientemente. Los dos seres, como les decía, se encontraban entre estos dos paneles. Y sobre éstos había una serie de palancas y aparatos que brillaban extraordinariamente. Daban destellos. Pero yo notaba una especie de silbido muy especial, como cuando tengo en funcionamiento el aparato de rayos X, a 90 000 voltios. Algo así... Pero hoy, sereno ya, con aquella imagen clavada y clarísima, miren ustedes, yo estoy seguro de que vuelvo allí y los vuelvo a ver... Muchas de esas vivencias (durante 18 años de ejercicio de la medicina) han tenido que dejarme una gran huella. Pues bien, la huella que este objeto dejó en mi cerebro fue completamente distinta...

—¿Cómo definiría usted esa huella? —preguntó el periodista.

—Lo haría en pocas palabras —respondió el médico rural de Guía—. Es una imagen que ha desplazado a montones de

imágenes, para convertirse en una primordial.

—¿Sintió miedo en aquel momento?

La respuesta del médico fue tajante:

—¡En absoluto! ¡Todo lo contrario! ¡Me gustó ver aquello! Me agradó. Y no sé exactamente por qué. Quizá por su gran perfección en el trazado. Era algo muy superior a todo lo visto por mí anteriormente. Yo mismo me pongo ahora mismo a recordar imágenes de aviones —hasta el mismo Concorde— y sólo son basura al lado de «aquello»... Y es que aquel objeto (fíjense bien en lo que voy a decirles) iba acompañado, no sé si psíquicamente, de un extraño fenómeno de alegría. Es curioso. Usted observa las cosas de la Tierra; usted observa, por ejemplo, un reactor comercial en vuelo, y ni le va ni le viene. Pero no ocurría lo mismo con aquel objeto.

—Bien, y después del tiempo transcurrido, en frío ya y después de haber hecho en su mente un detallado análisis de todo lo sucedido, ¿qué supone usted que fue lo que vio?

—Primero: una nave (yo la llamo así) que no era material. Segundo: ocupado por unos seres muy superiores a nosotros, en todos los sentidos. Tercero: por lo que pude observar, eran seres que llevan unida, a su forma de ser, una gran perfección espiritual. *Me dio la impresión de que allí no había maldad.*

—Pero ¿en qué se basa usted para sacar esta última conclusión?

—Simplemente con mirar a la Tierra... —respondió el doctor.

Todos permanecemos unos instantes en silencio.

—Si usted observa a un hombre, aquí en nuestro *mundo*, ese señor no va rodeado de nada. No produce ninguna sensación extraña. Y mucho menos de grandeza o de majestad. Sólo es

materia que se mueve. Usted ve un gran coche y unas personas que se montan en él y nada más. No observa nada más. Sólo materia. El coche puede ser más o menos bonito, sí, pero no desprende espiritualidad.

Y lo que yo vi, *sí* desprendía esa espiritualidad. No sé si me ha entendido. ¡Eran destellos de espiritualidad! Y no es que esa espiritualidad fuera dependiente de su perfección física, no. A aquel conjunto iban asociadas una serie de cosas perfectas.

—¿Usted había leído anteriormente algún libro sobre ovnis?

—No, nunca. Había oído hablar, eso sí. Pero jamás me preocupó. Como usted comprenderá, bastantes problemas tiene uno con la medicina...

—¿Notó un silencio anormal en la zona?

—Eso sí.

—¿Y cómo lo describiría?

—Era, no sé... Quizá como un silencio vacío. Hay silencios llenos. Los silencios de la noche o del viento, por ejemplo.

—Y los movimientos previos al desplazamiento, ¿cómo fueron?

—Ya le digo: muy suaves. Armoniosos. ¡Figúrese una esfera de esas dimensiones! Aquello no tenía nada que ver con los movimientos de nuestros aviones. Parecía poco menos que un juego. ¡Es que ustedes no lo pueden imaginar siquiera! Todo lo que hay en nuestro mundo, al lado de «aquello» resulta árido.

—¿Molestaba a los ojos la luminosidad de la esfera?

—No, todo lo contrario. Era agradable contemplarla.

—De todo el ovni ¿qué fue lo que más le impresionó?

—Todo. Es que no se podía separar... Todo era majestuoso. ¡Era un conjunto armónico!

—¿Y qué más le extrañó?

—Pues quizá la redondez. Todo allí era redondeado. No vi esquinas ni ángulos por ningún sitio.

El periodista J. J. Benítez recalca: «Era realmente curioso. Aquello me recordó, casi sin querer, las manifestaciones de los miembros del Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias, que en 1974 me habían especificado ya que en el interior de las naves de los seres del espacio que nos visitan ellos tampoco habían observado ningún ángulo o esquina».

—Después del avistamiento, ¿ha notado usted alguna reacción o efecto secundario en su persona?

—Sí, sí que he notado algo muy concreto y sorprendente. A raíz de aquello, he comprobado que mi memoria es mucho más consistente. Tengo una memoria mucho más lúcida, aunque parezca mentira. Además, cuando estudio capto las cosas y conceptos en menos tiempo que antes y con más profundidad. Y, por último, los diagnósticos o razonamientos en general casi no me cuestan trabajo...

Y les aseguro que no ha sido producto de mi imaginación. Yo llevo 18 años ejerciendo la medicina y ha habido muchos diagnósticos que me han supuesto un gran esfuerzo, numerosos estudios y tiempo. Algunos, incluso, los dejaba para otro día. Hoy, en cambio, los razono con gran facilidad. Además, noto una gran seguridad en mí mismo.

Al ser preguntado en qué medida el encuentro ha supuesto un cambio de vida, el doctor Francisco Padrón responde:

—Le contaré algo. Llevo, tal y como dije, 18 años como médico, aquí, en Guía. Al principio, yo me dediqué por entero a mi carrera. De mutuo acuerdo con mi mujer, yo dedicaba horas y

horas a mi trabajo y ella cuidaba de los niños. Llegué a pasar dos y hasta tres días sin dormir. Hasta que un día —de esto hace ya unos cinco o seis años— me di cuenta de que aquello no era vida. E hice una composición de lugar: ¿cuál era la vida de un médico? ¿Qué pintaba yo en este mundo trabajando 24 o 48 horas seguidas? ¿Qué era y qué representaba?

»Y traté de ordenar mi vida. Empecé no recetando una vez por semana. Haciendo, en fin, que mi profesión no me esclavizase. Y dediqué más tiempo a mi mujer y a mis hijos. Porque yo pensé: si soy un médico que dedico mi vida, por entero, a la profesión, cuando me quiera dar cuenta tendré bastón, sombrero y levita y no podré tenerme de pie... Y me prometí a mí mismo que eso no iba a suceder. ¿Cómo? Ejerciendo mi profesión lo más dignamente posible y dedicando el resto del tiempo a mi hogar. Pues bien, esas dos cosas que le digo las he visto ahora con mucha más claridad.

»Para el militar que me vino a interrogar, por ejemplo, sólo contaba la nave, sus dimensiones, su sistema de propulsión, *etc.* El militar es frío. Y quizá no puede entender que aquella “espiritualidad” era inseparable del resto de la nave... el militar no comprende este punto.

—Suponga que en base a esa espiritualidad, esos seres le invitasen a entrar en sus naves. ¿Qué haría usted?

—Sinceramente, hoy por hoy, creo que no me encuentro preparado para ello.

—¿No pensó entonces en las consecuencias que esa declaración (la del encuentro con ellos y su esfera) le iba a acarrear?

—No. Eso me trae sin cuidado. Yo me creí en la obligación de

decir lo que había visto. Y eso es todo. Lo que opinen los ignorantes o malintencionados me deja absolutamente frío... yo estoy por encima de toda esa gente que no comprende o que se burla. Como usted comprenderá yo no puedo valorar el comentario de una esquina o de una plaza... Ésos son los que «arreglan» el mundo hablando. La persona que está formada tiene que estar por encima de todo eso. Usted no puede ocultar algo que fue real o dejar de manifestar su pensamiento por el «qué dirán».

—Ahora, ¿cree usted que los ovnis existen?

—Por descontado. Tendría que estar ciego para no creer. Aunque también le diré algo: hay mucha gente que se hace el ciego, para no tener que revisar sus trasnochados y cómodos principios. Y éstos son los peores...

Y el periodista apostilla la entrevista, que duró varias horas, con estas puntualizaciones: «El citado médico —tal y como pude averiguar y constatar por mí mismo en la laboriosa localidad de Guía, así como en la amplia zona que rodea dicha población— es uno de los profesionales más queridos y respetados de aquellos pagos. Es hombre profundamente serio y trabajador, que jamás se había preocupado por otra cuestión que no fuera la medicina, su hogar y sus enfermos».

»Saltaba a la vista: en aquella inolvidable fecha en que acudimos a su consultorio para entrevistarle, fue preciso aguardar hasta bien entrada la noche, para poder conversar con un mínimo de tranquilidad. Los pacientes llenaban sin cesar la sala de espera. Su historial, además, es brillantísimo^[44].

En este último caso —como ya lo hizo J. J. Benítez al incluir este testimonio en su libro—, yo me he visto obligado a extractar

dicha declaración. La extensión de estos testimonios (el de Joaquín Bordas y el del doctor Francisco Padrón) me ha permitido, por otra parte, abreviar algo el mío, debido al gran número de coincidencias entre nuestras respectivas experiencias. Muy notable en el caso del doctor Padrón, que no subió en nave espacial extraterrestre alguna, al menos físicamente. Coincido con él en casi el cien por cien de sus apreciaciones...

AL PIE DE LA SIERRA DE GERENA

Un domingo de enero de 1982, el presentador-comentarista de Revista de Toros, el valenciano Manolo Molés, entrevistó a los esposos Pedro y Pepa Vidal, trabajadores del campo en un cortijo-ganadería situado al pie de la Sierra de Gerena, al NO de Sevilla. En esta finca, a primeros de diciembre de 1981 se posó un platillo volante. Eran las once de la noche y el primero que lo vio fue el hijo del matrimonio Vidal, Diego, de quince años, el cual llamó a su madre que salió de la casa a ver aquel extraño aparato, que emitía una luz intensa. De «luminaria muy bonita» la calificó la señora Pepa. El hijo, preso de miedo, se metió en la casa y no volvió a salir de ella hasta el día siguiente. Es más: cuando fue al pueblo no se atrevió a hablar de «aquello» a nadie, por miedo a que lo tomaran por loco.

Y cuando Manolo Molés fue a entrevistar a la familia se negó a salir en la «tele»... ¡Vaya con la mentalidad juvenil aventurera de hoy en día!

Al volver a entrar en casa, tras haberse pasado unos minutos fuera, mirando al ovni, la madre le dijo a Diego que no despertase a su padre. Sin duda por temor a que empuñase la escopeta y se encarase con los intrusos. Aún salió la mujer un par de veces a ver al ovni, hasta que lo vio alzar el vuelo, hacia las doce de la noche, con muchas luces rojas que se encendían y se apagaban. Según

dijeron los esposos Vidal la aparición había sido observada, aquella misma noche, por varios cortijeros de la zona.

Tanto allí, al pie de la sierra de Gerena, como en otros cortijos andaluces, donde Manolo Molés decidió pasar las Navidades entre los que crían las reses bravas, cuando preguntó a gentes del campo de distintas edades lo que más apreciaban de su vida, todos respondieron, unánimemente: la tranquilidad. Algunas de aquellas personas habían vivido en Madrid y en Barcelona^[45].

Recuerdo que hace unos años la segunda cadena de la televisión francesa ofrecía, una vez por semana, una emisión titulada «Les conteurs», en la que campesinos de todas las regiones de Francia se asomaban a la pequeña pantalla, delicadamente conducidos y orientados por el visitante-comentarista —cuyo nombre siento no recordar, porque era un auténtico orfebre en la materia—, para contar sus vidas, sus vivencias y a veces las leyendas y costumbres del lugar. Es curioso: recuerdo perfectamente que, cuando se les preguntaba qué era lo que más apreciaban de su vida en el campo, todos respondían también la tranquilidad, el silencio. Recalco esto porque el lector amigo habrá podido comprobar, en el capítulo «Una larga conversación y sus prolongados silencios», la afinidad que existe entre el pensamiento de los campesinos de la Tierra y los tripulantes de la nave espacial con quienes charlé... y también que en nuestro planeta hay gentes que podrían enseñar a vivir a muchas otras personas —esas que van de trauma en depresión, con el «stress» como rampa de lanzamiento de todas las alteraciones anormales de su existencia— que no han sabido conservar ni la más mínima noción de lo que es una vida normal y apacible.

Estos días, en la prensa, se reproducían reflexiones de ejecutivos españoles de varias ramas (bancaria, armamentista, administración pública, políticos...), víctimas del «stress». Apuntaban que la solución quizá sería la de aplicar «el año sabático». Es decir: cada siete años tomarse uno de descanso, percibiendo, como es natural, sus emolumentos habituales. Pero, de aplicarse tan revolucionaria innovación, sólo sería apta, según indicios, para «ejecutivos stressados»... La clase obrera, por lo visto, no conoce el «stress», ni merece beneficiarse de las «vacaciones sabáticas»...

UNA BREVE SEMBLANZA... Y UNAS ACLARACIONES...

La gente a la que matamos de hambre y torturamos tiene una tendencia antisocial a robar y matar. Y creemos que actúa de ese modo a causa de un prominente entrecejo.

Ann Druyan, socióloga e investigadora.

Pero lo cierto es que no hay modo de distinguir entre los cerebros de los asesinos y de los sabios. Es indudable que quien hace los criminales no es la herencia sino la sociedad.

Carl Sagan, astrónomo, investigador y escritor.

UNA BREVE SEMBLANZA...

A grandes pinceladas: se trata de la aventurosa y apasionante existencia, en tantos aspectos, de un buen amigo mío, viejo militante de la Confederación Nacional del Trabajo y, en el puente de los años 20 y 30, miembro activo de la Federación Anarquista Ibérica. Es también, a la vez, mi más sincero homenaje a todos aquellos hombres y mujeres que, contra viento y marea, lo dieron todo para lograr que la Fraternidad Universal fuese la más pura ambición del género humano.

Manuel Huet Piera es hijo de la barriada barcelonesa de Pueblo Nuevo y aunque desde muy joven tenía ya su vida solucionada —conducía taxi propio desde los 23 años— estuvo en todo momento al servicio de las ideas que profesaba. Y así arriesgó su tranquilidad, su bienestar y su vida —y la de los suyos — infinidad de veces, en España primero y en Francia más tarde, hasta el umbral de sus sesenta años. Su vida de luchador en pro de la libertad y de la dignidad humana es de las más intensas que he conocido. Y conste que conozco muchas. Hasta que un día dijo ¡basta! Y se apartó de todo...

Pero, a medida que las jóvenes generaciones de libertarios entraban en combate —en particular entre 1944 y 1960—, los había que se acercaban al viejo militante. Unos en busca de consejos, otros pidiendo orientaciones y algunos intentando

comprometerlo de nuevo en la lucha. Entonces él, tajante, para librarse definitivamente del asedio de unos y otros, replicaba: «¿Qué queréis, que vuelva a echarme al monte para salvar a la Humanidad? ¡Pues si es para eso no contéis conmigo para nada! Estoy cansado de oficiar de salvador. La humanidad no se merecía tantos sacrificios y tanta sangre derramada». Y, tras un breve respiro, porque el fuelle ya no le funciona muy bien, añadía: «Cuando queráis exterminar a la Humanidad, entonces podéis venir a por mí, que os echaré una buena mano».

No es difícil imaginar la cara que ponían sus interlocutores, los jóvenes luchadores en escorzo. Alguno de ellos, hasta con un punto de indignación, me repetiría en mi casa esas inesperadas palabras del viejo militante anarcosindicalista, recién llegado del retiro andorrano del ex taxista barcelonés.

...Y UNAS ACLARACIONES

Pues bien, en los albores de 1981, y a la vista del panorama político del mundo, en general, y de nuestro país en particular, uno que a la chita callando ronda ya los cuatro decenios y medio de militancia activa, también ha llegado a la conclusión — cumplidos ya los sesenta— de que la Humanidad, dejándose comer el terreno por tanto mercachifle y tanto pragmático — ingredientes con los que se preparan los tecnócratas—, se encuentra sumida en una alarmante deshumanización y, en consecuencia, a dos pasos de una humillante y cruel robotización. A menos que...

Por eso, desde hace algún tiempo, vengo repitiendo a mi compañera la necesidad que siento de un gran descanso y señalándole la conveniencia de ir pensando en replegarnos hacia una aldea de las Alpujarras granadinas o un pueblecito de los Pirineos. Últimamente, al comprobar que mis proposiciones se iban formalizando, mi compañera me respondía: «Bueno, si acaso, tú te marchas delante y yo ya vendré después». «Sí, eso es — apostillaba yo—, mientras tú llegas yo arreglaré la casa». Casa que, dicho sea de paso, está todavía por buscar, ya que, por no conocer, no conocemos ni siquiera el pueblo pirenaico ni la aldea alpujarreña de mis sueños... Con esto quiere decir: primero, que, pese a estar bastante desanimado, a mí aún no me ha dado, ni

una sola vez, por desear la exterminación de la humanidad, y, en segundo lugar, que me disponía a alejarme del mundanal ruido con la máxima discreción posible. O sea que es muy probable que, en nuestro planeta, no hubiese persona menos predispuesta que yo a volver a correr aventuras de ninguna clase. Y menos todavía la que me esperaba en la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1981, en pleno Pirineo catalán. Pero, como ya es sabido, «donde uno menos se lo espera salta la liebre», que, esta vez, tomó la fantástica y descomunal forma de una nave espacial aureolada por un mar de luz inconmensurable en su grandeza e indescriptible en su belleza.

Por otra parte, el lector ha de considerar el relato de estas vivencias cósmicas más sobre todo con una curiosidad sana. Imagínese que le estaba explicando algo prácticamente desconocido para él. Por ejemplo: las costumbres de una de las muchas tribus de Nueva Zelanda donde aún se practican los ritos de la iniciación sexual con una naturalidad y una espontaneidad asombrosa, en el seno de la propia familia: donde la madre inicia a los hijos varones y el padre a las hijas. No es difícil adivinar la cara que pondrán la mayoría de los que desconocían la existencia de tales prácticas de formación sexual. ¡Y nada menos que en tribus tenidas por primitivas y salvajes! Pues bien, a juzgar por los resultados (en aquellas selvas no se conoce el suicidio, ni los traumas ni las depresiones, ni por supuesto a los psicoanalistas ni a los psiquiatras) hemos de reconocer que, por lo menos en ese capítulo, respecto a las sociedades civilizadas, no son unos atrasados, sino todo lo contrario^[46].

Fíjese el lector de qué forma, ahora, en 1981-1982, se está tratando en Europa de desmistificar el incesto. Después de haber

estado insultando y difamando a uno de nuestros mejores escritores contemporáneos, Henry Miller, por haberse atrevido a abordar y tratar el incesto, con la mayor naturalidad del mundo, en sus novelas; ahora, por nuestras latitudes, ya se han dedicado a ese tema varias emisiones de televisión...

Imagínese, también, el lector, que le he estado descubriendo, a través de esa tribu Auca, de la que Joaquín Grau nos habla en su magnífico libro, del número de sentidos que los civilizados hemos perdido, como recurso íntimo de acercamiento y entendimiento con los demás, como puede ser el del tacto e incluso el de la mirada o el del silencio.

Pues bien, en lugar de hablarle de esas cosas, entre miles de otras, tan cercanas algunas, que ignoramos y que siguen viviendo y aleteando en nuestro planeta, que protagonizan seres tan terráqueos como podemos serlo nosotros, yo les he hablado de lo que popularmente ya se conoce por «extraterrestres», sin pretender, como en el caso de las tribus citadas (la de los Aucas y la de los Zuñí), que, al no poderlo constatar por sí mismos, se crean a pies juntillas todo lo que les relaté. Pero, eso sí, sin dejar de hacerse las preguntas que yo mismo me hice en la primavera de 1950: ¿Y si fuese verdad que existen? ¿Y si fuese cierto que son más civilizados que nosotros? Y, en tal caso, ¿qué nos correspondería hacer a los terráqueos para ensanchar el área de nuestras actividades positivas por el Cosmos, en pos de nuestra plena y armoniosa integración en él?

EL TERROR QUE VIENE DEL CIELO... INVENTADO POR LOS TERRÁQUEOS

La razón se cansará antes de imaginar que el Universo de maravillamos.

Blaise Pascal.

Actualmente asistimos a una persecución desenfrenada y malsana del goce, del placer sin frustración. Es como una especie de evacuación de la muerte.

Claude Lévy-Strauss.

Éste es un título que nos llega directo de una de las tantas revistas especializadas en temas «fantásticos». En ocasiones como ésta es cuando uno se felicita de no haber guardado para sí —y para algún allegado o amigo interesado, sanamente, en estos temas— el testimonio de mi encuentro con los siete tripulantes de la nave espacial *Luz del Cosmos*. Y, al leer estos textos y observar, atenta,

muy atentamente, las ilustraciones que los acompañan, entonces es cuando se siente uno más obligado que nunca a divulgar ese mensaje-ultimátum procedente de otros mundos.

¿Sabe el lector amigo que a los españoles republicanos que luchamos por veintitantos países de cuatro continentes —en las filas aliadas—, después de haberlo hecho en nuestra última guerra civil, André Malraux nos calificó de «Quijotes planetarios»? Pues bien, en ésas seguimos estando, por lo visto. Pero bueno, a lo que íbamos.

Vaya por delante una puntualización: los materiales que he escogido para arropar lo que podríamos llamar textos básicos («Por qué me escogieron a mí como mensajero», «Una larga conversación con sus prolongados silencios...») han ido cayendo en mis manos en un lapso de tiempo cortísimo. Con ellos, sin embargo, podríamos trenzar un ensayo sobre las prolongaciones que el tema ovni —y todo lo que los terráqueos hacen girar en torno a él— y comprobar, de paso, en qué dirección van los tiros... y quiénes los disparan.

Aquí, ni nos da tiempo ni es lugar para ensayo alguno —en el sentido estricto del término—, pero lo que hacemos es esbozar todos los apuntamientos que hemos estimado oportunos lanzar a los cuatro vientos, con la esperanza de que otros los utilicen como plataforma para la puesta en marcha de lo que podríamos llamar la «operación Desmistificación y Destecnificación del tema ovni». Esto como un modesto contragolpe a esos intentos de presentárnoslo a toda hora bajo el signo del terror.

Hay varios campos de divulgación —en la mayor parte de los casos sería más apropiado hablar de explotación—, que son: el televisivo, el cinematográfico y el literario. A menudo estos

campos se confunden. La razón es simple: los hilos de esta industria que explota el dilatado negocio de «lo fantástico» están manejados por multinacionales de titiriteros que trabajan al alimón. Me estoy refiriendo, valga la precisión, al mundo occidental y libre. Aunque a veces por tales latitudes se dé alguna excepción como la de Francia. Este país, con la producción de *Los extraterrestres y los gendarmes* y *La sopa de col* —cuyo principal protagonista es, en ambos casos, el inimitable cómico francés, de ascendencia ibérica, Louis de Funès— ha venido a demostrar que la vena latina —por lo menos en el campo del cine— propende al tratamiento humorístico del tema ovni. Aunque, pasando al terreno televisivo, en la serie francesa de dibujos animados, *Erase una vez el espacio*, el reparto de papeles también gira en torno a los «buenos» y los «malos». Es decir: siguen el ejemplo de los japoneses, cuya primera serie de dibujos animados —por lo menos en España— se abrió con el terrorífico «Mazinger-Z»^[47]. La producción nipona, en este campo específico del tratamiento de la *fantasía espacial*, hace honor con creces al sobrenombre que se les dio, hace mucho tiempo, de «teutones de Oriente». Actualmente, con *La batalla de los planetas*, llevado ya al terreno literario, se redondea, siempre con la grey infantil en el punto de mira, *la proeza*.

Porque el quid de la cuestión son las nuevas generaciones, como de costumbre. Además de entontecerlas, sometiéndolas a programas escolares abrumadores —cuantitativamente— y embrutecedores —cualitativamente—, ahora se trata de sensibilizarlos, negativamente, con relación al mal llamado «fenómeno ovni». Con todas las connotaciones que de él se derivan, como es natural. Véase, como botón de muestra, el

tiempo escolar —y el *no escolar* también— invertido en sensibilizar y en estimular, e incluso en incitar, al niño, en el estudio de algo tan maravilloso como nuestra Naturaleza y en una asignatura tan fantástica —la más fantástica que imaginarse pueda— como es la observación, la admiración y el estudio del Universo.

Recientemente, el 5 de febrero de 1982, en el programa de Televisión Española La clave, se debatió precisamente el tema del Universo. Pues bien, cada vez que veo dicha emisión me hago la misma pregunta: ¿cuántas personas se habrán enterado de qué iba la cosa? Y, por tanto, ¿cuántas personas se sentirán empujadas, a partir de ahora, a bucear —aunque no sea muy profundamente— en el tema tratado? Uno, que tiene la mente asaz despejada, puede asegurar al realizador de La clave que, de no haber estado algo documentado sobre la materia —por estar metido en ello desde hace unos meses—, yo no me hubiese enterado de nada de lo que se dijo en dicha emisión, entre tanta «Hora cero» del Universo y tanto hablar del «Big-bang» (la gran explosión).

Entonces, sin temor a errar de mucho, podríamos decir que el 95 por ciento de los no-especialistas no se enteró de nada. Y lo más grave, si cabe, es que la mayoría de la gente se pasaría a la otra cadena, en la que se ofrecía una obra mediocre. Y no digamos —entorno a La clave— cuando se abordan temas históricos... O sea que, si de verdad se quiere ilustrar al público, nosotros sugerimos que se cree una emisión titulada «La anteclave», en la que se informe al público —se les den claves, vamos, para su correcto entendimiento— de lo que van a ver en La clave. O inspirarse en el trabajo televisivo firmado y rubricado por el

desaparecido profesor Rodríguez de la Fuente. A menos que lo que se persiga sea precisamente eso: cansar a los telespectadores cuando en la pequeña pantalla se tratan temas culturales^[48].

Mas volvamos al terror ese que nos viene del Cielo. Si pasamos al cine de inspiración anglosajona —y en especial el norteamericano— ahí tenemos La guerra de las galaxias, El imperio contraataca, Alien y... cuantas películas hagan falta para rellenar el vacío cultural de la mente humana con «datos» psicológicos que, ¡quién sabe!, un día pueden ser útiles para poner en marcha a los terráneos contra un hipotético peligro extraterrestre. Películas que, además, engullen unos presupuestos «astronómicos». Con estos filmes, por añadidura, se pueblan de insomnios o pesadillas las noches de las víctimas, con lo cual se convierten en clientes de fármacos que no sólo no curan nada sino que agravan el estado del enfermo, a la vez que deterioran el entorno familiar y, por extensión, el de los seres más cercanos a él^[49].

Porque, volviendo a la letra impresa —profusamente ilustrada por dibujos terroríficos—, una pequeña encuesta hecha por mí en librerías y quioscos dio resultados alarmantes. Por ejemplo: se me aseguró que quienes compran más revistas especializadas, o libros de bolsillo, son los padres y ahora, de un tiempo a esta parte, también las madres^[50]. Luego estas publicaciones son consumidas por toda la familia y en particular por los hijos y a veces hasta por los nietos. Si los hijos están en edad escolar o universitaria, al encontrar estos pasatiempos literarios en su casa —sin desembolsar de su capital personal un solo céntimo—, su dinero suelen gastarlo en tabaco, en bebidas o en drogas. Causa escalofrío y pavor descubrir las cifras estadísticas que señalan los

porcentajes de muchachos y muchachas —a veces todavía niños— que se dan al tabaco, al alcohol o a la droga. Fijémonos, pues, en qué estado mental estos chicos y chicas se acercan a la literatura fantástica. Y la clase de huella que en ellos puede dejar... Sin olvidar a los frustrados: a los que no disponen de medios para tales vicios y que deben prostituirse o transformarse en atracadores, cuando no en asesinos, para saciarlos^[51]. Porque nadie, en el mundo infantil como en el adulto, puede vivir totalmente de espaldas a los usos, costumbres y vicios que predominan en su entorno.

Queda por abordar lo que se conoce por «ciencia-ficción». No deja de ser curioso eso de casar a la ciencia con la ficción. La proliferación y el éxito —¿a qué negarlo?— de este género literario ya es de por sí edificante. Pero lo que uno no acaba de comprender es por qué los autores extreman cada vez más la monstruosidad de sus narraciones. Argumentar que «eso es lo que el público quiere» no vale. Cada autor es muy libre de echar a volar su imaginación y su fantasía e inventar todas las historias o leyendas que se le ocurran. Mas, ¿por qué no han de inventarse mundos felices —que los puede haber..., que los hay— en lugar de amedrantar, de atemorizar y de aterrorizar a sus lectores? ¿Por qué esa maligna obsesión en querer trasladar a posibles planetas habitados esos degradantes esquemas terráqueos? En el fondo, al inventarse mundos de terror —ese terror que dicen que viene del cielo—, extremando al máximo las cotas de alarmismo y de desasosiego humano, no demuestran sino tener muy poca imaginación e inventiva, porque, al fin y al cabo, la semilla, la inspiración de esos atormentados mundos, la tienen a mano: está en nuestro propio planeta. Son, literariamente hablando, unos

plagiarios de tomo y lomo, que intentan contagiar al mayor número posible de terráqueos su enfermiza tendencia a alejarnos de la Vida y acercarnos a la Muerte.

Apéndice

«Llegué a una pensión familiar al anocheecer. En espera de la cena, pedí a la patrona que pusiera la tele, para ver la emisión Fauna Ibérica. Me acompañaban, sentados alrededor de la mesa, sus hijos: una muchachita de 13 años, un niño de 10 y una niña de 6. Intenté interesarlos en las lecciones de historia natural que daba la televisión. Al ver el poco caso que me hacían, insistí y entonces la pequeñuela me dijo: “A nosotros lo que nos gusta es Mazinger-Z”. Yo repliqué: “Lo que no sé es cómo os pueden gustar unas aventuras en las que ya se sabe quién será el vencedor”. La muchachita tomó entonces la palabra: “Bueno, lo que más nos interesa es ver qué clase de rayos se inventará el doctor Infierno (el 'malo' del rollo nipón) para destruir a Mazinger”. A renglón seguido, el niño me enseñó su libro de lectura —editado en Plasencia (Cáceres), en 1962... y estábamos en 1976— y un cuaderno de dibujo en cuyas páginas descubrí, asombrado y alarmado, cuatro retratos, perfilados con trazos confusos. Estaban emparejados Jesucristo y Mazinger-Z. Y el doctor Infierno con el Demonio. Al hacerme el sorprendido, la mayor de los hermanos me aleccionó: “Es que unos representan el Bien y los otros el Mal. Y como hizo antes Nuestro Señor, ahora es el Mazinger-Z el que viene a salvarnos.”». (Eduardo Pons Prades: Frente de Somosierra. Mundo Diario, Barcelona, 12 de septiembre de 1976.) ¿Hace falta

añadir algún comentario, lector amigo...?

CIUDADES ESPACIALES... «MADE IN TIERRA»

La ciencia occidental es un instrumento político de dominación.

Robert Garaudy.

Los verdaderos científicos son poetas e imaginativos. Sin ellos no existiría la ciencia. Los demás son contables o tenderos.

Paul-Emile Víctor.

En verdad, gran parte de la bibliografía científica está dedicada a la teorización y ataques increíblemente violentos a las teorías de otros teóricos.

John A. Keel.

A punto de terminar este libro llega a mis manos la obra de Gerard K. O'Neill,^[52] dedicada a un tema sobre el que «los especialistas cósmicos» llevan embadurnando papel —con letra impresa, croquis y dibujos— hace ya varios años: el de las ciudades del espacio, concebidas y construidas en la Tierra. En la contraportada leemos: «Colonias —de terráqueos, se sobreentiende— en órbita antes del año 2000. Nueva esperanza para la humanidad. Éste no es un libro de ciencia-ficción. El estudio de G. K. O'Neill, físico norteamericano, nacido en 1927, nos habla de la construcción de auténticas ciudades —así como de complejos agrícolas e industriales— en órbita alrededor de la Tierra».

¿Utopía? En absoluto. Nunca lo maravilloso fue tan verosímil, y el libro de O'Neill viene a demostrar, punto por punto, que esta fascinante aventura —a la vez que solución «providencial» al doble problema de la crisis energética, como señala el autor— es perfectamente realizable dentro del marco de nuestra tecnología y de nuestros recursos actuales. Y otro escritor —famoso por sus tabulaciones sobre el futuro del Universo— Isaac Asimov, apostilla: «Nunca hasta ahora se había expuesto con tan cuidadosos detalles la posibilidad de crear colonias artificiales de seres humanos».

Bien. A la vista de tan «maravillosos» proyectos, a cualquier persona de mente no obtusa —terráquea, por supuesto— se le tienen que plantear, en el acto, una serie de preguntas: ¿Qué llevaremos a esas colonias espaciales? ¿Acaso nuestros vergonzosos y humillantes status sociales, imperantes, hoy en día, en nuestras «civilizaciones»? ¿O las discriminaciones raciales, tan de moda en los países superdesarrollados y altamente civilizados? ¿O bien se establecería un orden de prioridades, de forma que a

esas colonias sólo tuviesen acceso «los nuevos elegidos»?

Porque, naturalmente, mientras en el planeta Tierra siga pesando la amenaza de su apocalíptica destrucción, la «huida» hacia dichas colonias representaría la supervivencia de los fugitivos o «enviados en misión». Entonces se pondría en evidencia —¿va cayendo en la cuenta, el lector amigo, por dónde van los tiros?— que ese orden de prioridades se establecería, indiscutiblemente, a tenor de las posibilidades pecuniarias de los terráneos o de ciertas influencias... políticas o de cualquier otra especie. Esas colonias del espacio vendrían a ser algo así como «las residencias secundarias antiatómicas» de los que en la Tierra detentasen, en el momento de su inauguración, el poder económico, religioso, militar o político. Porque, ya en carril, a nadie se le escapará —y a los españoles, con sus recientes experiencias históricas, menos que a nadie— que a la instalación de esas islas espaciales se le podría dar un cariz preeminentemente religioso. Algo así como el de avanzadillas o bases de una Gran Cruzada Cósmica^[53]

De todo esto —y conste que podríamos seguir desgranando, ad libitum, más hipótesis de semejante calaña— se puede colegir, con escaso riesgo de error, que esas colonias o ciudades espaciales acabarían siendo un fiel reflejo de la vida actual en el planeta Tierra. Porque, ¿quiénes crearían allí los complejos agrícolas? ¿Los mismos que están arruinando la agricultura en la Tierra, obligando a sus hijos a abandonar su terruño y a emigrar a las grandes ciudades? ¿O los que han impuesto el uso de fertilizantes, u otros productos químicos, o de semillas «nuevas», tan sólo para obtener rápidos y jugosos beneficios, aún a sabiendas de que así empobrecían la tierra a mediano o largo

plazo? ¿O los que, para que la pasta de fabricar papel les resulte baratísima, contratan y pagan a los incendiarios que queman nuestros bosques? ¿O acaso los dirigentes de esas futuras islas — de cualquier rama o gremio— serían escogidos entre las élites terráqueas, formándose las legiones de subalternos con sujetos — de ambos sexos— previamente deshumanizados y adecuadamente robotizados? Y no hablemos de la creación de los «complejos industriales» del espacio, ya que, aleccionados por la experiencia terráquea, cabe predecir que el comercio en las áreas de competitividad siderales acabaría desembocando, como en la Tierra, en una auténtica merienda de negros.

Por tanto, si antes de ir de aventuras por el Universo —en el más noble sentido de la palabra— los hombres y las mujeres de la Tierra no logran hacer imperar en nuestro planeta, plenamente, la libertad y la justicia —insustituibles asientos de la dignidad humana—, cualquier excursión humana por el espacio estará indefectiblemente marcada por las lacras de que —unos más, otros menos— adolecemos los terráqueos.

Y no es descabellado presagiar —si el cambio radical de mentalidad no se opera a tiempo por nuestros lares, dando a nuestra vida un sentido inequívocamente fraterno— que, como ha ocurrido desde la noche de los tiempos a nivel de naciones, en el futuro —ya instaladas en órbita esas ciudades— los enfrentamientos, en forma de guerras de «persuasión», «preventivas» o de exterminio, se desarrollarían, previsiblemente, a escala extraterráquea. Con lo cual, esos temores que la Armoniosa Confraternidad Universal apunta en su mensaje-ultimátum se concretarían con mayor peligrosidad que en la actualidad, en los albores de la década de los años 80.

ÉRASE UNA VEZ EN EL FUTURO...

(Advertencia a los postulantes a las Misiones Galácticas)

El espectáculo de lo que fueron las religiones, y de lo que siguen siendo algunas de ellas, es de lo más humillante para la inteligencia humana.

Henri Bergson.

Hemos venido al mundo a ser felices y el peor crimen que hemos cometido es el de cegar los caminos que conducen a la libertad.

Antonio Gala.

A la Iglesia no le interesan las convicciones acendradas, ni el auge de la última y más insobornable conciencia.

(En 1980, uno de nuestros mejores artistas de cómics, Carlos Giménez, adaptaba un relato del escritor polaco Stanislaw Lem, «El misionero», de su libro Diarios estelares. La historieta es muy aleccionadora para todos, pero en particular para quienes, en un futuro previsible, pudiesen ceder a la tentación de transformarse en «misioneros o evangelizadores galácticos». He aquí lo que podría sucederles):

»Ya los primeros descubridores de Urtama no tenían suficientes palabras de elogio para sus habitantes los bondadosos memnogos. Esos seres —decían— son las criaturas más serviciales, dulces, buenas y altruistas del Cosmos.

»En la esperanza de que la semilla de la Fe brotaría felizmente entre ellos, la Santa Iglesia mandó a Urtama al padre Oribacio. Los memnogos le recibieron con hospitalidad y atenciones casi maternas. Le respetaban, le obedecían y parecían absorber sus enseñanzas con anhelo. Aprovechando aquella atmósfera tan favorable, el padre Oribacio no cesaba de predicar, día y noche, los principios de la Fe.

»—Bien, queridos feligreses —les dijo el predicador un día—, ahora que ya os he hablado del Viejo y del Nuevo Testamento, y de las cartas de los Apóstoles, pasaré a explicaros las vidas de los mártires del Señor. (Esto último, dicho sea de paso, fue siempre el tema predilecto del padre Oribacio).

»Entonces, dando a su voz entonaciones de trueno y a sus ademanes un aletear dramático, el predicador se arrancó:

»—Entre otros... Ahí tenéis el ejemplo de San Juan, que logró

la Luz Eterna al ser hervido en aceite, y el de Santa Águeda, que se dejó cortar la cabeza por la Fe, y el de San Sebastián que, acribillado de flechas, sufrió crueles tormentos y en recompensa fue recibido en el Paraíso por los coros de ángeles y querubines...

»(Viendo a los pobrecitos memnogos atemorizados, abrazados irnos a otros, el padre Oribacio siguió desgranando su rosario de martirologios con creciente elocuencia):

»—... ;y el ejemplo de los jóvenes mártires que sufrieron el tormento de descuartización, el estrangulamiento, la rueda y la pira, soportándolo todo en éxtasis, ganando así un sitio a la diestra del Señor de las Huestes Celestiales.

»Y así, día tras día, les iba relatando, una y otra vez, y siempre con voz de trueno y ademán apocalíptico, la historia de muchas vidas consagradas al martirologio y dignas de ser imitadas. Hasta que...

»Un día, un grupo de memnogos se acercó a él y le empezaron a hacer preguntas:

»—Reverendo Maestro, perdona el atrevimiento de tu indigno servidor y dime: ¿El alma de todo hombre dispuesto a sufrir martirio va al Cielo?

»—Indudablemente, hijo mío.

»—¿Y tú, padre venerado, deseas acaso ser Santo e ir al Cielo?

»—Es mi más ferviente deseo, hijo mío.

»—En tal caso, nosotros te ayudaremos —apostilló el que parecía el más atrevido de todos.

»Entonces, los memnogos cogieron al misionero suavemente, pero con firmeza y lo arrastraron hacia...

»El padre Oribacio, algo alarmado, exclamó:

»—¡Eeeh! ¿Se puede saber qué hacéis...?

»—Querido padre, te vamos a despellejar la espalda y te la untaremos con pez hirviente, al igual que el verdugo de Irlanda hiciera con San Jacinto —respondió uno de los hombrecitos.

»El padre Oribacio se debatía como presa que llevan al matadero, gritando e insultándolos, con su potente vozarrón, sin duda para que, atemorizados, le soltasen:

»—¡No! ¡Soltadme! ¡Estáis locos! ¡Soltadme, os he dicho! ¡Soltadme, malditos imbéciles!

»Y mientras lo ataban a lo que sería un palo del martirologio, los memnogos le decían:

»—Ahora padre venerado nos disponemos a cortarte, entre otras cosas, la pierna izquierda, como le hicieron los paganos a San Pafnucio...

»—Y luego, amado maestro, te abriremos el vientre y te lo llenaremos de paja, igual que se lo hicieron a la Beata Elisabeth de Normandía.

»El misionero seguía debatiéndose como un animal enjaulado y chillando como una bestia acorralada.

»Y mientras seguían marcando su cuerpo con las mutilaciones y heridas que le harían merecedor del título de mártir de la Iglesia y alcanzar el rango de Santo, los memnogos le anunciaban los otros “pasos” del martirologio:

»—Ahora te vamos a empalar como los Emalquitas hicieron con San Hugo... Pero primero, amadísimo Pastor, te vamos a romper las costillas como los Tiracusanos hicieron a San Enrique de Padua.

»—Y ahora, a continuación, maestro reverenciable, te quemaremos a fuego lento, como los borgoñones a la Doncella de Orleans.

»Después de todo aquello, los memnogos empezaron a llorar con tremendo desconsuelo por su pastor amadísimo perdido para siempre. Y cuando alguien se acercaba a ellos los encontraba así, desesperados, sollozando amargamente. Y a todos daban la misma explicación:

«—¡El padre Oribacio nos decía siempre que no había cosa que un buen cristiano no hiciera por su prójimo! ¡Así que renunciamos con desesperación a nuestra salvación! ¡Todo con tal de que el amadísimo padre Oribacio tuviera la corona de “mártir” y la “santidad”!

«—¡Nadie puede imaginar lo duro que fue para nosotros! Porque antes de la llegada del padre Oribacio a Urtama, ¡nadie aquí era capaz de matar una mosca!»^[54]

POR QUÉ ME ESCOGIERON COMO MENSAJERO

Los obreros siempre hemos vivido en barracas y tugurios. Tendremos que adaptarnos a ellos por algún tiempo, todavía. Pero que no se olvide que también sabemos construir. Somos nosotros los que hemos construido los palacios y las ciudades en España, América y en todo el mundo. Nosotros, los obreros, podemos construir nuevos palacios y ciudades para reemplazar a los destruidos. Nuevos y mejores. No tememos a las ruinas. Estamos destinados a heredar la tierra, de ello no cabe la menor duda. La burguesía podrá hacer saltar en pedazos el mundo, su mundo, antes de abandonar el escenario de la historia. Pero nosotros llevamos un mundo nuevo dentro nuestro y ese mundo crece a cada instante. Está creciendo mientras yo hablo con usted.

Palabras de Buenaventura Durruti, en el otoño de 1936, en el Frente de Aragón, dirigidas al periodista holandés Van Paasen.

Después de haberme «grabado» el mensaje, y tras un breve silencio, dije:

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Todas las que gustes —me respondieron— y puedes hacerlas sin restricciones de ninguna clase.

—¿Por qué este mensaje me lo confiáis a mí y no a cualquier estadista importante... o a un militar de alta graduación y responsabilidad de una de las dos superpotencias?

No respondieron directamente a mi pregunta de inmediato. Me dijeron que, como fruto de sus observaciones, ellos habían llegado a la conclusión de que las comunidades de la Tierra que todavía conservaban una cierta dosis de humanidad se encontraban precisamente en la cuenca del Mediterráneo. No ignoraban que en otras partes del planeta existían comunidades sometidas a unas condiciones de vida realmente infrahumanas, en particular en África, las Américas de habla hispana y en Asia. Pero no dejaban de reconocer que estas comunidades, al no disfrutar de un nivel de energía medianamente bueno, tardarían mucho en despertar de su letargo y en reclamar el puesto que en justicia les pertenece en el seno de la gran comunidad terrestre. No se trataba de señalar países predestinados —me recalcaron— a ser guía o faro de los demás, sino de una realidad incuestionable: la de que, por su reciente historia, esos países habían demostrado tener una vitalidad admirable y una noción muy clara de lo que es justo y lo que es injusto. Confieso que me sentí orgulloso de pertenecer a esa comunidad, que no nombraron; no era difícil adivinar que se estaban refiriendo a España. Con todo, yo seguí en mis trece:

—Pero en cualquier país del Mediterráneo hay políticos y militares de peso... o confiar el mensaje a varios de ellos a la vez, a uno de cada potencia.

—No serviría para nada. Adulterarían o silenciarían nuestro mensaje. De hecho ha ocurrido así en varias ocasiones, respecto a nuestras visitas y también con relación a nuestros contactos en la Tierra con gentes humildes o sin cargos importantes en sus respectivos países. Por otra parte, eso podría significar desdén hacia otras comunidades terrestres... ¿No lo crees así?

—De todas maneras, vosotros no podéis ignorar los limitados alcances de personas como yo, para transmitir este mensaje, e incluso nuestra gran vulnerabilidad frente a los enormes recursos persuasorios de que disponen ciertas potencias para taparnos la boca, u otras cosas peores...

—Tú eres libre de difundir el mensaje o no, de tratar de darle una difusión pública o hacerlo a niveles personales e incluso confidenciales. Nosotros te estaremos muy agradecidos de todas formas. Y tienes que comprender que no podemos proceder contigo de distinta manera a como actuamos en el seno de nuestra armoniosa confraternidad universal. Tú eres plenamente libre ante nosotros y nos defraudarías si no usases de esa libertad sin restricción alguna.

De pronto, mi confusión fue tal que, pese a tener ganas de decirles que conservo la suficiente temeridad para lanzar el mensaje a los cuatro vientos y quedarme tan pancho, no dije nada. Conste que en mi vida me he topado con gentes de una bondad infinita. Pero allí, ante aquellos seres venidos de otros mundos a los que muy pocos se han atrevido hasta ahora a suponerles un genuino «talante humano» —por decirlo con palabras nuestras—, mesuraba yo otra de las vergonzosas injusticias de que los terrestres somos capaces, obnubilados como estamos por nuestra archivalorada superioridad, tanto en el plano

moral como en el material. Quedé admirado, por otro lado, de la vertiginosa rapidez con que mi mente coordinaba las ideas y cómo se sucedían las reflexiones, acuñando, como si fuese un rayo, la respuesta, la réplica o la pregunta.

—El mensaje tendrá difusión pública. Y ya me las arreglaré yo para que no sea ni menguada ni confusa.

No es la primera vez, por supuesto, que me han confiado misiones inesperadas y alguna vez algo desorbitadas con relación a mis facultades o posibilidades. Pero bastó que alguien confiase en mí para que yo me considerase obligado, moralmente hablando, a no defraudarlo. Y entonces me crecía y lo conseguía. Así, cuando dije, en el pasado, ¡allá voy!, yo fui el primer sorprendido al comprobar las cosas que puede alcanzar, si se lo propone, el último de los pelagatos de la Tierra. Y, en este caso, contando con la ayuda de mi editor, el cual, tras cerca de dos horas de conversación, y pese a ver mi firme resolución, me dijo:

—Ahora te voy a hablar como amigo y no como editor: ¿tú sabes en el lío que te metes, chiquillo, escribiendo este libro?

Y yo le respondí:

—En el mismo, o casi, que te metes tú, publicándolo.

—Bien, pues adelante —fueron sus últimas palabras.

Ya con cierta parsimonia extraterrestre, dejé caer otra pregunta:

—Bien, todo eso del Mediterráneo como fuente de vida y de regeneración está muy bien, pero ahora, por favor, decidme por qué me habéis escogido a mí como mensajero.

Sólo transcurrieron unos segundos hasta que la voz empezó a desgranar su respuesta. Pero yo noté en seguida, y con una gran intensidad, como si entre nosotros —entre ellos y yo— se

estableciese una comunicación más directa; los sentí más cerca de mí que nunca.

Casi diría que tenía la sensación de ser uno de ellos.

Y por mi mente desfilaron, como meteoros, recuerdos de vivencias mías de la infancia, de mi juventud, y de distintos momentos de mi vida posterior, que tenía totalmente olvidados. Parecía como si «alguien» hubiese decidido ponerme en trance de comprender mejor lo que me iban a decir, diseñando antes en mi memoria el cuadro o el escenario de mis vivencias pasadas.

—En primer lugar te diremos que has sido escogido, tras un meticuloso estudio de tu personalidad, por razones particulares y generales a la vez. Las particulares son éstas: que eres un hombre libre e independiente. Es decir, que te esfuerzas por conservar, junto con tu compañera, las más anchas parcelas de independencia posibles. Y que ni tú, ni tu compañera, pertenecéis a partido o secta alguna. Que disfrutas de cierta popularidad como historiador serio y esto porque eres uno de los pocos que indaga la historia sobre el terreno y sabe escucharla de boca de las gentes humildes. Que para uno de tus libros, el dedicado a las guerrillas españolas, aceptaste correr riesgos muy graves, viajando por tierras de España, para hacer resplandecer hechos que habían sido silenciados o falseados [\[apéndice\]](#).

»Las razones generales se condensan en que tú perteneces a una de esas comunidades del Mediterráneo y estás plenamente identificado con todo lo que representa.

»Otro dato curioso es aquel guión tuyo para cine, en el cual, intuitivamente, diste en el blanco varias veces respecto a nosotros. Aunque también es cierto que del hecho de nuestra inmortalidad tú ofrecías una versión algo especial.

En todo caso, dando ese tratamiento al guión hiciste prueba de comprensión hacia nosotros y de cierta generosidad al admitir la posibilidad de nuestra existencia. En el guión también anticipaste, aunque con repercusiones menos peligrosas que las de ahora, lo nociva que podía ser la intervención de las gentes de la Tierra en nuestro mundo. No decimos que creyeses en ella, pero que de alguna manera admitías esa posibilidad. ¿No es así?

—Así es, sí. Por aquellos años me hice unas preguntas que me parecieron lógicas... al menos para quien, como yo, no estuvo nunca demasiado condicionado por atavismos trascendentales.

Aquí se hizo un gran silencio. Mi empeño por captar algún ruido, en rechazar un silencio de dimensiones desconocidas para mí —nunca he «oído» algo semejante—, demuestra hasta qué punto la tensión nerviosa o emocional de los terrestres es nociva. En estas reflexiones mías no sabría decir, a fuer de sincero, lo que hay de sensación «en vivo» o «a posteriori». Pero lo que sí es cierto es que su silencio no me llenaba del todo por culpa mía, porque yo seguía emperrado en oír ruidos. Por lo menos al principio. Luego ya me fui acostumbrando y creo recordar que era como un sedante incomparable. Supongo que será algo parecido a las curas de sueños que se administran en la Tierra a las gentes que pueden pagárselas. No pude evitar preguntarles:

—¿Y esos largos silencios, qué significan? ¿Son usuales o forman parte de un plan?

Confieso que en el acto me arrepentí de mi insolencia. Mas, como provocó en ellos una ligera carcajada, me dije: ¡bien venida sea la insolencia!

—No seas mal pensado, por favor. Aquí no hay ningún plan establecido. Nuestra conversación está marcada por los cauces

que señala la curiosidad y afán de saber. Nosotros somos seres libres, completamente libres, compréndelo bien. Y por lo tanto, hemos de respetar la libertad de los demás, porque sin la libertad colectiva la libertad individual no existe. Nosotros tampoco usamos nunca la coacción ni el chantaje que, como la violencia, son sentimientos y reacciones desconocidos para nosotros. El silencio genuino, desconocido para los terrestres, es un recurso usual en nuestras comunidades, tan necesario para nosotros como el alimento moral o material. Forma parte de nuestra energía vital; sin él nuestro organismo seguramente no funcionaría tan bien. Y vosotros, fíjate si es curioso, al fin os habéis decidido a usarlo como medicina curativa y no en plan preventivo. Ésa es una de nuestras mejores fuentes de vida: la de prever. Esta noche quizá los silencios hayan sido más largos en tu honor; así tu cerebro descansa más y mejor, y asimila más tranquilamente nuestro cambio de impresiones. Observamos, no obstante, que tú no pareces dispuesto a silenciarte del todo por dentro. ¿Nos equivocamos?

—Será la falta de costumbre. Pero os prometo que me aplicaré porque comprendo que esta ausencia total de ruidos tiene que ser muy beneficiosa para cualquier organismo humano...

—Y animal, querido compañero —me cortaron—, y vegetal... y ambiental..., el silencio es una medicina única e incomparablemente benéfica para el Universo entero.

Que ellos me seguían sin soltarme ni un solo instante lo demostró el hecho de que cuando yo me ponía a pensar, en seguida brotaba aquel gran silencio que, hoy por hoy, por vía natural se entiende, los terrestres seríamos incapaces de reproducir. Y yo me fijaba en esto: ellos piensan y proyectan

siempre en «términos universales». El Universo es, en todo momento, el escenario de la fantástica obra que están representando desde hace miles —o millones, ¡quién sabe!— de años y, como me dijeron repetidamente, la fuente inagotable de su vida. Y, en un momento determinado, insistirían: «¡Ese Universo del que también vosotros formáis parte, que os pertenece tanto como a nosotros!».

—Entonces —recalqué—, por un lado tenemos lo que llamáis «descanso cósmico» y por otro ese silencio, la lentitud de vuestros movimientos, el actuar sin la más mínima alteración, y ese hablar con la mirada, más otros detalles que seguramente se me escapan... ¿Son éstos los secretos de vuestra lozanía? Es decir: de que os detengáis en el punto óptimo de vuestra madurez...

—Exacto, querido compañero, esa manera de comportarnos nos evita todas esas complicaciones que conocéis en la Tierra por el stress. Como ya te hemos dicho, prevenir es una de las claves de nuestra existencia y no tan sólo el cuidado de nuestros organismos.

—Ésta es la segunda vez que me llamáis querido compañero. ¿Para vosotros eso qué quiere decir?

—Que emprendemos una misión juntos, la difusión del mensaje, y que tenemos plena confianza en ti...

—Yo me refería a lo de «querido», aclaré.

—Hemos pronunciado esa palabra como una pequeña concesión a tu lenguaje. Para que comprendas mejor en qué grado hemos valorado tu sinceridad desde el primer momento. Con ello te expresamos también nuestra profunda gratitud por tu fraternal colaboración...

APOSTILLAS FINALES

Se puede admitir perfectamente la existencia de vida y de seres dotados de razón en planetas de nuestro sistema y de otros lugares del Universo. Es posible que, en función de la fuerza de gravitación de un planeta dado, de su atmósfera y de otras condiciones específicas, estos seres dotados de razón perciban el mundo exterior mediante sentidos que difieran considerablemente de los nuestros.

Vladimir Ilych Ulianov, Lenin.

La Tierra es la cuna de la Humanidad. Pero uno no vive siempre en la cuna.

Konstantin E. Tsiolkovsky, «padre» de los cohetes soviéticos.

ÚLTIMAS NOTICIAS

A punto de entregar el libro, la revista barcelonesa Actual (número 1, 10 de marzo de 1982) publica un reportaje sobre las disposiciones tomadas por la Unión Soviética para escuchar a las voces del Cosmos. Transcribimos los pasajes más interesantes con un doble objetivo: el de mostrar a nuestros lectores el interés científico que despierta en una potencia con enormes recursos y el afán de avivar allí la curiosidad hacia el Universo y todo lo que lo integra y lo compone.

¡HOLA, TERRÍCOLAS...!

A finales de septiembre de 1980, el nuevo radiotelescopio situado cerca de Stavropol, en el sur de la URSS, captó señales del espacio exterior. Inmediatamente se impuso la censura de prensa para este importantísimo hecho. Ni una sola palabra apareció sobre el particular en los medios de comunicación soviéticos. Sin embargo, dentro de los estrechos límites de la comunidad científica soviética, no sólo se difundió la noticia, sino que tuvo el efecto de una bomba. Astrónomos emocionados, impresionados por la magnitud de la noticia, intercambiaban información que se filtraba hasta ellos desde Stavropol.

Los astrofísicos del Instituto de Exploración Cósmica Sternberg, en el campus de la Universidad Estatal de Moscú, se mostraban reacios a hablar del tema. La información —decían— tenía que ser oficial. Sólo el profesor Nikolai Semionovich Kardashov, director adjunto del Instituto, estaba autorizado a hacer comentarios sobre el tema.

—No puedo confirmar ni negar el rumor, aunque no es imposible. Nuestro nuevo radiotelescopio es un instrumento increíble. Estoy seguro de que es cuestión de poco tiempo, cinco o diez años a lo sumo, el que la recepción y descifrado de mensajes de otras civilizaciones del espacio sea algo rutinario en RATAN-600.

RATAN-600 es el nombre en clave de la gigantesca nueva instalación científica al norte del Cáucaso, cuya construcción exigió nueve años y está en pleno funcionamiento desde finales del año pasado. Las siglas RATAN corresponden al Radio Observatorio de la Academia de Ciencias y el número 600 se refiere al diámetro de su gigantesco radiotelescopio. La longitud del mismo es de dos kilómetros, aunque ha sido curvado como el perímetro de una gran pared.

—El RATAN-600 ha estado a la altura de nuestras esperanzas. Creíamos que una vez terminado, nos pondría en contacto con civilizaciones exteriores, y así ha sido. Las señales captadas emanaban de la zona general del centro de nuestra galaxia y equivalían a sonidos emitidos a intervalos regulares. Fueron recibidos en la longitud de onda de 1,8 cm, que es el extremo inferior de) campo del RATAN-600.

»La opinión general es que se precisa un trabajo ingente para resolver el rompecabezas que ofrecen los fragmentos captados. Para ello, además, es necesario construir una costosa instalación adicional en el RATAN y la sincronización con los radiotelescopios de Uzbekistán y Kamchatka, para abarcar la longitud de onda supuesta. Ambos presupuestos se encuentran ya en fase de realización.

»Estamos seguros de que hemos sido descubiertos hace mucho tiempo por supercivilizaciones, cuyos telescopios ópticos superiores, que trabajan sin el impedimento del polvo interestelar, probablemente han catalogado todos los planetas de nuestra galaxia, incluida la Tierra. Los mensajes que se envían desde allí hacia fuera van dirigidos a nosotros en especial porque están enfocados a nuestro Sol.

»¿Quiénes son ellos y qué tienen que decirnos? Se espera poder tener respuestas a estas dos cuestiones básicas dentro de los próximos diez años. Los científicos soviéticos, de momento, han llegado a la conclusión de que están habitados una serie de planetas en el mismo centro de la Vía Láctea, a unos 30 000 años luz de la Tierra. Una sección del RATAN-600 está centrada permanentemente sobre ese punto determinado de nuestra galaxia. Es ésa la dirección de donde proceden los mensajes.

»No excluimos, sin embargo, la existencia de civilizaciones en otras zonas de nuestra galaxia. Ésas son las más jóvenes, aunque sean muchos miles de años más viejos que nosotros. Estamos seguros de que están sufriendo una transformación gradual de una vida muy semejante a la nuestra a otra vida más larga, con partes del cuerpo enteramente reemplazables e inmunizados a las enfermedades: mitad humanoides, mitad robots. Conforme su evolución continúa y los planetas en que viven se gastan querrán moverse a otros puntos. Finalmente, viajarán al centro de nuestra galaxia, donde se unirán a las supercivilizaciones que han hecho el viaje con anterioridad. Es una migración lógica a un punto en el que existe energía ilimitada y que está libre de las radiaciones mortales que acechan en el espacio, a modo de un peligro constante para todos los seres vivos. Además, encontrándose en el centro, se hallan en un punto ideal para poder explorar la galaxia. La dificultad para nuestras investigaciones está en que con los telescopios más avanzados, todavía tenemos muy pocos datos a nuestra disposición.

»Para poder avanzar en las investigaciones, los científicos de todo el mundo se encuentran con una barrera natural difícilísima de franquear: el polvo interestelar. En Monte Palomar, en Estados

Unidos, ha sido ajustado el telescopio para incluir la investigación con rayos infrarrojos, superando así parcialmente el problema.

»Sabemos que la radio es la respuesta si queremos resolver alguna vez el misterio de lo que creemos es la zona altamente poblada de nuestra galaxia. En el RATAN-600 ha comenzado el trabajo en esta dirección, aunque todavía se encuentra en sus primeras fases. Estoy seguro que en los próximos diez años sabremos lo que está sucediendo allí. En este momento, tenemos aún que descubrir cuántas estrellas hay allí y su densidad. Y también el tamaño de las acumulaciones gaseosas y sus movimientos. ¿Dónde han encontrado un puerto estas civilizaciones? Que están muy avanzadas respecto a nosotros es seguro, igual que lo es nuestra convicción de que nos han encontrado.

»En todo caso queda en pie la cuestión de cuánta es la curiosidad que sienten respecto a nosotros. ¿Suficiente para venir a echar una ojeada? Muy posiblemente. ¿A bordo de los ovnis captados por nuestros radares? ¿Por qué no? Podrían utilizar leyes de física para nosotros desconocidas.

»Antes de que establezcamos contacto con ellos, necesitamos alguna información. Inicialmente queremos saber qué tipo de vida representan y el nivel de su desarrollo. Seguramente ellos podrán darnos consejos respecto a nuestro desarrollo futuro, podrán incluso sugerirnos que construyamos una nave espacial gigantesca y que nos unamos a ellos donde están, aunque probablemente en la fase actual de la vida y la tecnología de la Tierra esa misma idea se escapa a nuestra comprensión. Sin embargo, para los astrofísicos es una opción que debemos considerar.

»Pero ¿qué hay de los planetas más cerca de nosotros... a

distancias de 11, 20, 40 o 60 años/luz? ¿Por qué las señales que llegan a RATAN-600 han de proceder del centro de la galaxia y no de estos planetas? Hubo vida en algunos de ellos, pero no existe ya. Son planetas abandonados por sus poblaciones que han emigrado a bordo de gigantescas “Arcas de Noé” hace millones de años. Tengo confianza en que en los próximos cinco años los telescopios ópticos norteamericanos situados en el espacio, descubrirán planetas oscuros que giran en torno a algunas de estas estrellas próximas.

»Después, con la ayuda de gigantescos telescopios podremos explorar su superficie. Descubriremos restos de civilizaciones perdidas que han emigrado. Como los habrán abandonado al comienzo de nuestra civilización, no habrán podido conocer nuestra existencia futura. Nuestros astronautas viajarán hasta allí y nos traerán pruebas. ¿Cuándo? Necesitaremos otros cincuenta años de progreso acelerado para ello.

El astrofísico Lev Mironovich Gindilis se muestra de acuerdo con las afirmaciones del doctor Kardashov:

—También yo espero grandes resultados del RATAN-600. Estoy absolutamente convencido de que esas otras civilizaciones están intentando comunicarse con nosotros y deseo podamos admitir oficialmente que han sido recibidas esas señales. En lo que difiero del doctor Kardashov es en su afirmación de que la mayoría de las civilizaciones cerca de nosotros han desaparecido; yo creo que también ellas están ahí, esperando establecer un diálogo con nosotros.

(«El más grande radiotelescopio del mundo, que se encuentra en Arecibo. —Puerto Rico—, construido por los Estados Unidos, puede captar señales-radio provenientes de una distancia de 100

años-luz. Ahora bien, en el radio de 100 años-luz de la Tierra se encuentran aproximadamente mil sistemas estelares; y algunos de esos sistemas podrían tener un planeta capaz de albergar vida». Diario Sur/ Oeste. «¿Existe vida en el Cosmos?». Sevilla, 24 de febrero de 1982. Agencia Coprensa).

LA GRAN ESPERANZA

»Si tuviera que buscar un cierto orden en esas ideas, conclusiones, sentimientos o deducciones que han germinado en mí a lo largo de estas páginas, diría lo siguiente: 1. De esos 300 casos largos aquí examinados, sólo un porcentaje mínimo puede calificarse de fraude. No es cierto, por tanto, que “la mayor parte de las fotos-ovnis existentes en el mundo sean falsas”. Quien pueda hacer tal afirmación habla por hablar. 2. Las naves fotografiadas desde mucho antes de la segunda guerra mundial —como hemos podido verificar— no son armas secretas de las grandes potencias humanas. Antes, mucho antes de que el hombre utilizara el avión a reacción (el 30 de septiembre de 1929), los ovnis sobrevolaban ya el mundo a velocidades que ni siquiera hoy podemos soñar. Todos los militares del mundo —me consta— lo saben. 3. Esas naves, en consecuencia, no proceden de la Tierra. 4. Esas naves, lógicamente, son dirigidas o tripuladas inteligentemente. 5. Y el estudio de esos mil documentos gráficos nos demuestra que los ovnis han estado y están sobre cualquier objetivo: desde una erupción volcánica a una base militar, junto a un avión experimental, cerca de nuestros astronautas o muy cerca de las pequeñas o grandes aglomeraciones humanas. 6. Sus ocupantes —los «pilotos» de los ovnis— conocen al hombre y al planeta Tierra infinitamente mejor que nosotros mismos. 7. Sólo a partir

del invento de la fotografía han podido ser “atrapados” por nuestra civilización. Pero, realmente, ¿desde cuándo nos visitan?

8. Son ellos quienes parecen “elegir” el lugar, el momento y el fotógrafo que se encargará de dejar testimonio de su presencia. (De los 300 casos aquí analizados, una tercera parte reúne los requisitos necesarios como para sospechar tal conclusión).

9. No sabemos las razones, pero los tripulantes de esos ovnis parecen “divertirse” a costa de los científicos y de los grandes profesionales de la fotografía. (La inmensa mayoría de las fotos-ovni han sido y son hechas por modestos aficionados, con no menos modestos equipos. En el célebre y sofisticado Proyecto Starlight norteamericano tenemos una de las pruebas más concluyentes...).

10. Salvo raras excepciones, estas naves permanecen ante el fotógrafo el tiempo justo para la obtención de una, dos o tres imágenes. (Curiosamente, estas escasas tomas son casi siempre las últimas del rollo).

11. Resulta igualmente «extraño» que más del 33 por 100 de los fotógrafos que han captado imágenes de ovnis han tenido la nítida sensación de que el objeto “se estaba dejando fotografiar”...

12. Aunque, como ya anuncié en su momento, preparo un amplio trabajo sobre los llamados “ovnis invisibles”, debo adelantar que la realidad de este fenómeno en el millar de fotografías aquí expuestas es otra constante. Yo añadiría que una “constante” de suma trascendencia, a todos los niveles...

13. El hecho evidente de que ninguna de estas naves —pertenecientes a muy distintas «humanidades» «galácticas» o “dimensionales”— se ponga en contacto público y oficial con el hombre de la Tierra obliga a pensar en uno o varios “motivos” que son estrictamente respetados por todos ellos. Es muy probable que su LIBERTAD, su

concepto de la libertad propia y ajena sea radicalmente distinto al nuestro. 14. De este estudio se desprende otro hecho incuestionable: nos observan estrechamente. 15. Es perfectamente verosímil que estos miles de documentos gráficos y películas obedezcan a un perfecto y minucioso “plan” de concienciación del ser humano, en relación a otras “realidades”.

»Y termino con un sentimiento que sólo puede llenarnos de alegría y de esperanza: el futuro del hombre de este planeta ya está siendo marcado por esas naves. Somos quizá como el bebé que ha logrado incorporarse en su cuna y que descubre a su alrededor a otros seres, mucho más antiguos, mucho más expertos y mucho más sabios^[55].»

LA ANTÁRTIDA: GRAN RESERVA DE ALIMENTOS

Recuérdese: ellos me dijeron que no teníamos que hacer caso de los vaticinios de los sesudos especialistas en la materia, maltusianos o no maltusianos, cuando afirmaban que el mundo no podrá alimentar los ocho mil millones de habitantes del planeta Tierra en las primeras décadas del año 2000. Y me aseguraron que con los recursos conocidos —por ellos— de la Tierra podían vivir, dignamente, de cuarenta a cincuenta mil millones de seres humanos.

Pues bien, lea el lector amigo estos extractos de un artículo aparecido en la prensa nacional:

»La Antártida, un continente de hielo que puede alimentar a todo el planeta. La Antártida, con un 98 % de su volumen total helado, tiene posiblemente las mayores reservas tanto marítimas como minerales de todo el planeta. Llamada también el “Nuevo Eldorado”, está desmaterializada, y en sus hielos está prohibida toda clase de almacenaje de materias nucleares. De igual modo la flora y la fauna de estas tierras están protegidas por un tratado, cuyos miembros firmantes ya han afincado una serie de bases científicas para el estudio y la investigación de los recursos naturales de la Antártida.

»En el capítulo de los alimentos, se estima que sus recursos son ciertamente muy valiosos. Por ejemplo: la explotación del

Krill, perteneciente a la familia de los crustáceos, el cual, según estudios, podría perfectamente alimentar a toda la Tierra, ya que aun cuando su explotación es poco reconocida, parece ser que podría tener una producción de 100 a 150 millones de toneladas anuales.

«En cuanto a los recursos minerales de la Antártida, bajo una capa de hielo de más de 2000 metros, se concentran las principales materias primas que la Humanidad necesita. En las profundidades marítimas que rodean el continente, así como en sus mares adyacentes, existe una gran cantidad de petróleo y de metros cúbicos de gas natural, metano, etc... Con todo esto hay que decir que uno de los principales mares que bañan a todo el territorio, el de Weddell, es el que guarda mayor cantidad de seres vivos». {El Correo Catalán, Barcelona, 5 de mayo de 1982, página 18.)

PEQUEÑO HOMENAJE A MIGUEL DE CERVANTES

LA «EDAD DE ORO»: DISCURSO DE DON QUIJOTE A LOS CABREROS

Antes de dar la palabra a don Miguel de Cervantes, por boca de Don Quijote de la Mancha, permítasenos subrayar un par de cosas: la primera es que sólo conocemos un país donde la famosa novela del ilustre manco sea poco menos que el libro de cabecera de la inmensa mayoría de sus habitantes: la Cuba socialista. Y la segunda, que sea aquí, precisamente en España, la cuna del autor y de sus principales personajes, y escenario de tan dilatadas y aleccionadoras aventuras, el lugar donde menos se conocen esas incomparables e insuperables lecciones de vida firmadas y rubricadas por el Ingenioso Hidalgo y su fiel y sagaz escudero.

A menudo, hablando de nuestros tiempos (la era moderna, y a dos pasos del siglo XXI, metidos ya en la llamada «era tecnológica»), hemos llegado a la conclusión, con gente amiga que comparte nuestra inquietud por la incesante deshumanización de nuestras vivencias —mejor dicho: las de nuestros hijos y nietos—, de que la civilización terrestre —más concretamente: la impuesta

por los países superdesarrollados— tendría que marcar un parón y examinar hasta qué punto debería «retroceder», palpar bien la realidad, y reemprender la marcha hacia el progreso por vías inconfundiblemente progresistas. Es decir: aquellas en las que la conciencia del hombre esté por encima de todo, incluido su estómago. No se trata de volver a la Edad de Piedra, por supuesto, pero es posible que un día no lejano el Hombre y la Mujer de la Tierra se vean obligados a hacer un balance de las distintas Edades conocidas por nuestra civilización y deban extraer de ellas las cosas positivas que cada una de esas Edades encerraba y, con los materiales recuperados y los más aprovechables de que ahora disponemos, componer esa «Edad de Oro», como la llamaba Don Quijote, que podría constituir la meta futura de la Humanidad. Aquella en que, por decirlo con palabras del Caballero de la Triste Figura, no existiese ni lo tuyo ni lo mío, sino lo de nadie, que es, en suma, lo de todos.

Ahora veamos la plática que don Quijote dedicó a los cabreros y que demuestra, si todavía fuese necesario, que las «edades de oro» han estado siempre —están— al alcance del ser humano de la Tierra. Y que basta, para alcanzarlas, con que se lo proponga...

»—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella era venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío.

»Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado

fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del tiempo.

»Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban (recitaban de memoria) los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos.

«No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con

verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que osasen turbar ni ofender los del favor y los de interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señora, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento la menoscabasen y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto, como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó el orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos».

(Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, primera parte. Edición, estudio y notas de Juan Bautista Avalle-Arce. Editorial Alhambra. Madrid, 1979, páginas 153-154-155. «Los cabreros y discurso de la edad de oro.»).

BREVE EPÍLOGO

El éxito es una banalidad... una banalidad absoluta.

Orson Welles.

Confieso, lector amigo, que a mí, a ratos, todo esto también me parecía un sueño. Pero por tres razones concretas no es así: la primera es —a mí me consta y debería constar a muchos—, que todas esas bienaventuranzas de las que ellos explicaron gozan, han estado y siguen estando al alcance de los habitantes de la Tierra. Todas sin excepción. Bastaría con proponérselo seriamente. La otra razón es que la mayor parte de los datos que yo aporto —tan sólo el mensaje es muy distinto de los precedentes, precisamente por sus muy justificados ribetes de ultimátum— habían sido facilitados antes por otros pobladores de la Tierra que, de una manera directa o indirecta, han tenido contacto con ellos. Esto lo he podido comprobar a medida que, para documentarme sobre el tema, iba leyendo los testimonios más serios avalados por los más autorizados especialistas en la materia.

La otra razón —que ya señalé, pero que repetiré una vez más —: es que yo, desde el 19 de julio de 1936, no he vuelto a soñar

más; ni dormido ni despierto.

Y curiosamente —y esto no es casualidad— con quienes más he coincidido ha sido con dos compatriotas nuestros —un catalán y un canario— cuyos testimonios figuran en estas páginas. No intento con ello acuñar predestinación alguna respecto los pueblos ibéricos en los futuros, y ya quizá no muy lejanos, asuntos del Universo. Pero ahí está la Historia —nuestra historia— para demostrar que si a veces a los hijos de la piel de toro se nos ha echado en cara el hablar alto, nosotros podíamos haber contestado: «hablamos alto porque podemos». Pero no, el que dio la mejor respuesta, en 1942, desde su exilio mexicano, fue el poeta León Felipe: «Sin embargo, el español no habla alto».

Ya lo he dicho. Lo volveré a repetir: «El español habla desde el nivel exacto del Hombre y el que piense que habla alto es porque escucha desde el fondo de un pozo». O sea: desde las cloacas de la Historia.

Nosotros deseamos, sinceramente, pensando en esos coterráneos nuestros que se tapan los oídos —o se cierran en banda, lo mismo da— para no escuchar las señales que nos llegan del Cosmos, que su actitud no se deba a que viven, a que se están zambullendo, y aun refocilando, en las más pestilentes cloacas del planeta Tierra.

AGRADECIMIENTOS

A mi buen amigo Antonio Ribera i Jordá, por sus oportunos y atinados consejos sobre la materia. Y también por su afectuoso prólogo.

A mi viejo amigo, Juan García Atienza, uno de los españoles que, con Julio Caro Baroja, más sabe de nuestra intrahistoria, que fue mi primer contacto, tras el encuentro con ellos, y cuyas orientaciones, de todo tipo, tan provechosas me han sido.

A Luis José Grifol i Gutiérrez, apasionado observador de todo lo que nos llega del cielo —como nuestro común amigo Ribera—, que tuvo la gentileza de poner a mi disposición su colección de filmes, «rodados en vivo» por nuestras tierras.

Al Centro de Estudios Interplanetarios (CEI) de Barcelona, en cuya sede, y gracias a los cambios de impresiones con varios de sus miembros, y también a través de su revista Stenbek, ha redondeado algo más mis conocimientos sobre el Universo.

Al Groupe d'Études d'Objets Spatiaux (GEOS), de Saint-Denis-de-Rebais (Francia), por su información y documentación —en particular a través de su revista Hypothèses extraterrestres—, y en especial a su director, Gérard Lebat, por la celeridad con que atendió mis peticiones.

A Pere Olivé y al Diario de Barcelona, por su cortesía al permitirnos reproducir varias de las tiras humorísticas publicadas

en el decano de la prensa continental europea.

A Carlos Giménez Giménez —y a Ediciones de la Torre, de Madrid—, de uno de cuyos cuadernos de la colección «Papel Vivo». (Érase una vez en el futuro) nos han dejado reproducir el Via Crucis del reverendo Padre Oribacio, el misionero galáctico.

A Rafael López Corrales, joven estudiante de Bellas Artes, autor de las láminas al óleo que reproducen las principales escenas vividas por mí en la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1981.

A Joan Queralt, artista de la pluma y del objetivo, que supo captar y reproducir la fisonomía de una de las féminas extraterrestres. Y a su compañera Sarah, cuya simpática colaboración hizo posible la realización de nuestro proyecto.

A los estudiosos en la materia —por su ayuda y la forma de prodigarla—, cuya actuación da constancia de que, en torno a las realidades y las incógnitas de otros mundos, también evolucionan personas serias y bien preparadas.

Y, naturalmente, a todos aquellos que —algunos sin haber dedicado nunca una atención especial al llamado «fenómeno ovni»— me han animado a escribir este libro, tan insólito en mi singladura literaria.

LIBROS, REVISTAS Y PERIÓDICOS CONSULTADOS

OBRAS CONSULTADAS.

- ALEXANDER, Marius, *Guía extraterrestre del planeta Tierra*. Editorial Martínez Roca, Barcelona, 1982.
- ARMYTAGE, V. H. G. *Visión histórica del futuro*. Edicions 62, Barcelona, 1971.
- ASIMOV, Isaac, *Las amenazas de nuestro mundo*. Plaza y Janes editores, Barcelona, 1980.
 - — *El planeta que no estaba*. Ediciones ADIAX, Buenos Aires, 1980.
 - — *Civilizaciones extraterrestres*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1981.
- ATIENZA, J. G. *Manipulaciones cósmicas*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1981.
- BALZAC, Honoré de, *La recherche de l'absolu*. Éditions Gallimard, Paris, 1976.
- BALLESTER Olmos, Vicente-Juan, *Ovnis: el fenómeno*

- aterrizaje*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1978.
- — En colaboración con Miguel Guasp, *Los ovnis y la ciencia*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1981.
 - BARNET, Richard J. *Años de penuria (El mundo en la antesala de la guerra)*. Editorial GEDISA, Barcelona, 1981.
 - BENÍTEZ, J. J. *Ovnis: Documentos oficiales del Gobierno español*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1977.
 - — *100 000 kilómetros tras los ovnis*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1978.
 - — *Televisión española: Operación ovni*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1979.
 - — *Los astronautas de Yavé*. Editorial Planeta, Barcelona, 1980.
 - — *Encuentro en Montaña Roja*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1981.
 - — *Los visitantes, Terror en la Luna y La gran oleada*. Editorial Planeta, Barcelona, 1982.
 - BONILLA, Luis, *Magia y sociedad de consumo*. Las ediciones de El Espejo, Madrid, 1978.
 - BRONOWSKI, Jacobo, *Los orígenes del conocimiento y la imaginación*. Editorial GEDISA, Barcelona, 1981.
 - BOURRET, Jean-Claude, *Les nouvelles vagues de soucoupes volantes*. Éditions France-Empire, París, 1974.
 - — *Le nouveau défi des ovnis*. Éditions France-Empire, París, 1976.
 - BOWEN, Charles, *En quête des humanoïdes*. Éditions J'ai lu, París, 1974.

- CANTARINO, Víctor, *Entre monjes y musulmanes (el conflicto que fue España)*. Editorial Alhambra, Madrid, 1978.
- CARMONA, Blas, *Los profetas sospechosos (sectas de ayer y de hoy)*. Editorial GEDISA, Barcelona, 1980.
- CERVANTES Saavedra, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha* (2 tomos). Editorial Alhambra, Madrid, 1979.
- CLARK, G. *La prehistoire de l'humanité*. Éditions Payot, París, 1962.
- CLARKE, Arthur C. *Cita con Rama*. Ultramar editores, Madrid, 1975.
- CORDON, Faustino, *La naturaleza del hombre a la luz de su origen biológico*. Anthropos editorial del Hombre, Madrid, 1981.
- CRESPO, Cristina, *El tiempo de los asesinos (Le Soleil Noir)*. Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1978.
- CHARON, Jean E. *Vingt-cinq siècles de cosmologie*. Éditions Stock-Plus, París, 1980.
- DANIKEN, Erich von. *El oro de los dioses*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1974.
 - — *El mensaje de los dioses*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1976.
 - — *La respuesta de los dioses*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978.
- DAVIDSON, Robyn, *Pistas*. Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1981.

- DAYANS, Eugenio, *Platillos volantes en la actualidad*. Plaza y Janes editores, Barcelona, 1980.
- DEQUERLOR, Christine, *Las aves mensajeras de los dioses*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1975.
- DROSCHER, Vitus B. *Sobrevivir. La gran lección del mundo animal*. Editorial Planeta, Barcelona, 1981.
- DUMONT, René, *Preguntas a la sociedad actual*. Monte Ávila editores, Caracas, 1976. (En colaboración con R. Aron, F. Chatelet, M. Duverger, H. Laborit, G. Lapouge, R. Lattes, G. Levinson, E. Maire, O. Palme, M. Rocard, A. Sauvy, P. Schaeffer y A. Tou-raine).
- DURRANT, Henri, *Les dossiers des ovni*. Éditions Laffont, París, 1973.
 - —*Humanoides extraterrestres*. Javier Vergara ediciones, Buenos Aires, 1978.
 - —*Le livre noir des soucoupes volantes*. Éditions Laffont, París, 1979.
- EDWARD, Frank, *Les soucoupes volantes: affaire sérieuse*. Éditions Laffont, París, 1967.
- HANS Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1977.
- FULLER, John, *El viaje ininterrumpido*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1979.
- GENOVÉS, Santiago, *Acalí. Seis mujeres y cinco hombres aislados en el Atlántico durante 101 días*. Editorial Planeta, Barcelona, 1975 (5.a edición).

- GOSTA Rehn, K. *Dossiers ovnis*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978.
- GRAU, Joaquín, y Samsó, Leopoldo, *Magia de América*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981. Profusamente ilustrado.
- HOLZER, Hans, *Cuando los ovnis aterrizan*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1979.
- HYNEK, J. A. *Les objets volants non identifiés*. Éditions Belfond, París, 1974.
 - — *Ovni, ¿mito o realidad?* Éditions Belfond, París, 1974.
- JACQUES, Jean, *Les confessions d'un chimiste ordinaire*. Éditions du Seuil, París, 1981.
- KEYHOE, Donald, *Les étrangers de Vespacce*. Éditions France-Empire, Paris, 1975.
- LANDSBURG, Alans, *En busca de extraterrestres*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1981.
- LENDER, Delavault y Le Moigne, *Diccionario de Biología*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1982.
- LEONARD, George H. *Il n'est pas seul sur la Lime*. Éditions Belfond, Paris, 1981.
- LETTHAUSER, J. G. *L'homme à la conquête de Vespacce*. Éditions Pion, Paris, 1955.
- LIN Yutang, *La importancia de vivir*. Ediciones EDHASA-Pocket, Barcelona, 1980.
- LLEGET, Marius, *Mito y realidad de los platillos volantes*. Ediciones Telstar, Barcelona, 1967.

- MARGALEF, Ramón, *Ecología*. Editorial Planeta, Barcelona, 1981 (2.a edición).
- MEZENTSEV, Vladimir, *Enciclopedia de las maravillas (1. La tierra y el cielo. 2. El hombre es inagotable)*. Editorial Mir, Moscú, 1981.
- MICHEL, Aimé, *Lueurs sur les soucoupes volantes*. Éditions Mame, París, 1954.
- MINGO, Raimundo, *Encuentros en tercera fase*. Ediciones Lyder, Madrid/Barcelona, 1978.
- ODENT, Michel, *Génesis del hombre ecológico*. Editorial Ricou (Hacer), Barcelona, 1981.
- O'NEILL, Gérard, *Ciudades del espacio*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1981.
- PAGELS, Elaine, *Los evangelios gnósticos*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1982.
- PAUWELS, Louis, y Bergier, Jacques, *La rebelión de los brujos*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1971.
 - — *Los extraterrestres en la historia*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1970.
 - — *El retorno de los brujos*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1971.
- PUECH, Henri Charles, *Las religiones constituidas en Occidente y sus contracorrientes*. Siglo XXI de España de editores, Madrid, 1981.
- RIBERA, Antonio, *Secuestrados por los extraterrestres*.

Editorial Planeta (edición ilustrada), Barcelona, 1981. Lleva índice onomástico y de obras consultadas.

- — *Un caso perfecto*. En colaboración con Rafael Farriols (varias ediciones). Plaza y Janés editores, Barcelona, 1976 (5.a edición).
- — *El misterio de UMMO*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1980 (varias ediciones).
- — *L'altra banda del mirall* (en catalán). Editorial Portic, Barcelona, 1980.
- — *Ovnis en España e Iberoamérica*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1980.
- — *¿De veras los ovnis nos vigilan?* Plaza y Janés editores, Barcelona, 1980.
- — *El gran enigma de los platillos volantes* (5.a edición). Plaza y Janés editores, Barcelona, 1980.
- SAENZ Diez, J. I. *La civilización del desperdicio*. Editorial DOPESA, Barcelona, 1971.
- SAGAN, Carl, *Cosmos*. Éditions Mazarine, Paris, 1981. (De próxima aparición en Editorial Planeta, en abril de 1982.)
 - — *El cerebro de Broca*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981.
 - — *Murmullos de la Tierra* (en colaboración con otros autores). Editorial Planeta, Barcelona, 1981.
- SANTAYANA, George, *El sentido de la belleza*. Editorial Montaner y Simón, Barcelona, 1968.
- SAINT-MARC, Philippe, *Socialisation de la Nature*. Éditions Stock, Paris, 1971.
- SCIENCE, *La Science au 20 siècle*. (De Vorigen de la vie à la

victoire sur les maladies, du noyau atomique à l'expansion de l'Univers). Éditions Livre-Club Diderot, Paris, 1981.

- SELHUS, Wilhem, *Pero estuvieron aquí (Pruebas científicas de la presencia extraterrestre)*. Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1976.
- SOYKA, Fred, y Edmonds, Alan, *El efecto de los iones (Cómo la electricidad del aire rige la vida y la salud)*. Editorial EDAF, Madrid, 1977.
- VALLÉE, Jacques, *Chronique des apparitions extraterrestres*. Éditions Denôel, Paris, 1971.
 - —*Pasaporte a Magoria*. Plaza y Janes editores, Barcelona, 1971.
- VAJK, Peter, *La fin du monde n'aura pas lieu*. Éditions Seghers, Paris, 1981.
- WALTER, J. J. *Planètes pensantes*. Éditions Denoel, Paris, 1980.
- WHITTAKER, E. *Le commencement et la fin du monde*. Éditions Albin Michel, Paris, 1953.

REVISTAS CONSULTADAS.

- *Pour la Science*. París.
- *Science et Vie*. París.
- *Science et Avenir*. París.
- *Historia*. París.

- *Historama*. París.
- *Qa m'interesse*. París.
- *Historia-Magazine*. París.
- *Miroir de l'Histoire*. París.
- *Nouvel Observateur*. París.
- *Le Point*. París.
- *Alien*. Madrid.
- *Mundo Desconocido*. Barcelona.
- *Lo inexplicado*. Barcelona.
- *Contactos*. Madrid.
- *Karma-7*. Barcelona.
- *Gaceta Ilustrada*. Madrid-Barcelona.
- *La Actualidad Española*. Madrid.
- *Sábado Gráfico*. Madrid.
- *Quercus*. Madrid.
- *Ciencia*. Barcelona.
- *Blanco y Negro*. Madrid.
- *Interviú*. Barcelona.
- *Cambio-16*. Madrid.
- *Noir et Blanc*. París.
- *Paris-Match*. París.
- *Ciencia y pensamiento*. Madrid.
- *Hoja del Mar*. Madrid.
- *Oxígeno*. Madrid.
- *Spoutnik*. París.
- *Études soviétiques*. París.
- *Lumières dans la Nuit*. París.
- *Hypothèses extraterrestres*. Rebas/Francia.
- *L'autre monde*. París.

- *Tigris*. Madrid.
- *El jueves*. Barcelona.
- *Actual*. Barcelona.
- *Science-Digest*. París.

PERIÓDICOS CONSULTADOS.

- *Pueblo*. Madrid.
- *Informaciones*. Madrid.
- *YA*. Madrid.
- *La Gaceta del Norte*. Bilbao.
- *La Voz de Asturias*. Oviedo.
- *Ideal*. Granada.
- *Tele/eXprés*. Barcelona.
- *Mundo Diario*. Barcelona.
- *La Vanguardia*. Barcelona.
- *El Noticiero Universal*. Barcelona.
- *El Correo Catalán*. Barcelona.
- *Diario de Barcelona*. Barcelona.
- *El Periódico*. Barcelona.
- *Diario de Navarra*. Pamplona.
- *El Correo de Andalucía*. Sevilla.
- *El País*. Madrid.
- *El Día*. Santa Cruz de Tenerife.
- *France-Soir*. París.
- *La Dépêche*. Toulouse.

- *Midi-Libre*. Montpellier.
- *Sud-Ouest*. Burdeos.
- *L'Indépendant*. Perpiñán.
- *Sol*. Málaga.
- *Aragón/Exprés*. Zaragoza.
- *Le Monde*. París.
- *Sur/Oeste*. Sevilla.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Adamski.

Adán.

Aleixandre, Vicente.

Alés, A.

Alsio, san.

Allingham, Cedric.

Amberst, Jeffrey.

Angelucci, Orfeo M.

Aragô, François.

Aranguren, José Luis L.

Arias Navarro, Carlos.

Aristóteles.

Asimov, Isaac.

Avalle-Arce, Juan Bautista.

Azaña, Manuel.

Barnaby, Frank.

Bartiaux.

Benítez, Juan José.

Bergson, Henri.
Bethurum, Truman.
Bohr, Niels.
Bordas Bley, Jaume.
Bordas, Odile de.
Borcl, Jean.
Borg, Bjorn.
Broca, Paul.
Brüller, Jean.
Buda.

Carande, Ramón.
Caro Baroja, Julio.
Carsí Lacasa, Alberto.
Carsí Lacasa, Ricardo.
Casals, Pau.
Cases, Michel.
Castro, Américo.
Cela, Camilo José.
Cervantes Saavedra, Miguel de.
Cervera, ebanista.
César, Cayo Julio.
Colchero, José V.
Copémico, Nicolás.
Coubertin, Pierre de.
Cousteau, Jacques-Ives.
Cuesta (profesor de cultura física).
Curie, Marie.

Curie, Pierre.
Cyrano de Bergerac, Savinien de.

Davis, Miles.
Debussy, Claude.
Drake.
Droscher, Vitus B.
Druyan, Ann.
Ducommun, Henri.
Ducommun, hermanos.
Durruti, Buenaventura.

Epicuro.
Evans, Bill.
Campaña, José Antonio.
Camus, Albert.
Candel, Francisco.

F, Julio.
Farriols, Rafael.
Felipe, León Felipe Camino, llamado León.
Fernández de Oviedo, Gonzalo.
Ferrer Galán, Ernesto.
Ferrer i Guàrdia, Francesc.
Fontenelle, Bernard Le Bovier de.
Fort, Charles.

France, Anatole.
Franco Bahamonde, Francisco.
François.
Fry, Daniel.
Funès, Louis de.
Lain Entralgo, Pedro.
Lebat, Gérard.
Leconte de Lisle, Charles M. Le Conte, llamado.
Lern, Stanislaw.
Lenin, Vladimir Ilich Uliánov, llamado.
Lévy-Strauss, Claude.
López Corrales, Rafael.
Luciano de Samosata.
Lucrecio.

Gabarrou, madame.
Gabarrou, monsieur.
Gala, Antonio.
Galileo, Galileo Galilei, llamado.
Garaudy, Roger.
García Atienza, Juan.
García Lorca, Federico.
García Márquez, Gabriel.
Garric, monsieur.
Garrido, Albert.
Gaulle, Charles de.
Germinal.
Giménez, Carlos.

Gindilis, Lev Mironovich.
Giner de los Ríos, Francisco.
Giroud, Françoise.
Goethe, Johann Wolfgang.
Gogh, Vincent van.
Goñi, Lorenzo.
González de Tánago, Alberto.
Grau, Joaquim.
Grifol i Gutiérrez, Lluís Josep.

Haldane, J. B. S.
Hernández, Francisco.
Herrero Soria, Miguel.
Huet Piera, Manuel.
Huxley, Thomas Henry.
Hynek, J. A.

Jung, Carl Gustav.
Kant, Immanuel.
Kardeshcv. Nikolai Semionovich.
Kazuaki Twasaki.
Keel, John A.

Machado Ruiz, Antonio.
Maestre Alfonso, Juan.
Maikowski, profesor.

Malraux, André.
Mallo, Maruja.
Margalef, Ramón.
Marías, Julián.
Marlowe, Christopher.
Marsillach, Adolfo.
Mayr.
McDonald, James E.
Miller, Henry.
Mingo, Raimundo.
Modigliani, Amedeo.
Moles, Manolo.
Molino, Femando.
Montenegro, Conchita.
Montlaur.
Morrison.
Muza.

Nou, M.

Oberth, Hermann.
Olivé, Pere.
O'Neill, Gerard K.
Ortega y Gasset, José.

Paasen, Van.

Padrón Hernández, Francisco.
Pascal, Blaise.
Pétain, Philippe.
Pi, Jean.
Picasso, Pablo Ruiz.
Poe, Edgar Allan.
Poincaré, Henri.
Pons Ferrer.
Pons Prades, hermanos.
Pons Santano, hermanos (hijos del autor).
Pons Sistemas. Eduardo.
Prades Nuño, Gloria.

Quento (guía).
Queralt, Joan.
Queralt, Sara de.

Ramón y Cajal, Santiago.
Reguant i Gili, J. M.
Rey Brea, Óscar.
Reyes, Luis.
Ribera i Jordá, Antonio.
Rodrigo, Antonina.
Rodríguez de la Fuente, Félix.
Rodríguez Rodríguez, Guillermo.
Roeling, Bert V. A.
Rostand, Jean.

Roulien, Raoul.
Rouveix, André.
Ruiz, Pedro.

Sagan, Carl.
Saint-Marc, Philippe.
Samsó, Leopoldo.
Sánchez Dragó, Femando.
Santiago (encargado de taller).
Scherenbotev, doctor.
Seral Coca, Manual.
Shakespeare, William.
Simpson.
Siracusa, Eugenio.
Sócrates.
Sosa, diputado.
Soulanes, Louis.
Sprinkle, Leo.

Tarik.
Tazieff. Haroun.
Thoreau, Henry-David.
Trueta, Josep (abuelo del medico).
Trueta i Raspall, Josep.
Tsiolkovsky, Konstantin E.

Vajk, J. Peter.

Vallée, Jacques.

Venquelef, Geneviève.

Verne, Jules.

Victor, Paul-Émile.

Vidal, Diego.

Vidal, Pedro.

Vidal, Pepa.

Vidart, Rosine.

Voltaire, François M. Arouet, llamado.

Welles, Orson.

Wells, H. G.

ILUSTRACIONES

Varias ilustraciones aparecidas en el libro.



AS DEL
ESPACIO
EXTERIOR





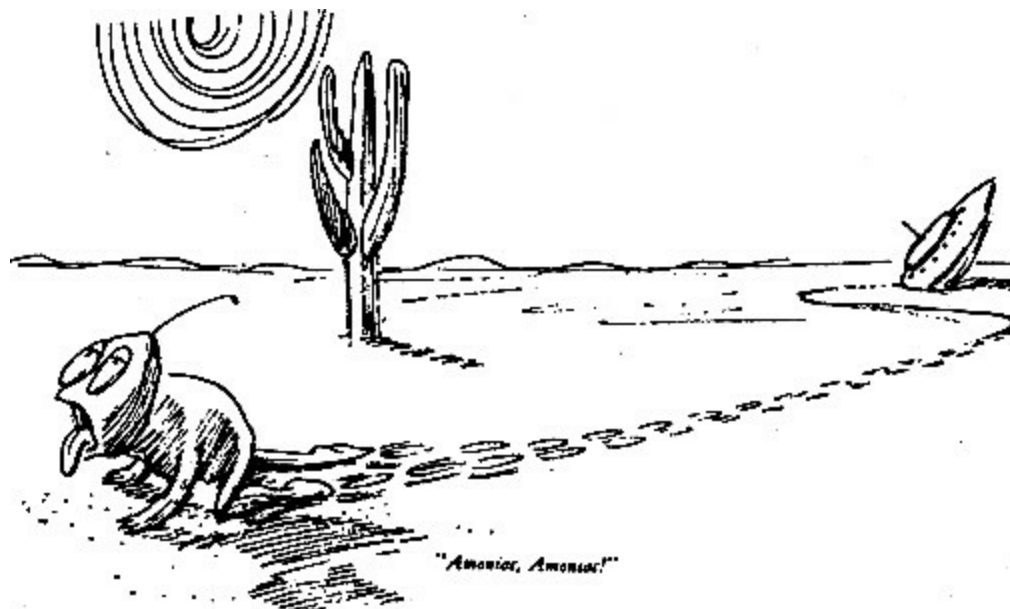
Así se «forma» a los niños para enfrentarse, un día, con los «invasores» llegados del espacio...



El más popular y divertido de los juegos electrónicos de invasores.
Juega contra los invasores. Defiéndete de esos extraterrestres.
Totalmente transistorizado y con pantalla para visualizar los ataques Funciona a pilas o red. Millones de unidades vendidas en el mundo. Para jugar desde los seis años hasta, la familia entera.

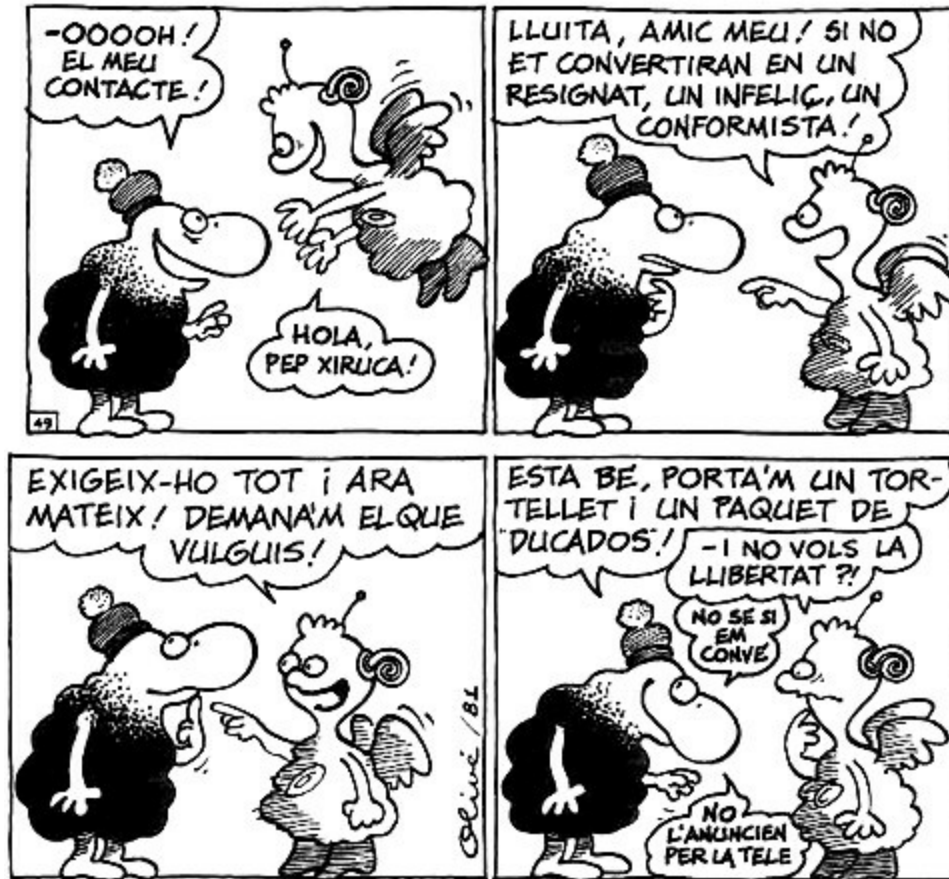


... Donde se refleja fielmente el tremendo desfase de la llamada civilización terrestre. «¡Por Dios, señorita, deténgase!».



Este dibujo confirma la morbosa inclinación de los anglosajones a no otorgar la condición humana a los extraterrestres. (Hombrecillo que se arrastra por el desierto). ¡Amoniaco!... ¡Amoniaco!...





¡Oh, mi contacto!
¡Hola, Pepe Xiruca!
¡Lucha, amigo mio! ¡Si no te convertirán en un resignado, un infeliz, un conformista!
¡Exígelo todo y ahora mismo! ¡Pídeme lo que quieras!
Está bien. ¡Tráeme un pastel de nata y un paquete de «Ducados»!
¿Y no quieres la libertad?
No sé si me conviene... eso no lo anuncian por la tele.



¡Anda, una nave en medio de un prado!

¡Hoy si que veré de cerca a los marcianos!

¿Se encuentra por aquí el seminario del Opus?

Venimos a un cursillo.

¡Esto si que no me lo esperaba de un ovni!

No es un ovni. Es la bola negra de los valores eternos.



Te persuaden, te hipnotizan y te lavan el coco...

Pero quizá encuentras a Dios.

¡Qué va! Dios no va nunca por esos lugares. A él no se le toma el pelo fácilmente.



¿No lo sabias? Los extraterrestres no nos morimos nunca. Nuestra vida es infinita.

Tampoco tenemos enfermedades ni accidentes de ninguna clase.

Además, somos buenos, pacíficos, humildes, clarividentes...

¿Y qué vienes a buscar a la Tierra?

Una entrada para ver «Los pastorcillos» (teatro popular).



¡Venga, vámonos a la Tierra!

¡Mira, uno de los nuestros!

¡Buuua! ¡El gran supergaláctico me ha jubilado! ¡A mi, que sólo tengo 3100 años!

¡A mí, que me encargó la altísima misión de pedir a los terrícolas que no organizarasen la segunda guerra mundial!

¡Y ya veis el caso que me hicieron!
No se preocupe, abuelo. ¡Todavía puede luchar para que no
organicen la tercera!



¿Ya volvéis a estar aquí? ¿Pero ya habéis cumplido vuestra misión?
No. Pero yo me he comprado un dado mágico.
Y yo un terrícola de plástico, que se le encienden los ojitos, se
hace caquita, tiene moquitos...
¡Queremos una pistola! ¡Y un «madelman»! ¡Y queremos mandar!
No se les puede mandar a la Tierra, porque se contagian...





Todo el Mundo es nuestra casa. Imagínense que además de ser tan grande la tuviésemos limpia.



Novedades Manolitos.

¡Anda! ¿Qué veo? ¡Un ovni que se acerca a mi tiendecita!
¡Vayamos a recibirlos! Podrían ser buenos clientes.

¡Mirad lo que tengo! ¡Es para el nene y para la nena!
¡Ay, desgraciado de mí, éstos me van a hundir el negocio!



Fíjate en lo que dice aquí:

«Ya se ha producido el contacto definitivo con los extraterrestres».

Empieza el intercambio comercial y tecnológico a nivel interplanetario.

¡Mira, mira!

(Galerías venusianas. Grandes rebajas).



La ignorancia en torno al Universo, por el común de las gentes, sólo es igualada por la capacidad de deterioración del medio ambiente y la monstruosidad de ciertas investigaciones científicas de que los terráqueos dan cumplidas muestras...





Por fin los científicos han decidido tomarse en serio el «fenómeno ovni»...



Una de las últimas «invenciones» del mundo occidental y libre para acabar de embrutecer y aborregar a sus sujetos...



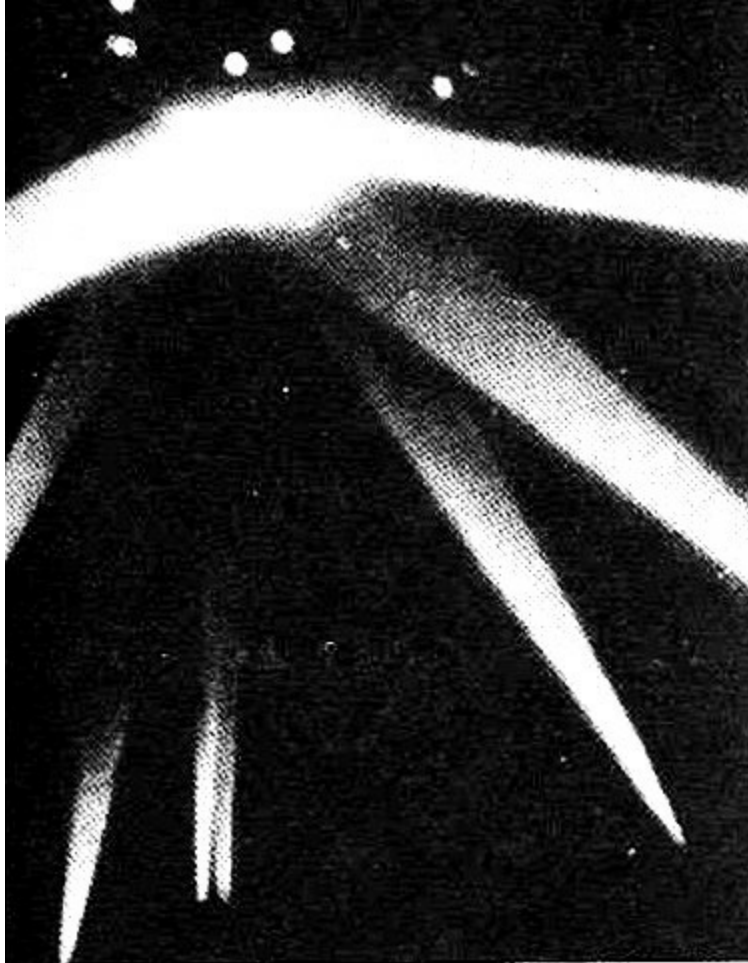
Euleterio: Estamos muy orgullosos de que te hayas regenerado y puedas vivir en esta sociedad de especuladores, golpistas, envenenadores de alimentos...



Ésta es la evolución previsible de los habitantes de la Tierra en un futuro cercano si no cambian su obsesión de sobrevivir por el placer de vivir y crear.



¡Vaya faena nos hicisteis, al confiar el resultado de vuestras investigaciones al Pentágono sin antes rodearos de todas las garantías —a las que, como ciudadano del mundo e investigador, teníais derecho— sobre el uso que se haría de vuestros descubrimientos!



Éste es el primer documento gráfico de que se dispone. Fue tomado en los Estados Unidos en 1947. Un grupo de proyectores de una base aérea localizó a una escuadrilla de ovnis.



Fotografía tomada en las costas de Brasil, el 21 de febrero de 1958, ante varios centenares de científicos. La reproducimos por la gran similitud con la nave espacial que visitó el autor.



EDUARDO PONS PRADES nace en Barcelona (distrito V) en 1920.

- Aprueba el ingreso en Magisterio en julio de 1936.
- Es colaborador en el Consejo Económico de la Madera Socializada (CNT) de agosto de 1936 a agosto de 1937.
- Se alista en el Ejército republicano.
- Pasa a Francia en febrero de 1939.
- Se alista en el Ejército francés en noviembre de 1939.
- Combate en la guerrilla española de Francia (julio de 1942-agosto de 1944).
- Realiza dos viajes clandestinos a España (octubre de 1944-diciembre de 1945).
- Detenido el 5 de enero de 1946, se fuga tres semanas más tarde.

- Actúa en la clandestinidad (Partido Sindicalista y CNT) hasta abril de 1948 en que se exilia por segunda vez.
- No regresa a España hasta 1962.

Es autor de:

- La venganza.
- Los que hicimos la guerra.
- Un soldado de la República.
- Republicanos españoles en la 2.^a Guerra Mundial (finalista Premio Espejo de España 1975).
- Españoles en los maquis franceses, Guerrillas españolas.
- 1936 1960.
- Los derrotados y el exilio.
- Los cerdos del comandante (españoles en los campos de exterminio nazis).
- Años de muerte y de esperanza (en colaboración con el fotógrafo-corresponsal de guerra Agusti Centelles Ossó).

Colaborador de las revistas:

- Historia y Vida.
- Historia 16.

- Tiempo de Historia.
- Historia Internacional y Nueva Historia
- Mundo Diario y El Periódico, actualmente forma parte del Comité de Redacción de El Diario de Barcelona. Ha colaborado, como guionista, en Francia y en España, en la realización de varios cortometrajes.

Notas

[1] Secuestrados por extraterrestres. Editorial Planeta, Barcelona, 1981. <<

[2]Allá por el año 165 d. J. C. el escritor griego Luciano de Samosata escribió «una historia verdadera», en la cual relata un viaje a la Luna... Los mundos del universo de Luciano estaban habitados y el autor suponía la presencia de inteligencia extraterrestre en todas partes.<<

[3] Falso contactado italiano que además, se autoproclamó «representante de los extraterrestres en el planeta Tierra». <<

[4]Cofundador del Centro de Recuperación e Investigaciones Submarinas (CRIS) de Barcelona. En 1958 con otros tres estudiosos barceloneses, fundó el Centro de Estudios Interplanetarios (CEI). Escritor y periodista. Considerado como uno de los mejores especialistas del mundo en el estudio del «fenómeno ovni»<<

[5] Véase el capítulo «El mundo alucinante de los aprendices», del libro de Francisco Candel ¡Ser obrero no es ninguna ganga! Ediciones Ariel, Barcelona. 1968.<<

[6]Eduardo Pons Prades, Un soldado de la República, Editorial Gregorio del Toro, Madrid, 1971.<<

[7]Gabriel García Márquez, Gabo para los amigos, no hace mucho escribió sobre la manipulación por parte de las potencias occidentales —con los EE. UU. en cabeza— del material informativo que, día tras día, sus agencias desparraman por el llamado «mundo occidental y libre». Los ejemplos aducidos por Gabo respecto al tratamiento dado a la realidad del sur de Asia (Vietnam y Camboya en particular), bastaban y sobraban para quitarle a uno las ganas de comprar un diario o volver a escuchar los diarios hablados de la radio y de la tele. («Polonia y la historia a partir de agosto de 1939». Diario de Barcelona, 15 de diciembre de 1981, página 7.)<<

[8]Para sacar adelante este libro he dejado colgadas dos obras en las que llevo trabajando varios años. La primera es una novela titulada Cantata para Dulcinea, confeccionada con las vivencias de jóvenes exiliados republicanos españoles, de ambos sexos, que llegaron a Francia a principios de 1939, siendo niños, y se hicieron hombres y mujeres en unos años de grandes convulsiones históricas y de inmensas esperanzas... desde 1939 a 1945. La segunda obra es un libro histórico testimonial: Niños torturados, adultos castrados (España, 1936-1975), consagrada y dedicada a los niños y niñas que sufrieron la sádica e interminable represión franquista contra los menores de edad, cuyo único «delito» era el de ser hijos, sobrinos, hermanos, nietos o primos de vencidos de la guerra civil.<<

[9]«Puntualizaciones sobre temática ovni». Manuel Seral Coca, Karma 7, número 109. Barcelona, diciembre de 1981, página 19.<<

[10] Por eso, a partir de julio de 1936, viéndome obligado a empuñar las armas, y al ver derrumbarse en mí todos los soportes morales en los que me apoyaba en mis años adolescentes, para mí quedó muy claro que «la razón de la fuerza» acaba imponiéndose siempre si quienes creen ante todo en «la fuerza de la razón» no aciertan a saber apuntalar a ésta con aquélla. Son fuerzas complementarias que hay que saber dosificar y emplear a tiempo. Así que, ahora, los «forzudos» son los últimos que pueden quejarse si, poco a poco, en las cuatro esquinas del mundo, los «razonadores» —utilizando las armas que se les ha obligado a empuñar— les van ganando la partida. Y auguro un triste destino a quienes, todavía hoy, proclaman «estar dispuestos a morir por sus ideas», pero «no a matar en nombre de ellas» <<

[11] Para uso de grafólogos y otros buceadores de mi «trastienda» personal, en las páginas siguientes transcribo: a) el texto caligrafiado de la primera carta escrita por mi a mi buen amigo Juan García Atienza, después de mi encuentro con ellos; b) su extensa respuesta; y c) las conclusiones del doctor J. M. Reguant i Gili, tras mi larga conversación —cuatro horas— con él, a las pocas horas del encuentro con los tripulantes de la nave espacial extraterrestre. <<

[12]El cerebro de Broca. Reflexiones sobre el apasionante mundo de la Ciencia, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981, página 359. Autor: Carl Sagan, titular de la cátedra David Duncan de Astronomía y Ciencias Espaciales. Director del laboratorio de estudios planetarios de la Universidad de Cornell (EE. UU.) y presidente electo de la sección de planetología de la Unión Geofísica Norteamericana. <<

[13] En 1981, los gastos armamentistas, en el mundo, ascendieron a un millón de dólares por minuto, algo menos de los previstos para 1982.... <<

[14]«Impresiones tras un viaje a la India. Matar a un paria es menos grave que matar a una rata. No sólo se les desprecia sino que son víctimas de terribles crueldades e injusticias. Un brahmán (monje) no puede permitir que un paria beba agua del mismo pozo que él. Los intocables, víctimas de la forma más tremenda de guerra civil». (Diario Ideal, Granada, 8 de febrero de 1982. José V. Colchero.) <<

[15] El cerebro de Broca, página 359.<<

[16]En las Ramblas (barcelonesas), a la altura de la calle del Carmen, existía por aquel entonces un urinario público..., un día estalló en él una bomba. Hacía tan sólo unos segundos que el abuelo Trueta y su nieto (el que más tarde sería eminente cirujano e investigador) acababan de pasar por allí y se encontraban a poca distancia del lugar de la explosión. Los dos cayeron al suelo. Cuando se levantaron, el «avi» (abuelo) trató de explicar al niño aquellos actos violentos, explicándole su convicción de que el progreso de la Humanidad no podía depender de acciones locales de ningún tipo, sino de la implantación universal de grandes Ideales que enaltecieran al género humano. Así, cuando años más tarde, recién cumplidos los 18 años, su «pequeño» (el nieto) abrazó la causa de las juventudes catalanistas, el abuelo le dijo que estaba algo «chiflado», al consagrarse a un ideal tan alicorto como era el de reivindicar los derechos de un pedazo de tierra. Con ello se puso en evidencia que el abuelo Trueta había sintonizado mejor que el nieto con la genuina dimensión de los ideales humanos. Debía ser un terráqueo con «fluido cósmico». Por eso habló de «implantación universal». (Antonina Rodrigo. Doctor Trueta. Héroe anónimo de dos guerras. Plaza y Janés editores, edición ilustrada, Barcelona, 1977.)<<

[17]Con lo cual, la teoría de que «los ovnis buscan nuestra agua», del especialista A. Alés pierde toda consistencia. (Garbo, número 1504, 16 de febrero de 1982.)<<

[18]El andaluz Antonio Gala —otro terráqueo con «fluido cósmico», sin duda— ha escrito: «La felicidad se encuentra, básicamente, en la vida comunitaria.»<<

[19] Recogiendo material para rehistoriar las vivencias personales que llevaron a militantes anarquistas franceses y belgas a formar la temible «Banda de Bonnot», a principios de este siglo, me encontré con detalles muy significativos, y que otros «historiadores» habían pasado por alto:

A) que sus principales organizadores se habían conocido en las Bibliotecas Nacionales de Bruselas y de París, cuando estudiaban de mayores aquello que les había estado vedado de pequeños.

B) que cuando organizaban jiras campestres, siempre colocaban una manta en el suelo llena de folletos, de periódicos y de libros, con un plato o bandejita en el centro sobre la cual había un cartelito que rezaba así: «Compañero, coge de aquí lo que necesites y deposita el óbolo que puedas». (Revista Tiempo de Historia, número 71. Madrid, octubre de 1980.)<<

[20]«El verano azul». Emisión del 31 de enero de 1982. (Los comentarios del resto de los personajes también resultaban muy aleccionadores.) <<

[21]Esta «afición» de los terráqueos a jugar a los aprendices de brujo con la cibernética —y el consiguiente fallo de controles automatizados— ha provocado ya un par de veces, que sepamos, el despegue de escuadrillas norteamericanas, con aviones portadores de artefactos atómicos, rumbo a la Unión Soviética. Y tan sólo la intervención casual de un controlador humano evitó el tan temido apocalipsis nuclear a escala planetaria.<<

[22]«De ellos (de la tribu ecuatoriana de los Aucas) aprendí a conectar mis cinco sentidos, mi cuerpo todo, con la Naturaleza, a hacerlo Naturaleza, a fundirme con ella, para así lograr la armonía con el entorno... De ellos aprendí a despreciar la competitividad, a vivir en comunidad y a compartir... hasta el amor. De ellos aprendí que las cosas no tienen más valor que el que nuestra cultura les da y que nuestra cultura poco o nada tiene que ver con la realidad, con lo natural, con la Naturaleza, con nuestras más profundas apetencias». (Joaquín Grau y Leopoldo Samsó: *Magia de las Américas*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981. Edición profusamente ilustrada.)<<

[23]Cada vez que el lector lea algo —en estas páginas o fuera de ellas— sobre «la irreversibilidad de la muerte», le aconsejamos que no olvide, en momento alguno, lo que va a leer a renglón seguido: «En las cuevas del Castillo, en Cantabria, una flor no se marchita nunca y nada más se la saca al exterior se pulveriza». (Fernando Sánchez Drago, escritor. Radio Nacional de España. Programa «De costa a costa». Barcelona. 17 de febrero de 1982.)

<<

[24]No pocas veces las «grandes preguntas» suelen tener respuestas muy breves. Dos escritores y pensadores europeos — Albert Camus, francés, y Camilo José Cela, español— se han planteado la realidad de la muerte, lacónica y rotundamente a la vez. El primero preguntando: «¿Morir? ¿Para qué?», y el segundo afirmando: «La muerte es una vulgaridad; es lo único que el hombre ha hecho desde siempre». Sin olvidar la exclamación de otro francés, el poeta Leconte de Lisle: «¿Qué es todo esto que no es eterno?»<<

[25] «Desde hace millones de años se utilizan los antibióticos. Existen aves que cada dos o tres días hacen una cura natural contra el reumatismo». «Resulta sorprendente que los hombres hayamos descubierto los antibióticos sólo en 1928... en el reino animal el cuidado de la salud es cuestión de simple supervivencia, sobre todo allí donde miles de individuos tienen que vivir apretujados en un reducido espacio, como, por ejemplo, una colmena, un hormiguero o un nido de termitas. Esos insectos practican una higiene tan perfecta que no pueden por menos que sorprendernos. Ésa es la razón de que la miel sea un alimento muy sano también para el hombre. Se ha descubierto un sexto antibiótico en la cera de las abejas». (Vitus B. Croscher. Sobrevivir. La gran lección del mundo animal, Editorial Planeta, Barcelona, 1981.) Por otra parte, recientemente la prensa se hacia eco del descubrimiento —¡otro!— del llamado «pez de los hielos», cuyo organismo vive sin glóbulos rojos, estas, que conste, son noticias cazadas al vuelo, pero que bastan para hacernos pensar que los científicos e investigadores terráqueos deberían ser más prudentes en sus afirmaciones.<<

[26] Sobre este interesantísimo tema, léase también: «¿Se podrán fabricar un día células vivas en un laboratorio?». (La ciencia del siglo XX. Tomo IV: «La vida». Editorial Libro-Club Diderot, París, 1981.)<<

[27] ¿Sabe el lector amigo que el primer Comité mundial para la Paz y contra la Guerra se fundó en Cataluña, a principios de este siglo, y que lo presidía el insigne músico Pau Casals? <<

[28] Fíjese el lector en lo clara que resulta esta ecuación: en la cima de todos estos tinglados, montados en nuestra «civilización» con una espeluznante facilidad, se pueden identificar dos docenas de multinacionales norteamericanas, anglosajonas y japonesas, en particular, pero financiadas también por otros países europeos, que controlan a la vez los mercados de materias primas del mundo no socialista. Estas multinacionales no sólo recaudan sumas enormes de dinero —y en el mundo occidental y libre el dinero es poder político— sino que ensanchan día a día las capas de seres humanos con problemas de todo tipo. Porque ése, en el fondo, es el objetivo perseguido: que la inmensa mayoría se sienta desconcertada, desazonada y hostigada, a toda hora, por preocupaciones y enfermedades de todo tipo. Y que, polarizando toda su existencia sobre sus problemas domésticos, se desinterese de los colectivos. <<

[29] Magia de las Américas. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981. <<

[30]Un ciudadano español. Julián Marías, al que se tiene por un agudo pensador —fiel discípulo de otro pensador puntero: Ortega y Gasset, del que Ramón Carande ha dicho que rivalizaba con Azaña en su capacidad de desprecio hacia el pueblo— refiriéndose a la «libertad» (en abstracto siempre, como ya es costumbre en los «grandes» pensadores terráqueos), y con las humildísimas familias brasileñas que viven en las favelas (chabolas) como punto de referencia, ha declarado recientemente: «La pobreza de la favela es fruto de la libertad que tienen los ciudadanos para ir de un lugar a otro, atraídos por el encanto de la ciudad. En otros lugares esto no sucede porque no hay libertad de circulación». Así de simple... Ahora bien, yo al señor Marías, lo sacaría de su comfortable piso madrileño, o de su residencia de verano en Soria, y lo metería en una de esas favelas/chabolas... a ver qué tal le sentaba esa «libertad de circulación»..., de la que —según él— no gozan los ciudadanos de los países socialistas, a los que él alude indirectamente. (El Periódico. Barcelona. 16 de enero de 1982: «Teoría liberal de Julián Marías» por Albert Garrido.) <<

[31] Mi padre nos decía: «Las piernas se han hecho para andar, y es así, a paso de hombre, como todo lo que nos rodea conserva siempre una dimensión humana». (Un soldado de la República. Editorial G. del Toro. Madrid, 1974, página 17.) <<

[32] En los albores del año 1982, los servicios de defensa de los EE. UU. ya han puesto el grito en el cielo, a causa del «gran atasco» del espacio, ante la proliferación de toda suerte de ingenios lanzados desde la Tierra, cuyos componentes metálicos y plásticos se desintegran y constituyen no sólo un peligro para la navegación espacial —de origen terrestre— sino también un factor de perturbación en las observaciones científicas. <<

[33] Con el título de Murmullos de la Tierra, Editorial Planeta ha editado, en su nueva colección «Documentos», en 1981, todos los textos, gráficos, ilustraciones y grabaciones que componen el citado mensaje, todo ello bajo la dirección de Carl Sagan, que fue lanzado al espacio, a bordo de dos naves Voyager los días 20 de agosto y 5 de septiembre de 1977<<

[34]En este momento (febrero de 1982), en las tres cuartas partes de los países que pertenecen a la Organización de las Naciones Unidas se sigue ignorando la Tabla de los Derechos Humanos, practicándose contra quienes discrepan de los detentores del poder, en cada uno de esos países, toda suerte de malos tratos, torturas y matanzas.<<

[35] Véase en el capítulo «Testimonios directos españoles» las declaraciones de Jaume Bordas Bley.<<

[36]En mis recuerdos, algo semejante, en belleza y colorido, sólo lo vi mediada la década de los años 60, cuando mi buen amigo y maestro en las artes de guionista literario para cine, Louia Soulanes, me invitó a visionar, en la finca de sus padres, en Saint André de Sangonis, no lejos de Montpeüier, un documental en color titulado La llegada de la primavera, rodado para la segunda cadena de la televisión francesa. Había filmado, acelerando y condensando, el florecimiento y la eclosión de la vegetación alpina. La visión se entrecortaba con brevísimas apariciones de gentes montañosas —campesinos, leñadores, pastores, vaqueros... de ambos sexos— y de sus hábitats. Algo maravilloso de verdad. Las tomas hablan ido descendiendo, desde alturas rozando los 2500 metros, hasta las praderas de la Costa Azul.<<

[37]«En la Tierra hay con que alimentar a los miles de millones de habitantes actuales y a los miles de millones que van a nacer en la próxima década. La basura, por ejemplo, debe tratarse y aprovecharse do forma que no acabe ahogándonos a todos y debemos vencer definitivamente a las enfermedades, lo cual no es una utopía... piénsese que ha bastado un programa de doce años y gastar tan sólo 120 millones de dólares para vencer definitivamente a la viruela». (J. Peter Vajk, La fin du monde n'aura pos lien. Editions Seghers, París, 1981.)<<

[38] Véase el capítulo «El terror que viene del Cielo» <<

[39]La guerra y el hambre: en la segunda guerra mundial, que duró seis años (1939-1945), en los frentes de guerra y en la retaguardia, murieron unos 55 millones de personas. Es decir: unos 8 millones por año. En 1980 —o sea: en un año— se han muerto de hambre en el mundo —excluida el área de los países socialistas... que cada palo aguante su Tela—, unos 50 millones de personas, de las cuales una tercera parte eran niños menores de 15 años. Honradamente, ¿se le puede llamar a esto «tiempos de paz»? <<

[40] ¿Sabe el lector amigo que en España están a la venta unos 18 000 específicos farmacéuticos, de los cuales no llegan a 2000 los autorizados por la Organización Mundial de la Salud? ¿Y que un químico amigo mío me asegura que, de esos 2000, la mitad están compuestos, en parte, por materias sustitutivas —y más baratas, claro— de las que figuran, por lo regular, en la composición autorizada? <<

[41] «De ellos (de la tribu ecuatoriana de los Aucas, de Amazonia Oriental) aprendí a conectar mis cinco sentidos, mi cuerpo todo, con la Naturaleza, a hacerlo Naturaleza, a fundirme con ella, para así lograr la armonía con el entorno». (Magia de las Américas, página 14.) <<

[42]«De ellos aprendí... ¿Lo aprendí realmente? Digamos que supe qué hay en ellos, que vi que ellos aún conservan la parte sustancial del hombre que nosotros, los civilizados, hemos perdido. Y que esa otra parte sustancial de hombre que nosotros hemos perdido tan sólo podremos recuperarla si somos capaces de desgarrar nuestro yo, arrancando, con sangre, las escorias de nuestro orgullo de hombres civilizados, de hombres que creemos poseer el único y verdadero conocimiento». (Magia de las Américas, página 14.) <<

[43]Antonio Ribera, ¿De veras los ovnis nos vigilan? Plaza y Janés editores, Barcelona, 1977 (páginas 133 y siguientes). En apéndice, el autor nos ofrece la relación de accidentes aéreos habidos en el Canigó o sus cercanías, desde 1945: marzo de 1945, un Liberator inglés; diciembre de 1950, un DC-3 de Air Maroc; febrero de 1953, un Nord-Atlas francés; marzo de 1955, un C-47 americano; julio de 1957, un Nord 2 051 francés; septiembre de 1958, un Broussard francés; junio de 1961, un avión de transporte británico con un equipo de baloncesto; 7 de octubre de 1961, un DC-3 inglés; 11 de enero de 1963, un Constellation militar francés; 13 de septiembre de 1963, un Viking Air Nautic inglés. 3 de junio de 1967, un DC-4 inglés. Todos los accidentes ocurrieron en territorio francés, excepto el de junio de 1961, en que el aparato cayó en la parte española. <<

[44]Ovnis: Documentos oficiales del gobierno español (Capítulo XVI. Canarias: sorprendente caso ovni). Plaza y Janés editores. Barcelona. 1977 (páginas 236 y siguientes). <<

[45] En un momento determinado Manolo Molés preguntó a la señora Pepa si no tuvo miedo al ver el aparato aquél. La respuesta fue rápida y sitúa la diferencia abismal entre la mentalidad rural — sana— y la urbana —contaminada—: ¡Yo no! ¿Por qué habla de tener miedo? Naturalmente: ¿por qué hemos de tener miedo de «algo» o de alguien que todavía no nos ha hecho el menor daño? Preguntando alrededor mió —en Barcelona— prepondera este criterio: «No creo que sea nada bueno —la aparición de ovnis— pues de lo contrario ya se hubiesen dado a conocer y habrían establecido un contacto permanente con la tierra.»<<

[46] Véase lo que Joaquín Grau dice con relación a una tribu ecuatoriana y Jean Brüller sobre otra tribu norteamericana, en el capítulo «Algunas frases orientadoras». La tribu donde muchachos y muchachas buscan los placeres sexuales con avidez —lo que no quita la existencia de un pudor determinado, por ejemplo no entregarse a ellos en público— es la de los Trobiandeses, que viven en las islas Trobiandas, situadas al este de Nueva Zelanda. Las prácticas sexuales empiezan, para las niñas, entre seis y ocho años, y para los niños entre diez y doce. Los niños se esconden en la selva para imitar a sus padres y el estatus de aquellas tribus favorecen todo tipo de encuentros eróticos... porque es muy bueno —afirman— para la salud y con ello —subrayan— complacemos también a los dioses...<<

[47] Recuérdese: durante la segunda guerra mundial, después de los alemanes, quienes desplegaron mayor crueldad y sadismo, en sus campos de concentración, contra los prisioneros de guerra aliados, fueron los soldados del país del Sol Naciente (véase el apéndice 1)<<

[48]Queda claro, pues, que del cielo no nos viene terror alguno. Al menos por ahora. Ese terror nos lo están fabricando en la Tierra, para uso y consumo de los terráqueos y con vistas a esa previsible Gran Cruzada Cósmica que ciertas comunidades, sectas o camarillas, proyectan de un tiempo a esta parte.<<

[49]

De cada cuatro personas que fallecen en el mundo, uno es a causa de sobredosis de medicamentos o de medicamentos inapropiados.<<

[50]

Ahora, siempre en la línea «occidental y libre», procedente de los Estados Unidos, se ha impuesto el «war games» («los juegos de la guerra»). Allí, en los EE. UU. a fines de 1980 se habían censado más de 250 000 familias donde el padre había introducido ese juego. Así, una de las más secretas ambiciones del ser humano — al decir de Luis Reyes: «Napoleones en zapatillas». El País. Madrid, 21 de junio de 1981—, la de utilizar su capacidad de destrucción, puede ser ahora utilizada en un simple juego. (En España, por de pronto, ya hemos importado «la guerra civil española 1936-1939»... Pero ¿cómo es posible que la gente no se dé cuenta de que se empieza jugando a la guerra y más tarde...?).

En esto de «los juegos para matar marcianitos», y por lo que a España se refiere, hemos anotado: 1) que fue el juego más solicitado a los Reyes Magos, en enero de 1982, por los niños españoles; y 2) que era el juego practicado con mayor asiduidad, entre los que tienen a su alcance, por los cadetes de la Academia General Militar de Zaragoza (de la prensa nacional). Ya tenemos, pues, a los jefes, oficiales, suboficiales y a los soldaditos de mañana —el Ejército futuro— con aficiones comunes: «la matanza de marcianitos». Preguntamos: ¿es ése el nexo de unión tan proclamado entre las fuerzas armadas y el pueblo? Como diría aquél: por algo se empieza...<<

[51]

En 1981, en España, se ha comprobado que cerca del cincuenta por ciento de los atracos a mano armada son perpetrados por drogadictos.<<

[52]

Gerard K. O'Neill: Ciudades del espacio. Editorial Bruguera, Barcelona, 1981.<<

[53] Véase el capítulo siguiente «Érase una vez en el futuro...» <<

[54]Érase una vez en él futuro. Carlos Giménez. Ediciones de la Torre, Madrid, 1980. <<

[55]Ver: Los visitantes, Terror en la Luna y La gran oleada, de J. J. Benítez. Editorial Planeta. Barcelona, 1982. <<

[56] Quiere decir las nueve de la noche del I-IX-1981. <<

Apéndices

[apéndice1]

He aquí las preguntas que se hace Carl Sagan y que agradeceríamos al lector las conservara bien en su mente a lo largo de la lectura de las páginas que seguirán:

»Además, existe una amplia gama de fenómenos astronómicos que no comprendemos totalmente. ¿Pueden ser de origen tecnológico la modulación de los pulsars o la fuente de los quasars, por ejemplo?

»O tal vez existe en la Galaxia una cierta ética de no interferencia con civilizaciones atrasadas o en nacimiento.

»Tal vez exista un tiempo de espera antes de que se considere oportuno tomar contacto, en orden a proporcionarnos una buena oportunidad de autodestruirnos, si a eso vamos.

»Tal vez todas las civilizaciones considerablemente más avanzadas que la nuestra han alcanzado una inmortalidad personal efectiva y han perdido la motivación para vagar por los espacios interestelares, lo cual puede ser, por todo lo que sabemos, una necesidad típica de las civilizaciones adolescentes.

»Tal vez las civilizaciones maduras no desean polucionar el cosmos. Podría darse una lista muy larga de los «tal vez», pero no estamos en condiciones de evaluar más que algunos de ellos con un cierto grado de seguridad.

»La cuestión de las civilizaciones extraterrestres está totalmente abierta. Personalmente, creo que es mucho más difícil comprender un universo en el que seamos la única civilización tecnológica, o una de las pocas, que concebir un Cosmos rebotante de vida inteligente. Afortunadamente, muchos aspectos del problema pueden verificarse experimentalmente^[15].<<

[apéndice2]

»El mundo gasta un millón de dólares cada minuto en armamento, según Frank Bamaby, director del Instituto Internacional de Investigación sobre la Paz, de Estocolmo (SIPRI). Además de ello, se ha llegado a calcular el costo económico que supone para un país la muerte de un soldado enemigo.

»Ha sido un profesor holandés de Derecho Internacional, Bert V. A. Roeling, ex director del SIPRI de la Universidad de Groninga, quien ha calculado los costes de las distintas guerras.

»Así, malar a un soldado de un ejército rival le salía a Julio César por poco menos de un dólar. En la primera guerra mundial se había llegado ya a más de 20 000 dólares por enemigo muerto, siendo en el siguiente conflicto mundial (1939-1945) de 115 000 dólares. Ello supone que casi dos mil años después de Julio César, cada vietcong muerto en la guerra del Vietnam, ha costado a los Estados Unidos de América del Norte más de 300 000 dólares. Pero hay que considerar que el coste económico de las guerras es mucho mayor si incluimos las pérdidas por víctimas civiles.

»Las cifras de muertes civiles han ido en aumento en cada guerra. Así, el 90 por ciento de los muertos de la primera guerra mundial eran soldados; en la segunda, más de la mitad de víctimas eran civiles, y en la guerra del Vietnam se llegó a un 90 por ciento

de éstas».

(*Diario de Barcelona*, 9 de octubre de 1981, página 11.)<<

[apéndice3]

«Uno de cada cuatro vuelos del Columbia tiene fines militares». «Peligro de guerra en el espacio». «El transbordador espacial norteamericano Columbia ha marcado oficialmente el comienzo de la carrera militar de las superpotencias en el espacio». «Bruselas. —El espacio como teatro estratégico. Bajo este lema, un grupo de expertos militares de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) mantuvieron un coloquio mientras el Columbia, el sábado, se disponía a regresar a tierra».

Un experto recordó: «Uno de cada cuatro vuelos del Columbia estará destinado a fines militares, según las propias declaraciones del Pentágono...». (*Diario-16*, Madrid, 16 de noviembre de 1981, página 16.)

«Ya estamos en condiciones de emprender la guerra del espacio». «Al transbordador Columbia, Moscú opone una base orbital de rayos láser». «La guerra del espacio ya no es una ficción. Ha comenzado ya. Los soviéticos acusaron a los Estados Unidos de sentar las bases de lo que será la guerra del futuro cuando lanzaron el Columbia. Ahora es el Pentágono el que señala el peligro del programa ruso de poner una compleja base militar en órbita que, en 1990, será capaz de lanzar ataques de rayos láser dirigidos a objetivos de tierra, mar y aire». (*La Vanguardia*, Barcelona, 5 de marzo de 1982, página 19.)<<

Apéndices 2

[apéndice1]

Véase, con esta relación, el gran esfuerzo solidario que deberíamos realizar para que las diversas comunidades de la Tierra conociesen una vida digna, libre y feliz:

Producto Nacional Bruto por habitante y por año en los seis primeros países del mundo:

1. Kuwait.....14,890 dólares
2. Suiza12,100 dólares
3. Suecia.....10,210 dólares
4. Dinamarca.....9,920 dólares
5. Estados Unidos.....9,590 dólares
6. Alemania Federal.....9,580 dólares

Producto Nacional Bruto por habitante y por año en los seis últimos países del mundo:

1. Nepal (Asia).....120 dólares
2. Mali (Africa).....120 dólares

3. Etiopia (Africa).....120 dólares
4. Bhutan (Africa).....100 dólares
5. Laos (Asia).....90 dólares
6. Bangladesh (Asia).....90 dólares

N. del A. La diferencia abismal habla por sí sola; pero debemos recalcar que, muy a menudo, la prosperidad de ciertos países, catalogados como superdesarrollados o desarrollados, se debe a la explotación, esquilmación e incluso robo a mano armada (con exterminio de nativos) y la consecuente ruina, muchas veces, de los países llamados pobres. Sobre todo en lo referente al abastecimiento de materias primas, cuyos precios, además, son fijados por las naciones poderosas... bélicamente hablando.<<

[apéndice2]

En aquel momento pude haber recordado el trato que, privada y oficialmente, se da a los ancianos en el mundo occidental y libre en general, y en nuestra España católica en particular. En la primavera pasada, antes de que llegase el tiempo de las vacaciones, a la par que los medios de comunicación repetían el ruego de cada año, con referencia al abandono, por sus dueños, de animales domésticos, nos enteramos de los crueles subterfugios de que se valen ciertas familias para deshacerse de los ancianos —de sus padres, de sus abuelos— durante el veraneo o para siempre. Nos enteramos, así, del caso de una familia pudiente, de Madrid, que condujo al abuelo a un hospital para que le asistiesen. El propio hijo dejó un teléfono en las oficinas del

centro sanitario para que lo llamasen al acabar el tratamiento. Pues bien, cuando llamaron a ese número de teléfono se encontraron con la mala sorpresa de que allí no vivía ningún familiar del anciano. Y así podríamos contar docenas de casos. Entonces, mal hubiese podido, un terráqueo como yo, darles una «conferencia» a nuestros visitantes sobre las «excelencias de la célula familiar como pilar insustituible de cualquier sociedad humana...». <<

[apéndice3]

Bajo el título de «Las computadoras, una revolución social: 30 000 robots sustituyen al hombre en el Japón», en el Simposium Internacional sobre la Industria del Robot se presentó el robot dibujante de comics, capaz de pintar cualquier cosa... (La Voz de Asturias, 28 de enero de 1982). O sea: se da, o se intenta dar a la vida un sentido completamente opuesto al que debería tener: el de poner al alcance de cualquier individuo los recursos necesarios para que alcanzase la máxima plenitud personal —y por tanto su capacidad óptima de creación— al servicio de la comunidad. <<

[apéndice4]

La voz pudo haber añadido: «como ocurre en vuestro planeta», pero no lo hizo. Es más: siempre que la conversación tomaba unos giros que daban pie a censurar o a criticar a las gentes de la Tierra —o hacer simples comparaciones— ellos orillaban casi siempre la censura o la crítica, se limitaban a insistir en sus puntos de vista, o sencillamente se callaban. Hasta ese punto llega, en ellos, lo que Carl Sagan llama «la ética de no interferencia». Por otra parte, ellos, como yo, sabían perfectamente que, en las actuales circunstancias, toda comparación estaría desfasada, sería gratuita

y, por añadidura, lo único que podría haber originado entre nosotros era confusión y malentendidos. (Detalle curioso: ese personaje misterioso del «Verano azul», del que ya hablamos, al discrepar con jóvenes interlocutores con relación al nombre del primer hombre que existió en la Tierra, haciendo gala de una intasable bondad, les dice a los muchachos: «Bueno, si queréis, vosotros podéis seguir llamándolo Adán.») <<

[apéndice5]

«Su mundo: una sociedad socialista. También me hablaron del sistema en que ellos viven. Es lo que podríamos llamar, vamos, lo llamaría yo, que no entiendo mucho de política, un socialismo sueco. Mejor dicho todavía: un socialismo donde todo el mundo trabaja para todo el mundo, pero hay una serie de clases que cuando se pasa del socialismo al comunismo ya no las hay. El jefe es el jefe, pero no es nada más que eso, no es el señor que está con el látigo detrás de la gente. Entre ellos no existe el tú y el usted. Tampoco existe la diferencia tremenda que hay aquí entre un ingeniero y el señor que está poniendo los ladrillos. La enseñanza es gratuita. Ya han pasado por ese estadio en que estamos nosotros y encontraron la forma de superarlo sólo con una cosa: la buena voluntad». (Testimonio de Miguel Herrero Soria. Encuentro ovni en la provincia de Guadalajara, en diciembre de 1977. Diario Pueblo de Madrid, 26, 27 y 28 de febrero de 1978.) <<

[apéndice 6 y 7]

»El Instituto de Gerontología de Kiev (URSS) trata de combatir las

alteraciones del organismo, orientando sus investigaciones en el estudio del mecanismo de la edad y sobre la adaptación del cuerpo humano a las modificaciones fisiológicas del envejecimiento prematuro. Dirigen los trabajos el director del Instituto, doctor Scherenbotev, y su asistente, el profesor Maikowski, junto con cerca de mil colaboradores de ambos sexos. Es lo que explica el doctor André Rouveix, en su libro *La anti-edad*, un cirujano estético francés que, desde hace quince años, consagra gran parte de sus actividades al estudio de las causas del envejecimiento prematuro. Estudió en primer lugar los métodos norteamericanos, pero pronto se dio cuenta de que, en este campo, los soviéticos estaban más adelantados que nadie. Obtuvo autorización de las autoridades soviéticas y pudo incorporarse al Instituto de Kiev para observar los tratamientos allí realizados.

»Los genes son, como es sabido, la clave de la vida. Contienen los caracteres hereditarios de un individuo: 50 000 genes son necesarios para formar una persona y son de dos tipos: los genes de estructura, que son los que aseguran la renovación permanente de nuestro organismo, es decir: la sangre, los huesos, los músculos... y los genes reguladores, que ayudan a los alimentos, que nosotros ingerimos, a transformarse en proteínas que, a su vez, producirán nuestra energía química vital.

»En nuestras células es donde, por tanto, encontramos nuestros genes, o sea: nuestra provisión de vida. Mientras nuestras células se juntan y se separan (es decir: funcionan, de forma que les permite hacer frente a las agresiones, que obligatoriamente debemos encajar), no hay problema. Pero, a veces, en esta formidable organización, algo se avería. Si una célula no respira bien, se asfixia, acumula toxinas y muere por

falta de oxígeno, que es su alimento de base. Por eso el tratamiento soviético anti-edad está centrado en la estimulación celular y en los medios para frenar esa asfixia progresiva de las células. Se trata de evitar que el cuerpo humano tenga que apelar al sistema regulador nervioso, que es muy frágil y se desgasta rápidamente. Y puesto que es nuestro último recurso, hemos de procurar no hacer uso de él hasta lo más tarde posible.

»Los investigadores de Kiev están persuadidos de que uno de los factores negativos que influyen en el ser humano es el medio ambiente y la alimentación. Por ello han creado un departamento de gero-higiene, destinado a estudiar las mejores condiciones de trabajo y de vida, es decir: aquellas que favorecerían el alcance de nuestra plenitud personal, tanto intelectual como física, y evitar así el deterioro prematuro de nuestro organismo».

(Nota del autor: Hemos reproducido estos extractos del artículo de Rosine Vidart, «¿Vieja yo? ¡Nunca!», revista Femmes, París, octubre de 1981, para que el lector pueda comparar las metas del Instituto de Kiev, resumidas en el último párrafo, con las realidades que, respecto al cuidado de los cuerpos, me expusieron los tripulantes de la nave *Luz del Cosmos*).

«No excluimos, sin embargo, la existencia de civilizaciones en otras zonas de nuestra galaxia. Éstas son las más jóvenes, aunque sean más viejas que nosotros. Estamos seguros de que están sufriendo una transformación gradual de una vida muy semejante a la nuestra a otra vida más larga, con partes del cuerpo enteramente reemplazables e inmunizados a las enfermedades: mitad humanoides, mitad robots». («Ratan-600, una instalación gigante al norte del Cáucaso. Desde aquí vigilan los rusos el Universo». Revista Actual, número 1. Barcelona, 19 de marzo de

1982, página 34.)

7. En una de sus últimas obras, el célebre psicólogo y psiquiatra suizo Carl Gustav Jung (Carl Gustav Jung, Sobre Cosas que se ven en el Cielo. Ediciones SUK, S. A. Buenos Aires, 1961) se refirió al librito de un secuestrado por extraterrestres (La naturaleza de entidades infinitas, Amhurts Press, 1955), Orfeo M. Angelucci. El encuentro con ellos se produjo el 4 de agosto de 1946 (avistamiento), hecho que se repitió el 23 de mayo de 1952, día en que, en pleno mediodía, fue abordado por un hombre y una mujer, «dechados de perfección», que tenían ojos grandes, luminosos y, a pesar de toda su perfección sobrenatural, le resultaron figuras extrañamente conocidas y familiares. «No tengas miedo, Orfeo, somos amigos» (voz masculina que hablaba en «perfecto inglés»). La misma voz le diría: «Nosotros vemos a cada uno de los habitantes de la Tierra tal como es y no como lo ven los sentidos limitados de los hombres. Los habitantes de tu planeta han estado bajo observación durante siglos, pero sólo ahora están sometidos a una revisión y consideración. Cada progreso que hace vuestra sociedad está registrado por nosotros. Os conocemos como vosotros mismos no os conocéis. Cada individuo, cada hombre, cada mujer y cada niño, está clasificado en nuestras estadísticas vitales, con la ayuda de nuestros cristalinos discos registradores. Cada uno de vosotros es infinitamente más importante para nosotros que para los habitantes de la Tierra, porque no conocéis el verdadero misterio de vuestra existencia... Nos une un sentimiento de fraternidad con los habitantes de la Tierra, a causa de un antiguo parentesco de

nuestro planeta con la Tierra. En vosotros podemos ver muy atrás, en los tiempos pasados, y reconstruir ciertos aspectos de nuestro mundo anterior. Con profunda compasión y comprensión vemos cómo vuestro mundo sufre los dolores del crecimiento. Te rogamos que nos consideres sencillamente tus hermanos mayores».

Y Jung cita también estos dos elocuentes párrafos: «A pesar de su aparente belleza, la Tierra es un purgatorio entre los planetas que han desarrollado vidas inteligentes. El odio, el egoísmo y la crueldad se levantan en la Tierra como una oscura niebla». La voz informó a Angelucci «que los seres de su planeta (es decir, del de ellos) eran inmortales».<<

[apéndice 8 y 9]

8. «El ruido es uno de los males infernales que padecen las gentes de la ciudad. Según su frecuencia e intensidad, provoca dolores de cabeza, zumbidos, disminuciones de la audición. El investigador y escritor francés Saint-Marc señala que el ruido excesivo de la calle es causa del 52 por ciento de los trastornos de la memoria y de buena parte de las perturbaciones del carácter. En Gran Bretaña, un hombre sobre cada cuatro y una mujer sobre cada tres de los enfermos afectados de neurosis lo son a causa del ruido. En Francia, en los hospitales psiquiátricos, un enfermo de cada cinco lo es a causa del ruido. Y en los barrios más ruidosos de Nueva York se ha apreciado una alarmante deficiencia en el desarrollo intelectual de los niños». (Juan Maestre Alfonso. Revista Tigris, de la Embajada de Irak en Madrid, junio de 1981.)

«En los próximos veinte años no quedará un solo rincón de Europa a salvo del ruido que mata. ¡Atención! ¡Peligro! En el

umbral del tercer milenio, los países industrializados como Francia, no dispondrán en su territorio de la menor zona de silencio y quietud. El ruido, esa plaga de los tiempos modernos que, durante decenios, se circunscribió a las ciudades y los grandes ejes de circulación, roe el espacio como un cáncer. Hoy, en Europa, más de 100 millones de ciudadanos están expuestos al nivel inaceptable de los 65 decibelios (dB). El ruido, como es sabido, actúa sobre el cuerpo humano por mediación del cerebro. Perturba las funciones vitales del hombre en su vida cotidiana y puede conducir a la locura y a la muerte». (Science-Digest, número 2, París, marzo de 1982, página 44.)

El humorista ibérico Pedro Ruiz, hablando del amor, en febrero de 1982, dijo: «Para mí el amor es la facultad de potenciar al individuo. La expresión máxima del compañerismo. Lo que ocurre es que a los seres humanos se nos obliga a hacer más una vida de gestiones que de creaciones y esto genera insoslayablemente la desconfianza. Y ésta, y todo lo que de ella se desprende, falsea nuestras más queridas vivencias y, entre ellas, la del amor». (Radio Barcelona, emisión de las tres de la tarde, 8 de febrero de 1982.)

9. Casi todo el mes de septiembre de 1980 lo pasé por tierras argelinas, realizando unos informes sobre los campamentos del Frente Polisario. Tuve ocasión, por tanto, de observar la simplicidad y el bienestar de los hombres, las mujeres y los niños del desierto. Y también la «sobrecogedora y romántica elocuencia» de las dunas de arena. Y la importancia del silencio. Recordé al compositor francés Debussy, que dijo que «la música está en el silencio que hay entre las notas». Y recogí un bellissimo poema, que dedico al lector amigo: «Cuando... *Cuando cesen las matanzas, en nombre de un Dios, contra los que creen en otro, o*

los que no creen en ninguno, *dejo a los demás el cuidado* de inculcaros una idea. *Cuando cesen las humillaciones* en nombre de una civilización cualquiera, *contra los que creen en la propia*, o los que creen, ante todo, en el Hombre, *no faltarán quienes canten cercana* la reconstrucción del hogar arrasado. *Cuando rebrote el trinar de los pájaros*, cuando la tierra vuelva a ser fecundada, *cuando los nómadas serpenteen de nuevo por las dunas*, y el agua de los oasis ya no esté envenenada, *os ofrecerán escuelas, tractores, hospitales, camiones, laboratorios...* y qué sé yo cuantas cosas más. *Pero entonces yo, diminuto poeta del desierto*, no más grande que el más minúsculo grano de arena *de este inmenso e irisado manto de mis sueños*, sólo quisiera poder ofreceros una gacela, / para que os enseñe qué es la libertad». (Un poeta anónimo saharai.)<<

[apéndice 10]

Mientras que los seres humanos no hemos logrado todavía descifrar las vivencias y las potencias de animales tan sociables como los delfines, semanas después de mi encuentro con ellos la prensa publicaba esta triste noticia: «Un centenar de delfines abandonan el mar y se suicidan en una playa del Japón». Días más tarde vimos las escenas por televisión: cuando jóvenes ecologistas de ambos sexos cogían algunos de aquellos delfines y los devolvían al mar, éstos regresaban a la playa, a morir al lado de sus compañeros de infortunio. Con recibir muchas malas noticias, en torno a los atentados que a diario sufren la fauna y la flora de la Tierra, he de confesar que el espectáculo del suicidio colectivo de aquellos delfines me hizo llorar, de compasión y de rabia a la vez. Por el hecho en sí y porque sospeché que al 99 por ciento de

los terráqueos tal acto no les moverá a reflexionar sobre otros «suicidios colectivos» futuros... y no precisamente de delfines.<<

[apéndice 11]

Según unas estadísticas de fuente francesa, el agua del mar, en la Tierra, ha perdido el 75 por ciento de su transparencia por culpa de los desechos petroleros. (Lo más probable es que, el día menos pensado, un petrolero, o un grupo de petroleros, cree una fundación que, entre otras dádivas, conceda becas a investigadores para que busquen el medio de devolver a las aguas su limpidez. Entonces, quizá los petroleros crearán industrias para fabricar los aparatos o los productos «limpia mares»).

Con fecha 19 de septiembre de 1981 asistimos, en televisión, al vertido de cientos de barriles con residuos nucleares en el Océano Atlántico, a cuatro brazadas de las costas de Galicia. Fue un espectáculo vergonzoso y humillante. Y lo grave es que a nadie se le ocurre, en las altas instancias internacionales, hablar del grado de criminalidad de las empresas que arrojan esos residuos fuera de sus aguas jurisdiccionales. Ese día se trataba de barcos holandeses. Para que luego nos vengan hablando de las «civilizaciones evolucionadas», que usan tanto las bicicletas para no contaminar su atmósfera. ¿Qué dirían los holandeses si fuésemos nosotros, los españoles, los que fuésemos a verter nuestros residuos nucleares frente a sus costas?<<

[apéndice 12]

Palabras de don Alberto Carsí Lacasa: Hay que laborar para que se establezca una saludable «armonía» del Hombre con la

Naturaleza, ese «manantial de vida», para conocerla mejor y respetarla. En ella el niño descubrirá las enseñanzas básicas para emprender fecundamente su andadura por la existencia. Frente a ella se dará cuenta de su pequeñez y, a la vez, de su grandeza, de sus limitaciones, pero también de sus enormes posibilidades. En ella, en estrecha comunidad con sus semejantes, el niño aprenderá a ser humilde, solidario y a comportarse con «naturalidad». Aprenderá también a encauzar noblemente sus sentimientos y a dominar sus instintos. Y en sus entretenimientos y juegos tendrá la posibilidad de conocer su cuerpo y el de sus compañeros y compañeras, «armonizando» así los impulsos propios de la sexualidad. Y se convencerá de que es la mejor forma de conseguir esa «armonía» interior personal, primer paso hacia la «armonía universal», que es la gran meta que nos hemos fijado quienes creemos que el individuo nace bueno y que la comunidad tiene la obligación moral de hacer cuanto esté en su mano para que cada día sea mejor. Esta empresa, mis queridos compañeros, es una pieza muy difícil de tejer. Por eso los telares deben instalarse ya en las escuelas primarias. (Apuntes para el compañero alumno. Cuaderno número 21. En el exilio, mayo de 1948.) Respecto a la solidaridad humana, don Alberto también nos ofrecía, como ejemplo, la «solidaridad de la Naturaleza»: «Fijaos en la madre selva —nos decía—, en el guisante silvestre, en las campánulas o los zarcillos, que gatean y se agarran a las plantas más fuertes para salir de la sombra del seto y subir hasta zonas de luz..., lo grave es cuando el hombre, despreciando la vida vegetal, que ignora las más de las veces, va y poda el seto...»<<

Excursiones con la Escuela Racionalista «Labor»: Al llegar al bosque nos dispersábamos en cuatro grupos y todas nuestras lecciones al aire libre consistían en conocer mejor la Naturaleza, en observarla bien, en admirarla y en no dañarla... y en no parar de hacer preguntas. (Valgan estas precisiones: los horarios de estudio eran de seis horas diarias, con un total de 34 por semana, de las que más de la tercera parte —doce horas— la pasábamos en el campo o visitando museos, bibliotecas o talleres y fábricas. Y nunca se nos daban «deberes caseros». Éstas eran las bases sobre las que descansaba la pedagogía libertaria: formar divirtiendo, no torturando a los alumnos. Esto nos autoriza a afirmar que, desde 1939, en España se está sometiendo a los niños, con la complicidad de muchos «maestros» —y no digamos de los padres—, a unos programas de estudio que son antipedagógicos hasta la desmesura, a través de los cuales se está castrando moralmente a la inmensa mayoría de los niños escolarizados).

En el campo, a veces, el descubrimiento de una florecilla nunca vista o de una piedra «extraña», daba pie a entablar largos diálogos entre alumnos y maestros. Y nuestros «descubrimientos», con la ayuda de libros y láminas, eran luego tema de conversación en la propia escuela; así se satisfacía, al mismo tiempo, nuestra curiosidad y nuestra incipiente formación. Como Germinal, el director, era naturista, también se nos enseñaba a vestirnos y a calzarnos adecuadamente, cómodamente —y no a la «última moda», como ahora—, sin dejar nunca que ni el calor ni el frío nos acobardasen lo más mínimo. Se nos enseñaba a subir y a bajar por el monte, a beber en los manantiales (frotándonos, antes de beber, el cuello y las muñecas con su agua), de forma que nunca tuvimos el menor percance ni se nos

perdió ningún compañero. Y también, por supuesto, aprendíamos a respirar a pleno pulmón.

Con una educación como la que nosotros recibíamos es seguro que no veríamos arder los bosques por negligencia de sus visitantes. Aunque es sabido que los incendios más importantes no se producen por descuido, sino en aras de la posterior comercialización —a precios bajísimos— de la arboleda a medio quemar. Pero incluso en este caso, de poseer la gente mayor cultura, a esos grupos de industriales sin escrúpulos les sería muy difícil encontrar incendiarios a sueldo.

Cabe preguntarse: ¿acaso seríamos nosotros unos extraterrestres avant la lettre? Nunca se sabe. Pero lo cierto es que esa formación nuestra, basada en la práctica de una sana espontaneidad, se vería tronchada, brutalmente cercenada por los representantes y los secuaces de la Santa Iglesia española a partir de 1936. No se olvide nunca.<<

[apéndice 14]

La oferta del progreso: o se «civilizan» o desaparecen. En Filipinas, Brasil, Zaire, Borneo, Zimbawe, Perú, Colombia... y todos aquellos lugares donde aún perviven indígenas, la «civilización» ha vuelto a llamar a su puerta y ha dejado una nota:

O reconocen las ventajas del desarrollo y prestan sus tierras para la explotación de sus recursos o se van por la fuerza. El aviso llega acompañado de enfermedades contagiosas importadas y una droga «maravillosa»: el alcohol. (Entre muchos otros, este ejemplo: «La tribu de los yanomanis desconocían el alcohol. Desde la construcción de la carretera transamazónica, es la primera causa de su muerte». Ésta es una técnica introducida por el

general inglés Jeffrey Amherst, entre los indios americanos, el siglo pasado).

El número de personas —personas tribales, cazadores y pastores indígenas— que se hallan en una situación límite y que pueden ser exterminados se sitúa entre 200 y 250 millones de seres. («El exterminio de las tribus». Gaceta Ilustrada, número 1305, Madrid-Barcelona, 11 de octubre de 1981.)<<

[apéndice15 y 16]

15.*Intermedio monárquico*: O sea, que quienes tuvieron la posibilidad de acortar considerablemente la experiencia franquista no lo hicieron —no vamos a deletrear las distintas clases de «temores» de los unos y de los otros, caso de haber enderezado el rumbo de nuestra historia por los mismos procedimientos que la torcieron: «manu militari»—; prefirieron ver agotarse asmáticamente el régimen impuesto por la fuerza de las armas en 1939, sin darse cuenta de que, a la larga, todos los grupos políticos, sin excepción, acabarían contagiándose del asma franquista. Véase el triste espectáculo que están ofreciendo tanto los grupos de poder como los de la llamada oposición.

Además, ¿qué confianza podría otorgarse a un monarca que juró fidelidad a los principios del 18 de julio de 1936 y luego se saltó a la torera el juramento? Admito que el 99 por ciento de los procuradores ante los que juró, en las Cortes franquistas, eran una pandilla de zascandiles y advenedizos que no merecían mejor trato ni consideración. Pero, no se le pasó por la cabeza, al hijo del Conde de Barcelona —¿será verdad aquí, también, aquello de «de tal palo tal astilla»?— que detrás de esos «principios» podía encontrarse el sacrificio y la memoria de miles de jóvenes

tradicionalistas y falangistas —yo los vi morir frente a mí, en el Ebro, a puñados— que cayeron creyendo que luchaban de verdad por el Pan, la Justicia y los Fueros.

Con tal pedigrí —repito: y eso que dejó a los Borbones de antaño en la sombra— ¿cómo no ser un «republicano intransigente» y un «antimonárquico consecuente»? Así que, ¡allá los tripulantes de la nave *Luz del Cosmos*, con la entera responsabilidad de sus presagios! Ahora bien, si mis amigos/compañeros exploradores del espacio interestelar, y también de la Tierra, se estaban refiriendo al «papel histórico» y cósmico que todavía pueden desempeñar los pueblos ibéricos, eso ya es otro cantar...

16. Intermedio republicano: Para evitar confusiones y suspicacias —respecto al «republicanismo» de unos y otros— creo oportuno transcribir aquí otro texto, viejo ya de casi cinco años, y lo hago no tanto para situar debidamente ese «republicanismo intransigente» de que hablaron mis interlocutores extraterrestres como para que quede claro, a la vez, el hecho de que, medio siglo después del arranque de la segunda experiencia republicana española, estamos —en cuanto a dirigentes se refiere— peor que entonces, que ya es decir...

Se ha repetido hasta la saciedad que el régimen republicano se instauró en un país donde apenas había republicanos. Esto es una verdad a medias. Porque, por ese camino, también se puede afirmar que aún había menos monárquicos. Y la mejor prueba de ello es lo solos que se quedaron Alfonso XIII y los suyos en las horas cruciales del 13 de abril de 1931. ¿Razones de la falta de

republicanos y de monárquicos en España? Pues eran casi ambivalentes: la escasa atención que unos y otros prestaban a la opinión pública, que no se molestaron nunca en educar ni en formar debidamente, dedicándose exclusivamente a cultivar la sensibilidad epidérmica de las masas, de forma que, en los momentos decisivos, para movilizarlas bastase con lanzar al aire cuatro inflamadas proclamas patrioteras. Esto por lo que se refiere a los núcleos industriales o semi industriales, ya que, en el campo, la última palabra la tuvieron siempre los caciques del más variado pelaje. Salvo, naturalmente, las excepciones de rigor, tan raras como ejemplares, eso sí. Son éstas unas constantes que conviene no perder de vista en momento alguno, ya que, a menudo nos darán la respuesta a no pocos interrogantes de los muchos que, más tarde, se erguirían a lo largo de la breve existencia de la segunda república española.

»Así pues, si en abril de 1931 España no disponía de republicanos, ¿de qué disponía entonces? En honor a la verdad, diremos que, en el país, se alineaban unas cuantas docenas de prohombres que merecían usar tal denominación. Pero, para desgracia de España, no pocos de los más influyentes, antes que republicanos eran antimonárquicos; por otro lado, la inmensa mayoría se caracterizaba por un exacerbado anticlericalismo. Más tarde, se pondría también de manifiesto su enraizado talante clasista... antiobrерista. En torno suyo, ya se apuntó, merodeaban los caciques políticos de cualquier nivel: regional, provincial, comarcal y local. Es decir las clásicas mafias, rodeadas de los no menos clásicos incondicionales seguidores. Como programa, en general distribuían a chorro las frases hechas, adornadas con tópicos de dudosa paternidad, por mítines, conferencias, charlas o

en sus artículos periodísticos, de acusado tono seudorrevolucionario. Celebraban asimismo las consabidas reuniones de información, que no eran sino auténticas sesiones de encantamiento. Para ello, como es natural, era más rentable cultivar el fanatismo que la cultura política. Por ello, en ningún caso ofrecieron un programa serio de trabajo, en el que el pueblo llano se sintiese inmerso y, menos todavía, un proyecto de cambios estructurales que sirvieran de base a la edificación de unas nuevas y más justas normas de relación y de convivencia. Es decir: fomentar eso que solían llamar «la revolución desde arriba». Preponderarían, en términos tajantes, los antis que, al no estar asentados en sólidos pros, no son, en suma, más que el lado negativo del individuo y de cualquier colectividad que se deje dominar por ellos. (Los derrotados y el exilio. Editorial Bruguera, Barcelona, 1977.)<<

[apéndice 17]

Como demostración de la capacidad de embrollo y de engaño de que son capaces los medios de información, valga esta muestra: «Retenido en el aeropuerto de Moscú». En la noticia —sin atribución expresa de origen— publicada en El País del domingo, día 13 de diciembre de 1981, titulada «La policía soviética impide la salida de Moscú a un funcionario español», se contienen una serie de inexactitudes que pueden causarme gran daño moral y afectarme en mi reputación personal y profesional. 1. Los «funcionarios del KGB» que supuestamente intervinieron en mi retraso en la salida eran simples funcionarios de aduanas. 2. La acusación de contrabando era falsa, ya que en mi equipaje solamente se encontraban algunos objetos artísticos de mi

propiedad, la típica tarrina de caviar y papeles y objetos de carácter personal. 3. La información de que fui «puesto en libertad» es inexacta. Mal podía ser puesto en libertad cuando ni siquiera fui detenido. Únicamente fui retenido temporalmente en una dependencia del aeropuerto, mientras se verificaba el contenido del equipaje. 4. Difícilmente podrían haber anunciado las autoridades soviéticas «mi expulsión» cuando, en realidad, yo abandonaba el país al cumplir el plazo reglamentario de mi destino en la Unión Soviética como funcionario afecto a la oficina comercial de España. Todos mis muebles, enseres y efectos personales de peso habían salido semanas antes en un container con destino a España. 5. Finalmente, la condición de técnico comercial del Estado, que se me atribuye, no corresponde a mi verdadero título, que es el de diplomado comercial del Estado. El hecho de disponer de pasaporte diplomático se debe a la práctica habitual del Ministerio de Asuntos Exteriores de conceder este tipo de respaldo oficial a funcionarios destinados en estos países. 6. El mismo día en que se publicaba la noticia salí de Moscú a Madrid sin dificultad alguna. Alberto González del Tánago. Madrid. (El País, 17 de diciembre de 1981.) Admito, sin reservas, que semejante tipo de «falsas noticias» pueda llevar también otro sello que el de la prensa «libre» de Occidente...<<

[apéndice 18]

En los tres últimos siglos, debido a la acción del hombre, se han extinguido 101 especies y subespecies de aves y 62 de mamíferos. En la actualidad existen unas 250 especies y subespecies de reptiles, aves y mamíferos cuyas poblaciones, reducidas ya a un número de ejemplares relativamente pequeño, están seriamente

amenazadas de extinción; entre ellas se encuentran 71 especies de mamíferos, 32 de aves y 9 de reptiles, siendo Australia y Madagascar los lugares donde más peligran los mamíferos, Australia y Nueva Zelanda donde existe mayor peligro para las aves, y las islas Galápagos el lugar donde las aves peligran más. En España corren peligro de extinción —que ya en su día señaló el profesor Rodríguez de la Fuente— el águila imperial y el lince pardo. (Ramón Margalef, *Ecología*. Editorial Planeta, Barcelona, 1981, páginas 52 y 53.)<<

[apéndice 19]

Ahora estoy trabajando en una nueva comedia... en la que ya no puedo escribir nada, ni una línea, porque se han desatado y andan sueltas por los aires la verdad y la mentira, el hambre y la poesía... el mundo está detenido ante el hambre que asóla a los pueblos. Mientras haya desequilibrio económico, el mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, otro es pobre. Uno lleva la barriga llena y el otro ensucia el aire con sus bostezos. Y el rico dice: «¡Oh, qué barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted, el lirio que florece en la orilla». Y el pobre reza: «Tengo hambre, no veo nada. Tengo hambre, mucha hambre...». Natural. El día que el hambre desaparezca, va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución. ¿Verdad que te estoy hablando en socialista puro? (Conversaciones literarias. Obras completas de Federico García Lorca, XVII edición, Aguilar de ediciones, Madrid, 1972, página 1808.)<<

[apéndice 20 y 21]

20. De las declaraciones que siguen, el lector amigo hará bien en no saltarse ni una sola coma: De lo declarado por Roger Garaudy, director del Instituto Internacional para el Diálogo de las Civilizaciones, durante la V Conferencia Parlamentaria y Científica del Consejo de Europa, extractamos los siguientes pasajes: «La Ciencia occidental es un instrumento político de colonización». Afirmó también que «cuando se habla de ciencia y técnica se admite implícitamente el postulado de que sólo hay una ciencia y una técnica, la occidental, cuando, en realidad, cada civilización se ha dado aquello que necesitaba para satisfacer sus necesidades».

Garaudy comentó: «La cultura occidental, sobre todo después del Renacimiento, es una cultura faustiana, tanto del Fausto de Marlowe como del Fausto de Goethe, que presenta tres características definitorias: en primer lugar, la primacía de la potencia, basada en los sofistas atenienses, para quienes el bien es llegar a tener los más fuertes deseos y encontrar la manera de satisfacerlos; en segundo lugar, la primacía del concepto, basada en el hecho de que todo lo que no es reducible a la inteligencia conceptual no tiene existencia ni valor en sí; y, en tercer lugar, *la primacía del mal infinito que caracteriza a nuestras sociedades en crecimiento, para las que producir cualquier cosa, aunque sea inútil y mortífero, lo más de prisa posible se ha convertido en un axioma*».

»El tiempo del mundo finito, que tiende a agotarse, ya ha comenzado, y con él las tensiones inevitables debidas a los intercambios desiguales, las dominaciones arcaicas, la negación de la identidad cultural de los demás, el racismo y, en conjunto, ese

rechazo de la comprensión de los demás que acaba por engendrar miedo y desprecio.

»Ya es hora de que los europeos nos demos cuenta de que no existen países desarrollados y países subdesarrollados, sino países «enfermos» (los nuestros, desintegrados por su modelo de crecimiento) y países «engañados» (los del llamado tercer mundo) a los que se pretende convencer de la bondad de un modelo de desarrollo no universalizable desde el momento en que sólo es posible mediante la explotación de las nueve décimas partes del mundo por la décima parte restante. El subdesarrollo, por tanto, no es un retraso, sino un subproducto del modelo occidental de crecimiento.

21. «En septiembre de 1981, los Estados Unidos reconocían que tenían unos 600 000 científicos trabajando exclusivamente para la industria de guerra». (No es aventurado sospechar que la Unión Soviética debe tener consagrados a dichos fines un cupo equivalente de científicos).

Aparte todas las limitaciones (y obstáculos) a que la investigadora y su esposo tuvieron que enfrentarse, increíbles en una sociedad «evolucionada» como la francesa, nos encontramos con el marco social en que se veían obligados a moverse. Así, cuando ya no saben por dónde acorralarla, tras haber perdido a su esposo y compañero de investigación, la sociedad parisiense pondrá en circulación «la liviandad amorosa de la polaca, en su juventud». . (Marie Curie. Una mujer honorable. Dos veces premio Nobel, se enfrentó con la misoginia y los prejuicios de su época. Françoise Giroud. Editorial Argos-Vergara. Barcelona, 1981.)

«Santiago Ramón y Cajal sobrevivió a la envidia, la intolerancia y la mediocridad de sus contemporáneos. Ciertamente que, en sus

últimos días, le hicieron múltiples reverencias y hasta le levantaron un monumento en el Retiro madrileño, o cuya inauguración él se negó a asistir». (Adolfo Marsillach. Triunfo, número 17, Madrid, marzo de 1982.)

En el otoño de 1981 se reunían más de cien «sabios» del mundo entero para tratar de poner en claro si santa Teresa de Ávila era o no judía. (Sin comentarios).

Para Aranguren, en la obra de Huxley subyace una crítica a la ética de la ciencia. Una ciencia que busca «su avance» sin preocuparse de los posibles resultados negativos de su labor.

(N. del A. Cajal, como los esposos Curie, puede ser presentado como el prototipo del investigador honrado. En el lado opuesto tenemos, entre otros de diversas nacionalidades, al físico danés Niels Bohr, que colaboró, en los EE. UU. al descubrimiento de la «liberación de la energía nuclear» (origen de la bomba atómica) y en 1945 se retiró a su tierra natal, desde donde promovió la creación de organismos populares... para prevenir al mundo de los peligros de la creciente escalada armamentista nuclear.)<<

[apéndice 22]

El vulcanólogo Haroun Tazieff propuso la construcción, al pie del Etna y del Vesubio, de unos «pasillos» de piedra refractaria, de cinco metros de alto por medio de anchura, que recogerían la lava viscosa y la conducirían hasta el mar, no sólo para enfriarla sino para recogerla después y utilizarla para fines científicos y agrícolas. Pero «alguien» exhumó una vieja ley italiana —todavía vigente— que prohíbe el desvío de «los ríos naturales». O sea que no solamente se legisla —en Italia y fuera de ella— de espaldas a la realidad, sino que cuando ésta pone en evidencia la escasa o

nula utilidad de ciertas leyes, en lugar de enmendarlo se persevera en el error, porque detrás de esas leyes obsoletas hay algo que no lo es: los intereses particulares para servir a los cuales se crearon, precisamente, esas leyes. Así, en este caso concreto, bastará que un día el ministro correspondiente —de Obras Públicas—, demócrata-cristiano, como es tradicional en Italia, tenga un pariente que se dedique a esa clase de trabajos, para que sea derogada la ley —en bien del «interés público»— y que la empresa familiar construya esos «pasillos». Mientras tanto, no sólo se hace caso omiso de los pertinentes consejos de Haroun Tazieff sino que, explotando el fanatismo religioso de los nativos, se ha hecho correr la especie de que «ese Tazieff es un pájaro de mal agüero... siempre le acompañan las erupciones». Sin parar mientes que, meses antes de la terrible erupción de mayo de 1971, ya habían sido avisados por el competente vulcanólogo francés sobre el inminente peligro que corrían. Pero los campesinos siguieron invocando la protección de San Alsio, el patrono local, cuya blanca capilla no había sido dañada por la lava («Naturalmente —replica Tazieff—, porque está construida en un lugar poco menos que inaccesible...») y el dolor y la muerte, una vez más, se desparramaron por pueblos y aldeas... (L'Express. París, 18 de agosto de 1979.)<<

[apéndice 23]

Para escribir mi libro (Guerrillas españolas, 1936-1960. Editorial Planeta, Barcelona, 1977) tuve que hacer cinco largos viajes por los países ibéricos. Recorrí unos 20 000 km, recogí datos e información de boca de unas 3000 personas, en los 742 pueblos y aldeas que visité, en ciento treinta y una jornadas con sus

respectivas noches, ya que, en todo momento, traté de pernoctar en casas particulares. Así, con la «intimidación» de unas horas con familias que se componían a veces de tres generaciones, pude obtener pistas de un valor incalculable. No se olvide que hice dos viajes (primavera y verano de 1975) cuando la dictadura todavía estaba en pie y otro (primavera de 1976) con el matarife de Málaga en la presidencia del Gobierno. El número de testimonios recogidos fue de algo más de medio millar, de los cuales se puede considerar como completos sesenta y tantos. El resultado rebasó, con mucho, mis esperanzas, pues el miedo todavía atenazaba a las gentes y muchas personas preferían pasar por tontos o cobardes antes de soltar prenda. Después, en posteriores visitas, he vuelto a entrevistar a no pocas de ellas y he recogido más información — una información valiosa— de aquellas bocas que, en mi primera visita, habían permanecido casi herméticamente cerradas. Ahora, después del fracasado golpe militar del 23 de febrero de 1981, he podido comprobar —en Castilla, Galicia y Extremadura en particular—, que el miedo ha vuelto a resurgir y las bocas se han vuelto a cerrar, lo cual demuestra con creces que el golpe no ha fracasado en la medida que se supone o que se finge suponer...<<

[apéndice 24]

«Dos mil personas formaban la primera columna —mandada por el diputado Sosa— con once fusiles y un centenar de escopetas, como toda protección armada... Al atravesar la línea del ferrocarril de Mérida la columna tropezó con un destacamento de moros... el combate fue desigual, pero el ardor y la rabia de los escopeteros campesinos dijo la última palabra... en la confusión se perdieron varios compañeros y compañeras... La otra columna, de seis mil

fugitivos, días más tarde intentó atravesar las líneas enemigas. Su ruta quedó jalonada por docenas de cadáveres. El enemigo, puesto en guardia, los barruntó en la oscuridad y se metió como un hachazo en la columna. Tres mil quedaron cortados. La carnicería fue espantosa. Los moros lanzaban en la noche sus gritos de guerra y de exterminio. Como siglos antes lo hicieron los soldados de Tarik y Muza en el Guadalete». (Guerrillas españolas, páginas 318 y 319.)

La revista Stendek, del Centro de Estudios Interplanetarios (CEI) de Barcelona, en junio de 1971 publicaba una reseña sobre el que, hasta entonces, era el caso más antiguo de «aterrizaje» de un ovni sobre suelo ibérico. El hecho sucedió durante la guerra civil española y sus testigos fueron dos militares del ejército republicano que se encontraban en el frente de Guadalajara. La información procede del investigador gallego Óscar Rey Brea, a quien se lo contó uno de los testigos. «25 julio 1938, 23 h 30. Lunes, Guadalajara. Un oficial y su asistente vieron súbitamente una poderosa luz blanca, pudiendo darse cuenta, después, de que provenía de un objeto oscuro en forma de lente, de unos once metros de diámetro, suspendido a unos dos metros del suelo y a unos sesenta metros de donde ellos se encontraban. Sin que se oyera ningún ruido, una especie de columna salió de la parte inferior, a la que estaba unida una plataforma, pudiéndose observar dos siluetas en movimiento sobre ella. Un círculo de luz azulada fue proyectado hacia el suelo y enfocó a los dos testigos, quienes sintieron una sensación de frío. La plataforma ascendió otra vez, mientras que las dos secciones del objeto empezaron a girar en direcciones opuestas. El conjunto del aparato se iluminó con una intensa luz color blanco y desapareció, volando. Los

testigos pensaron que debería tratarse de un nuevo ingenio militar de los alemanes o de los republicanos». (Raimundo Mingo, Encuentros en tercera fase, Ediciones Lyder, Madrid, 1978, página 14.)<<

Apéndices 3

[apéndice]

En la página 18 de mi libro (Guerrillas españolas, 1936-1960, Editorial Planeta) ya dejé constancia de mis innumerables temores en el capítulo «Nómina de miedos». En efecto, en mi azacanada y aventurosa existencia —y en particular con las armas en la mano—, he llegado a almacenar grandes cantidades de miedo. Pues bien, todas ellas juntas no tenían parangón con la que sentí a lo largo de los 20 000 km que recorrí para recoger información, testimonios y datos, en 742 pueblos y aldeas, para escribir el citado libro. Estuve, me puse a tiro, de toda suerte de esbirros —uniformados o no— a sueldo de los caciques locales; sobre todo cuando tuve que arriesgarme solo por caminos forestales o senderos serranos, en busca de leñadores o pastores. ¡Palabra que llegué a temer que no lo contaría! Y varias veces, en el cordobés pueblo de Fuente la Lancha, en Malcocinado, por Badajoz, en la castellanense Morella, en el Mazuco asturiano, en el Manzaneda turolense y en las marismas gaditanas, por no citar sino los lugares donde me sentí más en peligro, estuve a punto de dar media vuelta y regresar a mi casa. Me lo impidió el profundo respeto y admiración que sentía —y siento— por los hombres y mujeres que se echaron al monte, a luchar y a morir dignamente, antes que ser exterminados como alimañas. <<

Correcciones

En esta adaptación del libro de Eduardo Pons Prades se han llevado a cabo diversas modificaciones en la estructura del libro, así como la actualización de palabras aceptadas hoy por hoy en la R.A.E.

Se han unificado los apéndices en tres partes que se encuentran al final de la edición digital, siendo anotados en el libro para el acceso inmediato mediante hipervínculos. La misma estructura se ha utilizado para los apéndices.

Ciertas páginas con fotografías y anotaciones han sido movidas a los finales de sus respectivos capítulos para poder llevar a cabo una lectura mucho más agradable.

El índice onomástico se ha añadido como en la edición impresa, pero omitiendo el número de página. En el formato digital es perfectamente prescindible.

Palabras sustituidas:

Igloo por Iglú.

Setiembre por Septiembre.

La letra «m» en relación a unidad de medida se ha sustituido por

«metros».